



Sólo 10 Tu ya

PARTE I

*"Intentas aparentar tranquilidad,
pero el latido de tu corazón te delata...
Intentas aparentar indiferencia,
pero tu cuerpo vibra cuando estoy cerca...
Intentas aparentar que me quieres tener lejos,
pero tus ojos arden de deseo por mí...
Elizabeth no podrás escapar, serás mía"*

Anabel García

CAPITULO 1

- ¡¡¡Elizabeth!!!! – Clamó una desgarrada voz de hombre.
Eran las 3 de la madrugada.

Rompía el silencio en la oscuridad de la noche, el eco de unos zapatos de tacón de aguja, de los muy caros, corriendo a toda velocidad calle abajo. Había que ser muy habilidoso, como mínimo, o tener demasiada prisa, para correr a tal velocidad, subida en semejantes Blahnik por esa calle adoquinada. Ambas circunstancias convergían en ese preciso momento.

Mientras, en el edificio colindante, un hombre asomaba prácticamente la totalidad de su enorme cuerpo por la ventana, gritando desesperado:

- ¡Por favor no te vayas! ¡No es lo que parece! ¡No debí hacerlo!... ¡Elizabeth vuelve!!!

Ella, sin detenerse si quiera a mirar al exasperado ser de la ventana, mientras seguía corriendo, gritó en un tono lo suficientemente alto para que él y el resto del vecindario lo escucharan:

- ¡No me jodas Mark, te lo advertí!... ¡Se acabó!

Salió a la avenida principal, donde desembocaba la calle oscura por la que corría segundos antes. Iba a toda prisa, para que a él no le diera tiempo de vestirse y perseguirla, montando el respectivo escándalo que esta situación requería.

Miró para todos lados inquieta, se situó en el borde de la acera, silbó con los dedos índice y pulgar cual cabrero en medio de la montaña, (a veces tenía un extraño complejo de Heidy), y en un instante tenía un taxi deteniéndose a sus pies.

- Al 15 de Central Park West, ¡volando!

Elizabeth se vio obligada a coger un taxi como el resto de los mortales, porque esa noche John la tenía libre por obligación. Ella había pensado pasarla divirtiéndose con Mark, pero él, por su cuenta y riesgo, había decidido fastidiarlo todo... ¡TODO!

“¿Pero por qué todos los hombres son iguales?” iba pensando, mientras miraba las luces de la ciudad por la ventanilla,

intentando rozar lo menos posible la tapicería de ese coche.

“¿Es que no hay ninguno que se salve?”

“¿Ya no queda lo que de toda la vida se ha llamado H-O-M-B-R-E?...”

“¡Se habrán extinguido!”

El taxi paró suavemente en el reservado que había para tal fin delante del prestigioso edificio. Ella le dio al taxista tres mil euros, cuando la carrera fueron treinta. Sin ni siquiera detenerse a mirarle, le dijo bajándose del taxi:

- Quédese con el cambio, así podrá cambiar esa mugrienta tapicería.

La mujer salió dando un portazo, que retumbó en el interior del vehículo.

El taxista no podía cerrar la boca, tanto por la desorbitada propina, como por el increíble espécimen de mujer medio desnuda que acababa de salir de su coche. Desde que la vio en la acera con el brazo en alto, se había quedado totalmente obnubilado. No sabía muy bien si sentirse ofendido o agradecido.

No era capaz de recobrar el aliento, sólo logró girar la cabeza para poder seguir admirando un momento más a esa mujer de largas y esculpidas piernas mientras se alejaba de su coche.

Elizabeth caminaba con tanta naturalidad y seguridad con esos infinitos tacones de Manolo Blahnik como si llevara zapatillas de andar por casa. Llevaba su melena color rojo fuego totalmente enmarañada. Su único atuendo era una gabardina de Channel rosa claro, que le tapaba el culo escasamente. Aquella imagen fue lo más erótico que este pobre hombre había visto nunca. Lo único que acertó a decir al cabo de un buen rato allí aparcado, esperando a que la sangre le volviera al cerebro para poder conducir, fue:

- Esa mujer es una obra de arte en movimiento.

Se encontraban en el Upper East Side, situado al este de Central Park, era la zona residencial más cara del centro de la ciudad. Todavía se conocía dicha zona por ser el “Silk Stocking

District,” (distrito de la media de seda), precisamente porque aquí no había absolutamente nada barato. Convivían en perfecta armonía los llamados “townhouses”, más elegantes de fachadas de mármol, construidas para ricos magnates como los Astors y los Tiffanys en los años 1880-1900, con los grandiosos edificios ultramodernos, como el Hall Rosé.

Los vecinos de este modesto barrio disponían del Museo Metropolitano de Arte, del Museo Guggenheim y del Museo Whitney de Arte Americano muy cerca, para cuando tuvieran un ratito de aburrimiento, solo necesitaban bajar a la calle y meterse en cualquiera de estos museos para pasar la tarde, cosa que a Elizabeth le fascinaba. Para cualquier aficionado a la buena comida y a las compras de moda a la última, Upper East Side satisfacía los gustos más exigentes, no había sitio mejor en toda la ciudad para ello.

Elizabeth entró en el edificio más selecto de la zona a toda prisa. El Hall Rosé lo formaban 30 plantas. Estaba construido con los más lujosos, modernos y selectos materiales del momento, por supuesto, todos ellos sostenibles. Cada vivienda que lo componía contaba con todo tipo de tecnología punta. Un claro ejemplo de ello era que al entrar en la casa, después de marcar el código personal para desbloquear la alarma, unos rayos infrarrojos calculaban tu peso, altura y rasgos faciales. Automáticamente, si no correspondían con los del propietario, una alarma saltaba en la centralita de Seguridad.

- Vamos, que si engordo 5 kilos los de Seguridad se enterarán, ¡Por Dios, qué stress! - Le decía su madre a Elizabeth riendo al comprarse la casa.

Había una única vivienda de 700 metros cuadrados por planta. Con garaje privado, desde donde el ascensor, mediante un código individual, te llevaba directamente a tu planta, sin paradas innecesarias. Mediante dicho sistema se evitaba que alguien que no tuviera el código pudiera subir del garaje a las viviendas.

El Edificio se había llevado varios premios de arquitectura y sostenibilidad. Para adquirir una de estas viviendas, como mínimo, debías de ser hijo del Presidente, que, precisamente

vivía debajo de Elizabeth, por lo que todos sus vecinos eran, cuanto menos, millonarios.

El eco de sus taconazos retumbó por todo el recibidor al pisar el mármol blanco y negro de formas geométricas que lo componía.

Robert, el portero del edificio, levantó la cabeza por encima de su cubículo, soñoliento, para comprobar de quién se trataba. Le extrañó ver a la señorita Hudson a esas horas de la madrugada, además de sola, sin su guardaespaldas.

Robert era un hombre de unos 60 años, con pelo canoso y ojos avispados marrones. No aparentaba tener la inteligencia de la que estaba dotado. Llevaba trabajando de portero 42 años, durante los cuales, había estudiado Derecho y Economía, pero nunca ejerció de ello, le encantaba realmente su trabajo de portero, realmente tenía vocación. Además, trabajar en el edificio “Hall Rosé” para él, era el culmen de su carrera profesional.

Hoy en día, el servicio de portería estaba pasado de moda. Lo que antiguamente se consideraba un lujo, ahora mismo era un gasto innecesario para los vecinos, o al menos así lo pensaba Elizabeth. Pero la mayoría de propietarios del Rosé, tenía una edad avanzada y preferían una persona con la que hablar por las mañanas del tiempo y les recibiera a cualquier hora con una sonrisa, a un guardia de Seguridad serio y con pistola...

- ¡Vaya pandilla de paletos!, con un buen equipo de Seguridad, tendríamos mejor servicio y nos costaría la mitad de dinero que ese... cotilla bicentenario –Les gritó Elizabeth a todos los célebres vecinos en la última reunión de la Comunidad mientras se marchaba cabreada, dejándoles allí plantados con las bocas abiertas.

Cualquier periodista se mataría por asistir a una de estas reuniones. Actrices, actores, altos cargos políticos, modelos de élite, empresarios, presidentes... Todo un elenco de popularidad. Robert la recibió medio dormido y sorprendido de verla semidesnuda, con ese ¿pelo?, más bien parecía que llevaba un gato naranja peleándose con algo en lo alto de su cabeza... Se

apresuró a decirle:

- Buenas noches señorita Hudson, ¿puedo ayudarla en algo? ¿Se encuentra bien? –Preguntó con la mejor de sus sonrisas

Al escuchar el típico y aburrido tono pelota del portero chismoso, que habían contratado hace dos meses en contra de su voluntad, ella pasó de largo, ni siquiera le miró, ni mucho menos le saludó. Se dedicó a pegar un puñetazo en el botón del ascensor plateado del siglo XVIII. Se situó dándole la espalda al pobre de Robert, mientras esperaba a que bajara el ascensor. Con el mismo humor entró y marcó la clave que la llevaba directamente al ático.

Robert no tenía la culpa de que le hubieran contratado, pero ella tenía muy claro que no se iba a llevar bien con él. Era una guerra abierta en la que sólo había un bando.

Una vez entró en casa, lo primero que hizo fue quitarse los tacones y tirarlos a la basura, con tanta saña, que tiró el cubo metalizado al suelo tras ellos, armando un gran escándalo...

- ¡Seguro que ha sido culpa de estos malditos zapatos!, si es que todo me indicaba que no me los tenía que comprar, no sé por qué coño sigo ignorando las señales... ¡Ag!

Elizabeth miró la papelera, arrugó la nariz y corrió a recogerlos, casi abrazándolos a modo de disculpa... “¡son unos Blahnik!, los pobres no tienen culpa de nada, la única culpable eres tú, siempre cometes el mismo error, ¡so mema!”, le decía su yo maligno en medio de la tormenta de sus pensamientos.

En plena reconciliación con los tacones, apareció de pronto John en escena en el medio de la cocina, con una pistola en la mano y cara de pocos amigos. Realmente parecía que estaba protagonizando una película de gánster.

La única noche libre de John en un mes, la había dedicado a hacer un poco de limpieza en su apartamento, que estaba junto al de Elizabeth, más bien, era una parte acoplada al inmenso ático, separada de éste por una pared. No se sentía muy bien estando a más de 5 metros de ella, ya que era su guardaespaldas, pero ella prácticamente le había obligado a “tener un poco de tiempo libre para hacer... sus cosas”.

- Mis cosas, como bien dice, están todas relacionadas con usted, no creo que sea buena idea que vaya sola a ningún sitio, mi trabajo es protegerla y si la señorita está en una punta de la ciudad y yo en la otra, con el debido respeto, creo que me resultará bastante difícil, si no imposible, realizarlo correctamente - Le dijo John quemando el último cartucho antes de retirarse.

- Tonterías, todos tenemos asuntos privados, ¡hasta tú! Ve a darte una vuelta, emborráchate, tírate a una piscina... yo que sé, pero déjame esta noche tranquila, tendré cuidado, ¡pesado!

- Pero señorita Hud...

- Es una orden John... ¡Punto!

Y se largó dando un portazo tras ella.

Al ver a Elizabeth de esa guisa en medio de la cocina, se quedó pasmado y lo único que acertó a articular el grandullón fue algo parecido a:

- Dime que estás bien

Había veces que se hablaban de usted y otras de tú, no había una regla fija. Normalmente John solía hablarle de usted cuando estaba cabreado.

Ella lo miró con cara de chiste y solo le dijo un “Hum” y movió la mano como echándole.

- Quiero estar sola esta noche, como te dije John, gracias, puedes retirarte.

Él no acababa de irse, y Elizabeth le dijo mirándole como si estuviera quemándose los pies con brasas:

- ¿Estás sordo o en verdad te has emborrachado y no me oyes? ¡¡Adiós!!

- Como usted mande señorita Hudson -Se fue sin hacer el menor ruido.

- ¡Joder qué pesado!

Se terminó de desvestir, es decir, se quitó la gabardina, y la colgó cuidadosamente en el vestidor, ¡obviamente no era culpa del abrigo de 20.000 euros lo que había sucedido con Mark! Era uno de sus favoritos, nunca tendría culpa de nada.

Fue completamente desnuda a través de la gran cocina y del gran salón al baño principal. Dio al grifo del agua caliente y programó la temperatura a 28 grados en el jacuzzi de mármol negro hecho a medida para ella. Echó unas gotas de aceites árabes de jazmín, que le trajo de Dubái uno de sus “amigos”. Era el olor que más le gustaba.

Mientras se llenaba la bañera, volvió al salón a prepararse una copa de Whisky de malta puro escocés, Talisker, reserva de 20 años. Solo, con dos hielos, en vaso bajo y ancho.

Una vez preparado el baño, se puso los cascos del ipod con Metallica a todo volumen. La banda sonora de su vida era muy pintoresca, y desde luego en estos momentos Metallica le venía ni que al pelo, “Master of Puppets” para ser más exactos.

La música y el whisky le ayudaron a tomar una decisión con respecto a Mark. ¡Una muy buena decisión!

“Lo aniquilaré. ¡Sí!” su yo maligno se frotaba las manos con una sonrisa perversa.

Cuando ya tenía los dedos arrugados por el agua, y el whisky empezaba a hacer su efecto, salió del baño. Se arregló el pelo, que volvió a ser sedoso de nuevo, cubriéndole la espalda en una cascada de rizos rojos.

Volvía a ser ella.

Tras mirarse en el espejo con cara de enfado, se dijo “¿Pero qué he hecho mal esta vez?, no lo entiendo”...

Decidió que ya había dedicado demasiado tiempo a pensar en Mark y se acostó en su King Bed de 3 x 3 metros de hierro forjado negro, traída de Estados Unidos especialmente para ella.

Parecía un guisante en medio de una plaza de toros, le encantaba sentirse así de pequeña en algún sitio. Alguna vez.

Y se durmió.

Profundamente.

CAPÍTULO 2

Elizabeth era una de esas mujeres que cuando cruzaba un paso de cebra, hacía que se le calara el coche al que estuviera esperando que pasara.

Si le decía a algún hombre “salta”, lo único que él acertaba a decir es “¿desde dónde?”.

Cuando entraba en cualquier sitio era el centro de todas las miradas. Nadie podía competir con su belleza.

Era una musa, una diosa.

Y ella lo sabía.

A las 7 de la mañana del lunes, Elizabeth Hudson entraba con paso firme por las puertas giratorias de Hudson Enterprises. H.E. estaba situada en el llamado Financial District, es decir, el centro financiero de Nueva York, en la punta meridional de la isla. La empresa compartía calle con edificios tan emblemáticos como la Iglesia de la Trinidad, el Banco de la Reserva Federal, “Old Custom’s House” (La Vieja Aduana)... La Bolsa de Nueva York también estaba muy cerca, a dos manzanas, en Wall Street.

Cuando estaba cansada de trabajar, se iba de compras, un entretenimiento sofisticado, a la zona de South Street Seaport, que estaba muy cerca si iba a pie, allí disponía de las mejores marcas y tiendas más exclusivas del mundo.

Sus tacones negros de Louis Vuitton no emitían sonido alguno debido a que el edificio estaba todo enmoquetado con alfombras persas en color negro. Si no, se la hubiera oído dos manzanas más abajo.

Le encantaba el sonido de los tacones, lo estilizadas que hacían sus piernas, y cómo se volvían los hombres al verla pasar con ellos..., y sin ellos. Llevaba el pelo recogido en una sofisticada trenza roja que comenzaba en lo alto de su frente y usaba gafas de pasta gruesa a juego con la ropa que llevara ese día, que sólo llevaba para leer en el ordenador y que le daban un aire de

señorita Rottermeyer increíblemente sexy.

Cuando entraba por la puerta de la empresa, los hombres debían concentrarse mucho en no girarse a mirarla, incluso los que llevaban ya años allí trabajando. Elizabeth tenía una de esas bellezas que nunca te cansas de mirar. Además, al género femenino le pasaba lo mismo que al masculino, la admiraban, tanto por su físico espectacular, como por su forma de ser.

Ese poder que ejercía con su sola presencia no era muy frecuente entre las personas. Era una líder nata y los demás lo notaban. Se respiraba en el ambiente.

Todo el edificio era gris, suelo negro y muebles blancos. Un equipo de investigadores neoyorquinos había hecho un estudio específicamente para ella, dando como resultado que la combinación de estos “no colores” entre sí, hacían que los trabajadores no se distrajeran, ni pensarán en cosas que no fuera el trabajo. Ayudaban a la concentración.

Ella, evidentemente, tenía un armario de ropa blanca y negra para vestirse al menos un año entero, sin repetir modelito, con zapatos y bolsos a juego, por supuesto. El rojo de su pelo ya aportaba bastante colorido al asunto.

Elizabeth había contratado un Personal Shopper que se encargaba de todo. Gracias a él, ni siquiera tenía que salir a probarse ropa ni pasar agobios en ninguna tienda. Garner era un hombre joven, marcadamente gay, con el que se pasaba tardes enteras discutiendo sobre moda. Él le llevaba a casa ingentes cantidades de vestidos, trajes y conjuntos para verse tranquilamente en su vestidor de espejos en casa y opinar juntos al respecto. Los que no quería, los devolvía, pagando siempre un suplemento muy generoso por dicho préstamo. Aunque en realidad, todas las firmas se peleaban porque eligiera algún modelito suyo, incluso gratis.

El vestido que luciera Elizabeth Hudson, era garantía de salir en las portadas más prestigiosas de tirada nacional e internacional y esa publicidad no tenía precio.

Los empleados de Hudson Enterprises debían cumplir con la estricta norma de ir vestidos de manera formal, en blanco,

negro, o gris. Pelo recogido ellas, pelo peinado hacia atrás ellos. Nada del otro mundo. Cuando alguien veía algo en blanco, negro y gris, inmediatamente lo relacionaba con Hudson Enterprises.

Al formalizar el contrato en H.E., era imprescindible que los trabajadores firmaran un acuerdo de confidencialidad en el que, tanto estando dentro, como una vez dejaran la empresa, fuera por el motivo que fuese, no podrían desvelar a nadie nada de lo que allí se hacía. Si esto sucediera, el que se fuera de la lengua, tendría que pagar a la empresa tal cantidad de dinero, que mejor ni pensarlo. Nunca se le había ocurrido a nadie, y si se le pasó por la cabeza en algún momento, cualquier abogado que se preciara, le habría quitado la idea.

No se hablaba de puertas para afuera de NADA que ocurriera de puertas para dentro. Regla básica número uno.

El equipo de Recursos Humanos seleccionaba exquisitamente a los empleados. Se les daba instrucciones claras. Todos sabían cómo actuar, los modales y la apariencia de la empresa ante todo.

Elizabeth se encargaba de hacer la entrevista final personalmente a cada empleado. Siempre había pensado que para tener éxito en el mundo de los negocios, el secreto era rodearse de gente valiosa, al menos tanto o más que tú mismo, y sobre todo, la lealtad.

Siempre tuvo un sexto sentido para captar “el alma” de la gente, como la decía su abuela. Esa agudeza en cierta forma la había llevado donde estaba. La mujer más rica e influyente de la ciudad y la tercera del país, con tan solo 26 años. Lo que no dejaba de suscitar tanta admiración, como envidias, admiradores y detractores (estas últimas, en su mayoría, féminas).

Ese día, Elizabeth Hudson se sentó en su despacho, situado en la décima planta. Estas diez primeras plantas del edificio eran suyas en propiedad y las otras diez, hasta la vigésima que constituía la totalidad del inmueble, eran de una Editorial. Su dueño, el señor Williams, se quería jubilar pronto, por tanto, Elizabeth esperaba

que llegara el año siguiente, en que esto sucediera, para comprar las plantas restantes y poder sentarse en su deseado despacho de la vigésima planta. Ese era su sueño, porque desde allí se podían admirar las impresionantes vistas del río Hudson, de la Estatua de la Libertad y de la Ellis Island.

Lo primero que hizo esa mañana, en cuanto se sentó en su amplio sillón de cuero blanco, junto al escritorio, fue llamar a su secretaria, Betty, (desde luego nada tenía que ver con Betty la fea) y la ordenó que trajera al Jefe de Prensa.

Al rato, Betty entró en el despacho informándola que el señor Simon estaba en una reunión y que le había dicho que no podría atenderla hasta el medio día. Elizabeth frunció el ceño, miró desafiante al manojito de nervios en que se había convertido su secretaria y la ordenó que lo interrumpiera para traerlo inmediatamente a su despacho.

- Pero señorit... -Intentó responder Betty

- ¡Aunque le tengas que traer por las orejas Betty! ¡Largo! –Le gritó Elizabeth sin compasión señalando la puerta del despacho.

Betty agachó la cabeza, porque intuyó que su jefa estaba de muy mal humor esa mañana y no convenía enfadarla más. La secretaria preferiría interrumpir una reunión del mismísimo Presidente del Gobierno, antes que enfadar a Elizabeth. Cuando Betty salió del despacho atemorizada, Elizabeth, diciendo que no con la cabeza, susurró demasiado alto “¡qué inútil!”.

A los dos minutos, Betty anunciaba al Jefe de Prensa en el despacho y detrás de ella aparecía el señor Simon.

- Gracias Betty, puedes retirarte. –Dijo Elizabeth sin mirar en su dirección, concentrada en lo que fuera que tuviera en la pantalla del ordenador.

El señor Simon entró y cerró la puerta tras de sí, apoyándose en ella con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Arrogante. Vestido con un impecable traje gris de Giorgio Armani hecho a medida y una camisa blanca con corbata gris plata. Se percibía que cobraba más que bien. Sus ojos azules resaltaban demasiado en su cara, debido al tono moreno de su

piel, y se clavaron en Elizabeth nada más verla, recorriendo su cuerpo de arriba abajo, sin cortarse.

Desde luego, el señor Simon no era lo que se dice precisamente feo, más bien, todo lo contrario, al menos eso le parecía al 99,9% de la población femenina mundial. Aunque él sólo tenía ojos para una sola mujer, la cual ni siquiera se dignaba a mirarle en aquellos precisos momentos.

Él comenzó a hablar con una sonrisilla de autosuficiencia, mientras avanzaba despacio hacia la mesa, pensaba que estaría arrepentida por lo que sucedió el otro día y que le iba a suplicar disculpas...

- Espero que tengas una buena excusa para hacerme quedar mal en medio de mis empleados, e interrumpir una reunión tan importante como la que estábamos celebrando. Como bien sabes, llevamos meses intentando captar al cliente y le acabo de dejar plantado ahí abajo, por ti.

Lo dijo tranquilo, sin más.

Ella levantó sus enormes ojos verdes de gata de la pantalla del ordenador y le miró fijamente. Un escalofrío recorrió el cuerpo del señor Simon, poniéndole sumamente nervioso, esa mujer ejercía tanto poder sobre él...

- Permíteme aclararte en primer lugar que son MIS empleados, no tuyos.

- Liz no seas borde por favor –A él le tembló un poco la voz

- Lo hiciste, rompiste nuestro acuerdo –A ella no le temblaba para nada

- Liz, de verdad cariño, podemos aclararlo todo en el almuerzo, luego te llevo a comer a ese Restaurante que tanto te gusta y lo hablamos tranquilamente, si te parece, ahora no es momento, te lo suplico -Se acercó a ella rodeando la mesa, pero ella le detuvo en seco con un stop de la mano.

- No me vuelvas a llamar Liz, de ahora en adelante soy la señorita Hudson para ti. O Elizabeth si lo prefieres, como mucho, y desde luego ni mucho menos cariño ni nada que se le parezca. No va a haber comida Mark, no va a haber más

comidas, ni más nada de nada ¿me has entendido?, te lo quiero dejar bien claro, hemos terminado.

- Joder Elizabeth no puedes estar diciéndolo en serio. ¡Me estás matando! –Se llevó las manos a la cabeza sin salir de su asombro, mirándola incrédulo.

- Mark cuando todo esto empezó te dejé bien claro que no era nada más que sexo. Tú aceptaste. La regla esencial era esa. No había sentimientos de por medio. En el momento en que uno de los dos los tuviera, se terminaría. Y tú rompiste el acuerdo. Se ha terminado, es fácil de entender, creo yo.

Ella lo dijo sin ni siquiera pestañear y mirándole a los ojos, no titubeó ni se puso nerviosa, para ella estaba muy claro, todo tenía un principio y un fin.

- Elizabeth solo te dije que te amaba, y tú saliste corriendo despavorida en plena noche, como si lo que te hubiera dicho es que he matado a alguien. Me vuelves loco, no puedo pasar ni un solo segundo sin pensar en ti, nunca antes se lo había dicho a nadie ¿tan malo es que te exprese mis sentimientos? Yo desde luego no lo planeaba así, pero ha ocurrido y es lo que siento. No puedo hacer nada.

- Es lo que dijimos precisamente que pondría fin a lo nuestro Mark, y lo has hecho. Fin.

- Por el amor de Dios ¿y qué querías? ¿que siguiera acostándome contigo ocultándote que estoy enamorado de ti, como si no pasara nada?

- No. Has hecho bien en decírmelo, por esa misma razón no te voy a despedir, cosa que pensaba hacer para no ponerte las cosas más difíciles. Te doy la opción de decidirlo tú mismo.

- Estoy pillado por ti hasta los huesos Elizabeth, ¿qué crees que voy a elegir? No podría estar apartado de ti ni un solo día.

- Con la indemnización y la recomendación que te daría, no tardarías en encontrar otro trabajo igual o mejor que este. Piénsalo bien.

Mark abandonó su posición, que hasta ahora había intentado mantener sumisa y en calma, acorralándola con las dos manos

apoyadas en el reposabrazos de su butaca, con lo que tenían sus caras a dos centímetros escasos uno del otro.

Le susurró.

- No puedo creer que estés hablando en serio. ¿De verdad que todas las noches que hemos pasado juntos no han significado nada para ti?

- Sexo –Ella le quitó las manos del sillón, girándose y quedando de espaldas a él.

- Me decepcionas Liz. Me estás rompiendo el corazón ¿sabes? Danos una oportunidad, podemos intentarlo. ¿Por qué no? –Se volvió a poner delante de ella

- Señorita Hudson por favor. No se lo voy a volver a repetir señor Simon. Y ahora si me disculpa, estoy muy ocupada. Y usted, creo que también.

Mark bajó la mirada, se dirigió a la puerta abatido, la abrió y antes de cerrarla le dijo apuntándola con el dedo:

- Voy a luchar por ti Elizabeth Hudson y no vas a poder hacer nada para evitarlo.

Cerró de un portazo tras él, antes de que ella pudiera amenazarle:

- Por su bien, espero que no

CAPITULO 3

Pasados unos días desde su “no ruptura” con Mark, dado que no tenían nada que romper, según ella, Elizabeth seguía inmersa en su trabajo. No descansaba ni día ni noche. Estaba absorta en el nuevo cliente y todos los objetivos que debían cumplir para que éste firmase el contrato con ellos.

Sonó el teléfono, Elizabeth lo cogió sin mirar la pantalla, porque solo estaba autorizada Betty a llamarla a su número directo. Al segundo, ya se estaba arrepintiendo de no haber echado un vistazo previo, era su madre, la llamó para recordarla que comiera, que estaba muy delgada, bla bla bla. ¿Por qué la habría dado el código para llamar a su despacho directamente, sin el filtro de Betty? Esto demostraba que no era tan inteligente como todos decían.

- Sí mamá, sí mamá, sí, lo que tú digas mamá...- Lo repetía poniendo los ojos en blanco- Me pregunto cómo habré sido capaz de sobrevivir todo este tiempo sin ti...Mamá...

Al otro lado del teléfono se escuchaban las voces de su madre despotricando por burlarse. Ella se apartaba el auricular de la oreja mientras tanto, mirándolo con cara de asco, mientras seguía escribiendo en el teclado del ordenador tan tranquila.

Al rato, Elizabeth estaba peinándose los rizos aburrida con un bolígrafo, su madre había pasado al modo colega y estaba oyéndola sin escucharla, sus aventuras y desventuras en “la playa de los ricos”, como ella decía.

Estaba riéndose de lo absurda que era su madre, cuando de repente, vio pasar un hombre por delante de su despacho. Estaban las persianas levantadas, con lo que, tanto él la podía ver a ella, como ella a él. Aunque él tardó más tiempo en hacerlo, ya que estaba como distraído, buscando algo, parecía... perdido.

El susodicho andaba de una manera elegante y segura. Llevaba un traje de chaqueta impoluto, que le quedaba como un guante, era alto, moreno, fuerte... En seguida captó la absoluta atención de Elizabeth, que colgó a su madre sin la menor compasión, dejándola con la palabra en la boca.

Ella observaba al hombre misterioso con los ojos entrecerrados, como una pantera observando a un pajarillo que se posa justo

delante de su nariz.

Inesperadamente, se cruzaron las miradas, fue una milésima de segundo, furtivamente, pero a Elizabeth se le detuvo el pulso en ese preciso instante.

Fue como si el tiempo se parase, Elizabeth notó un calor en todo su cuerpo que hizo que cruzara las piernas inconscientemente, ni se enteró de lo que pasó inmediatamente después. Cuando despertó de este repentino shock que acababa de sufrir y quiso reaccionar, ya no había nadie por allí.

Se levantó rápidamente, como pudo, porque le temblaban las piernas “¿pero qué coño...?”, y salió corriendo del despacho, mirando por los pasillos.

Pero ya no estaba allí.

No lo encontró por ningún sitio. Ni rastro.

- Betty ¿has visto un hombre que acaba de estar aquí? Creo que no estaba citado, parecía desorientado, mira a ver si tenía cita y si no, encárgate de averiguar si ha salido del edificio. Puede ser peligroso.

- Si señorita Hudson.

Estuvo toda la mañana aturdida, no se concentraba en nada. Esos ojos... ¿¿Eran violetas?? Seguro que debido al estrés se lo había imaginado. ¿Habría sido una alucinación?

Pasó el día y no consiguió localizarle.

Poco a poco fue pasando la semana y ninguna señal del hombre misterioso.

“Oh, venga ya, déjalo de una vez, pareces una fan descontrolada de hormonas, buscando a un tío que ha aparecido un segundo en la oficina” le decía su yo malvado.

“Pero es que era tan...perfecto”, le decía su yo bueno, con corazones en los ojos.

CAPÍTULO 4

Hudson Enterprises era una gran multinacional hoy en día, pero Elizabeth había empezado siendo una trabajadora autónoma con nombre propio, nada más terminar su carrera de Derecho Internacional con 22 añitos.

Sinceramente, al principio contaba con pocos medios para pagar ni si quiera la cuota de la seguridad social, cosa que hacían sus padres a duras penas cada mes.

El primer intento de Elizabeth fue un despacho de consultas de Derecho, pero debido a la poca clientela que acudía, tuvo que cerrar a los dos meses, puesto que no le llegaba el presupuesto para pagar ni el alquiler del local.

Al poco tiempo, la contrataron en un prestigioso bufete de abogados, donde el director se encaprichó con ella nada más verla, pero nunca valoró su lado profesional. Solo sus piernas. Ni siquiera la entrevistó, ni se dignó a ver su currículum. Elizabeth se sintió desvirtuada, podría haber sido un ama de casa sin estudios, o una asesina en serie y ese hombre la hubieran contratado igual, sólo por sus pechos. Pero necesitaba el dinero desesperadamente y ese trabajo le aportaba la experiencia que tanto necesitaba en su haber.

Un buen día, uno de los abogados más importantes del bufete, sufrió un accidente de coche camino al Juzgado, impidiéndole

asistir a un juicio que llevaban preparando desde hacía 5 años. Defendían a una empresa rusa de lujo, que estaba al borde del escándalo si se hacía público este juicio, y más aún si lo perdía. El dueño, el multimillonario Nicolai Vaslav estaba acusado de prevaricación, tráfico de influencias, blanqueo de dinero y lo más grave, trata de blancas.

Así que se la jugaban todos a una, tanto ellos, como la empresa de Vaslav.

El director del bufete se vio obligado a pedirle a Elizabeth que fuera de abogado defensor al juicio, ya que era la única que estaba libre esa mañana y tenía la carrera de Derecho Internacional. Ella aceptó gustosa que le brindara esa oportunidad, aunque no lo sopesara bien, ya que no tenía ni idea de qué iba el caso, y era lo más importante que había hecho nunca. Esto podría lanzarla al estrellato o al infierno profesional.

El juicio se desarrollaba sin ninguna opción de ganar para ellos. Elizabeth se iba informando de las cosas a medida que transcurría la sesión. Todas las pruebas inculpaban a la empresa de Vaslav y estaba claro que habían cometido cada delito que se les imputaba...No había escapatoria, a los rusos les iban a caer unos cuantos miles de millones de multa y unos cuantos años de cárcel.

Pero Elizabeth era muy observadora y cuando el abogado de la acusación se sentó junto al demandante, vio cómo éste le apretaba el brazo y le guiñó un ojo, muy sutilmente, nadie se percató de este gesto, solo ella... Entonces, de repente, lo vio todo claro, como una revelación, y ésta cambió su destino.

Elizabeth se levantó en medio de la sala y empezó a hablar sobre cosas que ni siquiera figuraban entre los papales que tantos años habían preparado todos esos prestigiosos abogados, ni pruebas, ni discursos, ni comunicación no verbal... No tenía nada. Solo su intuición. Se lanzó de cabeza a una piscina que no sabía si estaba llena o vacía, pero ya había dado el salto, no había vuelta atrás.

No sé quien se quedó más anonadado, si el equipo del bufete, el

director jefe, la empresa defendida o el demandante... Pero desde luego, nadie se quedó indiferente cuando la joven terminó su exposición.

Ella planteó su teoría, con fuerza, con convencimiento y determinación, creyendo en lo que estaba diciendo, y esto fue lo que transmitió al Tribunal. Y por supuesto al Juez.

El resultado del juicio fue a favor de la empresa defendida por Elizabeth y ella casi se cae desmayada cuando el juez pronunció la sentencia. ¡Había ganado! Sin ninguna ayuda, ella sola.

En cuanto el representante de la empresa de Vaslav, Dimitri, salió por la puerta de los Juzgados, llamó a éste para contárselo, y el mismísimo empresario ruso quiso hablar inmediatamente con esa brillante abogada que había ganado el caso, pero ella se había marchado. La citó por medio del bufete a la mañana siguiente en su despacho, para agradecérselo personalmente y así comenzó todo.

Elizabeth Hudson entró en el despacho del ruso más poderoso probablemente de muchos países, y él, al ver a la joven, no pudo por más que quedarse petrificado, sin ni siquiera poder parpadear.

Al final acertó a tenderle la mano:

- Nicolai Vaslav -Hablabla con un muy marcado acento ruso, con una voz poderosa y firme, más bien peligrosa y firme.
- Elizabeth Hudson –Dijo ella un tanto intimidada

Se estrecharon la mano

- Por todos los dioses, ¿pero cuántos años tiene usted señorita?
- 22 años señor Vaslav.
- Disculpe mi mala educación, sé que nunca se debe preguntar la edad a una dama, pero me esperaba alguien más... ¿cómo lo diría yo?, con más experiencia. Me ha sorprendido su juventud. Tome asiento por favor.
- No se preocupe, lo entiendo.
- Cuando mis empleados me han contado su hazaña, no he podido resistirme a agradecerle personalmente habernos salvado de la devastación económica que se nos venía encima y

que casi teníamos asimilada, dadas las circunstancias, y de repente aparece usted, como un ángel vengador y ¡destapa a ese impostor y a sus secuaces!

Se tocaba su pelo blanco sin dar crédito todavía.

- ¿Qué quiere señorita? ¿Cómo puedo agradecer lo que ha hecho por nosotros?

- No tiene que agradecerme nada señor, es mi trabajo, sólo lo hice lo mejor que pude, eso es todo. Tuve suerte –Elizabeth se encogió de hombros

- ¿Lo mejor que pudo? Ese atajo de abogados de pacotilla llevan años sacándome los cuartos, sin sacar nada en claro y llega usted y desbanca a todos de un plumazo, ¡con 22 años!, Señorita Hudson en ese bufete hay abogados de renombre que llevan toda la vida en esto y no han sabido enfocar el caso como lo ha hecho usted, ¿eso le parece suerte?, permítame que le diga que a mí no.

- No sé qué decirle señor, gracias por sus palabras.

- No. Gracias a usted. Tome mi número personal, Dimitri se pondrá en contacto con usted en un par de días para que le dé tiempo a pensar qué quiere para agradecerle su ayuda. A parte de eso, tiene mi número, para lo que sea que necesite, en cualquier momento, llámeme. Le debo una, de las gordas. Mientras no lo haga, estaré en deuda con usted, y eso, a los rusos no nos deja dormir por las noches –Le guiñó un ojo

- Gracias de nuevo señor, es muy amable, pero no es necesario, de verdad, solo cumplía con mi deber, puede dormir tranquilo.

Nicolai Vaslav se levantó y le estrechó la mano, un apretón fuerte y la despidió diciéndola:

- Nunca pierda su fuerza señorita, es lo que la diferencia del resto, es usted especial. Suerte y espero que nos volvamos a ver.

Salió por la puerta estupefacta, se sentía como una hormiga en el gran cañón. Insignificante.

Efectivamente en dos días recibió la llamada de un número oculto

- ¿Si? –Dijo un tanto asustada

- Dimitri al habla ¿ha pensado como quiere ser retribuida ya, señorita Hudson? –Sonó una voz de hombre con marcado acento ruso.

Ella le contestó que no tenía ni idea, a lo que Dimitri le dijo

- En ese caso, mire en su buzón - Y colgó el móvil.

Llegó a casa muy nerviosa, incluso más que en el juico, ¿y si se estaba codeando con la mafia rusa?, ¿Qué clase de “retribución” le habrían dejado en el buzón ese hombre? ¿Y si se trataba de una bomba de los enemigos de Vaslav por ayudarle a salir del hoyo? Era una ingenua, siempre se fiaba de la gente. Temblando, metió la llave como pudo en la puertecilla del buzón, miró, pero no parecía haber nada, metió la mano y tocó un sobre, pequeño, ahí no cabía mucho dinero, ¿se estarían riendo de ella? Al menos tampoco cabía una bomba.

Lo abrió.

Desdobló el papel que contenía el sobre y se cayó de culo al suelo, literalmente, no llegó a desmayarse, pero muy poco le faltó.

Cuando pudo volver a respirar, se levantó del suelo y corrió escaleras arriba, en dirección a su apartamento, un zulo alquilado en las afueras de la ciudad, que compartía con su hermana, ya que tal escasez de espacio, por llamarlo de una forma educada, no se podía compartir con nadie que conocieras menos que a una hermana. Las alternativas eran: o un familiar muy cercano, o un novio.

- ¡Sarahaaaa! ¡Sarahaaa!

Sarah salió despavorida de la casa al oír a su hermana chillando, pensó que la había atacado algún depravado en el rellano, ya que la zona no era muy fiable, pero cuando la vio la cara, enseguida supo que no eran malas noticias lo que traía. Su amplia sonrisa la delataba.

- ¿Qué pasa Liz, estás loca, por qué chillas así? ¡Me has asustado!

- Sarah siéntate, siéntate por favor –Elizabeth respiraba a duras penas, mientras entraba empujando a su hermana y se sentaban

en el sofá las dos juntas.

Sarah la miraba muy asustada, y Liz le pasó el papel que tenía entre sus manos sin más dilaciones...

- ¿¿¿10 MILLONES DE EUROS???!!! ¿¿A TU NOMBRE??
¿Pero qué demonios...?

Elizabeth no la dejó ni terminar la frase, la cogió de la mano y se lo contó todo como pudo, ya que la emoción no la dejaba hablar muy coordinadamente, ¡sólo podía reírse!

- Vístete hermanita, ¡Nos vamos a celebrarlo! –Dijo Elizabeth toda orgullosa.

Y esa noche fue la última en que tuvieron problemas económicos. Cenaron en el restaurante más prestigioso comida que ni sabían que existía. Se bebieron todos los cubatas que había en la ciudad, en las discotecas más selectas... Nunca volvieron a ser las mismas.

A la semana siguiente, las dos hermanas Hudson estaban viviendo en un dúplex, en el centro de la ciudad, de 200 metros cuadrados con piscina. Era de su propiedad, pero unos meses más tarde, Elizabeth lo puso a nombre de su hermana cuando se casó con Jack, como regalo de bodas. Cuando Sarah se quedó embarazada, lo vendieron por el doble de dinero que le había costado y se trasladaron a las afueras, a New Jersey, comprándose una mansión gigantesca en una de las urbanizaciones más exclusivas de la zona, Far Hills, a poco más de media hora en coche del centro neurálgico de la ciudad, y con la diferencia de dinero, lo amueblaron a su antojo.

Elizabeth pagó también la hipoteca de sus padres de la casa del pueblo y les compró un chalet en primera línea de playa, en Malibú Beach nada menos, desde el que se veía el mar a tiro de piedra sentado en el porche.

Aún así, Elizabeth seguía teniendo tanto dinero... ¿Qué iba a hacer con todo eso?

Pasó mucho tiempo pensando a qué se quería dedicar, en qué podría invertir.

Sarah lo decidió antes que ella.

Las dos hermanas estuvieron inmersas en la selección del local ideal para montar el Salón de belleza. La situación, decoración, selección de personal... Ahí se le fue un buen pellizco, pero garantizaba la estabilidad económica, incluso la riqueza de la que actualmente disponía, a su hermana y su familia. Y esto para Elizabeth era más importante, incluso, que su propio bienestar.

Un buen día, Elizabeth estaba tirada en el sofá de la casa de la playa, mientras observaba cómo su madre la amueblaba con la ilusión de una niña pequeña, sin mirar etiquetas, sólo revistas de decoración, diciéndole:

- ¿Te lo puedes creer Liz?, Voy a tener una casa ¡que querrán sacar en las revistas de decoración más prestigiosas! ¡Voy a hacer la competencia a las ricas!

Después de toda una vida de duro trabajo, y esfuerzos para sacar dos niñas adelante, con tiempos de bonanzas y de hambrunas, sus padres se tenían más que merecida una tregua...

Entonces allí mismo se le ocurrió la gran idea. No quería jefes tiranos como habían tenido sus padres.

¡Iba a montar su propia empresa!

Pero, para ello, necesitaría la ayuda de un asesor financiero, y un viejo amigo del pueblo era uno muy codiciado actualmente en la ciudad. Así que tuvo que tragarse su orgullo y llamar a Peter.

Sin entrar demasiado en detalles, Peter fue su primer “novio” del pueblo, del que con 13 años piensas que estás totalmente enamorada, te atreves incluso a besarle en los labios, te jura amor eterno y al tiempo descubres en la cama con una chica mayor. Liz no pudo superarlo, le rompió su tierno corazón, y desde entonces, no volvió a tener nada parecido a un novio.

A lo mejor, gracias a ese shock en su adolescencia con su primer “amor”, se debía su actual lado destroyer con los hombres. Estos, no eran para ella más que meras piezas en un tablero, que ponía y quitaba a su antojo, sin que ni siquiera ellos mismos pusieran objeción alguna.

Entre los dos investigaron el mercado. Después de muchas charlas y visitas a multitud de compañías, se decantaron por

montar una empresa de Organización de Eventos.

Gracias a esto también, Elizabeth le pudo dar a su querido amigo Peter la patada en los huevos que siendo niña no le dio. “El que ríe el último, ríe mejor” ya que Peter se quedó colgado de ella en cuanto la vio aparecer por la puerta, 10 años después de su historia de juventud y todavía hoy en día sigue soñando con ella, arrepintiéndose de lo que la hizo, cada día.

Si, Hudson Enterprises organizaba todo tipo de eventos. Desde fiestas de beneficencia de multimillonarios, hasta viajes de negocios, pasando por discursos de políticos, presentaciones de productos nuevos que se lanzaban al mercado...Por este motivo tenía un variopinto elenco de empleados, pero siempre los mejores. Desde luego con unos salarios astronómicos y un horario de lujo.

Desde el primer día que abrieron la empresa, Elizabeth contaba con su primer cliente y padrino, el ruso Nicolai Vaslav. Al que complació contratar sus servicios para una campaña publicitaria muy agresiva de una nueva aplicación para el móvil, que prometía revolucionar el mundo entero, y así lo hizo. Lo revolucionó. Reportándoles a los dos una ingente suma de dinero.

Un cliente trae a otro, te vas haciendo un hueco en el mercado...

Hoy en día, si el evento no contaba con el sello Hudson, no tenían nada que hacer, eso lo sabía todo el mundo.

Esto reportaba unos 100 millones de euros limpios al año, libres de impuestos, sueldos... Es decir, sólo para Elizabeth. Sin contar con las innumerables comisiones que pagaban las marcas por ser anunciadas por ellos.

Y así, al mismo tiempo que creció la empresa, ella pasó de ser la simple Liz, a Elizabeth Hudson. De niña estudiante, pobre, acomplejada, indecisa, temblorosa y vergonzosa, a una mujer de indiscutible éxito, segura de sí misma y arrolladora en todos los sentidos.

CAPITULO 5

El lunes, al entrar por las puertas de la empresa, se respiraba un aire distinto, ella no sabía decir qué era exactamente, pero le hacía presentir que algo raro sucedía. No estaba segura.

Se sentó en su sillón de reina mora en su despacho. Enseguida sonó el teléfono, esta vez era el móvil, lo cogió, “Sharuchi” parpadeaba en la pantalla, con la foto de sus dos sobrinitos riendo y la canción de “Nada puede cambiarme” de Paulina Rubio, el “Sha la la la la” caracterizaba a su hermanita, desde luego.

- Dime bolita, date prisa, que hoy estoy muy liada –Dijo Elizabeth sin ni siquiera un cordial “buenos días”

- Siento mucho tu pérdida Lizzi –El saludo de “bolita” a Sarah, hizo que ésta no se molestara en hacerle ni una suave introducción al tema, la cabreaba muchísimo que la llamara así, lo hacía a posta desde que se quedó embarazada y no podía perder más peso. “Ojala engordes 50 kilos cuando tengas hijos y verás lo que se siente”, pensaba Sarah encolerizada

- ¿De qué estás hablando? Y no me llames Lizzi, ¡sabes que lo odio!

- ¡Pues tú no me llames bolita coño!...-Para que Sarah dijera una palabrota, muy gordo debía ser el asunto

- ¡Oh, venga ya, es cariñoso tonta, perdón! ¿Contenta?, eres un bombón. ¡Oh, tampoco, espera, eres un fideo, un espárrago

delgadísimo!...

- ¡Para ya idiota! -Sarah acabó riéndose
- ¿A qué pérdida te refieres? –No se andaba con rodeos.

Elizabeth pudo ver a su hermana poniendo los ojos en blanco.

- La pérdida de tu gran sueño dorado de sentarte en el vigésimo piso para mirar a los humanos como hormiguitas insignificantes a tus pies, mientras se mueven a tu voluntad.

- Eso es imposible, miro todos los días los informes y el viejo todavía no se ha jubilado, ahí le tienes dando caña.

- Pues serás la última en enterarte cari, porque todos los periódicos anuncian hoy el traspaso de la Editorial de padre a hijo, jajajja. ¡Vaya sorpresa!, ¡ahora tendrás que esperar a que se jubile el hijo! -Sarah se partía de risa solo de imaginarse el cabreo de Elizabeth en ese momento -Con un poco de suerte, podrás disfrutar un par de días de la vigésima planta antes de jubilarte... a no ser que... ¡Este hombre vuelva a tener un hijo! – No podía ni respirar de la risa la graciosa de su hermana

Elizabeth no tuvo paciencia para aguantar tonterías y la colgó el teléfono, así sin más. Últimamente lo hacía mucho.

Se metió rápidamente en internet para ver el periódico digital y efectivamente era cierto, la Editorial se traspasaba. No había muchos detalles, más bien ella no leyó nada más. Le invadió tal arrebató de ira, que no pudo más que llamar a John para que viniera a buscarla inmediatamente.

- ¡¡¡John te quiero aquí ayer!!!

Cuando John aparcó derrapando en el garaje privado, al borde del ataque de nervios, pensando que la había pasado algo, ella ya estaba allí esperándole, con los brazos cruzados.

- ¿Qué pasa señorita Hudson? ¿Se encuentra bien? –John salió despavorido del coche en su dirección

- No. Estoy muy, pero que muy cabreada, dame las llaves.

- Señorita no creo que en su estado...

- ¡Dame las malditas llaves John!

No le quedó otra al grandullón que dárselas con resignación

- Tenga cuidado por favor.
- Ya veremos

Apretó el acelerador de su Veneno y salió disparada a la autopista más cercana, necesitaba respirar, necesitaba estar sola, pensar. Se puso las gafas de sol de aviador. Puso Marilyn Manson a todo volumen, “The beautiful people” y el coche a todo gas, apagó el móvil y se mezcló con el asfalto durante una hora o más, sin destino.

Dios, cómo amaba a ese coche.

Hacía casi 4 años que había comprado el edificio para su empresa. No lo pudo comprar en su totalidad, que era la idea inicial, porque el señor Williams poseía las últimas diez plantas y la había pedido que para el poco tiempo que le quedaba hasta su jubilación, quería hacerlo en activo y le daba pena abandonar la Editorial, por los empleados que llevaban con él toda la vida, etc. Entonces acordaron que Elizabeth se establecería en las diez primeras plantas, hasta que, pasados los 4 años en los que el señor Williams se jubilara, le vendería su parte del edificio, siendo así el edificio completo de Hudson Enterprises cuando Elizabeth cumpliera los 27 años. Se lo pensaba auto regalar en su cumpleaños.

Pero el viejo traicionero no había cumplido su palabra, y no firmaron ningún contrato, porque ella se fiaba de un “viejecito entrañable”, como les dijo a sus abogados cuando la recomendaron hacerlo todo por escrito.

Y ahora el viejecito entrañable la había jodido, pero bien.

- ¡¡¡Será cerdo!!!

Ya no le quedó ánimo para volver a la oficina, si lo hacía, iría directamente a la vigésima planta a matar a ese bastardo y decidió tomarse el día libre para irse al ático a cavilar. Además todos sus empleados estarían al tanto del asunto. Había quedado como una tonta.

Cuando conectó el móvil de nuevo, tenía como mil llamadas perdidas de Betty y Elizabeth la llamó a ver qué pasaba.

- Hudson Enterprises, buenos días, le atiende Betty, secretaria

personal de Elizabeth Hudson, ¿en qué puedo ayudarle?

- Puedes ayudarme diciéndome, por ejemplo, para empezar, por qué cojones tengo mil llamadas tuyas en mi móvil, y para terminar, puedes decirme ¿por qué coño ese viejo cabrón me ha traicionado vilmente!? ¿Lo sabes Betty?

- No señorita Hudson, lo siento, yo solo la quería informar de...

- ¡Pues entonces no puedes ayudarme, joder!

Y la colgó dejándola con la palabra en la boca. A la pobre y educada Betty, que casi se mea encima.

Acto seguido se tomaba su tercer Bourbon de un trago.

- ¡Déjame capullo!

John la tiró en su cama y la quitó los zapatos, casi en una lucha cuerpo a cuerpo, que claramente un hombre de 100 kilos ganó con bastante facilidad.

Cuando por fin John la dejó arropadita en su cama, ella tenía todo el rímel corrido, ¡y eso que era waterproof! El pelo volvía a ser un gato despeluchado en su cabeza, de tanto revolvérselo y tenía puesto un pijama de cuadros rojos de franela, que no se hubiera puesto ni su abuela, para sentirse anti sexy, aunque hasta con ese atuendo lo estaba.

¿Dónde estaban ahora esas revistas de moda que decían que tenía mucha clase y glamour?

Quería sentirse desgraciada en todo su esplendor. Y con la borrachera que llevaba encima, lo consiguió.

CAPITULO 6

Al día siguiente, entró en la empresa, no tan firme como siempre. La resaca, aunque se había tomado un par de pastillas para combatirla, le estaba jugando una mala pasada.

- Debo recordar para la próxima vez que las penas flotan –Se decía mientras se ponía los zapatos en casa, apoyada en la pared. Con ese dolor de cabeza, lo último que le apetecía era oír la voz chillona de Betty, ni siquiera se acordaba de haber hablado ayer con ella. Así que, cuando pasó por delante de su mesa, ésta se levantó corriendo para darle los buenos días y ofrecerle disculpas y un café, la quiso decir también algo urgente, pero con un gesto de la mano, frunciendo el ceño, Elizabeth la mandó sentar y la dijo:

- Betty no me digas nada. Más tarde por favor.

Nada más entrar en el despacho, allí encima de su mesa tenía un ramo gigante, al menos de 30 gardenias rosas. Elizabeth enarcó una ceja, pensando “Uf lo que me faltaba ahora, un admirador secreto para rematar la faena, ¿es que tanto tiempo libre tiene la gente?”. Lo rodeó sin acercarse, mirándolo con cautela, como si fuera una bomba que tenía que desactivar.

Había una nota, la cogió sin rozar las flores y volvió a separarse del ramo rápidamente para leer:

PARA LA MUJER MÁS INCREIBLE DEL MUNDO. TE ECHO DE MENOS. Mark.

Se sentó en la silla con la nota en la mano, mirándola como si en realidad fuera una amenaza de muerte.

Con los ojos en blanco, mirando al techo, se balanceaba en su

silla giratoria, de derecha a izquierda y viceversa. Como un gato pensando cómo cazar al ratón.

Respiró hondo, cerrando los ojos y se levantó de nuevo de un brinco.

Abrió la ventana, cogió las flores y las tiró para abajo, junto con la nota hecha añicos con saña.

Gracias a Dios, en el último segundo, soltó el jarrón de cristal que las contenía de nuevo en la mesa. ¡Por poco!

Desde luego, no tardó mucho tiempo en llegar a oídos de Mark. La gente en la calle decía que llovían flores y el rumor se extendió por toda la empresa en dos minutos. Menos mal que la nota era ilegible de tantos trozos en que la había convertido y no supieron nunca ni de quién procedía, ni a quién iba dirigida.

“Le han dado calabazas”... “pobre desgraciado”, se reían entre todos...

A la salida del trabajo, Mark la estaba esperando. Elizabeth le pudo ver tras la puerta giratoria, apoyado en una farola con las manos en los bolsillos de su carísimo traje azul. Se cruzaron las miradas, pero ella pasó de largo, Mark avanzó tras ella y la agarró por el brazo, girándola para que se dignase a mirarle

“¿Dónde está John cuando se le necesita?” pensó Elizabeth

- ¿Tenías que ser tan bestia? ¿No te bastaba con pisotearlas y que yo al menos no me enterase?

- ¡Quería que lo supieras!, ¿no llegas hasta ahí? –Le dijo ella mientras se soltaba bruscamente de su brazo y continuaba andando, dejándole atrás.

- ¡Te amo Liz!

- ¡Déjeme en paz señor Simon, o le denunciaré por acoso!

- Hace dos semanas me decías que no parase, no me decías que te dejara en paz... ¿Ya me has sustituido?

Mark no pudo ni terminar la frase, porque el bofetón que ella le asestó le hizo volver la cara para el otro lado, ¡ni la vio venir!

Elizabeth se le acercó más, agarrándole por la corbata a modo de estrangulación, pegando su cara a la de él, como si le fuera a besar, y mirándole fijamente a los ojos le dijo en un susurro:

- Vuelve a decir eso en voz alta, y te juro que el próximo que saldrá volando por la ventana serás tú.

- Liz, por favor, te lo suplico, haré lo que me digas, lo que sea, solo tienes que pedirlo y lo tendrás...-Estaba arrodillado delante de ella e intentaba agarrarse a su falda

- ¡Un poquito de dignidad Simon! –Le escupió Elizabeth mirándole con cara de asco

Justo entonces apareció John, esta vez en el Porsche Cayenne rojo, aparcó a sus pies de un derrape. Salió fuera con la excusa de abrir la puerta a su jefa y se plantó en medio de los dos, echándole una mirada intimidatoria a Mark. Ella se metió en el coche mientras Mark quedaba atrás, no se distinguía muy bien si llorando.

- En el momento en que me lo pida, ese hombre quedará fuera de órbita señorita Hudson, empieza a ser molesto. No me gusta.

- No te preocupes John, se cómo manejarle, no creo que vuelva a hacerlo, tranquilo.

Elizabeth volvió a su palacio de cristal, donde todo era perfecto.

Había habido tortas por conseguir el ático del Hall Rosé.

Multimillonarios y gente muy influyente del país y de fuera, lo había intentado adquirir. Un jeque árabe era el candidato con más opciones. Pero, casualidades del destino, el constructor conoció a Elizabeth 15 días antes de abrirse la subasta, y en cuanto la miró a los ojos una noche, le faltó tiempo para darle las escrituras. Si ella se lo hubiera pedido, hasta se lo hubiera regalado.

El famoso constructor podría haberlo vendido por el triple, aunque estaba muy bien vendido, por un precio más que razonable, pero para este hombre enamorado, el haber estado con Elizabeth, valía mucho más que todos los millones que hubiera de diferencia. La hizo feliz y con eso le bastaba.

Esto no quería decir que Elizabeth se acostara con él a cambio del ático, cosa que las malas lenguas todavía afirmaban. Es que ya se habían acostado sin saber quiénes eran cada uno de ellos, se gustaron nada más verse en una cena benéfica. Pasada una

semana, hablando en la cama, fue cuando descubrieron que él vendía y ella quería comprar, ¿por qué no sacar beneficio de las jugadas del destino?

Así que, tras uno de los mayores escándalos inmobiliarios de la historia, la subasta se abrió con el ático ya adjudicado.

Pasaban los días sin novedades.

El cliente potencial se convirtió en cliente real y todo salió a pedir de boca. Un par de viajes a Hong Kong, unas reuniones aquí y allá... Nada especial.

El plano laboral marchaba más que bien. Pero Elizabeth seguía teniendo un pensamiento en la cabeza, que no desaparecía. Unos ojos que le parecieron... ¿violetas?

CAPITULO 7

Una mañana cualquiera, en Hudson Enterprises, a eso de las 11, Elizabeth estaba en su despacho retocando el proyecto final para la presentación de una Cadena Hotelera que iba a abrir un famoso millonario, un tal Roc. Todavía no le conocía personalmente, sólo de oídas y cotilleos, a los que no dedicaba demasiado tiempo, ella sólo leía la sección de Economía de mil periódicos distintos cada día, no tenía tiempo para chismes.

Había tratado todo el asunto de los Hoteles con el jefe de Marketing de estos y se sentía un poco ultrajada, ya que el señor Roc ni se había dignado a presentarse, ni si quiera una llamada de teléfono, y esto era inconcebible. Era ella la que estaba demasiado solicitada y todos se morían por concertar una cita de negocios en su empresa. Venían empresarios de la otra punta del mundo por el amor de Dios, y este caballero, que estaba a tres manzanas, ni siquiera la escribió un mail..."Todo se aclarará, tranquila, habrá un motivo de peso", se intentaba auto convencer.

Comenzaron a sonar unos ruidos en el techo de la oficina. Arrastrar cosas. Golpes. Taladros... Mmmmm.... “¿Qué era todo eso?”, en el piso de arriba no había nadie, no debía de haber nadie. Ya que el viejo se había replegado hacía ya meses, con los pocos empleados que le quedaban, en la última planta. Su estimada vigésima planta. Entonces, o alguien estaba robando, o... ¿Estarían haciendo una reforma? ¡Sí!, pero ¿para qué?, ¿por qué?, ¿quién?...

Toda esta incertidumbre la estaba matando, tenía que saber qué estaba pasando y quién osaba interrumpir su maravilloso y preciado tiempo con ese escándalo. Pero, sobre todo, por qué no habían dado previo aviso de que iban a hacerlo. No contaban con su aprobación, ¡esto no estaba pasando!

En cuanto terminase el borrador de la presentación, se encargaría de este asunto.

Trató de volver a su afanado trabajo, pero el martilleo no la dejó concentrarse. Se levantó de la mesa con los ojos inyectados en sangre.

Betty de pronto observó atónita cómo Elizabeth atravesaba el vestíbulo con los puños cerrados a ambos lados del costado, dando zapatazos y gritando improperios...

En vez de mandar a Betty a degollar al autor de este desastre, y dada la naturaleza inofensiva de su secretaria, por alguna inexplicable razón, fue ella misma, en persona, la que cogió el ascensor y subió a la planta once, dispuesta a lanzar una granada a cualquiera que anduviera por allí. “¿Ves? Ahora te hubiera venido bien haberte comprado un bazoca” le decía su yo perverso disfrazado de militar y la cara tiznada de negro.

Las puertas del ascensor se abrieron.

Para su sorpresa, la planta estaba diáfana. Habían tirado todos los tabiques y quitado los muebles, parecía un piso fantasma. Cada paso que daba con sus infinitos tacones retumbaba con gran eco. “¿Pero cuándo han hecho todo esto?” iba pensando

- ¡Hola! ¿Hay alguien? -Gritó

Nadie contestó.

Decidió ir a una especie de biombo que dejaba escondido el único rincón que no se veía a simple vista nada más entrar, de allí deberían provenir los ruidos. Eso ¡o serían los fantasmas! Con el cabreo que tenía, mataría también a los fantasmas.

Según se acercaba, comenzó a oír de nuevo el ruido, cada vez más cerca y por fin, rodeó el biombo.

Un hombre de un metro noventa estaba de espaldas, subido en una escalera, con unos vaqueros caídos a la cadera que dejaban entrever, cuando se giraba un poco, el músculo oblicuo mejor definido que había visto nunca. Se adivinaba un trasero de infarto, y para rematar la faena, tenía el torso desnudo, sin camiseta, exhibiendo descaradamente todos sus definidos músculos de brazos y espalda, con unos hombros redondos, anchos y musculosos...

El sujeto en cuestión estaba taladrando la pared con unos cascos de música puestos. Así que Elizabeth, inconscientemente, decidió admirar el paisaje un poco más, antes de aniquilar sin piedad al pobre obrero. Atolondrada por cómo se le marcaba cada músculo de la espalda y las venas de los brazos al hacer fuerza contra la pared con el aparato que sostenía. Estaba completamente absorta en sus no muy castos pensamientos con este imponente ejemplar masculino “parece que tiene la piel muy suave”, “vaya fuerza debe tener”... Se lo imaginaba encima de ella, debajo, delante, detrás... “¡Uf qué calor hace aquí!”

- ¿Hola?

- ¡¡¡AAAH!!! -Elizabeth dio un brinco, acompañado de un grito, al salir de golpe de su ensoñación y descubrir que el obrero del taladro no solo se había dado la vuelta y la estaba mirando, sino que también la estaba hablando.

Ella se llevó la mano al corazón, le faltaba el aire para respirar

- Joder, ¡qué susto!

- Creo que eso debería decirlo yo –Dijo él enarcando una ceja desde lo alto de la escalera

Ella volvió a mirarle, al recobrar un poco el aliento, pero inmediatamente se quedó sin habla de nuevo.

Allí estaban esos ojos... ¡¡¡violetas!!!!

Sí, eran violetas de verdad, y la miraban de arriba a abajo, “¿será descarado!”.

Dios mío, ¡¡¡¡Era él!!!!

Se puso tan nerviosa, que intentó apoyarse en el biombo, éste se tambaleó cayéndose al final y ella casi se cae tras él, de no ser porque el obrero la atrapó entre sus poderosos brazos justo antes de que cayera de bruces contra el suelo. ¿Pero cuándo había bajado ese hombre de la escalera? ¡Jesús!

Cuando la sujetó por la cintura, ella sintió como los calambres que dan los carros de la compra. Una energía fluyó por todo su cuerpo, concentrándose casi toda en el centro, un poquito más abajo del ombligo, más bien.

Él la intentó soltar para colocarla de nuevo en pie, pero esa mujer se tambaleaba como un flan. Así que la sostuvo por la cintura un instante más, mirándose los dos a los ojos fijamente.

Elizabeth no era capaz de emitir sonido alguno. Se le había secado la boca de repente y la lengua estaba inerte en su boca, desmayada. El cerebro no mandaba ninguna señal a ningún sitio, estaba allí, alucinado admirando esos ojos violetas y se auto desconectó del sistema. Sus piernas tampoco querían quedarse en su sitio, solo eran capaces de temblar como flanes...El corazón galopaba libremente, como nunca, a un ritmo frenético, que parecía que iba a salir a darse una vuelta por la sala...Este hombre la había colapsado completamente.

Inmediatamente intentó recobrar la compostura, haciéndose dueña de sus actos y se separó educadamente de su salvador, que no la quitaba ojo de encima. Parecía que se la quisiera comer entera, “Todos los obreros son iguales, hasta una vaca pastando les parecería atractiva”, decía su yo maligno mientras se recolocaba el traje mirando a ese hombre de reojo “¿Puedes hacerme el favor de volver a la vida y dejar de parecer una auténtica mema?” su yo maligno esta vez la miraba a ella con los brazos cruzados indignado.

La estaba poniendo muy nerviosa con esa mirada penetrante y esa sonrisa a la que acompañaban dos hoyuelos muy pero que

muy sexys. Sudado. Despeinado. Barba de tres días. Medio desnudo. Esos ojos violetas... uf.

Elizabeth comenzaba a entrar de nuevo en shock, a soñar despierta...

Un carraspeo la sacó de su nueva ensoñación calenturienta... ¿pero qué demonios la estaba pasando por todos los santos?!

- ¿Puedo ayudarla en algo señorita? –Su voz era ronca, grave y fuerte

“Oh joder, y para rematar la faena tiene una voz que me embruja, ¡¡VAYA VOZ!! ¡Huye mientras puedas!”, le gritaba su yo perverso lanzándose por la ventana.

Elizabeth tomó aire y se concentró en pronunciar alguna palabra “venga pedazo de idiota, ¿has sufrido un derrame cerebral o que te pasa?”

- Eeeeh, si, si si si... Venía a preguntarle... cuál es la razón por la que está usted haciendo este alboroto... Y por qué no he sido informada de ello –Dijo todavía titubeando y oyéndose su propia voz, demasiado aguda.

Seguro que él se estaba dando cuenta de que le había provocado una parálisis cerebral, pero es que no conseguía reaccionar, estaba completamente bloqueada. Solo acertaba a mirarle.

- Discúlpeme señorita ¿Pero debía usted de ser informada... por algún motivo en especial? –Él la miró con una ceja levantada, cruzado de brazos delante de ella, parecía incluso divertirse ante esta extraña criatura que había irrumpido de repente en su vida.

De pronto, ante esta maleducada contestación del obrero, una chispa saltó en el interior de Elizabeth, incendiando todo a su paso y poniendo la maquinaria a todo gas de nuevo. Sin saber por qué, también dejó de llamarle de usted, (“Pues porque ¡era un simple obrero!”, me acaba de informar el yo maligno colérico)

- ¡Claro que sí! ¡Este es MI edificio y nada pasa aquí sin MI consentimiento! Estás robándome un tiempo que ni te imaginas lo que cuesta. Tu sueldo de por vida no llegaría a tanto. Así que

hazme el favor de coger tus cosas ¡e irte a la mierda!

Y con esas, Elizabeth se dio la vuelta y se marchó, dando taconazos hasta el ascensor, sin mirar atrás ni una sola vez.

¿Los ojos violetas pertenecían a esa bestia parda escandalosa?

Pues vaya decepción.

CAPITULO 8

Llegó el fin de semana.

El domingo por la mañana transcurrió con normalidad.

A las 8 John y ella fueron a correr por el parque, a una distancia prudencial, desde luego. A no ser que fueras muy, pero que muy observador, rozando el investigador profesional, nunca adivinarías que tenían algo que ver uno con el otro. Ese, entre otros era el trabajo de John. Si ella corría, él corría. Si ella saltaba, él saltaba, y si ella iba a la luna, él la seguiría para que ningún marciano la soplase.

John tenía unos 40 años, más o menos. Medía casi 2 metros y era mestizo. Iba siempre rapado. Tenía unos brazos del tamaño de cuatro muslos de Elizabeth, llenos de tatuajes, duros como piedras y siempre iba con traje de chaqueta y corbata, decía que

así disimulaba mejor el arsenal de armas que llevaba debajo. Menos cuando iban a correr, que llevaba el chándal. Tenía los ojos verdes y una sonrisa blanquísima y perfecta que nunca nadie le había visto. Al menos nadie que siguiese vivo. Elizabeth le seleccionó en una de las agencias de seguridad más prestigiosas del país. No era el más recomendado, pero fue el único que le dijo que no iba a trabajar para ella. Tenía un currículum intachable. Después de haber estado en el ejército, incluso en una guerra, ser el perrito faldero de una niña rica no estaba entre sus prioridades, pero al final llegaron a un acuerdo económico. Pactaron 5 años y luego lo renegociarían. John contaba cada segundo para que se pasaran los 5 años, ya que cada vez se lo ponía más difícil. Aunque debía admitir que había cogido algo parecido al cariño a esa caprichosa.

Cuando acabaron el recorrido, Elizabeth entró directamente en la cadena de belleza integral de su hermana Sarah. Abrían el domingo exclusivamente para ella, y no le salía precisamente barato, a pesar de ser de la familia.

Habían negociado el acuerdo de los domingos hacía ya tiempo y a Sarah le resultaba rentable perderse ese día con sus hijos, ya que sólo con ese dinero podría vivir holgadamente el resto del mes. Así que decidieron que las chicas estarían disponibles para Elizabeth en exclusiva ese único día a la semana, que no tenía que estar metida entre papeles, ordenadores, reuniones ejecutivas y viajes internacionales.

Por supuesto, este acuerdo contaba con la supervisión de la jefa, su hermana. Bien claro lo dejó Elizabeth cuando le dijo:

- ¿No pretenderás dejarme sola con ese atajo de inútiles?, te quiero allí, conmigo en todo momento

A lo que Sarah acabó claudicando.

Las inútiles a las que se refería, eran reclutadas escrupulosamente de otros salones, o acababan de terminar sus estudios y eran recomendadas por el decano. Pero todas eran famosas por su talento y profesionalidad. Las mejores.

Sinceramente, Elizabeth lo que quería era tener un pretexto para pasar un día juntas, aunque fuera a la fuerza y a base de separar a

una madre de sus hijos. En el fondo, Sarah también lo agradecía. Sarah era 2 años mayor que Elizabeth, tenía una complexión delgada, pero al haberse quedado embarazada de los mellizos no había conseguido perder 10 de los 30 kilos que engordó, y es que en esos 9 meses comió como si se acabara el mundo y no hubiera un mañana. Elizabeth le decía

- Sarah para un poco o los niños no van a tener espacio con tanta comida ahí dentro. ¡En vez de parirlos, los vas a vomitar!

Era morena y llevaba el pelo a la altura de los hombros y un flequillo recto a los “Pulp Fiction”, en lo único que se podrían parecer es en los ojos de gata, aunque Sarah los tenía azules claros.

Todos la querían, era un ángel.

Al haber permitido que Elizabeth le comprara el salón de belleza de sus sueños, consintió que tomara el mando de la relación entre ellas, y se cambiaran las tornas. La hermana mayor pasó a ser la sumisa y la pequeña la líder. Más tarde descubrió que eso era mucho más cómodo, que estar continuamente preocupada por la loca de su hermana.

Aunque en un principio estudió Económicas para montar la empresa de sus sueños, al final se decantó por el salón, porque la gustaba mucho el mundo del “cremeo y marujeo”, como lo llamaba Elizabeth.

Siempre estaba puesta en las últimas tendencias, estudiando técnicas nuevas y revolucionarias. Para ello, acudía a seminarios y cursos mensualmente. Las marcas más prestigiosas de cosmética hacían cola para que las usara o vendiera allí.

Desde luego, “Sharones” se había convertido en uno de los centros de belleza más cotizados de la ciudad, por no decir del país, ya que venían “celebrities” del extranjero y tenían lista de espera, incluso de semanas.

Que la gran Elizabeth Hudson acudiera allí también ayudó bastante, todo sea dicho. La gente pensaría que su belleza se debía a los “Sharones”...

En conclusión, no les iba nada mal.

Sarah apareció con su indumentaria de trabajo, un mono negro, ajustado, corto de tirantes en verano, largo con camiseta debajo en invierno y zuecos fucsia.

- ¡Hola amor! ¿Qué tal estás? ¿Cómo ha ido la semana?

Se dieron dos besos y un abrazo no muy cercano, por el sudor de correr, pero Elizabeth la contestó con un “ahora te cuento”, mientras se metía en el baño turco.

Después le dieron un masaje de chocolaterapia, seguido de un baño de naranjas y luego un hidromasaje de limón y almendras.

Hicieron el recorrido de hidroterapia a regañadientes, pasando las piedrecitas. Piscinas de agua fría y agua caliente, pleniluvios, lluvia de estrellas... De todo. Si por ella fuera, solo se daría masajes, lo demás era un “sufrimiento innecesario”

Limpieza y peeling.

Una sesión completa de hidratación japonesa (que según Sarah, es lo último en cremas de alta gama), con su correspondiente masaje. Le quedaba el cuerpo para 5 días que parecía de terciopelo.

Y para terminar, peluquería, manicura y pedicura.

- Para estar divina hay que sufrir cari. -Le dijo Sarah aguantándose la risa, guiñándola un ojo.

Sabía que su hermanita odiaba toda la parafernalia que conllevaba el estar divina.

Las reuniones de altos ejecutivos entre hombres, en las cuales sólo había una o ninguna mujer, requería el estar perfecta físicamente, como mínimo. Así estaba el mundo. Y Elizabeth superaba la prueba, con creces.

Y así pasaban las cuatro horas de sesión de belleza, que en realidad le servían más para desconectar de la vida cotidiana, que para embellecerse, porque lo perfecto no se puede perfeccionar más. A sus 26 años no necesitaba muchos cuidados.

Al terminar, se reunía con Sarah en “la sala de los ronquidos”, así lo llamaban ellas, porque era una salita con hamacas colgantes del techo y una iluminación semi oscura, decorada con vinilos gigantes de pájaros de colores y cascadas, con el sonido

del agua corriendo de fondo... Y lo mínimo que podías hacer ahí ¡era roncar!

Se sirvieron una copita de Champagne, que tenía Sarah enfriándose especialmente para ellas, y junto a unos anacardos, que eran los preferidos de Elizabeth, se despanzurraban las dos en las hamacas y pasaban otro par de horas hablando de lo que habían hecho entre semana. Es decir, riéndose una de la vida de la otra, básicamente.

Sarah le contaba que un día de estos iba a tirar a los niños por la ventana

- Son la luz de mi vida, en serio, no concibo qué era de mí antes de ellos, no le veo sentido. Pero hay algunos días en que parece que se ponen de acuerdo para tocarme las narices y me entran unas ganas de coger el coche y desaparecer... ¡Menos mal que a los cinco minutos se me pasa!...

- Jajajajaja, qué exagerada eres Sharuchi. No se te ocurra abandonar a mis sobrinos, ¿o te piensas que la tita Liz se iba a encargar de ellos tan bien como lo haces tú? Se te da fenomenal ser mamá, siempre te vi como la madre ideal, en serio. ¡Lo llevas en los genes!

- Qué va, eso lo dices porque no tienes ni idea de lo que es ni siquiera estar con un niño más de los 2 estrictos minutos de un saludo. Cualquiera te parecería buena madre.

- Tienes razón, pero es que ese extraño complejo de madre que tenéis todas las mujeres, simplemente no ha nacido en mí. Lo tendré atrofiado. Es más, ¡detesto a los enanos!, y ellos a mí, por supuesto, me rehúyen. Son como los perros cuando huelen el miedo, jajaja. No he nacido para ser madre, ¿qué le vamos a hacer? Me tendré que perder los vómitos, las cacas, los lloros, el dejar de ser persona para pasar a ser despojo humano... esas cosas hermanita –Decía mientras ponía cara de asco

- Eres más burrita hija... Bueno, déjate de rollos y háblame de ese noviete nuevo, ¿Cómo se llamaba Mark?

- Sarah te he dicho mil veces que no tengo novio, que cuando lo tenga serás la primera en enterarte, pero de verdad que este chico no es nadie, sólo un empleado más.

- Pues no es eso lo que me contó Jessi cuando os vio el otro día, por lo visto ibais muy acarameladitos...

- ¡Esa es una cotorra!, ya me encargaré de ella cuando la vea. Maldita sea.

Eso era lo que pasaba cuando permitía a alguien acercarse en público a ella, en un nanosegundo, con un mínimo roce... siempre alguien estaba ahí para verlo, ¡era increíble!

- No te desvíes del tema, ¿qué ha pasado esta vez?, ¿No llevaba calzoncillos?, ¿se ha despeinado?, ¿te ha rozado en público?... ¿Qué te pasa Liz? ¿Nunca vas a dejar que alguien llegue a tu corazón? Vas a acabar sola cariño. Eres joven, guapa, culta, inteligente, una mujer de éxito, ¿Por qué te empeñas en apartar a todos los hombres de tu lado?

- Bueno, bueno, hermanita, tanto piropo... ¿es que me vas a pedir algo o qué? Para tu información, yo no los aparto, es solo que no los dejo acercarse, es muy distinto.

- ¿Pero cuál es el motivo Liz?

- Es muy simple, no me gusta compartir más tiempo del necesario con un hombre Sarah, no tengo ganas, son escoria. Deberían exterminarlos. Mi tiempo es oro y es para mí. Me aburro con todos, me cansan, solo sirven para una cosa y algunos ni para eso, créeme.

- ¡Oh Liz, no seas vulgar!

- ¿Pero por qué todo el mundo piensa que una mujer tiene que estar con un hombre para ser feliz? Yo no necesito ningún parásito que chupe del bote, al que lavar los calzoncillos, eso es todo. ¡La Edad Media ya pasó!

- Pero ¿no te sientes sola? En esa cama tan grande seguro que echas de menos que alguien te abrace.

- En esa cama tan grande pasan cosas que ni tú misma te atreverías a imaginar y cuando quiero estar sola y disfrutar de ella, lo estoy.

- Desvergonzada

- Es muy simple, cuando quiero vienen, cuando quiero se van. Sin complicaciones. ¡Eso sí que es ser feliz!

- No tienes remedio Elizabeth Hudson, serás una solterona reguñona toda la vida.

Sarah la retorció la hamaca al levantarse, tirándola al suelo, haciendo que Elizabeth se pegase un gran porrazo.

- ¡¡¡Ehhhh capulla!!! ¡Encima querrás que te pague!

- Jajajaja (mientras corría dentro), ¡a esta sesión invito yo!, ha merecido la pena con tal de ver tu divino culetazo... -Sarah desapareció llorando de la risa.

Elizabeth apareció en la calle, tocándose el trasero, con cara de dolor, se había dado un buen golpe, ya se la devolvería con creces a la loca de su hermana mayor, la muy...”¡Zorra!”

John en cuanto la vio, aparcó el Lamborghini Veneno negro con tapicería de cuero negra justo a sus pies, evitó una sonrisa en cuanto Elizabeth hizo una mueca de dolor al sentarse, solo dijo mirándola por el retrovisor:

- Los salones de belleza no son tan inofensivos como parecen

- ¡Cállate John!, la graciosa de mi hermana me las pagará como me salga un moratón

Y así concluyó el domingo.

Tranquila en el ático.

Leyendo una novela en su sofá de piel blanco, que presidía el inmenso salón frente a la chimenea de piedra, mientras, a la vez, contemplaba el atardecer por el ventanal que la permitía ver toda la ciudad a sus pies.

CAPITULO 9

Por fin llegó el gran día, el martes. La gran presentación de la Cadena Hotelera Roc estaba preparada. Hasta el último detalle estaba controlado. Todo saldría bien. Como siempre, claro.

A las 9 de la noche, Elizabeth se subió la cremallera lateral de su vestido rojo Valentino hecho a medida. Se miró por última vez en el espejo y le gustó lo que vio. El vestido iba atado al cuello con tres filas de diamantes. Espalda al aire hasta donde ésta pierde su honesto nombre. Largo hasta los pies. Solo se veía la puntita de sus sandalias de tacón de aguja finísimo del mismo

color que el increíble vestido. Se ceñía perfectamente a sus elegantes curvas, que estaban justo donde debían estar e increíblemente definidas. Con metro setenta y siete de altura y 60 kilos, Elizabeth tenía un cuerpo de infarto.

“Pero qué buena estoy, joder”, pensó.

El pelo lo llevaba en un recogido alto, que dejaba escapar algunos rizos a lo largo de su espalda, para lucir bien los pendientes de rubíes que le había regalado su buen amigo, Tony, que era actualmente el gerente de Tiffany. Cogió su mini bolso y John la llevó hasta el Hotel, donde se celebraba la ceremonia de presentación.

El Hotel Roc Central, era donde se celebraba el evento. La Cadena “Roc Hoteles” constaba de 20 Hoteles por todo el mundo, pero éste iba a ser el que centralizara la dirección de todos los demás, y por supuesto, el más lujoso. Estaba situado al sur de Central Park, en la esquina de la 5ª Avenida con la 59 Street, al lado de Tiffanys. Desde sus lujosas habitaciones se disfrutaba de las vistas del parque, justo en frente, y del perfil urbano de Nueva York. A tan solo dos minutos andando estaban las elegantes tiendas de la 5ª Avenida. Y a unos diez minutos el Rockefeller Center.

El Hotel era impresionante, ventanales gigantescos para dar luminosidad a cada habitación, ropa de cama y cortinas de la más alta calidad. TV plana, hidromasaje, últimas tecnologías para dirigir con el bluetooth del móvil, salas de fitness y cines... No le faltaba detalle.

El Restaurante se hizo famoso enseguida por sus exquisitos menús de temporada, dirigidos todos ellos por el chef Jordan Manson, con tres estrellas Michelin.

Al llegar, Elizabeth saludó a casi todos los allí presentes.

Se reunió con el equipo directivo de H.E. Todos estaban nerviosos, más por lo que ella pudiera criticar, que porque el trabajo saliera mal, pero a Elizabeth no le temblaba el pulso, ya que era prácticamente imposible que algo se complicara.

Como siempre, estaba todo bajo el más estricto control. Era muy meticulosa en repasar mil veces cada detalle, así, la más mínima

probabilidad de error se subsanaba antes de que pudiera producirse.

- Hay que anticiparse a los acontecimientos –Les decía siempre a todos, y les iba realmente bien siguiendo este lema.

Mark rezumaba nerviosismo, pero era debido, más bien, a que le estaba poniendo la carne de gallina el ver a Elizabeth con ese vestido, mejor aún, el imaginársela quitándoselo. Se estaba poniendo malo. Pero se obligó a asentir simplemente con la cabeza cuando la vio y mirar hacia otro sitio. No se dirigieron la palabra en toda la velada.

Iluminación, decoración, empleados. En orden.

El catering comenzó a servir las copas y los canapés a los invitados. A su debido momento.

La música sonaba en su justa medida.

Los anfitriones estaban en el sitio especificado recibiendo a la gente.

La presentación en diapositivas y 3D estaba lista para ser visualizada en el equipo preparado.

Elizabeth estaba tan tranquila, que hasta se permitió tomar una copa, hablando distendidamente con algún que otro invitado que pudiera ser potencial cliente, por supuesto, si no, no perdía el tiempo. Ella era, prácticamente, el centro de atención de todas las miradas y conversaciones, no se había puesto ese vestido para no serlo.

Llegó el momento del discurso.

Tras una breve introducción del director de Marketing del Hotel, éste procedió a presentar al propietario de “Roc Hoteles”, que subía al escenario para dar a conocer las maravillosas instalaciones de que disponían, personalmente.

El discurso se lo prepararía alguien de su propia empresa, ya que no quisieron, por petición expresa del señor Roc, que lo redactaran en H.E., cosa que cabreó a Elizabeth sobremanera, se moría por ver quién era ese arrogante maleducado.

Las luces se difuminaron, los focos iluminaron al señor Roc. Un hombre alto, fuerte, moreno, vestía con un esmoquin negro que

le quedaba como un guante, se lo habrían hecho a medida, camisa blanca muy cara y pajarita negra. Estaba impresionante. Más de dos mujeres en la sala se quedaron sin respiración cuando dirigió su radiante y blanca sonrisa al público.

Tenía los ojos... ¿¡Violetas!?...

Elizabeth abrió tanto los ojos que casi se le salen de las cuencas...

“NO PUEDE SER...¡¡¡¡¿Pero qué coño...?!!!!” –No daba crédito

El señor Roc comenzó el discurso dando las gracias por su asistencia a los allí presentes. Tenía una voz ronca y poderosa que hacía que nadie pudiera apartar la atención de su procedencia, ni los ojos, por supuesto, tampoco. Ese hombre era una bendición para la vista. ¡Y para la libido femenina!

Para Elizabeth no era menos. Se quería tapar los oídos y los ojos para no caer en su embrujo de nuevo. Notaba cómo cada parte de su ser se ponía en guardia, le temblaban las piernas, se le erizaba el bello de la nuca y le entraban unos calores que hacían que se empapara su entrepierna...No sabía ya cómo sentarse.

Después, el señor Roc contó las maravillas de la Cadena Hotelera, acompañado de las diapositivas y del vídeo. Pasó una media hora hablando, prácticamente sin leer nada, haciendo gala de sus dotes de liderazgo, con toda la naturalidad del mundo. Se paseaba por el escenario tranquilamente, con unos increíbles movimientos felinos. Miraba al público sonriente. Hasta gastaba bromas. Ni los políticos hablaban así de bien, tenía a la gente embelesada. Metidos en el bolsillo por completo. Hasta le aplaudían de vez en cuando.

Se veía a la legua que era un líder nato. El macho alfa.

Se hizo bastante amena la exposición.

Terminó el discurso diciendo:

- Desde luego, todo esto no hubiera sido posible, sin el duro trabajo y dedicación a tiempo completo de nuestra maestra de ceremonias, la señorita Elizabeth Hudson -Dijo señalándola con la palma de la mano...

¡¡¡¡¿Entonces la conocía?!!!!

Casi la da un infarto de miocardio al escucharle pronunciar su nombre con esa voz ronca y sensual.

La gente se giró hacia ella, aplaudiéndola. Elizabeth haciendo acopio de todas sus fuerzas, se levantó un instante, y saludó con la sonrisa más falsa posible, queriendo desaparecer en esos momentos de la faz de la Tierra. ¡¿Ese hombre sabía quién era ella?! ¿Lo sabría también cuando estaba subido en esa maldita escalera sin camiseta?

Todo hubiera sido más o menos bochornoso, si se hubiera quedado ahí el asunto, al menos sólo conocerían lo acontecido ellos dos, sería una especie de secreto entre ambos, pero... El señor Roc prosiguió:

- A ella debo agradecerle también, el haber sido la primera y única mujer en el mundo que me ha mandado a la mierda. Gracias señorita Hudson, ya sé lo que se siente –Se puso la mano en el corazón, como si estuviera herido.

Los presentes miraban a Elizabeth incrédulos, con alguna que otra risilla y ella levantó los hombros mirando a su alrededor, negando con la cabeza, como si no supiera de qué le estaba hablando, sin perder su radiante sonrisa.

Ella pensaba más en la parte técnica del discurso, que en ese lapsus “¿ha pronunciado la palabra mierda en su discurso, o me lo estoy soñando? Y encima en la misma frase que mi nombre... ¡esto es absurdo!”

- Gracias señorita Hudson por aclararme, también, que usted gana muchíiiiiisimo más dinero que yo –Se miraron los dos fijamente, en estos momentos no había nadie más alrededor. El señor Roc estaba apoyado con ambas manos en el atril y dedicaba su absoluta atención a esa mujer. Saltaban chispas.

Él continuó, ¿no había tenido suficiente? Elizabeth le miraba fijamente, pero no le suplicaba clemencia, ¡le estaba retando! Si las miradas matasen, el maldito señor Roc hubiera caído fulminado en ese preciso momento... “¿Pero qué coño intenta este tío?”

- A mis 32 años, pensé que ya no sería posible que me sorprendiera la arrogancia de una mujer –Hizo un brindis hacia

ella con su copa, la gente rió.

El señor Roc estaba esperando que ella agachara la cabeza avergonzada, ante su estocada final, pero nada más lejos de la realidad, ella, prepotentemente, se levantó en medio de la sala y le respondió al brindis, con la cabeza bien alta. Cosa, que si no hubiera sucedido, el señor Roc hubiera pasado por alto, y hubiera dejado ahí su tibia venganza, pero Elizabeth tenía la bendita manía de aceptar todos y cada uno de los desafíos que se le ponían por delante.

El señor Roc no apartaba sus ojos de los de ella y negando con la cabeza, finalmente dijo con una sonrisa de seductor fatal:

- Menos mal que ese vestido te queda de infarto nena, si no, te pondría en tu sitio ahora mismo –De un trago se terminó la copa que sujetaba en la mano -Aunque si te portas bien, y eres buena, quizá después de la fiesta lo haga.

Y cambiando totalmente el tono de su voz, poniendo la voz más ronca, como si fueran promesas calientes entre dos amantes y no hubiera nadie más en el mundo, un Roc depredador añadió:

- Me va a encantar escuchar cómo gritas mi nombre cuando te empotre contra la pared.

Todos los presentes se partieron de risa y rompieron a aplaudir. ¿Se pensarían que estaba todo preparado? Un show más de los tantos que acostumbraba a preparar Hudson Enterprises en sus presentaciones.

Elizabeth escupió el champagne que se acababa de meter en la boca y empezó a toser al atragantarse con él. Todos los jefes de su empresa se peleaban por ir a socorrerla.

¡¡¡¡¡Esto no podía estar pasando!!!!

Pero ella, como pudo, se levantó de su asiento, con llamaradas de fuego en los ojos, se dio la vuelta y se marchó de la fiesta a toda prisa, aprovechando la algarabía del final de ese absurdo discurso. Nadie percibió nada extraño.

Mark corrió tras ella hasta la puerta, todo preocupado

- ¡Elizabeth por favor déjame encargarme, esto no puede quedar así!

- Mark lo que tienes que hacer es encargarte de que todo salga bien, yo me marchó.
- Pero ese tío se merece una patada en los...
- Mark, haz tu trabajo, ¡maldita sea! –Le gritó ella saliendo a la calle

Si por ella fuera los Hoteles Roc se podían hundir en los infiernos. Pero tenían que cobrar ese trabajo y sus empleados no tenían culpa de sus meteduras de pata.

No se lo podía creer, estaba indignadísima, se bebió media botella de whisky y se quedó completamente dormida.

Esa noche volvió a soñar con esos ojos violetas. Esta vez los sueños fueron bastante húmedos.

CAPITULO 10



Al día siguiente, Elizabeth no se sentía de humor para nada. No paraba de darle vueltas al asunto. Había hecho el ridículo más espantoso de toda su vida.

“¿Pero cómo es posible que un albañil sea el propietario de una Cadena de Hoteles por todo el mundo?...Pensaba.

“¡No seas idiota joder!” le decía su yo maligno dándole un golpe en la nuca.

“Bueno, entonces ¿Cómo es posible que ese hombre estuviera haciendo taladros en el piso de arriba, vestido como un

albañil?”, pensaba de nuevo

“Lo del albañil te lo dijo tu mente calenturienta y depravada, en realidad, la ropa que llevaba no era exactamente de albañil, ¡lechuza!”, se auto explicaba en su cabecita el yo maligno con resignación.

Sólo había dos respuestas válidas.

Una, que el señor Roc tenía un hermano gemelo que era albañil.

“Sí, ya te gustaría a ti estar en medio de esos dos gemelos, ¡mira ésta qué lista!”

Dos, la habían metido drogas en el café y se lo había soñado todo.

“Sí, eso estaría bien, si”

Pero ninguna de sus dos opciones era posible, porque entonces el señor Roc no hubiera dicho en su discurso todo aquello... ¿O se soñó eso también?

“Sí, eso sería lo perfecto, hoy es el día de la presentación, y debido al estrés, me he soñado todo...” decía su yo bueno, frotándose las manos “Tú flipas” le aniquiló el maligno.

Pero desgraciadamente, miró su Rolex malva y la fecha que ponía era exactamente la del día después de la presentación...

“Qué gilipollas eres, de verdad”, su yo perverso la miraba con desdén.

- ¡Ohh no, es que no me lo puedo creer! –Se ponía la mano en la frente, tirada en la cama boca arriba. Le hubiera encantado desaparecer del Planeta...

Al final encontró fuerzas, no sabemos de dónde, para levantarse, arreglarse e ir a la oficina. El barco no podía hundirse sin su capitán a bordo.

Inexplicablemente, todos la felicitaban por el éxito de anoche, al entrar en Hudson Enterprises e ir subiendo a su despacho. Ella respondía con una leve inclinación de cabeza, sin detener su paso... ¿Se estarían riendo de ella? Cada vez que alguien la felicitaba se cabreaba más.

Pasó de largo de Betty.

Estaba recostada en su escritorio, a punto de revolverse todo el pelo, leyendo las críticas de los periódicos, asombrosamente ninguno apuntaba nada sobre “empotramientos contra paredes”... Todos exaltaban los Hoteles, el maravilloso trabajo de H.E. y la increíble puesta en escena... ¿El mundo estaba loco? Betty le llamó, anunciando que el señor Roc estaba en línea y quería hablar con ella.

- ¡¡Ni se te ocurra pasarme esa llamada Betty!! –Gritó exasperada

- Demasiado tarde preciosa

¡¡¡Esa voz!!! Hizo que se mojara entera.

- Voy un segundo a matar a mi secretaria, espere un momento por favor señor Roc...

- ¡Quieta! No la mates, la he dicho que era una llamada urgente y que la estabas esperando. Mea culpa.

- Veo que se le da muy bien la mentira y el engaño.

- Yo lo llamaría más bien, juego- Dijo el señor Roc medio ronroneando, lo que hacía que hasta el último bello de Elizabeth se pusiera de punta.

- Yo lo llamaría, más bien, ocultar cosas importantes, como por ejemplo, su auténtica identidad. Si no hubiera jugado a ser lo que no es, no hubiera pasado todo lo demás.

- Sinceramente no creo que haya ocultado nada señorita, más bien usted tomó conclusiones precipitadas y erróneas. No pensé que una empresaria de su categoría pudiera permitirse esas licencias. Parece una principiante.

- Se lo está pasando en grande ¿verdad?, pues vaya a molestar a otra persona, yo no estoy dispuesta a ser el blanco de sus burlas. ¡Se ha pasado de la raya! No le permito que haga esos comentarios sobre mí, ¡y menos en público!, esto no quedará así, se lo aseguro.

- Oh, vaya señorita Hudson, no se lo tome a mal, todos pensaron que representábamos una obra de teatro orquestada por usted, así que mi intención de abochornarla no llegó a buen puerto.

De repente Elizabeth lo comprendió todo, como no dijo nada, el señor Roc continuó hablando:

- Anoche, quise ir a disculparme con usted y presentarme como es debido, para enterrar el hacha de guerra, la busqué, pero descubrí que usted me había dejado plantado a mitad de la velada, ¿acostumbra a hacer eso con todos sus clientes? ¿Primero los manda a la mierda y luego los abandona en medio de la parte más crucial del trabajo?

- No, solo lo hago con los que osan llamarme “nena” delante de probablemente las 1000 personas más influyentes del país y después me prometen obscenidades en público, descaradamente, ¡dejándome como una furcia, de las baratas! ¿¡Empotrarme contra la pared?!... ¡Por Dios santo, todavía no doy crédito!

El señor Roc no pudo contener la carcajada y la dijo divertido:

- ¿Hubiera preferido que le prometiera las obscenidades en privado?, me encantaría empotrarla contra lo que fuera en realidad...

- ¡Oh! ¡¡¡¡Es usted un auténtico gilipollas!!!!

Él ahora se partía de risa

- Está perdiendo los modales señorita Hudson, recuerde que todavía no la he pagado. Legalmente sigo siendo su cliente.

- Se puede meter su dinero por el cu...-Elizabeth se detuvo de repente al ser consciente de lo que iba a decir - ¡Váyase al infierno Roc! y ¡Déjeme en paz!

Y LE COLGÓ EL TELÉFONO

Cogió un cojín y se tapó la cara con él. Estuvo gritando con todas sus fuerzas un buen rato.

Había colgado el teléfono al hombre más codiciado del planeta. Eso después de mandarle a la mierda dos días consecutivos. De plantarle en público en medio del momento cumbre del trabajo. Además de llamarle gilipollas y decirle que se metiera su dinero por ahí mismo... ¡Por Dios, estaba perdiendo los papeles!

Este hombre le alteraba las neuronas, definitivamente no podía controlarlo.

¿Qué la estaba pasando? Elizabeth vivía siempre en una continua sesión de yoga, nadie la alteraba de esa manera, todo estaba siempre controlado en su mundo zen y esto no tenía sentido. ¡Ninguno!

¿Pero por qué no había sabido antes que era él? Estaba claro que cuando lo vio ese instante en su oficina, la primera vez, le había impactado, pero por Dios Santo, ¿no le reconoció vestido de albañil la segunda vez!...

“¡Que no iba de albañiiiiil!” se gritaba a sí misma.

¿Cómo iba ni siquiera a relacionar al hombre que sale en las revistas con ese ser sucio y despeinado que hacía ruido en la planta de arriba? Con esos músculos...Con esa voz... Esos ojos...Nunca se fijó en que el señor millonetis de las revistas tenía los ojos violetas...

De repente se dio cuenta de que estaba muy, pero que muy caliente. Se levantó de un salto de la silla, obligándose a no pensar en esa sonrisa embaucadora.

“Bah. El trabajo ya está acabado, no tengo nada que ver con él. Hemos cumplido, se acabó. Con un poco de suerte no le volveré a ver en mi vida”

Salió a comer al Thailandés que estaba debajo del edificio, aunque solía comer en su despacho de un catering que la traía la comida recién hecha, para no mezclarse con la plebe. Pero esto la sirvió para salir al mundanal ruido de la ciudad, ver gente y despejarse un poco de todo aquello.

Al volver al trabajo, estaba absorta en una historia que le habían mandado por mail, sobre unos micrófonos inalámbricos para comunicarse, incluso a kilómetros de distancia, “John sería feliz con estos chismes” pensaba. Le gustaba informarse sobre el producto, y probarlo incluso, si le era posible, antes de aceptar un trabajo. Así sabía de primera mano las ventajas e inconvenientes del mismo.

De repente, escuchó un ruido en la planta de arriba. Arqueó una ceja y miró al techo.

“¿Podría haber sido el viento?”

Siguió a lo suyo.

Sonó otro golpe.

“Será mi imaginación”

Y luego otro.

“¡Tu imaginación los cojones!”

Cuando sonó un último porrazo, se levantó de un brinco

“No, no es posible”

Sonaban justo encima de su cabeza.

No pudo aguantarse, salió del despacho como alma que lleva el diablo y se metió en el ascensor.

Cuando las puertas se abrieron, casi pierde el control de sus piernas y se cae de culo al suelo. El corazón se le salió del pecho ante lo que se encontró de frente.

Allí estaba él, apoyado con un brazo flexionado en lo alto del marco del ascensor, con la frente apoyada en éste, mirándola con esos ojos llenos de promesas lujuriosas, tan seguro de sí mismo que daba miedo. Esperándola. Cuando sus ojos se encontraron, los dos sintieron estremecerse, se hubiera podido palpar esa tensión, estaba ahí, se respiraba, los dos lo sabían y era absurdo negar la evidencia.

Esta vez, él llevaba un jersey azul claro de cuello de pico y aunque fuera en vaqueros, no tenía pinta de obrero, para nada.

Se miraron un instante, devorándose uno al otro, en silencio.

Elizabeth, a duras penas, salió de la ensoñación febril que le provocaba este hombre, como un Miura saltó fuera del ascensor, empujándole para que la dejara pasar, ya que la cortaba el paso con su enorme cuerpo perfecto y le lanzó una mirada asesina mientras se alejaba de él

- ¿Qué pretendes Roc? -Se plantó de brazos cruzados delante de él

Él la miró de arriba a abajo descaradamente, con las pupilas dilatadas, sus ojos eran prácticamente negros por el deseo, cosa que hizo que ella sintiera un fuerte latigazo en la entrepierna.

- ¿Y tú Hudson? - Él avanzaba despacio hacia ella, mirándola fijamente, como un león a una gacela indefensa, mientras ella iba retrocediendo a su vez

- ¿Yo? Eres tú el que está jugando ¿recuerdas?

- He de admitirlo, me pone muy cachondo jugar contigo – Seguía avanzando lentamente, observando muy atento cada gesto de ella

- ¡Eres un grosero!

- Pero te mueres por mí

Elizabeth se sobresaltó al ser descubierta, por mucho que intentaba disimularlo, él se había percatado de las emociones que le causaba, aunque cualquier mujer ante semejante espécimen las sentiría..., obviamente.

“¡Claro!, es eso, se piensa que todas caemos rendidas a sus pies sin remedio, no es que hayas hecho algo que te delate. Ese es el secreto, ¡bien, lo hemos descubierto!, ahora juegas con ventaja” se decía su yo perverso, no muy seguro de que este reciente descubrimiento fuera cierto, pero pagado de sí mismo.

- Serás tú el que te mueres por mí, ¡ya que no dejas de perseguirme! –Estaba tan cabreada que olvidó por completo los modales de llamarle de usted.

- No recuerdo haberla perseguido señorita y créame, lo recordaría –Él estaba más templado.

Cambiaban de tu a usted en una milésima de segundo, según les salía, no estaban demasiado pendientes de los modales a estas alturas.

Elizabeth le gritó muy enfadada:

- ¿Qué no me ha perseguido Roc? Primero vino a mi oficina y se esfumó. Segundo, me deja creer que es un albañil y tercero, me humilla en medio de un discurso, ¡haciéndome quedar como su fulana!

- Señorita Hudson, el primer día me equivoqué de planta, no vine a ver a Su Majestad, aunque he de admitir que no me disgustó nada ver la forma en que me miraba.

- ¡Está demasiado pagado de sí mismo señor Roc! –Gritaba ella

incrédula, retrocediendo cada vez más rápido.

- El segundo día, estaba haciendo un trabajo para mi padre, que no le incumbe en absoluto, si usted pensó que era un albañil es su problema, yo en ningún momento me presenté como tal

- ¡No! Lo que hizo fue no negarlo, ¡que es aún peor! Sabía de sobra lo que estaba imaginando

- Ya me hubiera gustado...

- ¡Oh! –Ella miró a otro lado por la osadía y el señor Roc sonrió de medio lado, se estaba saliendo con la suya, la estaba intimidando.

- El tercero, se lo ganó a pulso al mandarme a la mierda, sin derecho a réplica y después retarme en público, pensando que no iba a ser capaz de hacerla frente- Seguía avanzando hacia ella sin quitarle sus anhelantes ojos de encima

- ¿Pero quién coño te crees que eres para...?

Elizabeth no pudo terminar la frase porque notó la pared fría contra su espalda. Roc la había acorralado.

Él apoyó ambas manos a la altura de los hombros de ella en la pared y se apretó contra su cuerpo, mientras la miraba con tal lujuria, que ella estaba amedrentada por completo, el color violeta de sus ojos casi ni se veía, sus pupilas se habían dilatado tanto que solo se distinguía una fina línea morada rodeando el negro. Nunca jamás ningún hombre la había tratado así y se sentía desubicada completamente, por no hablar del estado de alta tensión en el que estaba inmerso su cuerpo desde que se abrieron las puertas de ese maldito ascensor.

Elizabeth respiró hondo, no se iba a achantar por este macho alfa que rezumaba sexo por los cuatro costados. Se miraron desafiándose uno al otro, como cuando se cruzan dos tigres de bengala en el límite de sus territorios y no saben muy bien quién de los dos debe huir, o atacar.

Entonces, sin darle opción a nada, el señor Roc la tomó la mandíbula con una de sus enormes manos y la besó.

Ella giró la cara hacia un lado con fuerza y se zafó del beso. Haciendo que él la mirase cabreado, con el ceño fruncido:

- No vas a ir a ninguna parte Elizabeth, los dos sabemos que lo estás deseando

- ¡Suéltame cabrón, pagarás por esto!

Pero él la sujetó por la cadera con una mano y la agarró ambas muñecas por encima de la cabeza contra la pared con la otra mano libre, entonces ella quedó a su merced por completo. Elizabeth estaba tan nerviosa, que si la soltaba en esos momentos, seguro que se caería al suelo. Era increíble lo que provocaba este individuo en su cuerpo.

El señor Roc la tenía inmovilizada y no dejaba de mirarla, su cerebro iba a mil por hora ¿qué estaría maquinando? Este podría ser el punto de no retorno, a partir del cual todo cambiaría o todo seguiría igual. Respiró hondo y descubrió, para su sorpresa, que no aguantaba más sin besarla, las consecuencias las pensaría después. Desde el primer momento en que la miró había tomado la decisión, dejaría el punto de no retorno atrás.

El señor Roc la besó de nuevo, invadiendo su boca sin piedad con su poderosa lengua. Esta vez, al sentir su tacto, Elizabeth emitió un gemido, inundando su entrepierna, ya de por sí más que caliente.

Al instante, ella cerró los ojos y le devolvió el beso, rendida ante esas sensaciones tan fuertes que le provocaba.

Definitivamente su cuerpo pasaba de ella.

Lo que comenzó siendo un beso violento, se fue convirtiendo en un beso desesperado, lleno de pasión.

Él la sostenía con su gran mano por la nuca, con los dedos entrelazados en sus sedosos rizos rojos, mientras la acariciaba y ella se agarraba a la gigantesca espalda de ese extraordinario espécimen.

Elizabeth nunca antes había sentido ese calor que estaba sintiendo con este hombre por un simple beso, le volvía el mundo del revés, le producía cortocircuitos en el cerebro. De repente no podía pensar, solo podía besarle. Sentir ese calor que emanaban su lengua y sus carnosos labios.

Conectaban uno con el otro de una forma sobrenatural,

inimaginable. Como si fuera alguien al que hubieran estado esperando, era mágico.

Miles de escalofríos recorrían el cuerpo de Elizabeth, desde el pelo de la cabeza, hasta los dedos de los pies. Era como si las sensaciones se hubieran elevado a la enésima potencia. Tenía cada uno de los sentidos a flor de piel.

Estaba en el limbo. Si en ese momento alguien la hubiera dicho que estaba flotando, lo hubiera creído. ¡Cómo besaba ese hombre!, debería estar prohibido besar así.

Y si todo esto, lo provocaba solo con un beso... ¿Qué sería capaz de hacerle sentir en la cama? Sólo de pensarlo tuvo que apretar las piernas para no tener un orgasmo allí mismo, ¡pero estuvo a punto!

No podía evitarlo, aunque quisiera, la atraía como la miel a las moscas, era como un imán para ella.

Él se separó a duras penas de ella, mirándola con asombro, asustado, como si hubiera descubierto de repente que había veneno en sus labios, respirando con dificultad.

- ¿Tú también lo has sentido Elizabeth? –Dijo en voz baja, sin poder apartar sus ojos de los de ella

La cogió la cara entre sus enormes manos, acariciando sus labios con el dedo pulgar, mirándole a los ojos, verde contra violeta. Ahí estaba de nuevo, su mirada violeta...

¡Este hombre la intimidaba otra vez!

Además, Elizabeth sentía contra su cuerpo la grandiosa erección de él, que era más que evidente a través de sus pantalones, presionando justamente en el punto adecuado, lo que la ponía más caliente, si cabe.

Elizabeth no podía ni pestañear, pero aprovechó un instante de cordura y sacando fuerzas de debajo de las piedras, se separó de repente de él. Si permanecía allí un segundo más, estaría completamente perdida.

- Tengo que irme, si me disculpas –Dijo colocándose el vestido disimulando.

- Venga ya, ¿te vas? ¿así sin más? –Él la agarró por la muñeca,

dándola un ligero tirón, que hizo que Elizabeth volviera a caer entre sus brazos.

- Tengo mucho trabajo señor Roc, aunque no lo crea –Intentaba no mirarle, esto no le había sucedido jamás.

- ¿Va besando a los hombres sin ni siquiera saber su nombre, señorita Hudson? ¡Qué decepción! Pensé que yo era especial - Seguía rodeándola con ambos brazos por la cintura, apoyado en la pared, pero estaba muy serio.

Ya estaba ahí de nuevo ese ser arrogante y odioso. Su voz ya no era ronca de deseo, y sus pupilas volvieron al tamaño normal, mostrando de nuevo ese violeta precioso de sus ojos.

- ¿Especial? ¿Y se puede saber qué has hecho para ser especial a parte de humillarme?...

- Besarte como nadie antes lo ha hecho

Ella se mordió el labio inferior ante la respuesta, sopesando las posibles salidas de esa más que perdida batalla.

- ¡Más quisieras! Y sé de sobra quién eres Roc. Además el beso ha sido robado, yo no me voy besando con nadie. ¡Prácticamente me has obligado!

La carcajada de él resonó por toda la planta haciendo eco. Después se quedó mirándola, mientras la atraía hacia él por el culo lentamente, apretándola contra su erección. El señor Roc comenzó a trazar círculos lentamente rozándola con su bulto, sin perder de vista sus ojos. Haciendo que su enorme paquete la rozara justo en medio de su punto erógeno. Cosa que hizo que ella cerrara los ojos y suspirase de placer:

- Oh Dios –Se le escapó un gemido ahogado a Elizabeth

- ¿A eso también te he obligado? –Y la soltó, separándose de ella bruscamente

Elizabeth abrió los ojos de golpe, tropezándose de nuevo con ese halo de lujuria en sus ojos. Intimidándola una vez más. Al instante supo que si no salía de allí inmediatamente, no sería capaz de decirle que no a nada. Ese hombre tenía su voluntad por completo en sus manos. Ella salió medio corriendo hacia el

ascensor.

- ¿Elizabeth pretendes ir ahora de doncella ofendida? –Le rugió Roc desde su posición, continuando apoyado en la pared tan tranquilo

- ¡Déjame en paz acosador!

- Si no hubiera parado, hubieras suplicado que te hiciera mía, eso no es estar acosada en mi mundo

- ¡Sigue soñando Roc! Ha sido un golpe de suerte, me has pillado desprevenida, no volverá a ocurrir ¡Ni en tu mundo, ni en tus mejores sueños!

- Descuide señorita Hudson, ni aunque me lo suplicara de rodillas, es usted demasiado engreída, ¡además no besa nada bien! –La volvía a llamar de usted.

- ¡Oh, esto es inaudito! ¡No quiero volver a verle en mi vida, imbécil!

- Cambiarás de idea nena -El señor Roc ahogaba la risa –Pero entonces será demasiado tarde

- ¡Vuele a llamarme así y te arrancaré la lengua, desgraciado! – Se giró para amenazarle con el dedo

- Ven aquí a arrancármela...nena

Elizabeth le lanzó una mirada asesina.

“Este tío no está en su sano juicio, ¡no me puedo creer que realmente alguien te esté hablando así!, ¿no le vas a hacer nada?”, le gritaba fuera de sí su yo perverso

“¿Y qué quieres que haga? Si me acerco no me podré resistir a besarle de nuevo”, decía su yo bueno sonrojado

Elizabeth no pudo evitar mirar hacia atrás, mientras esperaba el ascensor, a ver si todo había sido una alucinación. Descubrió que él la estaba mirando el culo, con media sonrisa, seguía apoyado con una pierna doblada en la pared, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, tan tranquilo, donde momentos antes estaban besándose como si se acabara el mundo. No se lo había soñado, no.

Elizabeth le levantó el dedo corazón para que no pensara que le miraba por nada positivo y él se rio de nuevo. No recordaba el

haberse reído tanto con ninguna mujer, nunca.

- Por si te interesa, mi nombre es Sammuel.

- No me interesa lo más mínimo.

- Cuando me supliques que te vuelva a besar, te diré que te vayas a la mierda, así aprenderás jovencita.

- ¡Sigue soñando fantasma!

Elizabeth no podía más con su indignación, necesitaba salir de allí cuanto antes y el ascensor no llegaba nunca. Bajó las escaleras con los tacones en la mano, junto con el gato naranja de su cabeza hecho un ovillo allí arriba. Si se quedaba ahí permitiendo que la tratara como a una cualquiera, no se haría responsable de sus actos. Tenía las mismas ganas de matarle que de besarle ¡Una locura!

Betty la miró como si hubiera visto un marciano. Casi la da un pasmo cuando la vio correr descalza y despeinada a meterse en su despacho, maldiciendo en hebreo.

El domingo se obligó a no hablar con Sarah absolutamente nada de Sammuel Roc. Estaba segura que en un par de días estaría más que olvidado semejante personaje. Sí, así sería.

De todas formas ¿Qué iba a contarle a su hermana? ¿Que un hombre que no conocía de nada, al que creía un obrero, resultó ser nada menos que el famoso Sammuel Roc?, ¿que la humilló en una presentación y que al día siguiente para vengarse de él le besó? ¡Y de qué forma!

Le estaría dando carnaza para tiburones, permitiéndole reírse de ella durante años.

No. Definitivamente era mejor mantener la boca cerrada.

El señor Roc no sabía con quien se jugaba los cuartos. ¿Se pensaría que ella era como las demás facilonas con las que estuviera acostumbrado a tratar, que se desmayaban a su paso?

No se lo sacaba de la cabeza. Le costaba más de noche que de día. Durante el día se obligaba a tener la mente ocupada. Pero de noche, su cuerpo, inconscientemente, cuando ella estaba dormida, insistía en recordarle, a su propia voluntad. Así que todas las mañanas se levantaba con unos calores... tan mojada...

¿Pensaría Sammuel Roc en ella?

¿O simplemente fue un juego más para él?, ya ni se acordaría de lo que había pasado.

“¡¿Y qué importa?!” Se decía. Se estaba volviendo loca, todo esto era nuevo para ella, no lo había sentido nunca antes. Todos los hombres la trataban como a un cristal de bohemia, y esta bestia la trataba como un troglodita a un pedazo de carne... ¡Lo peor de todo era que la encantaba!

Su mente no quería admitir que el señor Roc la había hecho vibrar como nunca antes había hecho nadie, pero su corazón sí que lo sabía.

CAPITULO 11

- ¿Señorita Hudson?

- Si Betty, dime

Betty temblaba nerviosa en la puerta del despacho

- Perdone que la interrumpa, pero quería decirle desde hace días que el señor Roc estuvo aquí en la oficina el día antes de la presentación de “Roc Hoteles” para presentarse, dijo que no tenía el gusto de conocerla personalmente.

- ¿¡Qué?! ¿Y no me avisaste?

- Es que ese día fue cuando usted salió antes y la llamé mil veces a su móvil, pero no me dejó hablar para decírselo. Al día siguiente, cuando la vi aquí, también lo intenté, pero no hubo manera porque estaba tirando flores por la ventana. Lo siento muchísimo.

Miró a su secretaria como si la estuviera perdonando la vida,

pensando “me gustaría saber qué vería yo en esta chica el día de la entrevista, seguro que estaba enajenada mental”, respiró profundo, si se lo hubiera dicho, todo hubiera cambiado ¿no?, y con toda la paciencia que fue capaz de reunir, la contestó

- ¿Te dejó algo el señor Roc para mí? ¿Algún mensaje?
- No, sólo me dijo que quería ultimar algunos detalles de la presentación, pero que no eran importantes, y se fue.
- Gracias Betty... Y... Betty
- ¿Si, señorita Hudson?
- El próximo mensaje que no me entregues al momento, aunque sea del chico del periódico, y aunque la misma Tierra tiemble bajo tus pies, estarás despedida, ¿lo has entendido?
- Si, señorita Hudson. Lo intenté de veras... Perdóneme de nuevo.
- Está bien. Puedes retirarte Betty.

Qué querría decir el arrogante del señor Roc, con lo de ultimar la presentación, su agente de publicidad y el director de Marketing eran los que habían llevado todo el proyecto junto a ella, ¿a qué iba a venir él? Probablemente no tenía ni idea de qué iba la presentación, se dedicó a leer un papelito escrito por alguien...”No sueñes, lo hizo más que bien, al Cesar lo que es del Cesar”. Pero le había dicho que se había equivocado de planta... ¿O resulta que volvió otro día para hablar con ella?... “¡No me cuadra!” Si le hubiera conocido físicamente, se podría haber evitado todo lo demás.

De repente, sonó la bandeja de entrada del correo electrónico. Miró el remitente, era desconocido, lo mandaba alguien de fuera de la empresa, un tal ROCSAM@GMAIL.COM

- No me jodas, ¿pero es que este hombre no puede vivir sin mí? Inmediatamente lo abrió a ver de qué se trataba, aunque estuvo bastante tentada a darle a “Eliminar” automáticamente y poner este remitente como “No deseado”, pero la curiosidad mató al gato y a Elizabeth no la dejó indiferente.

Cuando entró en el mail no pudo creer lo que veían sus ojos. Tenía la boca tan abierta que casi daba contra el escritorio...

La sacó de esa fase de alucine el móvil, con la canción asignada a John, “Misión Imposible”. Parpadeaba en la pantalla una foto de un negro musculoso, vestido de camuflaje con una ametralladora y gafas de sol, era lo más parecido que Elizabeth había visto a John, ya que él no quería que le sacara fotos. No podía evitar sonreír cada vez que veía la foto. “Por seguridad” le dijo todo serio la última vez que ella intentó sacarle una foto, mientras él la tiraba el móvil contra el sofá de mala gana.

- ¿Lo has visto? –Se limitó a decirle John.
- Estaba asimilándolo cuando me llamaste, sí –Ella tenía el manos libres mientras se ponía el abrigo.
- ¿Es un montaje o ha ocurrido?
- Te espero en el parking en 5 minutos. ¡Ah!, y John, tráeme por favor mis esposas.
- Si señorita Hudson

A la 1 del mediodía un Lamborghini Veneno negro derrapaba de un frenazo en seco a las puertas del Roc Hotel Central y casi sin ni siquiera frenar, una chica pelirroja medio desquiciada, se dirigía corriendo hacia adentro. El conserje la advirtió que no podía dejar allí el coche y ella lo fulminó con sus ojos verdes brillantes de ira

- ¡Llévatelo si tienes huevos!

Y prosiguió su camino.

En Recepción dijo que quería ver al señor Roc inmediatamente, que tenía cita con él y la estaba esperando (él mismo le dio la idea al hacérselo a ella con Betty), puso una de sus mejores sonrisas y el recepcionista, encandilado, la señaló el ascensor. Estaría acostumbrado a que un sinfín de mujeres fuera a visitar a su jefe.

- Última planta –La indicó señalando el ascensor.
- Gracias

Elizabeth subió al último piso, la vigésima planta, casualmente. Al menos tenían algo en común, a pesar de que ella no lo había conseguido aún.

Salió al pasillo de la última planta y sólo vio una puerta, la abrió

y cuál fue su sorpresa que no era una oficina, era una casa...
¿Viviría allí Roc?

- ¡Señorita Hudson, qué sorpresa!

Él apareció tras ella con una mini toalla azul envuelta a la cintura. Apoyado en la pared, se sujetaba la toalla con una mano, que amenazaba con dejarla caer al suelo en cualquier momento. La miraba fijamente con unos ojos expectantes. Se revolvió su pelo sedoso y abundantísimo negro azabache para librarse de las últimas gotas de agua que le quedaron, las cuales resbalaron a lo largo de su torso.

Los ojos de Elizabeth no pudieron evitar seguir el camino de estas gotas con su mirada. Cayeron por el pecho firme y duro, después por esas abdominales tan definidas, seguido por el ombligo y... terminaron por el camino a la perdición... Ella fijó los ojos en ese oscuro lugar un instante... ¿qué habría allí abajo?... no dio opción a su yo malo a contestarle porque la burrada que le soltaría sería de campeonato.

Sacudió la cabeza, obligándose a salir de aquel molesto estado de lujuria desenfrenada en el que el señor Roc la sumía y se forzó a subir la vista de nuevo hacia su cara, pero el impacto no fue menor... Allí estaban esos hoyuelos en una sonrisa burlona y el violeta de sus ojos, que habían cobrado vida al verla mirarle con tal deseo.

- Déjate de pamplinas Roc, ¿de dónde has sacado esas fotos? Y por el amor de Dios ponte algo encima, ¡me vas a saltar un ojo! –Le dijo ella tapándose los ojos con las manos exageradamente

- Oh, perdone mi grosería, pero yo estaba en mi casa tan tranquilo y no esperaba visitas, ¡y menos la suya! –Se iba acercando a ella con sigilo.

- No es usted un buen anfitrión, está un tanto... ¡desnudo! – Elizabeth no se apartaba las manos que tapaban sus ojos, pero miraba por una rendija

- Como usted comprenderá, no suelo recibir así a mis invitados. De hecho, si me asalta de esta manera, es lo mínimo que podría haber visto. A no ser que... quisiera precisamente eso...-Sammuel se recolocó la toalla a propósito, dejando ver

un trozo de su ya erecta amiga.

- ¡Oh si, ya le gustaría a usted, degenerado! –Elizabeth se giró, poniéndose de espaldas a él, ¡Este hombre era incorregible!... ¡Y estaba como un queso! Por nada del mundo quería que notara lo asombrada que le había dejado su gran tamaño.

Sammuel soltó una risotada ante tanta indignación de ella. No podía evitarlo, aquella criatura le hacía tanta gracia como le ponía cachondo, por igual.

El señor Roc miró a su alrededor un tanto extrañado, ya le pareció raro que no le hubieran avisado desde Recepción, pero Bruce era inescrutable, ¿Dónde coño estaba?, intentó sonar despreocupado y siguió de broma tomándola el pelo, cosa que le fascinaba.

Cada vez que ella se enfadaba y le hablaba mal, se ponía a mil. Ese genio y esa raza que tenía era lo que más le gustaba de esta mujer. Por no decir que era la única mujer que le había hablado así en toda su vida y lo volvía completamente loco. Le entraban unas ganas irremediables de cogerla y darle lo suyo.

Se sentía como si de repente hubiera entrado un soplo de aire fresco a su vida. Aunque Elizabeth nunca se podría comparar con un soplo. Ella era más bien como un huracán que arrasaba lo que pillaba a su paso, y cuando se iba, todo se quedaba en calma, demasiado solitario y silencioso.

- ¿Esta es tu casa Roc? ¿Sin seguridad ni nada? ¿Cualquiera tiene acceso aquí, así de fácil? ¿Sin más? –Quiso ella romper el hielo, o mejor dicho, el fuego, que había en esa habitación.

- Gracias por preocuparte por mi seguridad, hablaré con ellos más tarde, desde luego me ha sorprendido que aparezcas así, sin más, aquí, aunque no niego que me agrade verte de nuevo. ¿Ya no me llamas de usted, tenemos la suficiente confianza como para hablarnos de tú después de que me metieras la lengua hasta la garganta?

- No tenemos confianza en absoluto Roc. Y la lengua me la metiste tú a mí, casi asfixiándome...

- Otra cosa te metería yo nena...-La interrumpió loco de deseo. Seguía avanzando hacia ella.

- ¡¡No me llames nena!!
- ¿O qué? –Sammuel Roc estaba en plena cacería, no le importaba nada más del universo en estos momentos. Sólo ella.
- ¡O te reviento la cabeza! –Elizabeth había cogido un jarrón de una mesa y lo sostenía amenazante. La volvía loca y no se iba a dejar envolver de nuevo en su aura salvaje.
- ¿Entonces, señorita Hudson, me va a decir cómo quiere su Majestad que la llame? –El señor Roc volvió a su posición de caballero galán, no quería asustarla, pero le fascinaba meterse con ella.
- Llámame como te dé la gana, no he venido para eso. Y no des más rodeos Roc, me estás liando con tus artimañas de seductor de pacotilla ¿De dónde han salido las fotos que me has mandado?
- ¿Te puedo llamar gatita entonces?, Mmmm mi gatita salvaje...- Él se intentó acercar a ella de nuevo, pero Elizabeth le esquivó y le lanzó el jarrón contra la cabeza de un solo movimiento. Él se agachó para sortear el golpe. Acto seguido, se giró rápidamente para observar, incrédulo, cómo se estampaba el carísimo jarrón contra la pared, haciéndose añicos. Se volvió a girar hacia ella y se miraron los dos desafiantes. Ella le amenazó señalándose con el dedo índice entornando los ojos.
- ¿Quieres que arruine tu reputación y te denuncie por violación Roc? Llámame gatita o nena otra vez, y sabrás lo que soy capaz de hacer, ¡¡¡Me estás hartando!!! –Todavía no se podía creer que hubiera tirado ese jarrón ¿Pero qué la hacía este tío?...
- Algunas gatitas arañan ¿eh?- Sammuel Roc se lo estaba pasando en grande, la veía como a un bebé muy cabreado, pero igual de inofensivo. Evitaba por todos los medios no partirse de risa ante tal amenaza, después del numerito del jarrón.
- No te agradaría saber lo que soy capaz de hacer cuando me buscan las cosquillas, y tú ya te has pasado de la raya hace mucho tiempo...
- Tú me lo permites... -Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no terminar la frase con “nena”

- ¡Al grano Roc!, No tengo todo el día, como ya te dije una vez, mi tiempo es oro – ¿¿¿Elizabeth le estaba dando órdenes en su propia casa??? ¡Esto era inaudito!

Sammuel dejó de sonreír tan ampliamente y se sentó con las piernas un tanto separadas en el sofá del salón, con lo que, si ella se sentaba en frente, vería toda la mercancía de lleno.

- Siéntate Elizabeth, por favor, ¿quieres tomar algo? –Le dijo él con una medio sonrisa y un tono más que amable para conseguir su propósito, se moría de ganas por ver su cara cuando le viera tan... duro.

- Estoy muy bien de pie. ¡Al grano he dicho! –Ella se imaginaba lo que podría ver desde ese ángulo y debía tener la mente despejada, nada de calentones. Ya le costaba bastante tan sólo con mirarle a los ojos, cuanto más si le veía desnudo... Madre mía.

- Está bien. Resumiendo. Las fotos me las ha mandado un anónimo. Quiere que le haga un ingreso de 100 millones o las publicarán en prensa. Tenemos una semana.

- ¿100 millones? ¿Una semana? ¿Está loco? ¿Sabes quién es?

- Eh, eh, eh, eh. Tranquila, por partes. Estamos en ello. Es demasiado dinero evidentemente por cuatro fotos, estamos sopesando que, a lo mejor, su intención es publicarlo, ya que nadie, en su sano juicio, pagaría tal cantidad. Pista uno, ha pedido una cantidad desorbitada para que no lo paguemos, está claro.

Sammuel continuó, bajo la atenta mirada de una Elizabeth boquiabierta

- Desde luego a mí me daría igual que las publicaran, serías un ligue más de tantos que tengo.

- Qué caballero

- Pero tengo la sospecha de que para ti no sería lo mismo, dado que nunca se te ha relacionado con ningún hombre en público. Esto destrozaría tu imagen virginal. Por lo tanto, pista dos, he deducido que debe ser alguien que va a por ti.

- Veo que has hecho los deberes Roc. Pienso igual que tú, ¿pero

de dónde vamos a sacar ese dinero?

- Elizabeth piénsalo bien, si se lo pagamos estamos aceptando el chantaje, puede quedarse con las copias y venderlas de todas formas, o pedir más dinero pasado un tiempo... es una pasta gansa.

- ¡Joder!... ¿Cómo es posible que haya fotos? Si la planta está diáfana, ¡no había nadie!... A no ser q...

- ¿Qué?

- ¡Tú lo planeaste todo! ¡Tenías un fotógrafo allí!

- ¡¡¿¿Quéee??!! ¡Estás loca! ¿Me puedes decir dónde estaba el fotógrafo? ¡Ah, se me olvidaba, que el fotógrafo invisible trabaja para mí!, ¡Qué lista eres, me has pillado! ¿Y me puedes decir qué saco yo con todo esto, aparte de perder 100 malditos millones? –Sammuel estaba sorprendido de que alguien pudiera pensar eso, siempre sería él el que pensaría eso de alguna mujer.

- ¡Lo del dinero es mentira!, además, ganarías 50 millones si yo te pago la mitad ¿no?, y lo que sacas está claro, publicidad gratis de tus hoteles de mierda. ¿Qué mejor que ser el primero que sale en prensa con Elizabeth Hudson, no?

Sammuel no sabía si reír o llorar, y acabó diciéndola, mientras se levantaba

- Ya veo que esta mañana has olvidado tomarte la pastilla Elizabeth, y tienes alucinaciones, a parte de una evidente sobredosis de vanidad, querida. Pasaré por alto tus acusaciones, porque puedo entender tu estado de nerviosismo. No te lo tengas tan creído señorita Hudson, esto a mi no me beneficia en absoluto. Pretendo dar una imagen de un tipo serio y asentado ¿crees que unas imágenes así me vendrían bien en estos momentos? Además, aunque no lo creas, yo también tengo vida privada ¿sabes?

- Oh...- Eso la pilló desprevenida, nunca hubiera imaginado que Sammuel Roc pudiera tener familia, aunque, conociendo a los hombres, no la extrañaría, claro, se cabreó más aún ahora que se planteó esa posibilidad. Pero él la interrumpió sus pensamientos diciendo:

- Las fotos se ven que están tomadas desde un ángulo alto, y tienen muy mala calidad – Continuó el señor Roc- probablemente sean de la cámara de seguridad, así que puedes ir preguntando a los que trabajan en este departamento en tu empresa, porque yo lo veo bastante claro. Déjate de inventar tonterías y céntrate en la investigación de verdad.

- Desde luego que lo voy a investigar Roc, y como tenga la más mínima sospecha de que estás detrás de todo esto, te mataré con mis propias manos.

- Mmmm, qué muerte más dulce... nena

No le dio tiempo de verla venir, ni siquiera se inmutó, porque le pilló completamente por sorpresa.

En menos de un segundo, Sammuel Roc estaba tendido en el suelo boca arriba, todo lo grande que era, esposado a la mesa de hierro forjado que estaba delante del sofá, incrustada al suelo con hormigón.

La toalla había caído, así que tenía sus esplendorosas vergüenzas al aire, en todo lo alto, muy erectas.

Las clases de defensa personal a las que había asistido Elizabeth en otra época, daban su fruto. Le amenazó:

- No muevas ficha sin consultarme, ¿lo has entendido?

- Joder ¿cómo lo has hecho? Ahora sí que me has puesto cachondo

Como estaba sentada encima de él al haberle puesto las esposas, no tardó en notar su erección entre sus muslos, intentando encontrar un cálido refugio.

- No puedo mover muchas fichas así, aunque algunos trucos sí te podría enseñar desde esta posición, nena- Él se incorporó para besarla.

Sammuel sonrió con ojos malignos al ver que ella no respondía lo más mínimo a su intención de besarla y levantó las caderas, rozándola aún más, levantándola a ella también.

- ¿Te gusta jugar duro Elizabeth?

Elizabeth se contuvo muchísimo para no besarle. La imagen que tenía entre sus muslos, debajo de ella, era la de la perversión

personificada. Ese hombre rezumaba sexo por los cuatro costados, era bestial. Ella notaba cómo se humedecía por momentos. La miraba con tanto apetito de ella, que no podía por más que derretirse.

- Veo que no eres un hombre de palabra. ¿No tenía que suplicar por tus besos? Parece que el que suplica de nuevo eres tú, Roc. No tienes ni palabra, ni dignidad –Le sonrió victoriosa.

- ¡Maldita seas Elizabeth! –Forcejeaba él inútilmente contra las esposas

Por unos segundos, ella comenzó a mover la cadera de adelante a atrás suavemente, casi no se percibía, pero otra vez la invadía esa sensación desconocida de calor sofocante y unos deseos inaguantables de saciar su voraz apetito por él. Miles de escalofríos en la entrepierna le recorrieron su interior al rozarse contra él...Solo su tanga la separaba del gigantesco miembro duro y desnudo, que moría por ella.

Sammuel cerró los ojos y soltó un gruñido de placer al sentirla...

Ella fue consciente de repente de lo que estaba sucediendo y se levantó rápidamente de un salto, para no dejarse llevar por ese demonio embaucador. Le miraba asustada por provocarle esta sensación irracional e irrefrenable de posesión. Viendo finalmente lo que su imaginación había visto tantas veces antes, un enorme y grueso pene lleno de venas hinchadas, que se erguía buscándola desesperado...

Él estaba igual de caliente que ella, o más. Si hubiera aguantado un solo segundo más, hubiera arrancado la mesa del suelo para poseerla allí mismo.

¡Vaya sofocón!

Elizabeth le amenazó con el dedo, mientras se dirigía hacia la entrada, intentando serenarse

- No sé por qué extraña razón Roc, pero me voy a fiar de ti. Mándame todo lo que averigües del tema, John tiene acceso a todos mis mails, así que podrá estudiar las novedades, a ver si damos con ese desgraciado.

- Y si no damos con él, serás mi nueva novia nena, ¿no te gustaría?

- Nada me gustaría más, Sammuel

Ella pestañeó poniendo voz de niña buena y cara de emoción, juntando las manos a la altura de la cara. Era la primera vez que le llamaba por su nombre. Se quedó más tranquila al darse cuenta de que ese comentario significaba que no tenía mujer e hijos, ya que no estaba nada alterado ni nervioso porque nadie se enterase de lo sucedido.

- ¡Serás bruja!

- Ni te imaginas cuánto -Dijo ella dando media vuelta

Elizabeth se fue hacia la puerta. Cuando la abrió, le gritó Sammuel a sus espaldas:

- ¡Venga ya, Elizabeth, desátame, la broma ha estado bien, he aprendido la lección!

- ¿No me volverás a llamar nena?

- ¡No!

- ¿Lo prometes?

- Lo prometo -La miraba desde el suelo con una mirada salvaje, si le desataba no saldría de allí, estaba clarísimo.

Ella le tiró un beso y le guiñó un ojo, se encogió de hombros y le dijo:

- Lástima, no recuerdo dónde he puesto la llave.

- No serás capaz... - Gruñía él revolviéndose en el suelo

Sammuel se retorció con tanta fuerza que iba a sacar la mesa del cemento que la unía al suelo

- ¡Me las pagarás! -La amenazó gritando rojo de ira

Y la puerta se cerró tras ella.

- ¡¡¡Elizabeeeeeeth!!!

CAPITULO 12

Al día siguiente, Elizabeth estaba en su despacho trabajando, cuando se escucharon unos gritos fuera, se levantó a ver quién estaba armando todo ese revuelo y cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver a Betty forcejeando con el señor Roc. Se quedó estupefacta.

- ¿Se puede saber qué pasa aquí? – Acertó a decir sin salir de su asombro, al ver a la frágil Betty, intentando detener a la roca Roc.

- ¡Señorita Hudson!, este hombre quería entrar en su oficina sin dejarme avisarla- Gritó Betty, mirándole a él con cara de asesina y voz de pito por el enfado, mientras se recomponía su traje, y se colocaba el pelo, con la cara de un niño cuando se chiva a su madre.

Elizabeth le dirigió a él su mirada altanera:

- Señor Roc ¿ahora se dedica a atemorizar a secretarias indefensas?

- ¡Esta es igual de indefensa que tú! – Gruñó Roc, redirigiendo su furia hacia la nueva protagonista

La miró con los ojos llenos de ira, apretó los puños y la mandíbula, y se dirigió hacia ella. De dos zancadas estaba a su altura. Elizabeth retrocedió hacia su despacho mientras él seguía avanzando. Se escuchaba a Betty llamar a “Seguridad” de fondo.

- Vengo a traerte esto, creo que es tuyo.

Levantó las esposas rotas delante de sus ojos y Elizabeth le dijo a Betty

- Tranquila Betty, no pasa nada

Betty colgó el teléfono de mala gana, le hubiera gustado ver cómo los chicos de Seguridad lo sacaban a rastras de allí. Sammuel entró en su despacho, sin que Elizabeth le dejara paso, casi la tira al suelo del empujón. Al entrar tras él cerró la puerta. Se miraron retándose. Tormenta verde contra violeta.

- ¿Te parece gracioso dejar a un hombre esposado, sin llamar a nadie que vaya a socorrerle?

- Alguien te tenía que poner en tu sitio Roc, te estabas pasando. Conmigo no se juega. No me puedes tratar así, te he puesto el límite. Espero que te haya quedado claro.

- Lo único que ha quedado claro aquí, es que estás mal de la cabeza. ¡Podía haberme pasado cualquier cosa, insensata!

- Anda ya Roc, lo único que podía pasarte es que tu equipo de seguridad se esté riendo de ti un tiempcito, al menos a mí me parecería graciosa la escena, eso no podrás negarlo. Deberías tomar clases de defensa personal, te pasaré el número de mi entrenador.

Sammuel avanzó hacia ella y la agarró por las muñecas, poniéndola contra la pared con los brazos por detrás de la espalda. La hablaba en un susurro amenazador, aunque muy sexy, casi rozándole los labios y a ella le faltaba jadear

- No ha nacido nadie que se ría de mí señorita Hudson, desde luego, no vas a ser la primera, no tienes a la suerte.

- Mira cómo tiemblo Roc.

- ¡Ya temblarás, descarada! No tienes ni la clase ni los modales suficientes para hablarme así. Soy todavía tu cliente y puedo darte muy mala publicidad, tienes todas las de perder. Has ido

demasiado lejos jovencita.

- Y tú no tienes derecho de entrar así aquí, cuando te da la gana, avasallar a mi secretaria, acosarme y amenazarme ¿quién te crees que eres?

- ¡¡Soy el hombre al que has dejado esposado en el suelo abandonado a su suerte, tengo todo el derecho a hacerte lo que me dé la gana!! Si juegas con fuego, te quemas y tú te vas a quemar, pero bien Elizabeth Hudson.

Él la soltó, casi no conseguía controlarse y ella corrió a refugiarse al otro lado de la mesa. Caminaba arriba y abajo por el despacho con los dedos en la sien.

La miraba como un león que no sabe si abalanzarse sobre la gacela para retorcerle el pescuezo, o dejarla libre. Con las manos ahora metidas en los bolsillos, la miraba desconcertado, esta mujer lo sacaba de quicio y al mismo tiempo se le ponía tan dura en su presencia que le dolía.

- Tranquila, no te voy a dar una paliza, aunque ganas no me falten.

- ¿Qué quieres Roc? ¿A qué has venido? No creo que tu visita sea para regañarme por esposarte. ¿Herí tu orgullo de macho?

- Te voy a dar yo a ti orgullo de macho niñata.

- ¡Ya te gustaría!

Deteniéndose en seco, la miró fijamente, tenía que hacerse con el control, no podía dejarse llevar, lo único que le rondaba la cabeza era ponerla contra el escritorio y darle fuerte...Se le estaba nublando la mente...¡No dejaba de retarle!

- Creo que te gustaría más a ti. Mírate, me lo pides con cada poro de tu piel. Pero te vas a quedar con las ganas. He venido para que des orden a tu equipo de que me entreguen las cintas de las cámaras de seguridad. Tenemos una pista.

- ¿Qué pista? ¿Qué pasa?

- Tranquila, ya serás informada en su debido momento

- ¿Qué debido momento ni qué leches? ¡Exijo ser informada inmediatamente!

- ¡Ja! ¿Qué exiges qué? ¿Tú a mí? Permite que me ría, gatita.

- ¡Sammuel Roc! Tengo todo el derecho del mundo de saberlo, a quien quieren joder es a mí.
- ¡Pues investigalo tú señorita toca cojones! Esta tarde cuento con esas grabaciones encima de mi mesa.
- ¿Y si no, qué?
- ¡Al cuerno!

Sammuel la miró con los ojos entrecerrados, definitivamente la quería degollar. Se dio la vuelta para irse, pero esta vez fue ella la que le cortó el paso con los brazos cruzados sobre su pecho, plantada en medio de la puerta:

- No vas a ir a ninguna parte hasta que no me des la información
- ¿Y me lo vas a impedir tú, acaso? -La miró como un oso mira a una hormiga.

Dio un paso hacia el frente y ella se quedó donde estaba, con lo cual, estaban pegados. Su olor, su simple presencia la hacía mojarse, pero por supuesto, se hizo la indiferente.

Ella reunió el valor suficiente para mirarle y le pareció ver por un momento un atisbo de sonrisa en su cara, que él borró rápidamente en cuanto sus ojos se encontraron. Volvieron a saltar las chispas, “oh, esto es tan molesto, no puedo controlar mi cuerpo” pensaba ella.

- Déjeme pasar señorita Hudson, no se lo repito
- No
- ¿Quieres que me cabree de verdad? Te advierto que ya no me queda ni un ápice de paciencia contigo, me empiezas a tocar los huevos de verdad.
- Dame lo que quiero
- Te dije que me tendrías que suplicar para que te lo diera, esto no suena a súplica. Ni de lejos –Le dijo susurrándola al oído con una voz ronca y muy prometedora, que hizo que Elizabeth sintiera una punzada en lo más profundo de su ser.
- ¡No sueñes Roc! No te suplicaría ni aunque fueras el último hombre del mundo.

- Ya lo veremos

Sammuel la cogió por los aires apartándola de su camino, desoyendo los gritos encolerizados que ella profería al cielo y salió de la oficina con paso firme y felino, sin mirar atrás.

Ella se quedó todo el día con la pataleta, gritando “¡Le odiooooooooo!”

A los pocos días, las revistas publicaban que Sammuel Roc tenía un nuevo amor. Una joven morena de pelo liso aparecía en todas las portadas de la prensa rosa de su brazo en una fiesta. Elizabeth rompió una de las revistas en mil pedazos y se fue a una sesión de Kick Boxing al gimnasio de al lado.

Si lo pensaba fríamente, después de todo, sería mucho mejor así. Las aguas volverían a su cauce. Las fotos con ella no valdrían nada, porque su nueva novia era “la morena esa asquerosa”, y era lo que buscarían para las portadas. Nadie querría publicar una aventura pasada.

Todo estaba solucionado. Las fotos de Elizabeth no saldrían a la luz, así que por una parte se alegró de que el señor Roc tuviera nuevo amor, y se olvidara de ella, ¿para siempre?

“Nunca he significado nada para él, solo una pequeña diversión para meterse conmigo”. Le decía a sí misma su yo bueno.

“Al igual que él para ti ¿eh?”, se convencía su yo malo “Faltaría más, que le den” dijeron los dos yos al unísono.

Pero por otra parte, una vocecita en su interior, la decía que algo iba mal. Se sentía triste y no sabía muy bien el por qué. Más bien lo sabía de sobra.

Pero nunca se permitiría admitirlo.

CAPÍTULO 13

Una mañana, John entró en el ático a toda prisa y le puso en la encimera de la isla de la cocina, donde ella se estaba tomando el café, cinco revistas y tres periódicos. Le miró a los ojos e inmediatamente supo que algo iba mal...

“Elizabeth Hudson y Sammuel Roc dan rienda suelta a la pasión”

“Roc y Hudson perversion en el trabajo”

“Amor millonario entre Hudson y Roc”

“Por fin Elizabeth Hudson sale de la vida monacal ¡y de qué manera!”

Y así todas las portadas que llevó John, más todas las que habría en los kioscos.

Elizabeth y Sammuel se besaban contra la pared, incluso según qué revista, insinuaba que estaban haciendo otras cosas. Lo peor es que así lo parecía...

Este era el fin.

Se cayó de culo en el suelo de la cocina.

- Esto no me puede estar pasando

John la levantó y la llevó en brazos hasta el salón. La sentó en el sofá. Intentó calmarla, pero sabía perfectamente que la única persona capaz de lidiar con eso sería Sarah, así que en media hora apareció en el ático.

- ¿Liz?

No había señal de vida por ningún sitio y se empezó a preocupar. La buscó por todas partes, seguida por John, pasando por la

cocina y echando un ojo a las revistas que había allí. Así se hizo una idea de la magnitud del problema.

Llegó a la puerta del baño, donde vio una botella de whisky vacía en el suelo. Corrió hacia el interior del baño y allí estaba su hermana pequeña, por fin, sólo se veían fuera de la bañera los tacones, que ni se había quitado. Estaba allí tirada, sin más, ni agua, ni nada. Miraba al techo como si en él estuviera la mismísima Capilla Sixtina.

- ¿Liz?

- ¿Por qué vienes Sharuchi? Eres una madre atareada, yo estoy bien

Sarah se agachó y dio al grifo del agua caliente, la bañera se empezó a llenar. Le quitó los tacones. No se dijeron nada, hasta que se llenó todo de agua y espuma, solo quedó libre su cabecita loca.

- Si, ya veo lo bien que estás, tienes toda la pinta de estar estupendamente, ¿Cuánto has bebido?

- Nada

- ¿Y esa botella vacía?

- No quedaba nada, recuérdame despedir a la señora que hace la compra por no tener alcohol en casa, cuando vuelva a ser persona dentro de 10 o 15 años, por favor

Sarah le guiñó un ojo a John

- Está bien John, puedes retirarte, gracias. Si necesito ayuda te llamaré

- Señora Sarah estaré ahí al lado, ¿de acuerdo?

- Tranquilo, yo me encargo

Se remangó.

Le enjabonó la espalda a su hermana pequeña. Era como una pantera en una jaula, no deja entrar a nadie, pero cuando alguien lo consigue, se acerca, le encuentra ese punto detrás de la oreja... y ronronea...

- No te voy a negar que estoy enfadada por no contármelo, pero necesitaría que me explicaras por qué estás así. A mi

parecer, te han pillado dándote unos besos con un hombre. ¿Dónde está el problema?

- ¿Unos besos? Sarah parece que me está taladrando contra la pared (y sonrió un segundo al recordarle con el taladro)

- Bueno, no quería decirlo así. Da igual lo que parezca Liz, incluso da igual lo que pasara, eres una mujer sin compromisos y joven ¿quién no hace eso?

- No lo entiendes Sarah, me van a dejar de respetar, me van a tomar como una de las putitas de Roc. Después de lo que pasó en la presentación, luego ha salido con una nueva novia y ahora esas fotos... Tanto tiempo peleando en un mundo de hombres, haciéndome valer y creando mi fama... y ahora... ¡Estoy perdida!

Y se hundió en el agua.

Sarah la sacó como pudo, empapándose con ella.

- ¡Sal de ahí inmediatamente y deja de compadecerte Hudson!, mira como me he puesto por tu culpa. No sé de qué me estás hablando, así que tienes 5 minutos para vestirme y reunirte conmigo en el sofá. Quiero pelos y señales.

A las 8 de la tarde seguían las dos sentadas en el sofá. Elizabeth le contó la historia como la salía, saltándose cosas según le parecía y Sarah intentaba por todos los medios razonar, o más bien, asimilar, que un hombre tratara así a su hermana.

- Yo creo que lo que te atrae de él precisamente es que te trate así. Te pone a mil. No es un pelele enamorado, como a los que estás acostumbrada hermanita. ¡Y tú se lo permites!, que es lo que realmente me llama la atención de todo este asunto. Me da a mí que éste va a ser distinto.

- ¿¡Qué dices?! No. No me has escuchado bien. He intentado por todos los medios no saber nada de él, pero siempre aparece. No me atrae para nada. ¡Es que es un pesado!

- Liz si no te atrajera, no habría esas fotos, para empezar. Ni se te pondría esa cara de tonta cuando le recuerdas, tontita, ¡juuhhh!

Elizabeth ponía los ojos en blanco

- ¿Sarah puedes volver a tener 29 años por favor? Ya te he

dicho que no me explico cómo ocurrió. Cuando me quise dar cuenta me tenía atrapada.

- Bueno, yo no te veo muy atrapada aquí, jajajaja. (Miraba la revista y se partía de risa). Vaya leona que estás hecha, mira la modosita. ¡Ya me podría atrapar a mí un tío así! ¡Sammuel Roc!, mira, me pongo nerviosa solo de pensarlo.

- Pf, anda ya. No soy ninguna monja Sarah. Pero quería que fuera el hombre que yo eligiera con el primero que apareciera en las revistas, no sé, una especie de presentación en sociedad de mi novio o algo así, no con el que quisieran ellos. ¡Y menos con ese insufrible mastodonte de Neanderthal!

- ¡Vais a ser sin duda la comidilla del verano!

- Hace mucho que no sé nada de él. Creo que está con una chica, no le habrá hecho gracia que se publique esto justo ahora, así que la comidilla serán ellos dos. Ni sé si le volveré a ver después de esto, espero que nunca jamás se cruce en mi camino, he quedado como una furcia cualquiera por su culpa, y que encima se entremete en las relaciones de pareja de los demás. ¡Vaya mierda!

- Liz tranquilízate, ese hombre no sabe con quién se juega los cuartos. Debes dejarle claro que te tiene respetar.

- Creo que eso le quedó claro cuando le dejé esposado a su mesa, el día que pensaba que las fotos las había encargado él. Pero ahora me doy cuenta que no tiene sentido que lo hubiera hecho él.

Sarah escupió el agua que se estaba bebiendo y con cara de alucine dijo

- Discúlpame un segundo Liz, voy a llamar a Jack para que se quede esta noche con los niños. Nos vamos de juerga y me explicas lo de las esposas con una copa, o dos, si te parece... Y no, no hay nada que objetar. Ves a arreglarte ¡Ya!

CAPITULO 14

A las 11, estaban sentadas en dos taburetes, junto a una mesa alta, al lado de la pista de baile, en un reservado de una discoteca de las que necesitas ser ultra mega conocida, o ultra mega millonaria, para pasar.

Elizabeth reunía todas las características necesarias, además, estaba ahora mismo en todas las portadas, así que no necesitó nada más que poner un pie fuera del coche, para que uno de los relaciones públicas del local de moda, las reclutara y acompañara para que los gorilas de la puerta las dejaran pasar, saltándose la enorme cola que hacía la gente.

Y eso que no salía nunca.

Al momento apareció Tony, el amigo y confidente de Elizabeth, aunque no al nivel de Sarah, que actualmente era el gerente de Tiffany. Se conocían desde que Elizabeth iba a la Universidad y siempre había estado allí cuando le necesitó. Siempre.

Sarah mantenía la teoría de que estaba locamente enamorado de su hermana pequeña y que su táctica era la de ser su amigo, hasta que ella se diera cuenta de que le necesitaba, y un buen día se tirase a sus brazos. Cosa que nunca iba a ocurrir, ya que para Elizabeth no era más que su mejor amigo.

Los hay que juegan a cara descubierta, con las cartas encima de la mesa y los que se guardan el as en la manga.

Elizabeth, por su parte, estaba segura de que Tony sólo la veía como a una colega también, de hecho, tenía novia desde hace bastante tiempo. Y al parecer, los iba muy bien.

- Hola muñeca. No me puedo creer que hayas salido de tu jaula de oro –Le dijo Tony a Sarah rodeándola por la cintura.

- La situación lo requería –Le contestó ella, señalando a la protagonista.

Tony se dirigió a Elizabeth y la cogió en volandas, dándole un montón de besos

- ¡Qué ganas tenía de verte reina! Últimamente te vendes muy cara

- Estoy a tope Tony – Le dijo Elizabeth riendo mientras se colocaba la ropa al bajarla al suelo de nuevo.

Se sentaron los tres a la mesa y Tony les dijo todo intrigado:

- Bueno ¿me podéis decir por favor por qué estamos aquí reunidos?

- Liz ató a un tío con unas esposas a una mesa, al parecer es uno de los hombres más importantes del país. Se largó dejándole tal cual... ¡Ah, y en bolas! No sabemos si murió. Además los han pillado dándose el lote del siglo, lo cual ha salido publicado hoy mismo en todas las revistas ¿Me dejo algo?

Elizabeth puso los ojos en blanco

- ¡Oh, por favor Sarah!, mira que te gusta el drama. A los dos segundos de marcharme de su casa, su guardaespaldas le soltaría, ¿no crees que si la hubiera palmado, hubiera salido en los periódicos? Además vino a devolverme las esposas a la ofi...

- ¿¿¿Qué fue a devolvértelas??? ¿¿¿Pero por qué me lo cuentas todo por capítulos??? ¡¡¡Así no me entero!!!- La gritaba Sarah enfurecida, gesticulando exageradamente con las manos.

- Pero ¿cuántos cubatas lleváis ya el par de dos? ¿Qué estáis diciendo de esposas, muertes, bolas y guardaespaldas? ¿No estabas con el Mark ese tan tranquilita? ¡Ponerme al día arpías! ¡Y decirme que bebéis, que yo también quiero estar en ese puto estadio de embriaguez! –Decía Tony partiéndose de la risa.

- ¡No estaba con Mark! Me lo tiraba de vez en cuando, es muy distinto, no empecéis a poner florecitas donde no las hay. Y llevamos tres cubatas yo y un zumo ella –Señaló Elizabeth a su

hermana sin mirarla

Tony y Elizabeth se miraron y después a Sarah, llamándola “pringada” con la mirada

- ¿Qué pasa? Alguien la tiene que llevar a casa, ¿no? -Dijo Sarah excusando su falta de marcha- Y no hables así Liz, pareces una barriobajera.

- Mi niñera nos lleva a casa Sarah, puedes beber tranquilamente, lo que pasa es que te da miedo de que se entere Jack, no seas hipócrita...-Le recriminó Elizabeth a su hermana

- ¡No me da miedo de Jack idiota! –La gritó Sarah

- Chicas, quiero todos los detalles de la historia, ¡ya!, dejad vuestras rencillas familiares para otro día –Las interrumpió Tony metiéndose en medio

- A ver, te resumo, más o menos de lo que me he podido enterar, porque los detalles más interesantes se los habrá guardado, para variar. Ya sabes cómo cuenta las historias -Dijo Sarah- Resulta que se dio el lote con un tío que pensaba que era un obrero, pero resultó ser un famoso multimillonario, nada menos.

- ¿¿¿¿Un multimillonario???!!! ¿¿¿Obrero??? –Tony alucinaba

- Si sí, por lo visto iba disfrazado de obrero, pero en realidad era... -Sarah estaba disfrutando sobremanera de este momento de intriga al ver las caras de Tony, mientras Elizabeth los miraba como si presagiara la tormenta.

- ¿¿¿¿¿¿Quién era Sarah, por Dios, me va a dar un infarto???!!! –La agarraba Tony del codo, zarandeándola para que lo dijera de una vez

- ¿¿¿SAMUEL ROC!!!

- ¿¿¿¿Sammuel Roc!!!!? ¿¿¿¿¿¿El de los Hoteles Roc?????!!!!

- ¡El mismo! –Sarah estaba tan orgullosa, que parecía que había sido ella misma la que le había besado

- Joder tía, tú no pierdes el tiempo, ¡por ese tío, hasta yo me volvería gay! –Gritó Tony, bebiéndose el cubata de un trago, con

los ojos abiertos como platos.

- Uy, pues se lo voy a plantear, tiene pinta de que le vayan todo tipo de perversiones...- Dijo Elizabeth ruborizándose ligeramente al recordarle.

Sarah prosiguió:

- Los sacaron fotos cuando se daban el lote, no sabemos quién, aunque ella defiende que fue una conspiración orquestada por él. Entonces fue a su casa y le esposó. Esta mañana han publicado dichas fotos en todos sitios, insinuando que estaban haciendo algo más que besarse. Estamos aquí reunidos para olvidar las penas. Básicamente.

- ¿Te besaste con él pensando que era un obrero? ¡¡¡Oh my God!!! –Tony se ponía la mano en la frente teatral total, mientras Elizabeth se partía de la risa por sus gestos -¿Y las esposas? ¡Yo quiero saber el capítulo de las esposas! Y lo mejor de todo ¿Por qué tienes esposas Liz?- Dijo Tony a punto de estallar de la risa, dando saltitos entorno al taburete de Liz.

- Las esposas se las puse porque me salió de ahí mismo, ¿vale?! ¡Ese hombre me saca de mis casillas! ¿Podemos dejar el temita ya? Al final os voy a tener que esposar a vosotros también para que me dejéis en paz. Hemos venido a divertirnos, ¿no? ¡Camareroooo!

- ¡Una de mero!, -gritaron los otros dos, partiéndose de risa.

- No vais a crecer nunca -Les recriminó Elizabeth, aguantándose la risa como podía.

Cuando Elizabeth se sintió animada para bailar y se empezaba a olvidarse del tema, convenció a su hermana y su amigo para ir a la pista.

Estaban los tres partiéndose de risa de cómo bailaba la gente y del pedal que llevaba Elizabeth. Cuando se emborrachaba tenía un humor negro aún más desarrollado que de costumbre y se partía de la risa por todo, cosa rara en ella verla reír tan despreocupadamente. Era un sonido celestial. Lo malo es que casi siempre era ridiculizando al pobrecito de turno que había osado intentar ligar con ella.

Elizabeth estaba bailando una canción de Beyoncé “I’m a single lady”, bailaba casi mejor que ella, era un alucine ver cómo se movía. Todos la miraban obnubilados, pero ninguno reunía el valor suficiente para acercarse a ella. Además parecía que estaba con Tony, ya que éste le arrimaba peligrosamente el paquete en los bailes.

Al cabo de un buen rato, vinieron un par de tíos a ver si podían hacer algo, ella se apoyó con el codo en el hombro de uno de ellos y estaba venga a tomarles el pelo, vacilándoles sin piedad, y ellos tan contentos pensando que se la estaban ligando de verdad. Estaban los tres un poco más apartados de su hermana y Tony, con lo que, entre la gente, no se veían nada más que las cabezas. Se estaban riendo los tres, resultaron ser dueños de una empresa de Relaciones Públicas muy famosa. Eran majos.

De repente, Elizabeth notó que una mano la tocaba el culo, y ella, sin dudarlo, le asestó un puñetazo al que tenía a su derecha. ¡¡ZAS!! En toda la cara, ¡Le salió del alma!

El chico al que golpeó levantó la mano para devolverle el golpe, pero algo le detuvo. Cuando Elizabeth fue consciente y miró para ver qué había pasado, vio al chico en el suelo a los pies de un Samuel muy cabreado, todo el mundo había hecho un corro alrededor de la escena.

Samuel le amenazó con el dedo gritando:

- ¡Vuelve a rozarla si quiera y estás muerto hijo de perra!
- Tranquilo tío, ya nos íbamos, disculpe señorita - Le dijo el otro chico que estaba con él, levantando a su amigo, que todavía estaba tendido en el suelo.
- ¡Largo! –Les rugió Samuel

Y salieron los dos corriendo como pudieron hacia la salida.

Elizabeth se detuvo a mirarle un segundo. Tenía allí delante de sus narices a ese pedazo de hombre, vestido de chaqueta y corbata, mirándola, tan guapo que hasta la dolían los ojos al mirarle. Ella se dio la media vuelta. Fue a la barra sin decirle nada, a toda prisa. Quería huir de él como fuera.

Ella se estaba bebiendo otro cubata más, que acababa de pedir,

Talisker con Sprite, lo de siempre

- Creo que alguien me debe una disculpa

Elizabeth sintió su aliento en la nuca y se le erizó el bello de todo el cuerpo.

- No seré yo -Le contestó sin darse la vuelta, mientras seguía apoyada en la barra.

Él la rodeo con sus brazos, apoyándolos en la barra, dejándola a ella en el centro, pero sin rozarla. La hablaba con la voz ronca en un susurro.

- Elizabeth vengo en son de paz

- Tú y el son de paz no sois compatibles Roc

- Me dejas encadenado al suelo y te largas sin más, creo que lo mínimo sería un “lo siento”. Todavía lo estoy esperando –Le decía absorbiendo el olor de su pelo, rozándole sutilmente los rizos con la nariz.

Ella al fin se dio la vuelta, pero él no se apartó ni un ápice de su posición, con lo cual, estaban más que cerca, mirándose e intentando adivinar qué pasaba por la cabeza del otro.

- Así que viniste a mi oficina a por un perdón ¿eh?, ¡pues sigue esperando Roc! Es lo mínimo que te merecías por hacerme fotos vilmente, a traición y encima querer que te pague por ellas.

- No fui yo...-Dijo armándose de paciencia y soltando un suspiro. Por más que se lo propusiera, esta mujer iba a acabar con su sano juicio, definitivamente.

- No seas cobarde y da la cara, te he pillado Roc. ¿Eso le has hecho también a tu nueva amiguita?..., ah no, ella aparecía muy sonriente en las fotos –No entendía por qué había dicho eso, bueno, sí lo entendía, quería saber quién era esa mujer.

- ¿Celosa Hudson? –Sammuel levantó una ceja

- ¡Más quisieras! –Ella hizo el amago de irse, pero él la retuvo, cerrando más el círculo de sus brazos en el que estaba metida.

Sammuel dejó de acorralarla y se sentó en un taburete a su lado en la barra, la atrajo hacia sí por la muñeca, colocándosela entre sus piernas abiertas. Mirándola con esos ojos violetas llenos de deseo, con una media sonrisa. Le susurró

- Vamos nena, los dos sabemos que no fui yo
- Yo no lo tengo tan claro Roc ¡Y no me llames nena joder! – Ella se resistía a estar allí tan tranquila entre sus piernas, todo su ser la gritaba que huyera como fuera.

- ¿Y si te digo que pagué los 100 millones?

Se quedó petrificada

- No te creería

- ¿Quieres hablar con mi jefe de Tesorería? Mañana a primera hora tendrás el justificante de pago en tu mail.

- Pero las fotos han salido publicadas en todos sitios esta mañana

Ella le miraba con recelo, no se fiaba de él ni un pelo

- Te lo dije, era una opción, pagar no garantizaba nada, pero al menos lo intenté –Se encogió de hombros

- ¿Y me puedes decir por qué pagaste 100 de los grandes? ¿Qué sacas tú con todo esto Roc?

- ¿No lo imaginas? –La miró con intriga

- Ni idea, la verdad –Ella se moría de la intriga

- Mi intención era mantener la virginidad pública de una gatita intocable, pero no ha podido ser. Lo siento.

Sammuel la miraba a los ojos tan profundamente, que a Elizabeth no le quedaba más remedio que creerle, la hipnotizaba, pero intentaba no ceder con todas sus fuerzas:

- ¡Anda ya Roc, no te lo crees ni tú! No me conoces de nada, acabas de abrir un negocio que necesita una gran inversión inicial, ¿y pagas esa pasta a un chantajista?, encima sin garantías de que se salga con la suya, ¿solo para que yo no quede mal en la prensa?... Si me permites que lo dude...

- Puedes pensar lo que quieras, pero sí, así es.

- Además acabando de comenzar una relación con alguien ¿qué sentido tiene? No me cuadra qué papel juegas tú en todo esto si no estás implicado –Esto último lo dijo para tantear qué contestaba.

- Estas celosa Elizabeth –La miró penetrándola con esos ojos

violetas.

- Uh sí, no duermo de los celos que tengo –Puso los ojos en blanco

- Aunque no lo admitas te mueres de celos preciosa

Él se rio y le acercó su nariz al cuello para olerla, cosa que la puso a mil y la carne de gallina. Continuó antes de que ella le contestara, no hacía falta que se lo negara, era absurdo:

- No acabo de empezar nada, Aura es una vieja amiga, para tu tranquilidad. Pensé que si me relacionaban con ella, las fotos contigo no tendrían tanto interés, que nadie las compraría. Fallé.

- Continúa –Increíblemente, Elizabeth se sentía feliz de repente ante la confesión de que esa mujer era solo una amiga, por lo visto, a parte de su cuerpo, tampoco controlaba sus sentimientos.

- Ingresé el dinero porque quería rastrear la cuenta bancaria del chantajista, después de los datos y videos que me dieron los de Seguridad de tu empresa. Me pareció la manera más fácil de dar con él. Pero creo que entonces sospechó, y en venganza, las publicó. O alguien le dio el soplo. Una de dos.

- ¿Y se ha quedado con la pasta? ¡No me lo puedo creer! – Elizabeth intentó no opinar nada sobre la “vieja amiga” y parecer indiferente.

- Pero estamos en ello. Este desgraciado no sabe dónde se ha metido. Aunque sea lo último que haga, daré con él, esto ya se ha convertido en un desafío personal –Estaba muy enfadado.

- ¿Y no me lo podías haber dicho el otro día? ¿Me tuviste que dejar con la intriga?

Sammuel volvió a poner esa sonrisa blanca irresistible y se pasó una mano por su pelo sedoso

- ¡El otro día ya tuve bastante con no perder los papeles y darte una buena tunda señorita!

- La tunda te la tendría que dar yo, perdona, me has tratado como a una cualquiera...

- ¿Y eres especial por...? –La interrumpió él, imitándola a ella cuando él le preguntó lo mismo

Elizabeth fue a darle un bofetón, pero él la sostuvo la mano por

la muñeca y la miró fulminante

- ¡¡Me esposaste!! Todavía no puedo creerlo... -Gruñó él

Ella se soltó

- Sí, claro, ¿y tú no te lo merecías? ¡Los hombres pensáis que podéis hacernos lo que os da la real gana! “Oh, el gran Sammuél Roc me ha mirado, qué afortunada soy”, ¡Te merecías que te dieran un escarmiento señor engreído!

- Como el tío de antes en la pista, ¿no? Si no llego a estar ahí... A saber qué te hubiera hecho, joder. Vas acumulando admiradores allá donde vas, no sé cómo te las apañas, mujer – Parecía alterado de nuevo

- Oh, el caballero de la brillante armadura salva de nuevo a una dama en apuros. Estás un poco anticuado Roc, las damiselas hoy en día se saben cuidar solitas –Elizabeth se cruzó de brazos indignada

- Pues no lo parecía hace un rato...No sé cómo lo haces, con ese vestido tan corto a mi me entran ganas de todo, menos de pegarte. ¡Pero tienes el don de cabrear a todos los hombres del planeta, joder!

- Bah, pamplinas, lo tenía todo controlado –Dijo ella mientras se terminaba el whisky de un trago, dejando anonadado a Sammuél.

- Si te llega a pegar, no sé lo que hubiera hecho...-Él cambió el tono de voz, de repente tenía llamas en sus ojos, estaba realmente cabreado.

Se quedaron mirando uno al otro, sin saber qué decirse. Para ellos no había nadie más en la sala. Nadie más en el mundo. Sólo ella, entre las piernas de él. Samuel con sus manos en las caderas de Elizabeth, haciendo círculos suaves con los pulgares en el hueso que le sobresalía.

Sammuél le apartó un mechón de su pelo rojo de la cara. La miraba con ojos de lobo feroz, indeciso, cosa que nunca le había pasado y menos con una mujer.

- Eres increíble, no sé qué me haces Elizabeth, pero me tienes bajo un embrujo. He intentado evitarte, Dios sabe que sí, pero

hay algo que me vuelve a llevar a ti, una y otra vez. Sin remedio. Me cabreas de una forma como nadie antes lo había hecho, y te juro que eso me pone cachondo como nada, nena.

- Cuando te quieres alejar de alguien, creo que es fácil. Y deja de llamarme nena.

- Nunca me ha pasado algo así, no puedo alejarme de ti, eres como una droga.

- Cállate y bésame.

Ella se le acercó para besarle, ¡¡pero él quitó la cara!!

¡Elizabeth le miró estupefacta! ¿La estaba rechazando? Nunca, nadie le había retirado la cara, ¡en su vida!

- Te dije que ni aunque me suplicas te volvería a besar –Le advirtió él, mirándola serio, al ver la cara de confusión de ella.

Pero no se dio por vencida, más producto del alcohol, que de otra cosa. Ella se acercó a sus labios, dejándolos entreabiertos, para que él recorriera la distancia que faltaba, y le dijo medio suspirando, rozando sus labios

- Esto es lo más cerca de una súplica que vas a estar nunca Roc.

- Vete a la mierda Elizabeth –Le susurró él

La deslumbró con una enorme y sincera sonrisa, levantándose para irse.

Elizabeth se levantó como una ráfaga, le agarró fuerte por la corbata, enrollándosela en la mano, haciendo acopio de todas sus fuerzas, le atrajo hacia ella. Mirándole. Él la devoraba con esos ojos violetas, pero no quería ceder y ella sonreía pícara ante el desafío, al final le susurró al oído:

- Por favor –No se podía creer que esas palabras acabaran de salir de su boca “¿le estaba pidiendo por favor un beso a un tío?”

Entonces Sammuel cerró los ojos con fuerza, intentando no caer en semejante tentación, pero ella aprovechó ese instante para agarrarse a sus hombros musculosos y plantarle un beso en los labios, que hizo que se le despertaran todos y cada uno de los deseos ocultos en sus entrañas hasta ese momento.

Se besaron con tantas ganas, que enseguida estaban los dos despeinados. Sus lenguas luchaban una contra la otra,

devorándose, saboreándose, extasiándose, acariciándose. Eran dos cuerpos en combustión.

Se miraban, se reían, y se volvían a besar, todo en uno. Era alucinante lo que sentían al estar juntos. Un remolino de sensaciones, un calor incandescente entre las piernas.

Pero de repente, Elizabeth tuvo una arcada, debido a todos los cubatas que se había tomado, y vomitó allí mismo, encima de su traje. En todo su esplendor.

Al instante, aparecieron Sarah y Tony de entre las sombras, que hasta entonces nadie sabía dónde estaban metidos, aunque seguro que espiando en la oscuridad, para ver que todo estaba bien. Sarah cogió a su hermana por la cintura para ayudarla a salir a la calle, que la diera el aire

- ¡Creo que mañana te llamará! -Le dijo Tony a Sammuel yendo detrás de las hermanas.

- Yo no lo creo.

Y desaparecieron por la puerta los tres.

Dos camareras corrieron hacia Sammuel a limpiarle el traje con quitamanchas y un kit completo de limpieza en seco.

Mientras, Sammuel se quedó allí, sentado, acariciándose con el pulgar el labio inferior y rememorando los ardientes besos que momentos antes se acababan de dar. Perdido en el limbo. Perdido en ella.

Estaba sentenciado, ya no podría huir de esta mujer. Tenía su nombre grabado a fuego en el alma.

Mientras John conducía, en la parte trasera del coche iban Tony, Sarah y Elizabeth muertos de la risa.

Sarah se ponía las manos en la cara y se retorció de tanto reírse:

- ¡Es que no me puedo creer que le hayas echado la pota al gran Sammuel Roc encima!

- Ese hombre te va a odiar tía - Le decía Tony- Ese traje costaba más que todo mi armario junto y tú se lo has potado, ¡por Dios!, qué asco.

- Déjale, así se le quitarán las ganas de besarme más. -Berreaba Elizabeth.

- Sí desde luego hermanita, se te veía completamente obligada a besarle y contra tu voluntad, yo estaba sufriendo por ti.

- ¡¡¡Sois unos traidores, me habéis dejado sola con ese manipulador!!!

- ¡Anda ya!, ¡en todo caso le manipulas tú a él! si os mirabais como si os fuerais a correr allí mismo los dos, por todos los santos, nunca he visto saltar tantas chispas entre dos personas- Dijo Tony.

- ¡Tony no seas tan ordinario! – Le reprendió Sarah – Pero tiene razón Liz, ese hombre te estaba devorando con los ojos, que por cierto ¡vaya ojos! Pero es que tú no te quedaste corta, se te cae la baba, ¡no te atrevas a negarlo!

Elizabeth no tuvo tiempo de contestar, porque Tony la interrumpió

- A parte de haberte salvado de que ese salvaje te pegara un buen puñetazo

- ¡Por Dios, que miedo pasé! Menos mal que estaba él allí – Decía Sarah con las manos en la boca

- Él te estaba mirando desde el balcón de la pista, bastante cabreado, por cierto, yo pensé al verle que era otro admirador más. Pero de repente, en menos de un microsegundo, ha saltado por encima de la gente y le ha partido la cara a ese tío, joder Elizabeth ¡Es un crack! Desde hoy le proclamo mi ídolo – Le contaba Tony todo emocionado.

- Yo no lo he vivido así, estáis flipando los dos. Dejarme en paz, pesados. Casamenteros.

Elizabeth los convenció para llevarlos a cada uno a su casa porque dijo que quería estar sola y que ya la cuidaría John.

Sarah no se dejó convencer tan fácilmente, pero cuando ya estaban las dos solas en el coche, después de dejar a Tony en su casa, le dijo cogiéndola las manos

- En serio Sarah, ya se me ha pasado el enfado. Estoy hasta contenta, ¿no me ves? -Puso una sonrisa encantadora.

Se rieron las dos

- Lo que veo es que tienes una pinta de recién follada..., si no

hubiera estado presente, ¡no me hubiera creído que no te lo has tirado!

- ¡Sarah!
- ¡Oh, déjame en paz! Por una vez al año que diga una palabrota no pasa nada, yo no me muevo en un mundo de hombres trajeados y culos prietos... ¿Por qué tú puedes hablar como ellos, o peor incluso, y yo no?
- No pega en tu mundo de osos amorosos hermanita.
- ¡Es cierto! En cuanto entre por esas puertas debo ser la mami ejemplar que soy. Y aburrida. –Puso cara de pena
- Eso sí que se te da bien, te envidio, tienes tu familia y eres feliz ¿qué más quieres?

Sarah no contestó, a veces necesitaba algo de aventura en su vida, pero había asumido que la monotonía era suficiente para ella. Solo le dijo a Elizabeth

- Si necesitas algo llámame, ¿vale?
 - Vaaale
 - Disfruta un poco Liz. No pienses tanto las cosas. Estas en la edad. Te quiero.
 - Y yo a ti Saruchi. Gracias por estar siempre ahí para mí.
- Sarah salió corriendo hacia la casa con los tacones en la mano.

CAPITULO 15

A las 5 de la madrugada sonó el teléfono de la última planta del Hotel Central, la casa de Sammuel Roc. El guardaespaldas personal de Roc, llamó a la puerta de su habitación, despertándole y le dijo que había una mujer en Recepción que preguntaba por él.

Sammuel frunció el ceño, no tenía ni idea de quién podría ser, dado que en la actualidad no tenía ninguna amiguita que le diera calor en las frías noches. Hacía dos semanas que no había hecho nada que no fuera puro y casto. Raro en él, que incluso solía alternar varias amantes a la vez, pero esta vez no era el caso. No por nada, o si.

La cara de Sammuel fue un poema, no le apetecía que ninguna mujer desesperada de amor, le viniera a reclamar la atención que desde el principio él siempre advertía que no las iba a dar nunca.

Sammuel Roc lo tenía tan claro, que nada más conocer a alguien y cuando veía que la cosa se animaba, lo primero que le decía era

- Tienes que tener clara una cosa encanto, que al igual que empieza, esto acaba. Lo pasaremos de la ostia, pero nada más ¿de acuerdo?

Todas decían que sí, por supuesto, ninguna era capaz de negarle nada al mismísimo dios del sexo. Aunque la mayoría se acababa enganchando. Todas albergaban la esperanza en el fondo de su corazón de ser las que lo cambiaran. De enamorarle. Y así acababan siempre. Arrastrándose tras él, mendigando por unas migajas de lo que para ellas era amor. Le necesitaban, y entonces él se aburría y las dejaba. Sin remordimientos.

Como su guardaespaldas, Bruce, le conocía como a su propio hijo, para echarle una mano le dijo

- Es pelirrojo señor

A Sammuel le salieron automáticamente los hoyuelos en la cara.

- Que suba

La casa estaba oscura y aparentemente vacía.

- ¿Señor Roc? -Dijo Elizabeth al entrar por la puerta de puntillas

- ¿No crees que deberíamos saltarnos las tonterías de llamarme señor, Elizabeth?

Apareció por detrás de ella, la rodeó la cintura con sus poderosos brazos, absorbiendo con los ojos cerrados el aroma a jazmín de su pelo rojo. Estaba completamente desnudo y ella notó contra su culo lo excitado que estaba. Cosa que hizo que se mojara ante la envergadura de la expectación.

Intentó articular alguna palabra, pero se resistían a salir de su boca, que de repente estaba seca, finalmente acertó a decir

- No me ha dado tiempo a despedirme antes, me he sentido indispuesta y he pensado que era de mala educación marcharse sin más. Quería pedirte disculpas por echarte la papilla encima - Lo dijo en un susurro, aguantándose las ganas de reír

Sammuel esbozó una sonrisa también. Tenía su nariz hundida en el cuello de Elizabeth. La retiró el pelo en una caricia hacia un lado y fue dándole besos en la nuca desde atrás, muy lentos y dulces. La hablaba con esa voz ronca, que la hipnotizaba

- Mmmm, sí que es maleducado si, menos mal que has venido a redimirte. Tendré que darte tu merecido jovencita, ese traje era muy caro.

La mordió lentamente en lóbulo de la oreja y ella soltó un suspiro, que hizo que Sammuel se animara a dar el siguiente paso. Le bajó la cremallera del vestido abrochada por detrás, y lo dejó caer al suelo.

Admiró las vistas de esa mujer desde atrás, en lencería negra de encaje y las medias con ligero a juego, subida todavía en los tacones. Era todo un espectáculo. No podía tenerla más dura.

- Eres preciosa nena, este culito me vuelve loco –Lo acarició casi sin rozarlo y ella cerró los ojos porque un escalofrío la recorrió el cuerpo, aunque prácticamente ni siquiera la había tocado.

La llenó de besos por la nuca, los hombros..., mientras la sujetaba las caderas con ambas manos, ella apoyaba la cabeza en su hombro. Bajó una mano, acariciándola el vientre y metiendo un dedo por la goma del tanga, la acarició el monte de Venus desnudo, y esto hizo que ella separase las piernas. La agarró por la garganta con la otra mano y le susurró al oído muy excitado

- Dios Elizabeth, cómo me pones

Siguió con su inspección, mientras le cogía sus propias manos y se las puso sobre sus turgentes y más que erectos pezones

- Tócate nena, mira lo hinchados que están tus pechos, siente los pezones cómo se ponen de duros para mí cariño, así

Elizabeth se tocó por encima del sujetador y soltó un gemido, ya que tenía los pechos tan sensibles al estar tan caliente, que sintió cómo se estremecía directamente su sexo. Ningún hombre la había mandado nada nunca, y menos en el ámbito sexual.

Sammuel estaba entusiasmado mirándola. Seguía detrás de ella, avanzaba con su dedo experto entre los pliegues ya empapados de Elizabeth, acariciándola con veneración, pero sin rozar su clítoris, a propósito. Torturándola. Poniéndola impaciente.

Se situó poco a poco delante de ella.

Se miraron con los ojos ensombrecidos por el deseo y con esa mirada se lo dijeron todo.

La agarró por la nuca con ambas manos y la dio un beso tan apasionado, que la temblaron las piernas. Ella le respondió más que gustosa.

Se besaron, se tocaron y ahí estaba de nuevo esa electricidad, esa tensión, ese calor. La magia. Sus cuerpos reaccionaban uno ante el otro. Por voluntad propia, desconectaban del cerebro y se movían a su antojo.

Él la desabrochó el sujetador con dos dedos habilidosos y expertos, mientras se besaban y cayó al suelo, junto al vestido. Se echó un paso hacia atrás para contemplarla, no podía creerse que Elizabeth Hudson estuviera desnuda delante de él, dispuesta a todo, suplicándole con la mirada que la hiciera suya.

Le acarició un pecho, suave y blanco. Parecía hecho de porcelana, que se iba a romper bajo su mano, era perfecto. No retiraba la mirada de los ojos de ella. Que le suplicaban que la poseyera. Le pellizcó ligeramente un pezón y a ella se le escapó un gemido.

Sammuel la cogió en sus brazos, con los brazos de ella rodeándole por el cuello y se la llevó a la habitación, dándose besos por el camino, no podían separarse. Los dos sentían lo mismo. Estaban a punto de estallar de lujuria.

La tendió encima de la cama boca arriba, le quitó los zapatos y le bajó con sumo cuidado las medias y el liguero. Sólo tenía el tanga puesto.

- Eres perfecta nena. Déjame venerarte.

Se puso encima de ella, apoyado en sus antebrazos para no aplastarla, la miraba con adoración, invadió su boca de forma salvaje de nuevo, ella le agarró fuerte del pelo.

Poco a poco fue bajando por el cuello, los pechos, el ombligo... Elizabeth jadeaba...

Se colocó entre sus piernas y le bajó el tanga, ella levantó las caderas para facilitar el trabajo, se lo bajó, ayudado por las piernas de ella, que lo tiraron por los aires. Él aprovechó el momento para lanzarse como un oso hambriento a por la fuente de su deseo, que estaba empapada por la anticipación. En estas ocasiones era cuando Elizabeth se alegraba de haberse hecho la depilación láser integral, no tenía ni un solo pelo en todo su escultural cuerpo. Lo que hacía que sintiera el placer de las expertas caricias de Sammuel multiplicadas por mil.

Al principio, él pasó su adiestrada lengua despacio y delicadamente entre los hinchados labios de ella, besándola a la vez. Sammuel tenía sus caderas sujetas con las manos, para que no pudiera moverse.

- Sabes a gloria nena

Le introdujo la lengua lentamente, mientras dibujaba círculos al mismo ritmo, con el pulgar en su más que caliente clítoris y ella dio un respingo al notarlo por fin allí.

- Relájate Elizabeth, vamos despacio.

Pero estaba tan cachonda, que era imposible relajarse, tenía el pulso a 1000 por hora.

- Sammuel no voy a aguantar mucho más, me estás matando

Poco a poco, de manera ascendente, él fue aumentando el ritmo con la lengua, provocando que Elizabeth le agarrara por el pelo, cerrando las piernas alrededor de su cabeza y gritando su nombre, se mordía el labio inferior con tanta fuerza que casi se hace una herida. Una oleada de hormigueos salvajes empezó a forjarse en el centro de su cuerpo...

- Oh, si ¡Sammuel!

Convulsionó explotando en un orgasmo tan fuerte como nunca

había sentido.

Sammuel, con una sonrisa de oreja a oreja, observó desde abajo cómo ella recobraba el aliento de nuevo.

- Eres maravillosa cielo, todo un espectáculo de mujer.

Sammuel no se había movido de ahí abajo, sintiendo cómo el sexo de ella se contraía de placer, absorbiendo hasta la última gota de su orgasmo.

Mientras Elizabeth se recomponía, él le hacía caricias entre los muslos sedosos con sus dedos. Las caricias fueron ascendiendo poco a poco hacia la hendidura de ella, despacio. La besó justo ahí, volviendo a encenderla. Elizabeth estaba realmente asombrada, ya que nunca había tenido esa capacidad de recuperación. Aunque estaba completamente segura de que mucho tenía que ver en ella Sammuel. Casi no se había recuperado de un increíble orgasmo y ya estaba pidiendo más guerra. “Que Dios se apiade de mí, no me lo puedo creer”, pensaba jadeante.

Esta vez él la metió la punta de un dedo, lentamente, poco a poco. Lo sacaba, acariciaba los alrededores de la zona, lo volvía a meter... Lengua, dedo, beso... El ver a ese pedazo de ejemplar masculino entre sus piernas también la ayudó mucho a volver a acalorarse. Era un Adonis, vamos, ¡más quisiera Adonis!

Su clítoris aclamaba atención desesperadamente, entonces Sammuel, como si le hubiera escuchado, acudió a su llamada enfurecido, emitiendo un gruñido que a ella la volvió loca. Lo rodeó con la lengua, lo masajeó, lo devoró con tantas ganas, acompañado de su dedo experto, que entraba y salía a un ritmo castigador...ella no aguantaba tanto placer, no sabía cómo ponerse porque le temblaban las piernas, se sentía como un flan, creía que iba a morir. Se tapaba la cara con las manos, quería gritar. Le llegaban las oleadas de placer desde ese punto donde Sammuel trabajaba ensimismado, hasta los pies, pasando por toda la columna vertebral...Era indescriptible. Este hombre le estaba haciendo perder la cabeza por completo. Ella no estaba haciendo nada, como acostumbraba, se lo estaba dando él todo, y

era realmente maravilloso.

Cuando Elizabeth estaba de nuevo jadeando, arqueó la espalda y le rogó que terminase él también,

- Sammuel, métemela, no aguanto más

Pero Sammuel lo estaba pasando demasiado bien viéndola en éxtasis, como para detenerse.

- Nena dámelo, esta es tu noche, soy todo para ti

Él aceleró un poquito más el ritmo y ¡Boom!... Elizabeth de nuevo volvió a tener otro orgasmo, no menos fuerte que el anterior

- Joder, si solo con mirarte casi me corro -rugió Sammuel, pero se contuvo y no se dejó ir.

Él nunca había tenido tantísimas ganas de hacerlo con nadie antes, como con Elizabeth en estos instantes. Pero aguardaba el momento oportuno. Control.

Sammuel Roc había llegado a un punto de su vida en el que el sexo hasta le aburría. Lo había practicado de todas las maneras, en todos los momentos, con todo tipo de mujeres, en toda clase de lugar...Hasta había comenzado a hacer cosas un tanto “raras” para provocar su atención de nuevo, ya que no encontraba la manera de excitarse.

Estuvo una semana en un local sado, pero no le atrajo para nada ser amo, ya lo era en su vida real, no le hacía falta que una mujer le jurase obediencia y no le atraía hacer daño a la gente sin ton ni son. Por supuesto de sumiso duró dos segundos...

Otra vez se fue de viaje a una isla de Thailandia. Había concertado una cita online con un grupo de 10 mujeres, previamente entrevistadas y examinadas de todo, para una bacanal de sexo, donde él era el rey. Al tercer día se volvió a casa, aburrido de meter y sacar. Dejando a las mujeres sumidas en la miseria, ya que la mayoría cayó locamente enamorada de él.

Había probado todos los juguetes que existen, pastillas, pócimas, geles, cremas, lubricantes... Todos los accesorios que había en la Tierra, él los dominaba.

Había probado con prostitutas de lujo, famosas y experimentadas, pero nada. Con actrices y cantantes famosas, fetiche de la mayoría de los hombres, pero nada. Con maduritas. Con jovencitas. ¡Nada! De todo acababa aburrido, siempre era lo mismo.

Así que últimamente se había sumergido en su trabajo. Tenía que tener la mente ocupada, le daba miedo traspasar ciertas fronteras éticas para encontrar placer en lo desconocido. Lo que le hacía estar un poco desesperado, porque no encontraba nada excitante, que le hiciera vibrar. Había decidido dar al cuerpo un respiro y quemar la energía haciendo deporte, desde luego no tenía nada que ver con el sexo, pero producía endorfinas también. Menos da una piedra.

Había llegado a pensar que era un adicto al sexo y para su desgracia, no encontraba nada que le satisficiera. Se corría sí, pero como un acto reflejo, una simple necesidad biológica como comer, pero sin disfrutar. Casi nada se la ponía dura.

Hasta que llegó ella.

Esa noche solo quería venerarla. Por si era la única noche que estuvieran juntos, recordarla retorciéndose de placer bajo sus labios. A su merced. Rogándole y gritando su nombre. La tigresa dominada.

Poco a poco, mientras ella recobraba el aliento, la fue cubriendo con un reguero de besos hasta llegar a su boca. Elizabeth probó su propio sabor de los labios de él y no le disgustó, era dulce, casi se excita de nuevo. Samuel se detuvo a la altura de sus ojos y se echó a su lado, apoyado en el codo. Estuvieron un buen rato mirándose uno al otro en silencio.

- Sabes muy bien gatita – Rompió él el silencio, mientras se relamía

Elizabeth se ruborizó ante su perversión, la pilló por sorpresa completamente y se dio la vuelta, cosa que él aprovechó para abrazarla por detrás. Ella sintió el gran pene de Samuel en su culo, estaba duro como una piedra. Se excitó de nuevo. Esto no era normal en ella, él controlaba por completo su cuerpo, sabía qué tecla debía tocar y cuándo para tenerla totalmente dispuesta.

¿Cuántas veces tenía que haber practicado este hombre para controlar de tal manera las artes amatorias?

Estuvieron así un rato, abrazados, hasta que ella se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Buscó la ropa con la mirada, esparcida por el suelo, la recogió y se empezó a vestir. Se puso las medias y los tacones, cosa que hizo que Sammuel le sonriera perverso, porque pensó que se iba a quedar así, pero ella continuó recogiendo ropa y poniéndosela...

- ¿Qué diablos te crees que haces? –Dijo Sammuel enfadado con el ceño fruncido

- Me voy

- ¿Cómo que te vas? ¡De eso nada! –Él brincó de la cama e interpuso su gran cuerpo entre ella y la puerta

- Te he dicho que terminarás tú también y no has querido, si te quedas con las ganas no es por mi culpa. Tengo que irme a mi casa, mañana trabajo, ya es tarde

- ¿Ha pasado algo de lo que no me haya dado cuenta? ¿De qué va todo esto? –Era la primera mujer en la vida del señor Roc que no le suplicaba más y desde luego, no entendía el por qué.

- No, no, no, ha estado muy bien, en serio, pero... debo irme

Elizabeth se subió el vestido, se lo abrochó y metió la ropa interior en el bolso. Se disponía a marcharse, cuando él la cortó el paso de nuevo, mirándola con esos ojos llenos de promesas calientes.

- Quédate Elizabeth

- No me quedo nunca

- Quédate conmigo

- Adiós Sammuel

Le esquivó sin titubear, sin ni siquiera mirarle y se fue por la puerta, igual que vino, dejándole con la boca abierta.

Sammuel pasó toda la noche levantado, aparte de que no podía dormir con la erección que tenía, se sentía como un adolescente tonto. Daba vueltas sin sentido por la casa. Al final, se visitó con su ropa de deporte y se fue a correr, tenía demasiadas cosas acumuladas en la mente y en el cuerpo, debía gastar energía.

Recorrió casi toda la gran ciudad, sin poder apartar de su mente que ¿había rogado a una mujer que no le abandonara? ¡¡¡Patético!!!

Siempre era él el que las echaba a todas de la cama una vez satisfechas sus necesidades. O el que se vestía corriendo y se largaba.

¿Qué le estaba pasando?

No se podía quitar de la cabeza a Elizabeth, todo tenía relación con ella y cuanto más intentaba alejarse, más se acercaba, como si fuera un precipicio.

Cuando amaneció, de vuelta a su casa, había tomado una decisión.

CAPITULO 16

- ¡Buenos días Betty! ¿Qué tal estás?
- Muy- bien se-ño-ri-ta Hud-son, gra-cias

Betty casi se desmaya cuando Elizabeth la saludó así de alegre esa mañana.

Entró en su despacho y miró rápidamente la bandeja de entrada, había dos mails de “Rocsam”, (por el juego de palabras, entre John y ella lo llamaban “Roxanne”), le salió una media sonrisa y corrió a abrirlos.

El primero de ellos, era el justificante de una transferencia hecha a una cuenta en Suiza sin nombre de destinatario, de 100 millones de euros. Procedente de una de las cuentas de Sammuel Roc.

Entonces era cierto, la quiso proteger.

Corrió a abrir el segundo.

De: Sammuel Roc

Para: Elizabeth Hudson

Asunto: Me duele el paquete por tu culpa

Buenos días nena:

Cuando leas este mail ya será lunes y estarás en tu grandiosa oficina, rodeada de hombres, que darían lo que fuera por meterse en tus bragas. Dios, iría allí y los arrancaría los ojos a todos, para que no pudieran mirarte, ni soñar contigo.

Me pongo enfermo con sólo pensarlo ¡Nunca lo había sentido antes y es jodidamente molesto!

Elizabeth, créeme si te digo que es la primera vez que tengo esta puñetera necesidad de tener que poseerte, en todos los sentidos.

Cuando no estás cerca de mi, me haces falta. Te busco inconscientemente, incluso debajo de las piedras. No me centro en nada de lo que hago desde que te vi. Todo tiene que ver contigo.

Y cuando estás cerca, podría vivir sin aire, con el solo hecho de estar a tu lado.

Eres como una droga, me haces falta.

No se expresar muy bien mis sentimientos, ya que nunca lo he hecho. En realidad, no sé por qué me está pasando esto contigo. A lo mejor es simplemente un capricho que se me pase con el tiempo... Tampoco te voy a prometer nada, somos adultos.

Tranquila, no soy un acosador, aunque me digas que sí, es solo que no sé cómo actuar ante lo que me está pasando. Solo puedo decirte que soy sincero y que no puedo sacarte de mi maldita cabeza, ni para bien, ni para mal. Ya que también me pones de una mala leche, como nadie consigue...

¡Te cogería y te daría un azote tras otro en ese culito perfecto tuyo!

Cuando te beso siento que se detiene el tiempo, es una sensación rara, y a la vez increíble. Obviamente tú sientes lo mismo, lo he notado, aunque te empeñes en negarlo, tu cuerpo me corresponde, mmm nena y de qué manera...

Me has hechizado y ni me he dado cuenta de cómo ni cuándo ha ocurrido.

Solo pienso en besarte, en mirarte, en adorarte, en follarte y que grites mi nombre...Uf, ya la tengo dura otra vez...

Anoche fue un sueño. No me dormí por miedo a despertar y que no hubiese ocurrido. Pero creo que fue real, ¿no?

Joder, no te imaginas lo que me está costando escribir estas jodidas ñoñerías, pero es que me siento tan vulnerable...No se me borra esta estúpida sonrisa de la cara. ¡Por no hablarte del pequeño Sam!...El pobre está tan duro que me duele.

¡Además lo peor ya ha pasado, que la prensa nos haga novios! ¿No?

Está amaneciendo y cada vez que te recuerdo se me vuelve a poner dura. No pagaste tu castigo por echarme la papilla encima, al final el castigo fue mío: El de verte marchar.

No veo el momento de volver a verte nena.

Te deseo.

Un beso donde tú ya sabes preciosa.

P.D. Tu caballero andante, que si no hubiera estado andando por allí, hoy tendrías un ojo morado, aunque lo niegues ¡Como vuelva a ver a ver a ese desgraciado le reviento!

Sammuel Roc

Propietario de Roc Hoteles

Elizabeth leyó el mail como 7 veces. Prácticamente se lo había aprendido de memoria. No tenía nada de profesional, era un escrito informal, escrito de repente y se atrevería a decir que Sammuel incluso dio a la tela de “Enviar” sin ni siquiera repasarlo antes.

¿Sammuel Roc se le estaba declarando? ¿El soltero de oro? ¿O se estaría riendo de ella? Hablaba de celos y de necesitarla. Querría echarle un par de revolcones, los hombres son así, “prometen hasta que la meten”, dicho que toda mujer debe saber como el abecedario.

“¿Qué hay de tu lema de no confraternización con el amor?”, “Cuando me dicen que me quieren, los largo... ¡Ja! ¿Y éste qué?, ¿Qué tiene de especial este mentiroso arrogante, que solo sabe tratarte con desprecio?”, le decía a sí misma su yo maligno,

mientras se tocaba suavemente el pelo y miraba al infinito.

“Lo que tiene de especial es que me pone como una moto con su sola presencia” le decía su yo bueno sonrojado al recordar lo de anoche.

“Elizabeth eres peor que los hombres, solo piensas con...” su yo maligno estaba abierto de piernas y se acariciaba con el dedo en el medio...

Para ser sincera consigo misma, cada vez que recordaba esos ojos violetas entre sus piernas, mirándola con esa lujuria, se encendía. Pero había algo que la decía que no se fiara de él. Probablemente se acostarían un par de veces y se aburriría de ella, es lo que pasaba con estos hombres que lo tienen todo.

“¿Y de todas formas, aunque así fuera, cuál es el problema? Tú querías lo mismo, ¿no?, sexo sin compromiso, el amor para las novelas. Carpe Diem Baby” le decía su yo maligno fumándose un cigarro.

O podía ocurrir lo que solía pasar más a menudo, que ella se aburriera de él. Aguantando los numeritos de enamorado desesperado de después.

“Eso ya me hace menos gracia”, pero no se imaginaba al gran Sammuel Roc en plan desecho humano.

Sammuel era el único que le había despertado ese sentimiento, esas sensaciones que pensaba que no sentiría nunca. ¡La ponía nerviosa por el amor de Dios! Y todo esto, la mayoría de la gente, no lo encuentra ni en una vida entera, ¿por qué darle la espalda? No eran tan diferentes, más bien eran bastante parecidos en todo, podría funcionar...

¿Podría funcionar?

“¿¿¿Qué??? ¡¿Estás pensando en serio que podría funcionar con ese pirado controlador?!”, se preguntaba a sí misma revolviéndose el pelo “Estás de coña ¿no? ¡Dime que estás de coña!” su yo maligno la gritaba despeinado por la desesperación.

De todas formas, no pasaba nada por acostarse con él un par de veces, por lo que había visto, y comprobado, debía de ser

bastante bueno en las artes amatorias...¡De hecho, lo era!

De repente, se dio cuenta de que tenía una sonrisa en la cara y las bragas empapadas. Se estaba planteando en serio el estar con Sammuel, “¡no me lo puedo creer!”, pensaba para sí misma su lado romántico, que hasta entonces creía muerto... Pero había sucedido. Increíblemente no le daba urticaria pensar que Sammuel la quisiera...

Estaba inmersa, manteniendo una de esas charlas tan interesantes con su alter ego:

“¿Que Sammuel te quiere? ¡Mejor ni pensarlo!, ¿De dónde sacas esa estúpida idea de que Sammuel te quiera, paleta? Solo dice que te desea y que la tiene dura, aunque diga que no le ha pasado con nadie ¿Qué pretendías que te dijera?, no esperarías que te dijera que es lo que le pasa con todas, ¡pero qué ingenua!, si te lo dice así, no va a mojar el churro, tonta ¿es que naciste ayer?” su perverso yo se volvía loco, no podía chillar más.

Sea lo que fuere, él se había desnudado en todos los sentidos, (le recordaba desnudo y le subían los calores por todo el cuerpo), y ahora le tocaba mover ficha a ella, pero también era nueva en todo esto, ¿qué se suponía que debía hacer? Nunca le diría tan claramente que la volvía loca... Porque, claramente, no lo hacía.

“Claramente si, muy claramente... ¡Oh joder!” su yo maligno se llevaba las manos a la cabeza y daba vueltas sobre sí mismo desesperado

Él le dejó claro que la deseaba, eso era obvio, pero ¿estaría bien que él supiera que la ponía a mil también?

Ahora mismo veía a su abuela señalándola con el dedo y diciéndola “hay que hacerse respetar hija mía”

¡Ya está!, le contestaría al mail de forma graciosa para ver cómo reaccionaba él, y a ver si seguía con la misma idea con la mente fría o todo había sido fruto del calentón del momento.

“Le has dejado empalmadísimo, los hombres en ese estado son capaces de decirte que te traerán la luna a tus pies”, sacudió la cabeza para liberarse de sus dos yos y poder escribir tranquila.

Puso Offspring a toda mecha y se puso a escribirle:

De: Elizabeth Hudson

Para: Sammuel Roc

Asunto: Espero que el “pequeño” Sam haya sido atendido debidamente

Buenos días Señor Roc

Tras leer detenidamente su mail, he podido observar que usted, con un calentón de huevos, es capaz de prometer cosas un tanto... extrañas, diría yo. ¿Arrancar los ojos a mis empleados, en serio? Debería acudir a un profesional que revise sus tendencias psicópatas, ya que mis empleados no le han hecho nada para semejante barbarie.

¿Qué pasó anoche?, no se a que se refiere, aparte de echarle encima la vomitona, por la que le ruego me disculpe, y me pase la factura de la tintorería. No entiendo a qué hace alusión con “lo que pasó”. Creo que sí, que estaría soñando, debió beber demasiado.

Me preguntaba ¿Qué se supone que debo hacer al leer su mail? Si está acostumbrado a que todas las mujeres caigan rendidas en sus brazos en cuanto abre la boca, le advierto que yo no soy así. Sus brazos me repelen más de lo que me atraen, todos mis sentidos, sobre todo el común, me indican que me aleje todo lo que pueda de usted y de sus brazos.

No sé cuál es su intención al decirme todas esas cosas. Usted lo llama “ñoñerías”, yo lo llamaría más bien “palabrería barata para conseguir terminar un polvo frustrado”. No me habla todo lo claro que me gustaría, ¿puedo deducir que quiere un segundo asalto?, dígalo claramente, ya somos adultos. Al menos yo.

Fuera de bromas, no te mosquees porque te llame de usted, tengo tendencia a hacerlo así al referirme a personas de tu avanzada edad, jajaja.

¡No frunzas el ceño!, te saldrán arrugas.

Para mí también fue una velada estupenda. Me imagino que más que para ti. Pero no sabría decirte si para tanto como para

desvelarme pensando en ello..., no, sinceramente no fue para tanto, la verdad. ¡Dormí a pierna suelta!, he de confesar que me dejó bastante relajada con sus artes... orales.

Lamento tu insomnio por mi culpa, de veras. Y el malestar con el que se quedó “el pequeño” (mote bastante impropio) Sam, pero fue por tu culpa, si lo piensas bien, y no por la mía.

Y después de esta breve respuesta a tu mail Sammuel, solo puedo decirte que ya veremos cómo se van dando las cosas, ¿no?, dejemos que el cauce siga su curso, ya que tú a mí también me pones... ¡pero de muy mala ostia!

Por cierto, recuérdame que te debo 50 millones, tendré que empezar a ahorrar... Aunque creo recordar que cobro mucho más que tú, así que te haré una transferencia lo antes posible para que puedas llegar a fin de mes, te ruego le hagas llegar a mi secretaria tu número de cuenta.

Otro beso para ti, si te hace ilusión, caballero andante... ¡anda que no te queda a ti por andar! ;)

Elizabeth Hudson

Presidenta de Hudson Enterprises

Le dio a “Enviar” y al instante ya se estaba arrepintiendo ¿Y si no la respondía? Lo leyó otras mil veces y no vio indicios, ni pistas de que estuviera loca por él, ni nada parecido siquiera, por ningún sitio, más bien, todo lo contrario, así que podría estar tranquila.

Claramente no estaba loca por él. No. “Simplemente he encontrado un nuevo entretenimiento” se decía a sí misma sin parar.

Pasó toda la mañana sin noticias.

No dejó de mirar el mail y pulsar “actualizar”, pero nada. ¡Hasta se mordió una uña!

“Vaya, con este nuevo entretenimiento, te consume el tiempo más de lo que desearías ¿eh Hudson?” se decía enfadada con ella misma, pero sin poder evitarlo.

Llegó la hora de irse a casa y no había nada en el mail, ni en el

móvil, ni llamada a la oficina, ni visitas a la planta once...

“¿Decepcionada?”

Se fue a casa y se acostó rendida.

Pasaron los días y siguió sin noticias de Sammuel.

Se moría de ganas de llamarlo. Cada minuto que pasaba la reconcomía por dentro. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era posible que después de lo que la había escrito pudiera pasar de ella sin más? ¿Le llegaría su respuesta?

Era difícil acostumbrarse a que después de que Sammuel la hubiera estado siguiendo cada día, porque reconocía que era una droga para él, de repente desapareciera sin más.

Pero Elizabeth tenía demasiado orgullo como para arrastrarse detrás de él. Si la quería, que fuera a por ella. Esto era lo que pasaba por mostrar sus sentimientos lo más mínimo. Se asustan y se van.

“Siempre se van” las decía su madre desde pequeñas a Sarah y a ella, porque su padre, es decir, el abuelo de Elizabeth, la abandonó cuando su madre era pequeña.

Aunque en lo más profundo de su corazón, ella sentía que Sammuel le era sincero, pero no se explicaba su ausencia, y se sentía vacía, aunque no lo quisiera admitir. En poco tiempo, se había acostumbrado a sus apariciones, a su conquista, a sus bromas, a esa forma de mirarla y a sus jueguitos, que la ponían su mundo patas arriba. Con Sammuel al lado ¡se sentía viva de nuevo! Más bien, como nunca lo había hecho.

Para no engañarse, le echaba de menos, pero intentó por todos los medios llamar a este sentimiento de muchos nombres, uno de ellos, resaca.

- Liz el alcohol no ahoga las penas, créeme, las empeora, mírate cómo estás. Además, las penas saben nadar, y al día siguiente tienes las mismas penas y además, resaca y una cara que da asco.

- ¿Qué penas ni qué leches Sarah? Lees demasiadas novelas románticas, el alcohol me gusta, por eso lo bebo. Punto.

- Lo que tú digas jefa.

Y siguió con la sesión de belleza del domingo. Aunque en este caso era una sesión de reparación de daños, más bien.

Si él hubiera seguido insistiendo, ella le habría mandado a paseo. Se habría agobiado y aburrido, como siempre, todos comiendo de su mano. Pero Sammuel Roc pasó de ella... ¡Y esto era inconcebible! La reconcomía por dentro. No se lo sacaba de la cabeza, por mucho que lo intentaba.

El no contestarla y desaparecer completamente del mapa, hizo justamente el efecto contrario al que debería haber hecho.

Para ambos.

CAPITULO 17

Al mediodía, Elizabeth llamó a Tony y quedaron más tarde para tomarse unos vinos en una bodega que estaba enfrente de la casa de él.

A las 9 de la noche, Elizabeth aparcó el Lamborghini en la puerta de la bodega y la gente que había paseando por la calle, se arremolinó allí para hacerle fotos al coche, nunca se acostumbraría a esto, para ella era algo tan normal, como ir en cualquier otro coche más común.

Llevaba unos pantalones vaqueros pitillos, con unos botines rojos desabrochados de tacón de aguja, que hacían juego con la lengua roja de la camiseta de los Rolling Stones de tirantes que se puso. Llevaba un montón de pulseras “roñosas”, como decía Sarah, que la traían recuerdos de sus tiempos de conciertos heavies y que se ponía de vez en cuando para recordarlos. Su pelazo rojo ondeaba al viento y alguno que otro la hizo alguna foto a ella también, disimuladamente.

Mientras llegaba a la altura donde la esperaba Tony sonriente, iba diciendo que no con la cabeza, él le dijo encogiéndose de hombros:

- Es lo que tiene ver bajarse a semejante pivón pelirrojo de un cochazo así.

- A mí ni me miran, todas las atenciones se las lleva el coche.

Y ponía cara de triste, mientras Tony la daba un más que cariñoso abrazo y un beso en la frente.

- Yo te daré todas las atenciones que necesites, tonta, vamos.

Entraron y se sentaron en la barra. Pidieron dos copas de vino.

- ¿Dónde has dejado a tu niñera? ¿Te ha dejado venir sola? –Le dijo Tony burlándose

- Le he dicho que viniera luego a por el coche, me apetecía conducir.

- Estará de los nervios.

- Estará aquí incluso antes que yo, me extraña no haberle visto por los alrededores –Dijo ella poniendo los ojos en blanco.

- ¡Joder! No sé cómo lo aguantas tía, todo el día con alguien detrás, no tienes intimidad.

- Hay veces que me entran ganas de mandarle a la mierda, pero luego me pongo en su lugar y el que debería mandarme a la mierda es él a mí, así que, bueno, al final es un fifty - fifty.

- ¿Pero es necesario que tengas un guardaespaldas, ya fuera de coña? –Tony apoyó una mano en su rodilla.

- Yo creo que no, pero últimamente lo agradezco, la verdad.

- ¿Ha pasado algo? No me preocupes Liz

- ¡Anda ya! ¡Tú eres mi vía de escape, no empieces también con paranoias! Cuéntame historias de las tuyas, necesito evadirme de negocios y ventas, ¡please! –Le suplicó con cara de cachorrillo desvalido, sacándole morritos.

- ¡Pues con Tony tienes la risa asegurada cari!

- Por eso precisamente te quiero

Y brindaron.

Estaban hablando, partiéndose de risa porque él tenía una clienta que no le dejaba en paz. Tony estaba muy bueno, así que esto no era de extrañar, lo que pasaba es que la mujer en cuestión tenía cerca de 60 años y ya no le quedaban más cosas que comprar en

la tienda, solo para que él la dijera lo divina que estaba... Elizabeth lloraba de la risa.

- ¡Pobre mujer, se va a arruinar!
- ¡Pero si es ella la que me acosa!
- Deberías decirle que no tiene nada que hacer contigo, estás jugando sucio tío -Le recriminó Elizabeth conteniendo la risa
- No creo que haya pensado nunca que tenga nada que hacer conmigo, es solo que le va la marcha y es eso lo que le pone cachonda precisamente, soy su amor platónico..., además me ha dicho que no sabe dónde gastarse los millones del marido. Mejor que se los gaste conmigo, ¡así pagaré antes la hipoteca!
- No tienes corazón, rata inmunda
- ¡Habló, la mujer con el corazón más grande de toda la city...!
- Lo dijo muy alto, haciendo aspavientos con los brazos, así que todo el mundo la miró y ella se partía de la risa.

Se rieron otro rato, recordando la cara de Sammuel con la pota cayéndole por todo el traje. Era el tema preferido de Tony.

- Nunca podré olvidarlo Liz, eres mi ídolo.
- Con ese recuerdo se quedó el desgraciado
- ¿No os habéis visto desde entonces? Pero si os mirabais como dos auténticos enamorados
- ¡¿Qué dices Tony?! Estábamos borrachos, lo verías así tú
- ¡Yo y el resto de la gente!...No me puedo creer que no le hayas llamado después de potarle encima tía ¡Alucino! ¿Y él? ¿No te ha llamado tampoco?
- No -No le iba a contar lo que sucedió después porque entonces sí que no lo entendería y no tenía ganas de pensar más en él, se lo estaba pasando muy bien
- Aquí hay algo que no me cuadra, te conozco y sé que me ocultas algo Elizabeth Hudson.
- ¡Anda ya!
- Canta gallinita, o me largo -Le amenazó Tony
- Dejémoslo en que Roc ha sido una aventura pasajera, ¿te vale?

- ¡Ni de coña!

- Jo Tony por fi, por fi, por fi, no quiero hablar de él, ¿vale? Mañana te invito a un café y te lo cuento todo, quiero pasarlo bien, es mi día libre...-Elizabeth sabía que Tony nunca se podía resistir a sus ruegos, así que hizo acopio de sus mejores armas de mujer para ello.

- Está bien Liz, pero sólo porque yo quiero dejarlo para mañana –Suspiró Tony abatido

- ¡Gracias! –Elizabeth le plantó un beso en la cara que hizo que se pusiera rojo como un tomate. Menos mal él que nunca llevaba a su novia a sus encuentros con Elizabeth, porque volvería a estar soltero de nuevo, y eso que ella no era muy avispada, era la típica modelo de ropa interior sumisa y carente de personalidad.

Cuando era más de media noche, los dos amigos estaban muy animados por los vinos y decidieron irse a bailar a una discoteca de por allí cerca, el “Oasis Club”. Era bastante grande y amplia, así que se podía bailar a gusto, a pesar de la enorme cantidad de gente que iba allí. Además ponían buena música, no solo “chunda chunda”, como decía ella. Aunque si la hubieran dado a elegir, hubieran acabado en un bar de rock, pero Tony no era muy dado a esos sitios, decía que le daban miedo los hombres que regentaban dichos lugares y que solían mirarle bastante mal por ir acompañando a semejante mujer, lo que les hacía desistir de ligar con ella, a veces.

- ¡Eres un cagado, nenaza! –le decía siempre Elizabeth, pero no colaba.

Vieron a John, Elizabeth hizo un gesto con la mano y en seguida tenían el Lamborghini a sus pies. Se montaron en el coche, que les dejó en la misma puerta de la discoteca. Entraron sin hacer la cola.

- Esto es lo que más me gusta de salir contigo, ¡con solo mirarte, nos abren todas las puertas, entramos en todos los sitios, sin más, les falta hacerte reverencias!

Elizabeth se rio y le dio un manotazo en el brazo

- ¡Ya sabía yo que solo me querías por interés!

Se tomaron un par de copas en la barra mientras se partían de la risa y se fueron a la pista a bailar. Tony adoraba bailar, pero con Elizabeth más todavía, ya que lo hacía de vicio, y casi siempre acababan siendo el centro de atención del garito donde estuvieran... Y porque durante unos minutos, la gente pensaba que eran novios.

Estaban absortos bailando una canción de David Bisbal, “Torre de Babel”. A Elizabeth le sonó el móvil y miró la pantalla, era un whatsapp con una foto suya bailando con Tony de hace 2 segundos de un número desconocido, donde ponía:

- ¿No crees que te estás arrimando demasiado a ese tío?

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral de arriba a abajo. Miró para todos sitios, a ver quién había hecho la foto, pero no conoció a nadie. Se encogió de hombros y siguió a lo suyo, bailando.

Otro whatsapp.

- ¡No te arrimes tanto! O le voy a tener que arrancar las manos a tu amiguito.

Elizabeth sonrió, estaba claro quién era.

De repente, una alegría inmensa la invadió por completo. ¡Estaba viva de nuevo!, la discoteca le pareció más divertida, más colorida... ¡Todo era sin quererlo, mucho mejor! ¿Serían los efectos del vino y el whisky? No lo creía.

Le temblaba el dedo al escribir, de los nervios, cosa que la sorprendió tanto, que no sabía cómo reaccionar, sentía las piernas flaquear, hasta le entró un hormigueo por el estómago. “¿Pero qué demonios me pasa?”

Le contestó:

- ¡Déjame en paz, acosador! Bailo cómo y con quien quiero.

Le llegó otro:

- Tú bailas solo conmigo.

Ella se rio más, mirando entre la gente disimuladamente, a ver si le localizaba

- No sé ni quien eres, así que vuelve a tu agujero negro ¡y déjame en paz!

Otro:

- Sabes de sobra quien soy, tu cara de tonta al leer los mensajes te delata...Nena.

- ¡Piérdete!

Elizabeth cogió el móvil y se lo guardó en el bolsillo de atrás del pantalón toda chula. Tony se acercó a ella para gritarla al oído debido a la música:

- ¿Pasa algo?

- Nada, todo en orden –Hizo un gesto con la mano para indicarle que no era nada.

Se disponía a bailar de nuevo, cuando una mano la cogió el móvil del bolsillo, rozándola el culo más de la cuenta. Ella dio un salto y se giró al mismo tiempo, chocando contra un pecho de sobra conocido y sintiendo cómo se le electrificaba cada célula de su cuerpo al hacerlo.

¡Sammuel!

Llevaba unos vaqueros oscuros con unas deportivas azul marino y granate, con una camiseta de manga corta de color negro, su pelo azabache peinado de punta a lo loco, como a ella tanto le gustaba y oliendo a su perfume preferido, Bulgari.

Elizabeth no se corrió allí mismo porque Dios no lo quiso, ya que su cuerpo estuvo a punto, nada más sentir su presencia. “¡Qué incómodo!”, de nuevo el corazón estaba desbocado y su entrepierna ansiosa.

- ¡Dame mi móvil! –Le gritó extendiendo la mano

- Yo también me alegro de verte gatita –Dijo con una sonrisa enorme, besándola la mano que había extendido.

- ¡¡¿Gatita?!! - Gritó Tony llorando de la risa y señalándola con el dedo

Sammuel le dirigió una mirada asesina y le hizo un gesto con la cabeza para que se largara, mientras Elizabeth le miraba a punto de asesinarle

- Creo que voy a por una copa –Dijo Tony casi tartamudeando, señalando la barra, mientras desaparecía entre la gente

- ¡Yo voy contigo! –Le gritó ella yéndose tras él

Pero Sammuel la agarró por las caderas y la inmovilizó contra su pecho firme, mirándola con un deseo que no podía ocultar, al que ella evidentemente no era capaz de resistirse.

- Tú te quedas aquí

Una canción comenzó a sonar, los dos la reconocieron al instante, Sammuel sonrió con una de esas sonrisas que hacen que te quedes en shock, haciendo comprender a Elizabeth así que eran los protagonistas de la canción.

Every night I grab some Money and I go down to the bar
I got my buddies and a beer, I got a dream, I need a car
You got me begging on my knees, c'mon and throw the dog a bone
A man he doesn't live by rock n'roll and brew alone
Baby baby

Sammuel la miró poseído de lujuria, se separó de ella un paso atrás, dejándola con la sensación de estar desamparada por completo allí en medio. Elizabeth quería volver corriendo a sus brazos sin entender por qué. Él sonrió malévolamente al comprobar su necesidad y comenzó a mover su cadera provocativamente, ¡al son de la música!

“¿Dios, está bailando?”... pensaba Elizabeth, todavía con la boca abierta sin poder apartar los ojos de él...”Mejor dicho, ¡¡¡Dios está bailando!!!”, ya que bailaba tan bien que parecía un dios...

Rock and roll and brew, Rock and roll and brew
They don't mean a thing when I compare'em next to you
Rock and roll and brew, Rock and roll and brew
I don't know who you are or what you do, or where you go when you
're not around
I don't know anything about you baby, but you are everything I'm
dreaming of
I don't know who you are , but you are a real dead ringer for love
a real dead ringer for love

Elizabeth estaba allí petrificada delante de él, sin mover un músculo, mientras admiraba incrédula con la boca abierta sus movimientos perfectos alrededor de ella.

Todas las mujeres que había en la pista intentaban enredarlo, bailando a su lado para provocarlo y conseguir que bailara con ellas, pero él tenía su mirada clavada en un punto fijo. Ella.

Él se acercó peligrosamente, la agarró por la cintura, quemándola la piel en este punto de contacto. Le metió una pierna entre las dos de ella y mirándola a los ojos, provocador, comenzó a mover la cadera, llevándosela a su terreno sin que ella opusiera resistencia. Elizabeth se dejó llevar, sin más. Sammuel Roc era el pecado personificado y de nuevo lo tenía entre sus piernas.

Ever since I can remember you been hanging 'round this joint
You been trying to look away but now you finally got the point
I don't have to know your name and I won't tell you what to do
But a girl, she doesn't live by only rock 'n roll and brew
Baby Baby Baby Baby
Rock and roll and brew, Rock and roll and brew
They don't mean a thing when I compare 'em next to you
Rock and roll and brew, Rock and roll and brew
I don't know who you are or what you do, or where you go when you
're not around
I don't know anything about you baby, but you are everything I'm
dreaming of
I don't know who you are , but you are a real dead ringer for love
a real dead ringer for love

Los dos se habían sumergido en el baile de la canción. Casualmente la adoraban los dos. Es la típica canción que hace que te sientas vivo. Lo estaban disfrutando juntos, sin prejuicios ni pensamientos de nada más. Sólo ellos dos y la música. Desmelenándose.

Sammuel le acercó la boca a la oreja más de lo estrictamente necesario para hablar y le susurró esta parte de la canción, muy sugerente:

You got the kind of legs that do more than walk
I don't have to listen to your whimpering talk
Listen, you got the kind of eyes that do more than see
You got a lotta nerve to come on to me
You got the kind of lips that do more than drink
You got the kind of mind that does less than think
But since I'm feeling kinda lonely, my defenses are low
Why don't you give it a shot and get it ready to go
I'm looking for anonymous and fleeting satisfaction
And I want to tell my daddy I'll be missing in action

Elizabeth se separó de él y lo miró aterrorizada, este hombre era capaz de hacer que se corriera en medio de la discoteca, con tan solo susurrarla al oído. Sammuel aprovechó para cogerla una mano y darle una vuelta sobre sí misma, para continuar bailando. Le acababa de confesar sus anhelos más recónditos y ahora no la iba a dejar escapar.

Ever since I can remember I've been hanging 'round this joint
My daddy never noticed, now he'll finally get the point
You got me beggin' on my knees, c'mon and throw the dog a bone
A man he doesn't live by rock 'n roll and brew alone

Baby baby, baby baby

Ella se había relajado, estaba bailando con él tan tranquila, con los brazos en alto y cerrando los ojos de vez en cuando. Sammuel la dirigía, la acariciaba, la meneaba..., a su antojo, y lo mejor de todo, es que lo hacía de vicio. Los dos se movían de manera espectacular. Ella se agachaba a lo largo de su pierna, rozándose contra él, provocándole y él hacía con que le daba un ataque, ¿o le daba realmente al sentirla? La admiraba. Escenificaron a la perfección la canción, tanto, que la gente acabó haciéndoles un corro y aplaudiéndolos cuando terminó la función.

¡Eso era química y lo demás eran cuentos chinos!

La gente volvió poco a poco a sus posiciones originales al terminar

la canción de Meatloaf y ellos de repente se miraron sin saber qué hacer. Lo que Sammuel quería era besarla, sin remedio, no se aguantaba, pero ella no parecía nada receptiva. Él se sorprendió cuando Elizabeth se giró para alejarse de él hacia la barra, pero Sammuel la atrapó de nuevo:

- No vas a ir a ninguna parte Elizabeth, tenemos que hablar
- Yo no tengo nada que hablar contigo Roc
- ¡Ya lo creo que sí nena!
- ¡No me llames nena joder! No tengo nada que ver contigo, no quiero saber nada de ti, ¡déjame en paz! –Ella no sabía la razón por la que le decía todas esas cosas, cuando todo su ser la rogaba besarle.

Elizabeth se giró dándole la espalda para ir en busca de Tony, pero Sammuel la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí de nuevo bruscamente, lo que hizo que la cabeza le diera mil vueltas y se tuvo que apoyar un poco en él. Ella le miró y le dio en el pecho toquitos con el dedo índice a modo de amenaza, intentando centrar la vista en él y con la voz un poco gangosa por el alto nivel de alcohol en sangre que llevaba.

- Sal de mi vida Sammuel Roc, nadie te ha pedido nada, no eres bien recibido, ¿es que no lo notas?
- ¡Maldita sea Elizabeth!, lo único que noto es que tu boca dice una cosa, pero tus ojos me piden a voces otra, ¡y no aguanto más estar lejos de ti!

Ella sonrió al verle tan enfadado, en realidad estaba enfadado consigo mismo. Sammuel no daba crédito a que una mujer le estuviera echando a patadas de su lado continuamente y él se quedara ahí sin más. ¿Permitía semejante agravio? No sólo lo permitía, es que volvía una y otra vez inexplicablemente a por más. Tenía que solucionar esto cuanto antes y la única manera de poder pasar página era terminar lo que habían empezado, para terminar con esta maldita obsesión que le tenía trastornado.

“Un polvo y se acabó el rompecabezas, podrás seguir con tu vida de una vez”, se decía Sammuel, necesitaba estar dentro de ella, no pensaba en otra cosa desde que la miró por primera vez, y eso le estaba torturando.

- Elizabeth ven –La agarró la mano, pero ella se soltó bruscamente

- ¿Dónde me vas a llevar? ¿A un rincón oscuro? ¡No soy de esas Roc!

- A un sitio más tranquilo para poder hablar contigo –Dijo reuniendo toda la paciencia que le era posible, para no empotrarla contra alguna pared, que era lo que realmente se merecía esa maldita malcriada y con lo que llevaba soñando días, semanas y meses.

- ¡No!, No, no, no, de ninguna manera, me vas a engatusar y otra vez me atraparás en tus redes, ¡no quiero! –Elizabeth tenía la lengua demasiado suelta por culpa del cubata extra que llevaba encima.

- No lo voy a repetir, o por las buenas o por las malas

- Oh, mira como tiemblo señor Roc...Estoy cagada de miedo
Ella se cruzó de brazos delante de él, desafiándole, aunque se tambaleaba un poco.

Sammuel dijo que no con la cabeza, mientras soltaba un bufido y se largaba, dejándola sola en medio de la pista, totalmente desorientada, pero si se quedaba allí un solo segundo más, no se haría responsable de sus actos. Ella no supo cómo reaccionar ante su marcha, ahora que la había dejado allí tirada se arrepentía de no haberse ido con él. Sentía ¿frío?

“¿Qué pasa por hablar?, a lo mejor te gusta lo que te va a decir”, insinuaba con miedo su yo bueno.

“Este no quiere hablar ni de broma, se le ve lo que pretende a la legua, ¿no has visto cómo te mira ignorante, que crees que quiere, regalarte flores?”, la reprendía su yo maligno.

“Mmmm sí, cómo me mira”...Dijeron los dos yos a la vez, suspirando.

Llegó Tony de vuelta y ella se apresuró a decirle intentando parecer tranquila:

- No ha pasado nada, paso de tocar el tema ¿vale?

- Tía, ese hombre babea por ti

- ¡Que le den!

Y siguieron a lo suyo los dos amigos, riéndose, tan tranquilos. Al final, se lo estaban pasando en grande, y Sammuel Roc se podía ir al infierno, lo único que hacía era trastornarla.

De repente, Elizabeth sintió cómo su cabeza se ponía hacia abajo y sus pies hacia arriba y vio a Tony en frente boca abajo con las dos manos tapándose la boca, mirándola con los ojos desorbitados. Cuando finalmente pudo ser consciente de lo que pasaba, ya era tarde. Un hombre gigantesco la transportaba sobre su hombro a través de la discoteca, escaleras arriba, no sabía hacia dónde.

Ella gritaba con todas sus fuerzas, pero la música sonaba más fuerte que sus inútiles gritos. Pataleaba, daba puñetazos...Pero el gigante ni se inmutaba, se abría paso entre la masa de gente, que la miraban divertidos. ¿Estamos todos locos?

Entraron en una sala oscura, solo iluminada por luces de neón azul, él cerró la puerta con el pie tras de sí, dando un portazo. Esto hizo que la música sonara mucho más baja. La bajó de su hombro y la puso en pie de nuevo, lo que hizo que Elizabeth se marease y casi se cayera de bruces contra el suelo, a no ser porque casi al llegar a su destino, unos brazos musculosos la atraparon y la salvaron del gran golpe.

Ella centró de nuevo la vista en él como buenamente pudo, ya que le veía doble, y allí estaba el gran Sammuel Roc, resplandecía como un dios en medio del desierto, mirándola con sus ojos violetas de depredador. “Aquí es donde se montará las fiestas privadas”, pensó ella.

Cuando fue capaz de sostenerse sola, le empujó para que se apartara de su lado.

- ¿Es que en esta discoteca no hay Seguridad? ¿Alguien puede coger a una mujer como un energúmeno salvaje para llevársela a la cueva y nadie le dice nada?
- No, si es el dueño del local
- ¡Joder, si lo hubiera sabido, no hubiera venido!
- Cuida ese lenguaje.

- ¿Cómo quieres que cuide mi lenguaje si interrumpes una de mis pocas noches libres con mi amigo, en contra de mi voluntad?... ¡Me has cogido a hombros joder!...¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿ME HAS COGIDO A HOMBROS COMO A UNA VACA??????

Elizabeth lo miraba incrédula, poniéndose una mano en la frente y la otra en la cintura, mientras él aguantaba la risa como podía.

- Ha sido la única manera Elizabeth, no me has dejado elección

- ¿De verdad me has cogido como a un saco de patatas? NO ME LO PUEDO CREER, ¡Tú estás mal de la cabeza! ¿¡Pero quién cojones te crees que eres?!

- Ya me estaba cansando de verte contoneándote para todos los hombres

- ¿Pero tú te estás oyendo? ¿Contoneándome? ¿Hay algo que me lo prohíba? Porque no he visto ningún cartel...

- Yo -La interrumpió y se quedó tan tranquilo

- ¡¡¡¿Qué?!!!!

- Yo te lo prohíbo, no me gusta que los hombres te miren así

- ¿¿¿¿Y tú eres...???? ¡¡¡Perdona, pero no recuerdo que seas nada mío...!!!! ¡¡¡PARA PROHIBIRME NADA!!! –Estaba completamente fuera de sí –Esto no me está pasando –Se repetía
Sammuel se pasó las manos por el pelo nervioso, esto no estaba saliendo bien. ¿Se había pensado por un momento que después de cogerla como a un plomo, ella se iba a tirar a sus brazos loca de amor? No había tanteado las consecuencias, sólo había actuado por impulso, guiado por unos celos que le estaban matando.

- Elizabeth ¿podemos hablar?

- ¿Dónde está Tony?

- Tu amigo está en buenas manos, no te preocupes por él, le van a llevar a casa porque estaba un poco mareado.

- ¿Qué le van a llevar a casa? ¿Quién? ¿Mareado? ¡Si acabo de estar con él ahora mismo y estaba bien! ¿Qué le has hecho maldito bastardo?

Sammuel dijo que no con la cabeza, cerró los ojos y se tocó la

parte superior de la nariz con los dedos, tomando aire con calma.

Elizabeth salió corriendo hacia la puerta y un brazo lleno de músculos la detuvo, la agarró fuerte por la cintura y la llevó por los aires a mirar por el cristal. Sammuel la señaló un punto, ella miró, ahí abajo, entre la muchedumbre, vio cómo un hombre grande ayudaba a Tony a caminar entre la multitud, cogiéndole por la cintura, mientras él se agarraba a su cuello, iban hacia la salida.

- Tranquila, ha bebido demasiado y se ha desmayado, por el calor, mi asistente le llevará a casa. Llámale si quieres y compruébalo tú misma

Le dio su propio móvil y ella se lo arrancó de las manos con una ceja levantada, mirándole incrédula. Marcó rápido:

- Tony ¿estás bien? ¿te han hecho algo?
- Cariño llevo un peo que no veo, un gigante de parte del señor Roc dice que me lleva a casa, ¿estás bien tú? Estaba preocupado, te iba a buscar, pero me caí...-Sonaba gangoso.
- Tranquilo, estoy bien, descansa.
- Llámame mañana. ¿Estás con él?
- Sí, un beso

Y colgó.

Se miraron los dos, él andaba despacio, alrededor de ella, como un animal acechando a su presa, pero sin decidirse a atacar. Mirándola de arriba abajo con las pupilas dilatadas por la lujuria que lo embargaba, casi no se veía el violeta de sus ojos. Ella se sentía desnuda ante aquel salvaje escrutinio, pero intentó parecer despreocupada, parada allí en medio del círculo que él iba trazando, aunque en realidad le temblaban las piernas.

Sonaba la canción de “Poison” de Alice Cooper, “¡Qué oportuno!” pensó Sammuel.

- ¿Hay algo que no te guste Roc?
- Nada en absoluto, todo lo contrario.
- No lo parece

- Las apariencias engañan
- Y tú eres el rey de las apariencias, ¿verdad?
- No tanto como tú.- Sammuél se le acercó al fin, rompiendo esa barrera imaginaria que se había obligado a poner entre ellos, pero que no tuvo más fuerza a mantener. La susurró al oído desde atrás, con su voz ronca de deseo, rozando de vez en cuando la parte trasera de su oreja con los labios, a propósito, cosa que aceleró la respiración de Elizabeth - Intentas parecer tranquila, pero estás nerviosa.- Le acarició un hombro con un dedo muy sutilmente, casi sin rozarla y a ella se le puso la carne de gallina - Intentas parecer indiferente ante mí, pero tu cuerpo vibra cada vez que estoy cerca - La sopló suavemente en la nuca y ella dio un respingo, que también intentó disimular - Intentas hablarme mal para alejarme de ti, pero tus ojos arden de deseo por mí... -Se plantó delante de ella y en cuanto el cerebro de Elizabeth fue consciente de la visión, mandó la orden de empaparse a su entrepierna...

Sammuel se apartó de ella, y al sentir de nuevo el aire frío entre los dos, Elizabeth soltó un gemido del que no fue consciente, hasta que lo escuchó con sus propios oídos. Él sonrió orgulloso

- Elizabeth, eres una mentirosa
- ¡Y tú un engreído! -Le costó que su voz sonara normal, estaba deshaciéndose por dentro.
- ¡Mírame!

Se puso delante de ella de nuevo y Elizabeth alzó la vista, mirándole a los ojos fijamente con muchísimo esfuerzo para no cambiar la expresión, ya que en cuanto sus miradas se encontraban, ella sentía que iba a morir. Él levantó una mano para acariciarle la mejilla, y le rozó un pecho “sin querer”, lo que hizo que a ella se le pusieran los pezones como piedras, asomando por la camiseta. Él sonrió lascivo

- ¿No lo ves? Tu cuerpo me desea, tus ojos me desean...-Se le acercó lentamente y ella cerró los ojos y entreabrió los labios – Tu boca me desea... Y a juzgar por tu respiración entrecortada, hay algo más ahí abajo que me desea... desesperadamente...Eres mía por completo Elizabeth, te tengo a mi merced.

- ¡No! ¡De ninguna manera! –Ella se obligó muy a duras penas a alejarse de aquel ser diabólico que la hacía perder el juicio por completo -¡Te estás aprovechando porque he bebido!

- Los dos sabemos que eso no es cierto. ¿De qué tienes miedo Elizabeth? –Le dijo Sammuel con su voz ronca y embaucadora, observándola cómo intentaba escapar de él inútilmente.

Esa pregunta se la hacía Elizabeth cada día. Había estado con más hombres. ¿Por qué no disfrutar de ese cuerpo que tenía delante dispuesto a dárselo todo?

- No tengo miedo, ¡lo que tengo es ganas de que me dejes en paz de una vez, joder! ¿Por qué has vuelto?

- De acuerdo, te dejaré en paz. No me volverás a ver jamás. ¿Eso es lo que quieres? ¡Así será!

Él se puso la cazadora de cuero negra, se disponía a marcharse, pero Elizabeth lo miró incrédula, y a la vez reprochándose a sí misma que si estaba loca. Era el único hombre en el planeta que la hacía vibrar, ¿le iba a echar de su vida, condenándose a la monotonía y el aburrimiento que le suponían los demás hombres del mundo? ¿O quedándose sola toda la vida? No, no quería eso. Se dejó caer abatida en uno de los sofás del centro. Tapándose la cara con las manos para poder pensar sin mirarle, ya que al hacerlo, se le fundían las neuronas.

Al final acertó a decir, con la voz un poco ronca por el alcohol:

- No sé lo que quiero, ¡mierda, Sammuel! Apareces y desapareces de mi vida como si nada, me vuelves loca y al rato me ignoras... No necesito a nadie en mi vida, estoy muy bien así. No quiero complicaciones.

- Y yo soy una complicación ¿por? –Sammuel recobró la esperanza y se volvió a quitar la cazadora, tirándola a un lado, sobre el sofá.

- ¡Porque me vuelves loca! ¡Pones mi mundo perfecto patas arriba y lo desmoronas todo! ¡Me gusta mi mundo perfecto joder!

Sammuel soltó una carcajada contenida

- ¡Vaya, pensé que sólo eras tú la que me hacías eso a mí,

señorita Hudson!, me alegra oír que yo también te causo alguna sensación, aunque sea esa.

- ¿Yo? Yo no he hecho nada, más que intentar huir de ti por todos los medios, y ¡aquí estás de nuevo! –Hizo el gesto como de presentársele a alguien

- ¿Pero quieres que esté o no?, te contradices continuamente

Sammuel se agachó de cuclillas delante de ella y apoyó sus grandes brazos en sus piernas, mirándola fijamente, mientras subía sus manos por la cara interna de sus muslos, y la volvía a bajar hacia la rodilla, a modo de caricia tranquilizadora, aunque en vez de tranquilizarla, estaba causando el efecto contrario. Elizabeth notó cómo se mojaba entera y rogaba en su mente que volviera a subir las manos por sus muslos. Estaba tan caliente, que seguro que si la ponían un termómetro tendría fiebre, ¡este hombre era un volcán!

- Elizabeth contéstame ¿quieres que esté o no?

- A veces sí quiero.

- Pues con eso me basta, no tenemos que complicar las cosas innecesariamente, podemos disfrutar del momento y punto.

Sammuel subió la mano de nuevo por sus muslos, manteniendo la mirada. Llegó al punto de unión de estos e hizo presión donde estaba el clítoris con el pulgar, Elizabeth cerró los ojos y suspiró, echándose hacia atrás inconscientemente

- Me pones tan cachonda Roc –Se lo dijo bajito, como si fuera un secreto, mientras abría sus piernas

Sammuel no pudo contenerse ni un segundo más ante esta confesión y se lanzó a devorar su boca. Se abalanzó sobre ella como un devorador y se besaron con tantas ganas que saltaban chispas. No aguantaba más tiempo estar alejado de ella.

- Oh Dios mío Elizabeth, me vuelves loco, pierdo el control por completo contigo.

- Ya somos dos

Sammuel la quitó la camiseta de los Rolling por encima de la cabeza y vio que no llevaba sujetador, lo que le hizo sonreír malévolo, la miró con una mirada oscura:

- Niña mala

Él la absorbió el hinchado pecho en su boca, besándolo y relamiéndolo entero, hambriento de ella, mientras que con la otra mano le magreaba el otro pecho, castigando su más que duro pezón. Elizabeth no pudo ahogar un grito de placer, salió del fondo de su alma.

- Nena tienes unos pechos perfectos...joder

- ¿No se verá nada? –Dijo ella de repente, entre jadeos, consciente de toda la gente que había allí fuera.

- Son cristales tintados, solo se ve negro desde fuera, ¿no creerás que voy a permitir que nadie vea lo que es mío, nena?

Extrañamente confiaba en él.

La besó el cuello, volviéndola loca. Fue bajando con un reguero de besos sedientos hacia el ombligo, desabrochándola a la vez el pantalón, que bajó por mitad de las caderas, mientras introducía un dedo ansioso en su interior, para comprobar satisfecho que estaba más que lista para él. Sammuel se incorporó y se desabrochó los vaqueros, si esperaba más tiempo, se iba a correr sin ni siquiera haberla rozado, tenía la polla a punto de estallar.

Cuando se liberó, Elizabeth miró su gran tamaño con admiración, este hombre tenía un cuerpo para el pecado y la perversión, y estaba delante de ella, dispuesto a dárselo todo.

Volvió a ponerse sobre ella a cuatro patas, ella le rodeó con sus piernas desnudas por la cintura, se había quitado también el pantalón del todo. La rozó el sexo con el capullo brillante. Elizabeth intentó introducirse levantando las caderas hacia él, pero él se quitó, echándose hacia atrás, diciéndola con una sonrisa:

- Shhhh, quieta fiera. Todo a su debido momento.

Volvió a atormentarla con su gran punta suave, frotándola el clítoris, despacio. Una vez. Otra. Cuando parecía que se la iba a meter, seguía su camino hacia arriba de nuevo. La miraba con fascinación. Elizabeth sentía cómo subía el orgasmo al punto culmen y volvía a desvanecerse... No aguantaba más esta

agonía, necesitaba terminar, y lo necesitaba ya. La estaba torturando a propósito.

- Sammuel, vamos, por favor
- ¿Vamos qué? Pídemelo, suplícamelo.
- Necesito más –Decía retorciéndose debajo de él
- Dímelo nena
- ¡Métemela de una vez!
- Sí, vamos, suplícamelo cariño, lo merezco -La fricción comenzó a ser más rápida y ella sentía morir. Arriba. Abajo. Pero seguía sin entrar.
- ¡Oh Dios! ¡Fóllame Roc! ¡Te lo suplico!

Sammuel sintió un latigazo en su miembro al escucharla pronunciar esas palabras, la cogió por las caderas, dándole la vuelta en el aire y la puso a cuatro patas en el sofá, sin ningún esfuerzo, no le costó nada. Sonó el rasgar del papel del preservativo...Y de un golpe ¡Pumba!, se la metió hasta el fondo. Él soltó un gruñido de placer:

- ¡Dioooooss!

Elizabeth se agarraba con todas sus fuerzas al sofá, si no lo hacía, podría salir volando por la fuerza de las embestidas. Dejando escapar con cada colisión un gemido involuntario, pero que a él le excitaba más, si esto fuera posible.

Sammuel le clavaba los dedos de una mano en las caderas, que usaba para empujarse contra ella en las embestidas, mientras que con la otra le acariciaba estratégicamente el clítoris, al mismo ritmo. Cuando menos se lo esperaba, Elizabeth sintió un torrente de convulsiones desde su clítoris, que se esparcieron por todo el cuerpo desorbitadamente, y él, al notarlo alrededor de su miembro, se dejó ir también, soltando un alarido de placer extremo.

La sensación, por compararlo con algo, fue como la de unos fuegos artificiales en la entrepierna.

Cuando ya no le quedaba ni una sola gota que derramar, Sammuel salió de ella, exhausto e incrédulo ante el orgasmo tan increíble que acababa de sentir. No había sentido nada

comparado con esto nunca. Y no era por la postura, no era por el lugar, no era por nada novedoso, ni particular, que no hubiera hecho ya un millar de veces antes, simplemente, era por ella.

Elizabeth no sabía cómo actuar, de repente y por primera vez en su vida, tenía vergüenza, y corrió a vestirse sin dirigirle la mirada.

Él no dejaba de mirarla, alucinado. Permanecía allí de pie, desnudo. Asustado por sus sentimientos. Más bien aterrorizado. Si antes ella era una droga, ahora que había comprobado lo que le hacía sentir estando dentro de ella... ¿Qué sería? ¡Su perdición!

Se tocaba el pelo desesperado... “¡La he cagado joder!”. Su plan de pasar página después de tirársela, no parecía que fuera a dar el resultado esperado, puesto que acababa de hacerlo, y en lo único que era capaz de pensar es en volver a poseerla. No era posible.

No fue capaz de decirla nada.

Elizabeth interpretó esta mirada como que ya se podía largar a su casa y corrió a la puerta sin despedirse ni nada. Solo quería irse por haberse permitido llegar tan lejos con Sammuel Roc.

Él, a su vez, pensó que al haberla tratado de esa manera, como a una cualquiera, le había dado la excusa perfecta para nunca más volver a mirarle a los ojos y así que fuera ella la que se alejara si él no tenía fuerzas.

“Eres gilipollas, de verdad, mira que te dije que no pasaras la línea roja, que ahora te vas a comer la cabeza ¡Más todavía!” le regañaba su yo malo a Elizabeth asustado por primera vez.

Pero mientras bajaba las escaleras, su yo bueno también pensaba con la boca abierta y los ojos en blanco “¡Guay, vaya polvo!”

CAPITULO 18

- John en la puerta del “Oasis Club”, te espero allí.

A los 10 segundos, John aparecía en el Veneno a sus pies, ¿pero de dónde salía este hombre siempre? Desde luego se ganaba cada céntimo de su más que altísimo salario.

Elizabeth subió en el coche a toda prisa, mirando hacia atrás, pero nadie la seguía.

Una vez en la parte trasera del coche, a salvo, se dejó caer en el asiento, poniéndose el antebrazo tapando su cara. Comenzaba su lucha interior:

“¡Joder!, ¡Mierda!” despotricaba su yo malo dando vueltas con las manos en la cabeza

“¿Qué ha sido eso?” decía asustado su yo bueno

“¿Necesitas que te lo explique, en serio?” la mala leche de su yo malo al decirle esto, hizo que el yo bueno saliera corriendo llorando

“Ya ha conseguido su propósito, mira que se lo has puesto difícil...poco más y le suplicas...ahh, espera ¡le has suplicado a un tío que te folle!” su yo malo se explayaba a sus anchas

“¿Qué pretendes ahora pedazo de idiota, que venga arrastrándose detrás de ti? ¿Para qué?”

“Pero si era un polvo y punto ¿no?, tú tampoco quieres otra cosa ¿no estaba claro ya?, ¡no queremos hombres! Solo sirven para estorbar”

“Pero ha habido un momento en el que sentí una conexión, algo más, su mirada...” su yo bueno decía esto mientras asomaba la cabeza por una esquina.

“¿Cuándo exactamente, cuando te ha puesto a cuatro patas y te ha follado como a una perra?”...Y su yo bueno desapareció.

La faltaba llorar... ¿¡La gran Elizabeth Hudson llorar por un hombre!?

“¡No joder, llorar por dignidad!, por haberte permitido perderla,

más bien...”

Quería desaparecer de la faz de la Tierra.

Llegó a casa y se tiró en la cama con una botella de whisky. Con lo que llevaba ya bebido, más lo que se metió después, no le quedó fuerza a su cerebro para pensar en nada más. Lo anestesió completamente, y se quedó dormida hasta el mediodía del día siguiente.

En cuanto abrió los ojos y sus pupilas sintieron la luz del sol, corrió a taparse de nuevo la cara con la almohada, como si fuera fotosensible, o un vampiro al que la luz fuera a destruir por completo. Con la repentina agitación, sintió que la cabeza le iba a estallar y se llevó las manos a ella, para amortiguar un poco el intenso dolor.

Frunció el ceño al comprobar que estaba en la cama con las botas aún puestas, “¿Resaca?, ¿Qué pasó anoche para tener que haber bebido de esta forma tan brutal?”...

Abrió los ojos como platos y gritó incorporándose en la cama al recordarlo:

- ¡NOOOOOOOOOOOOOO! –Se volvió a llevar las manos a la cabeza del dolor.

Al ver de nuevo en su mente esos ojos violetas sintió un escalofrío que la recorrió la piel, se excitaba solo de recordarle desnudo, mirándola con ese deseo y esa ferocidad. Cómo la tocaba, cómo la besaba. ¡Ese pedazo de orgasmo que tuvo!

Lo que no llegaba a comprender es por qué le importaba tanto haberse liado con él. Cuando se había acostado con algún tío, ni siquiera la importaba cómo se llamaba, ni de qué planeta venía. Era sexo. Puro instinto animal. Lo disfrutaba, a veces más o a veces menos y punto.

Con Sammuel era distinto. Le importaba qué pensaría de ella. Le importaba volver a verle, o que no le volviera a ver. ¡Si hasta sintió vergüenza! Ningún hombre la había tratado así. Todos besaban el suelo por donde ella pisaba, ninguno se había atrevido jamás a echarla de su lado, siempre suplicaban que se quedara junto a ellos, la prometían todo.

Él le dijo en su mail que la deseaba y que sentía cosas por ella, celos... “Los celos no se sienten por alguien a quien te quieres tirar y punto ¿no?”. Su yo malo miró con cara de asco a su yo bueno al decir esto, y el bueno puso cara de pena.

Como pudo, con movimientos muy lentos que le hacían parecer una muñeca con las pilas acabándose, se levantó de la cama y se tomó dos pastillas para el dolor de cabeza, por si una sola no le hacía el efecto suficiente.

- Algún día te va a dar un síncope -Le decía Sarah cuando la veía que se auto medicaba a sus anchas.

En ese momento sonó el móvil, lo cogió en un nanosegundo, no supo muy bien si por ver quién era, o porque no sonara más el maldito timbre.

- ¡Cuéntamelo todo!

- Joder Tony, haz el favor de no gritar, me va a reventar la cabeza.

- ¡Ya! ¡Y con detalles!

- Me folló. ¿Contento? Adiós.

Colgó y lo puso en silencio, sabía que su amigo estaría llamándola tres horas más. Tiró el teléfono encima de la cama y se metió en la ducha.

Tras una hora de baño y el paracetamol corriendo por sus venas, parecía de nuevo un proyecto de mujer decente. Le daba vergüenza mirarse al espejo, estaba tan enfadada consigo misma por haber caído en las redes de semejante bestia... Que no era capaz de perdonárselo.

John la llevó a la oficina, en estos momentos era cuando más se alegraba de haberle contratado, no tenía cuerpo para taxis ni mucho menos para conducir. Cuando llegó a la oficina, entró en ella con las gafas de sol puestas. Subió hasta su despacho igual, pero Betty por supuesto no dijo nada, aunque algo se imaginaría, claro.

Se sumergió en la montaña de papeles que tenía en su escritorio y esa noche se quedó allí a trabajar. No paró a descansar ni un minuto, no quería pensar, y este hecho le vino fenomenal para

poner las cosas atrasadas al día.

Betty estuvo a punto de quedarse con ella, pero Elizabeth no se lo permitió, le dijo que John estaría al lado y que se fuera tranquila.

Betty era una especie de madre extraña, que a veces Elizabeth quería aniquilar por su falta de sangre en las venas, pero en realidad, pensaba que estaba por descubrir su potencial. Al menos eso esperaba.

Pasaron los días y las semanas, y con ellas pasó también el bochorno y la vergüenza, pero aumentó el deseo de volver a ver a ese hombre que le había hecho sentir, que le había devuelto la chispa de la vida y que le había robado el poco espacio que le quedaba libre en su mente, que por cierto, cada vez se hacía más y más grande, a medida que pasaba el tiempo y que él seguía sin dar señales de vida.

Empezaba a acostumbrarse a sus repentinas apariciones y le costaba cada vez más acostumbrarse a sus inquietantes desapariciones, pero eran estas últimas las que daban un toque de emoción a la historia.

¿Pero dónde se habría metido?

CAPITULO 19

El avión salía con destino París a las 5 de la madrugada. Elizabeth estaba con su equipo directivo, en total 6 caballeros a cada cual mejor preparado. Todos ellos jóvenes promesas en su brillante despegue profesional. Uno de ellos Mark. Por lo tanto, nada de romántico iba a tener este viaje de negocios, al menos así lo pensaba ella, aunque fuera sólo ella.

Todos viajaban en primera clase, John iba en otro asiento un poco más alejado, pero sin perderla de vista.

Aterrizaban en la ciudad del amor a las 7 de la tarde. Los fueron a recoger al aeropuerto en una limusina contratada por el cliente que iban a visitar. Los trasladaron al Hotel Regina, en frente del Louvre,

en pleno centro de la ciudad. Elizabeth escogió la suite presidencial, desde cuyas ventanas se podía admirar el Museo tan cerca como si lo pudiera tocar. También le encantó la decoración, aunque un pelín recargada, para su gusto, pero con mucho gusto. Era realmente digna de una reina.

Fueron a las reuniones del día siguiente con el cliente. El anfitrión y dueño de la empresa se llamaba Jean Paul Sebag. Era un hombre de 35 años, altísimo, complexión delgada pero musculado, pelo rubio recogido en una pequeña coleta, y ojos de color miel. Era guapísimo hasta decir basta, además con aquel acento francés, a Elizabeth le resultó muy divertido.

- “Señoguita” Hudson

Le tomó la mano y se la besó, haciéndola una reverencia

- Mi nombre es Jean Paul Sebag, director general de “Cgocant” (el nombre de la empresa de productos precocinados que iban a presentar en nuestro país) y desde hoy admirador incondicional de esos ojos suyos. Su fama no la hace justicia señoguita.- Todo esto dicho con acento francés, claro

(Hago un pequeño inciso al lector, no voy a escribir todo lo que este señor habla con la “g” en vez de la “r” porque entonces esto sería insufrible. Por favor, imagínense a un francés hablando y así acabamos antes, jajajaja. ¡Mil gracias!)

- Vaya, no es en vano la fama de aduladores que tenéis los franceses.

- Cuando vemos una chica guapa, nos salen los halagos solos magmoiselle.

Él le guiñó un ojo, se rieron y la acompañó a su asiento en la reunión, retirándola la silla y sentándose en la que estaba junto a ella.

Desde luego, el francés rompió el protocolo de cabo a rabo, ya que su sitio no debía ser aquel, sino el de enfrente, junto a los demás socios de su empresa, a los que dejó completamente solos y anonadados por aquel comportamiento. Los 6 “chicos Hudson”, como ella los llamaba, ya estaban más acostumbrados a este tipo de reacciones ante su jefa por parte de los hombres, aunque Mark no disimuló su malestar y se encaró con Jean Paul

enseguida

- Señor Sebag, creo que sería más apropiado si se sentara en su sitio habitual para poder concentrarse en lo que nos acontece y no en otros menesteres.

- Señor... ¿disculpe, su nombre?

- Simon, me llamo Mark Simon, es un placer señor Sebag - Le tendió la mano, la cual miró con asco el francés y no le respondió al saludo.

- Señor Simon, en primer lugar espero que sea la primera y la última vez que me dice qué debo o no debo hacer. Y en segundo lugar, no creo que sea menos apropiado mi decisión de sentarme aquí junto a su jefa, que la de hacerse sentir incómoda a una dama con esta lucha de gallos, que desde antes de abrir la boca, usted ya tenía perdida. Ahora, todos los presentes le agradeceríamos que se comportara como un profesional, en vez de como un adolescente celoso, y celebráramos la reunión de una vez por todas. Señorita Hudson disculpe este lamentable contratiempo.

El francés miró a Elizabeth a los ojos y la sonrió. A ella le hizo gracia, la verdad, Mark se había comportado como un amante celoso y Sebag le había puesto en su sitio. Aparte, no estaba preocupada lo más mínimo por el acuerdo, sabía que tenía más que ganado el proyecto de este cliente, desde que entró por esa puerta y vio como la miraba su propietario.

Después de la intensa reunión, fueron a cenar todos a un Restaurante tan famoso como lujoso. Llevaban todo el día en las oficinas reunidos, con unos catering bastante buenos que había contratado Sebag, pero no tenía nada que ver con aquel Restaurante.

Todo estaba delicioso. La fama, los vinos franceses bien merecida la tenían. Elizabeth tenía una chispita en los ojos bastante divertida.

- ¿Quiere hacer un tour por la ciudad Elizabeth? Estaría encantado de hacerle de guía. ¿Mañana tiene algo de tiempo libre?

- Oh, no sé si sería adecuado...ya sabe, estamos aquí por negocios, nunca se deben mezclar...

- Tranquila – La interrumpió él - Esto no va a influir en mi decisión para nada, puedo adelantarle que ya está tomada.

- Espero que sea positiva, porque si después de irnos a ver París, me dice que no hay trato, me voy a quedar con un mal sabor de boca de esta hermosa ciudad, y no me gustaría en absoluto.

- ¿Y qué culpa tiene la ciudad?

- La relacionaría con su juego sucio, obviamente

- Bueno, pues en ese caso, veamos la ciudad y si se enamora, como todos los que se van de aquí, esperemos que el acuerdo sea beneficioso para ambos. Además, permítala decirle que no me gusta el juego sucio, soy transparente.

- ¿Ha dicho que todos se enamoran aquí? –No le quiso seguir el juego más tiempo

- De la ciudad. Obviamente. (Y la guiñó el ojo)

Cuando terminaron la cena y ya se habían retirado todos, Sebag la acompañó a la calle, la tomó la mano y la indicó el camino hacia su Mercedes, aparcado en la acera, en el que esperaba su chofer personal.

- Tranquila, no muerdo

- No creo que sea muy apropiado señor Sebag, será mejor que me vaya con mis compañeros al Hotel, pero gracias de todos modos por su amabilidad.

Él no quiso insistir, la acompañó a su coche, le besó la mano y se despidieron, hasta la mañana siguiente.

- Estoy ansioso de que llegue el alba para volver a verla magmoiselle.

- Buenas noches señor Sebag, ha sido muy amable, gracias por todo.

El señor Sebag se quedó con ganas de ir tras ella al Hotel y subir a la habitación. Pero no parecía darle indicios de que esto la fuera a hacer mucha ilusión, así que decidió ser prudente. Quizá mañana le fuera mejor, esta mujer parecía dura de pelar. Cosa a la que no estaba acostumbrado. Y por todos los dioses que esperaba una eternidad, si fuera necesario. No pudo soñar con

otra cosa que no tuviera que ver con ojos verdes y pelo rojo.

A la mañana siguiente la recogió sobre las 9 de la mañana en su coche. La invitó a desayunar en un bar con muchísimo encanto. Típico francés. Crissant y “café au lait”, ¡excelente!

Fueron a visitar la Torre Eiffel, los Campos Elíseos, el Arco del Triunfo, etc. Por supuesto con pase Vip, sin colas y guía explicativo incluido. Estas visitas privadas no estaban al alcance de cualquiera. Sebag era bien conocido entre la clase alta parisina.

Comieron juntos y se rieron muchísimo. No hablaron de trabajo ni una sola vez. La verdad es que Jean Paul era bastante amable y muy correcto, pero tenía un humor raro, que a Elizabeth le hacía reír bastante. Y a él cada sonrisa de ella le sonaba a gloria.

Aprovechaba cada momento para tocarla, para cogerle la mano, la miraba y se le caía la baba, no podía disimularlo... Pero Elizabeth parecía una lagartija escurridiza, huía a la mínima, la estaba agobiando demasiado. A ella no le gustaba que la tocaran y este hombre estaba todo el rato intentándolo, era estresante. Cuántas mujeres francesas darían su vida por estar en su lugar.

A veces, Elizabeth pensaba que tenía alguna tara mental de fábrica, no sentía atracción por hombres como este, perfecto para toda mujer en su sano juicio que no fuera ciega. A lo mejor, se podría acostar con él un par de veces, era muy guapo, pero nada más. ¿Era incapaz de sentir amor por un hombre? Todos eran iguales, buscaban una sola cosa, los mismos halagos de siempre para conseguirla, y luego se aburría de ellos, sin excepción.

Cuando la llevó ya de noche a la puerta del Hotel, la dio un beso en la mano, pero esta vez se quedó con su mano entre las suyas y la miró a los ojos:

- Ha sido uno de los mejores días de mi vida Elizabeth, gracias.
- Gracias a ti Jean Paul, me ha encantado el tour. Y desde luego me voy enamorada de esta bella ciudad.
- ¿Solo de la ciudad? ¿No tengo posibilidades de competir con ella?
- Me temo que estás en clara desventaja.

Ella le sonrió y se dio la vuelta para ir a la habitación, Jean Paul la soltó muy a su pesar, despidiéndose con tristeza.

Elizabeth al llegar a su habitación encontró un ramo de flores, con una nota que decía:

“ME ESTÁS MATANDO Y LO SABES. TE QUIERO.MARK.”

Cogió el ramo y lo tiró al cubo de la basura, se desnudó y se tiró en la cama.

“Definitivamente, los hombres están todos locos”.

Se durmió rapidísimo, estaba muy cansada.

CAPITULO 20

A la mañana siguiente, terminaron la última reunión y firmaron los contratos. Todo salió a pedir de boca.

Se despidieron hasta la noche, que estaban invitados a una fiesta en Versalles.

Sobre las 10 de la noche, John y ella fueron a la fiesta en una limusina que mandó Jean Paul a recogerla.

El francés la estaba esperando en la entrada, a su llegada la cogió por la cintura y entraron juntos en la gran sala. No la dio opción ni a esquivarle.

- Nunca pude imaginar siquiera una mujer tan hermosa, querida. Eres una diosa, mon amour.

Elizabeth iba con un vestido de Dior azul oscuro que la quedaba

como un guante. Para variar, todos la miraban. Esta vez, además, por ser la pareja de uno de los solteros más codiciados de Francia. No sabía cómo se las apañaba, pero siempre estaba en el punto de mira, todos los fotógrafos se peleaban por sacar fotos a la pareja.

Iba un poco incómoda, ya que Jean Paul la llevaba como si fuera suya, marcando el territorio, y no había nada más lejos de la realidad.

- Al menos esta noche podré soñar que estamos juntos magmoiselle, y lo que es mejor todavía, ellos lo creerán.

Terminó la frase con una encantadora sonrisa de galán francés, entrando en una de las salas que estaba abarrotada de gente. El Salón de los Espejos. Era impresionante, el sitio más bello donde ella nunca había estado. Las lámparas de cristal que colgaban del techo dorado la dejaron con la boca abierta. Jean Paul la contó un poco de la Historia, sobre la reina Margarita, estaba fascinada. Todos los asistentes iban de gala. Jean Paul le presentó a un sinfín de personas influyentes del país que más tarde podrían hacer tratos con ella.

Estaba muy animada, se lo estaba pasando, para su sorpresa, bastante bien. Además el champagne la ponía contentilla. Estaba allí riéndose cuando...

De repente, se hizo un extraño silencio.

Algo convirtió la alegre algarabía de la fiesta en un suave murmullo y se abrió paso entre la multitud. Elizabeth estaba expectante, intentaba ver qué sucedía estirando el cuello, pero no veía nada, solo cabezas que se retiraban ante el paso de algo ¿qué estaría sucediendo?

Cuando lo descubrió, abrió los ojos como platos...

¡¡¡¡Sammuel!!!!

Avanzaba entre el tumulto, como un jaguar entre conejitos, con paso firme, grácil y sin desviar ni un segundo los ojos de su presa. Ella. El macho alfa estaba presente, y todos los demás no podían más que admirarle y agachar la cabeza a su paso.

Cuando llegó a su altura, la miró ardientemente, ella notó el hormigueo ahí abajo y cómo se humedecía. Pero le mantuvo la

mirada tan tranquila. Sammuel la cogió por la cintura y le dijo:

- Despídete, nos vamos.
- ¿¿Cómo?! –Elizabeth no daba crédito
- Lo que has oído, ya he tenido bastante fiestecita y bastante... franchute.
- ¿¿Pero tú quien te crees que eres?! –Le gritó Elizabeth alucinada mientras intentaba zafarse de él.

Aparte de por la entrada triunfal de Sammuel, las pocas miradas que no les prestaban atención, lo hicieron al levantar ella la voz.

- Perdone que interrumpa ¿Señor...? -Dijo Jean Paul un tanto alterado, poniéndose en medio de ellos dos, con lo que Sammuel acabó soltándola.
- Roc -le estaba perdonando la vida con la mirada al francés, le quería degollar allí mismo.
- Señor Roc, creo que está importunando a la dama. Y me gustaría informarle, por otra parte, de que está conmigo esta noche.

Los dos sementales se miraron un minuto, pero pareció una eternidad. A Sammuel le recorrió el cuerpo un latigazo de furia, al escuchar que Elizabeth estaba con otro hombre. No les faltaban ganas a ninguno de los dos de partir la cara al otro y resolver así el problema. A la antigua usanza. Casualmente, estaban en un Palacio lleno de gente observándolos, y las bofetadas tendrían que ser verbales.

Lástima.

- Esta dama... -la miró Sammuel cabreadísimo, mientras esquivaba al francés y la volvía a agarrar junto a él, - ¡es mi novia!
- ¿¿Pero qué dices?! ¡¡No soy su novia, no somos nada!! – Intentaba que la soltara sin resultado.
- ¿Y si es su novia por qué dice ella que no lo es Señor Roc? Parece que intenta que la suelte, más que la abraza. Aquí hay algo que no cuadra, ¿no cree?

Él la atrajo hacia sí de nuevo, con un tirón brusco y seco, para que se estuviera quieta de una vez. Ella le miró con los ojos

ardientes de ira. Y así empezó el mano a mano entre Elizabeth y Sammuel, con todos los presentes como testigos, aunque para ellos, como siempre, no existía nadie más a su alrededor.

- ¡Él es el que no cuadra, no está en sus cabales! ¿Pero tú ves normal presentarte en medio de una fiesta a la que no estás invitado, en un país que está a horas del tuyo, sólo por el mero placer de fastidiarme, diciendo que soy tu novia?

- ¿Alguien creería que hubiera venido hasta aquí solo para sacar a esta señorita de una fiesta, si realmente no fuera nada mío? –Sammuel lo dijo dirigiéndose hacia los presentes. Parecía que se iba a ganar el favor del público, porque la gente decía “no no”

- ¡Si, lo creerían si te conocieran porque estás mal de la cabeza! –Elizabeth gritaba exasperada

- ¡Claro que lo estoy! ¡Desde que te conocí!

- Oh, no, no no, de eso nada, ya estabas loco mucho antes, no me echas a mi esa culpa, ¡es todo mérito tuyo! ¡Estás loco de remate! –Ella intentaba escapar, pero él la perseguía por la sala.

- ¡Estoy loco sí, pero loco por ti Elizabeth Hudson!, desde el primer instante en que te vi.

Ella se paró en seco y se giró hacia él de nuevo, le miró incrédula:

- ¿Y de repente te has levantado un día y te ha iluminado la luz del amor? ¡Vamos hombre!

- Ayer te vi en la televisión con este franchute y no tardé ni dos minutos en estar en un avión hacia aquí, creo que eso significa algo, ¿no?

- Sí, claro que significa algo, ¡confirma que estás chalado! y que tienes demasiado tiempo libre para ver los programas de cotilleo.

La gente estaba fascinada, mirándolos como en un partido de tenis, las miradas iban de uno a otro sin parar. Se partían de risa con el ingenio de Elizabeth y sus aspavientos exagerados con las manos.

- ¡No lo estaba viendo!, me informaron de que salías en el

programa –Se defendió Sammuel

- ¿Tienes una persona que te informa de dónde salgo y dónde voy? –Ella le escudriñó con su mirada de águila y él se encogió de hombros. -¡¡Esto es inaudito!! ¡Estoy alucinando Roc!, esto es acoso en toda regla.

- Me preocupa tu bienestar Elizabeth. No sigas por ahí, me estás empezando a calentar –Dijo todo lo templado que pudo sonar, en medio de la tormenta pelirroja.

- ¡Ooohhh! ¿le preocupa mi bienestar al señor?, ¡qué bonito! ¿Y por eso has estado todo este tiempo sin dar señales de vida, no? ¡Muy propio de ti, cobarde!

- Me dijiste que me largara, que no querías saber nada de mi ¿Qué esperabas que hiciera?

- ¡Claro! Y de repente te importa lo que yo quiera...

- Sí, me importa, más de lo que tú te crees, joder

- Ya sé lo que te importa Roc, solo te importa una cosa de mí, por eso desapareces cuando ya no te interesa, solo te pedí que fueras sincero y no lo fuiste, estoy harta, ¡déjame en paz!

- ¿Tan sincero como tú?

- Yo soy sincera ¡Te odio! –Se iba de allí

- ¡Desaparecí porque tenía miedo! Estoy cagado de miedo Elizabeth, pero tan seguro estoy de eso...- tardó unos segundos en seguir hablando y la miró fijamente a los ojos cuando ella se volvió a escucharle - como de que te amo, maldita sea

Elizabeth casi sufre un infarto en ese momento, se quedó petrificada

- ¡AMO A ESTA MUJER! –Gritó a los cuatro vientos señalándola

- ¡Roc deja las drogas, en serio! –Dijo alucinada, yéndose hacia la salida, no sabía cómo reaccionar, estaba en shock.

Él corrió tras ella

- Por favor, dame una oportunidad... yo me encargaré de que merezca la pena nena, en serio.

- Estás dejándome en evidencia, no juegues más conmigo Roc.

- Elizabeth no me había dado cuenta de lo que sentía, no sabía lo que era, y por fin estoy seguro, me he enamorado de ti.

Ella se quedó con la boca abierta, allí en medio, mirándole. No sabía si creerle. Mejor dicho, no estaba segura de querer creerle, sabía que entre ellos había algo muy fuerte, eso no lo podría negar ninguno de los dos, pero no quería arriesgarse a sentir algo por un hombre, algo más que pasara de lo meramente físico. O mejor aún, no quería arriesgarse a reconocerlo, ya que, inevitablemente, sentir, sentía, y mucho. Pero era un secreto que, hasta ella, se quería guardar a sí misma.

- Joder, lo he dicho –Él ya se había despeinado todo el pelo de los nervios

Él dio un paso al frente, la abrazó fuerte, sin opción a que respondiera siquiera y la besó en los labios tan ferozmente que ella casi tiene un orgasmo allí mismo. Aunque Elizabeth intentaba que la soltara con todas sus fuerzas, no lo consiguió.

La gente, sin saber por qué, se puso a aplaudir y Elizabeth, en contra de su voluntad, o más bien, haciéndose caso precisamente de ella, y en contra de su cabeza y de su chillón yo maligno, sucumbió a ese beso de amor salvaje. Sintiendo de nuevo cómo corría la sangre por sus venas.

El pobre Jean Paul se retiró de la fiesta, pero nadie se dio cuenta de cuándo lo hizo exactamente.

Poco a poco, la gente se fue difuminando de nuevo por la sala y ellos se quedaron más tranquilos. La música comenzó a sonar “Don’t worry baby” de los Beach Boys, qué oportunos.

Sammuel la atrajo hacia sí por la cintura con su mano gigante y segura. Se devoraban con los ojos mutuamente. Y comenzaron a bailar, ella con la cabeza apoyada en su hombro y él apoyado en su coronilla pelirroja, le susurraba la canción al oído y de vez en cuando la daba un beso.

“Well, it's been building up inside of me, for oh i don't know how long

I don't know why, but i keep thinking something's bound to go wrong

But she looks in my eyes

And makes me realize
And she says: "don't worry baby!"
Don't worry baby! Don't worry baby!
Everything will turn out alright
Don't worry baby! Don't worry baby!"

- ¿Por qué no me has dicho nada en todo este tiempo? - Le reprochó Elizabeth reuniendo toda la fuerza que le quedaba.

Este hombre la extenuaba, lo único que podía hacer finalmente era rendirse, por muchas coces que pegara, siempre conseguía mantenerla a raya y apaciguarla. No comprendía muy bien cómo ni por qué, pero era la realidad.

Sammuel la dijo medio riendo, pero en un tono muy firme

- Ya te lo he dicho nena, estoy cagado de miedo.

- Pero pensé que habías desaparecido.

- ¡Y por todos los cielos, te juro que lo intenté!

- ¡Pero estás aquí!

- Me he esforzado, créeme Elizabeth. No me ha resultado fácil la lucha interna conmigo mismo en todo este tiempo. Pero al final me he rendido, tengo que asumir que no soy capaz de estar lejos de ti, eso es todo. Estoy en ello.

- ¿Así de fácil? ¿Y si yo no quiero estar cerca de ti? ¿No tengo ni voz ni voto en este asunto? Te recuerdo que somos dos.

Sammuel se separó de ella y la miró frunciendo el ceño, Elizabeth se sintió desnuda de repente, intentando difícilmente ignorar el instinto de cubrirse con los brazos ante la pérdida

- Elizabeth, sabes mejor que yo que te mueres por mis huesos, estás a medio metro escaso de mí en este instante y me pides a voces con cada parte de tu cuerpo que te vuelva a abrazar ¿no lo notas? Puedes negarlo, pero tu cuerpo te delata. Tus ojos me suplican.

Ella rápidamente miró a otro sitio, colorada, ¡Sí, se puso colorada!

- No niego que siento atracción física por ti, eso es obvio. Cualquier mujer que no esté ciega lo sentiría. Pero de ahí al

amor...

Claro que lo notaba. Ese hombre era brutal. Nunca se había sentido tan protegida y segura como cuando estaba con él, entre sus brazos. Sentía que junto a él nada ni nadie podría herirla. Sin hablar, claro, de lo caliente que la ponía con tan solo mirarla.

- Nadie sabe lo que es capaz de hacer hasta que no lo intenta, es normal que te de miedo, pero podemos probar.

- Eso es de Dickens

- Exacto. Así que ya lo sabes. No vamos a ser nosotros los que le lleven la contraria. Hay que intentarlo, y así veremos de qué somos capaces y de qué no. En este tiempo me he dado cuenta de que sería una pena no aprovechar la química que hay entre nosotros. ¿Sabes lo que seríamos capaces de sentir? ¿La de cosas que podemos hacer juntos? Yo tengo ganas de averiguarlo...Y si no funciona, pues al menos no te quedarás con el resquemor de pensar qué hubiera pasado. Esa es la conclusión a la que yo he llegado nena.

- Sammuel, podemos hacernos mucho daño –Se intentaba separar de él, pero él no se lo permitía.

La cara que puso de estar a la defensiva, hizo que Sammuel bajara un poco el tono

- Y podemos hacernos realmente felices. ¿Por qué centrarse sólo en la otra posibilidad?

- No lo tengo nada claro Roc.

- Como dice nuestra canción “Don’t worry baby”

- ¿Has decidido también por ti mismo que esta sea nuestra canción?

- Está claro que habla de nosotros, y es la primera vez que bailamos, aceptando que me quieres, ¿qué mejor canción que esta?

- ¿Que te quiero, pero tú...?

No la dejó terminar. La besó dulce y lentamente. Ella le correspondió. Acariciándole el pelo, que era tan suave y olía tan bien.

- ¡Eres insoportable Roc!

Él por fin soltó una carcajada, con la cabeza hacia atrás, lo peor había pasado, no las tenía todas consigo de que fuera capaz de decirle esas cosas a nadie, y mucho menos de que ella las aceptara... Pero todo había salido perfecto. Se sentía muy aliviado y feliz.

Su canción seguía sonando:

"I guess i should have kept my mouth shut when i start to brag
about my car

But i can't back down now because i pushed the other guys too
far

She makes me come alive

And makes me wanna drive

When she says: "don't worry baby!"

Don't worry baby! Don't worry baby!

Everything will turn out alright

Don't worry baby!"

- Dejemos que las cosas surjan, y ya veremos qué pasa –Le propuso Elizabeth después de pensarlo un poco mientras bailaban

- Si no dejas que surjan, es imposible que lo hagan, estás siempre huyendo Elizabeth, ¿qué va a surgir de ahí?

- Si me agobias saldré corriendo, ¡estoy tratando de asimilar todavía que estés aquí! Me exiges demasiado y demasiado deprisa Sammuel, por eso huyo, necesito espacio, ¡Además tú también huyes! - Le reprochó ella.

- Sí, pero yo ya no volveré a huir

- Pues yo sigo necesitando mi espacio Sammuel, no te puedo prometer nada

- ¿Para qué quieres tú el espacio, para dejar que tipos como ese franchute "oh la lá" te rondan como perros en celo? ¡De eso nada! ¡Eres mía! ¡Y todo el mundo tiene que saberlo! -Otra vez levantó la voz.

- Shhhh. ¡No seas descerebrado Sammuel!, las cosas no son así de fáciles, del día a la noche, sin ni siquiera conocernos ¡ale,

vamos a ser novios! ¡Ni hablar! Me niego rotundamente –Se cruzó de brazos en frente de él.

- Eres mía Elizabeth, en cuanto lleguemos daré un comunicado de prensa, anunciando que estamos juntos, te guste o no –La miró todo serio, sin entender dónde estaba el problema, por Dios Santo, cualquier mujer estaría saltando de alegría de que quisiera anunciarla como su novia ante todo el mundo, y ésta, encima se enfadaba...

- ¡¡¡NO SOY TUYA!!! Lo único que te hace falta es mearme alrededor Roc. ¡Nada de comunicados! Ya he sido el hazmerreír de bastante gente hoy, por tu culpa ¡Ni se te ocurra! –Le amenazó con el dedo.

- Si hace falta mearte encima para espantar a los tiburones, lo haré.

- ¡Me sacas de mis casillas, cavernícola!- Gritó ella, yéndose de nuevo, no sabemos dónde, pero lejos de aquel cazurro cabezón.

- ¡Elizabeth no hay más que hablar! –Ella se giró y lo fulminó con la mirada, la había metido el dedo en la llaga, y le advirtió con el dedo

- ¡No lo harás!

- Ya lo veremos, según te portes –Sammuel parecía tenso, nunca se había visto en otra parecida.

Ella se detuvo en seco y soltó una carcajada, ya no se podía contener más. Entonces Sammuel respiró y se relajó un poco, sonriéndola también y diciéndola que se acercara con la mano.

- ¡Eres imposible!, si ni siquiera estamos juntos y ya hemos discutido más veces de las que hemos hecho el amor, ¿te imaginas lo que nos espera?, por cierto, ¿sabes una cosa?... ¡no lo hemos hecho nunca! - Decía ella medio llorando de la risa a su oído.

- Perdóname por lo del último día Elizabeth, estaba cabreado conmigo mismo, creí que tratándote así, como a una cualquiera, me olvidaría de ti, pero...

Ella le interrumpió, no quería que acabase la frase, le miró ardiente, poniéndole el dedo índice en los labios.

- Shhh. Acabo de decirte que nunca hemos hecho el amor Roc, nada más

Él sonrió

- Eso lo podemos remediar ahora mismo nena -se lo dijo con un susurro ronco en el oído, cosa que a Elizabeth le erizó el bello de todo el cuerpo y le hizo dar un respingo por su creciente calentura - Continuó cantándola la canción al oído:

She told me baby when you race today just
take along my love with you
and if you know how much I love you baby
nothing could go wrong with you
Oh what she does to me
When she makes love to me
And she says don't worry baby

- ¡Oh, definitivamente eres un embaucador profesional!

- ¿Qué te parece si ponemos fin a esta fiesta y nos vamos a otra, tú y yo, solos?

- Mmmm, ¿me estás haciendo una proposición indecente?

- Todo lo indecente que tú quieras que sea nena – Le puso la sonrisa más provocadora que existía, haciendo que ella se empapara por completo.

- Suena muy bien –Dijo ella mojándose los labios.

Ese gesto hizo que la entepierna del señor Roc se hinchara más todavía. La agarró de la mano y la atrajo hacia sí, la besó con furia, cogiéndola por la cintura.

Después la condujo entre la gente hacia la salida. Esta vez, Elizabeth no se sintió nada incómoda. Era como si su cuerpo reconociera a Sammuel, flotaba a su lado, era como una parte suya.

Por fin salieron.

Bruce y John estaban charlando amigablemente, cosa que les extrañó a ambos, ya que ninguno de los dos se caracterizaba por ser un buen conversador. ¿De qué estarían hablando?

En cuanto los vieron salir, Sammuel le hizo un gesto a Bruce para indicarle que trajera el coche. Elizabeth le dijo a John que iba al Hotel del señor Roc y que podía retirarse, que para cualquier cosa le llamaría al móvil. A John no le hizo mucha gracia, pero Bruce le hizo una mueca, y se quedó más tranquilo. “¿Es que estos dos se conocerán de algo?” pensaba Elizabeth.

Bruce aparcó el Mercedes Benz SLR Stirling Moss negro a sus pies y le tiró las llaves a Sammuel por encima del coche,

- No me lo rayes -le dijo de broma, Sammuel le sonrió.

Le abrió la puerta del copiloto y ella entró.

- Bonito coche – Dijo Elizabeth con un silbido, mientras entraba.

- No tanto como tú –Le dijo él

- ¡Adulador!, eso no funciona conmigo.

- Más información acerca de la señorita Hudson, no le gustan los piropos –Dijo Sammuel, imitando el gesto de estar grabando en una grabadora de voz.

- Pensé que me ibas a dejar conducirlo

- ¡No estoy tan loco, encanto!

- Perdona, pero mi Veneno es más complejo que tu Stirling y lo llevo como la seda. Probablemente, mejor que tú, señor troglodita.

- Ya hablaremos de ese tema, no es nada adecuado para una señorita que se precie, conducir esa máquina del demonio, nunca mejor dicho.

- ¿Y qué es más adecuado, a tu parecer, para una señorita que se precie? –Dijo ella burlándose de esa expresión

- No sé, un Hammer, un camión blindado, un Mini...- Se encogió de hombros

- ¡Ja! ¡Más quisieras! Para meterme en semejante aberración me tendrías que descuartizar antes. Y además, todavía no has visto la joya de la corona.

- ¡¿Hay más?!! oh Dios mío Elizabeth, me vas a matar de un infarto.

- ¡Cállate ya!, no me hagas terminar con algo que ni siquiera ha empezado Roc.
- ¡Ya lo creo que ha empezado! –Sonrió ampliamente, orgulloso.

Ella puso los ojos en blanco

Sammuel conducía muy rápido, si alguien tenía ese coche, no era para ir a paso de tortuga, desde luego, pero al ir de copiloto, Elizabeth hubiera agradecido no tener que agarrarse con fuerza al asiento, casi levanta la piel con sus uñas. Por supuesto él no se dio cuenta.

La imagen de Sammuel Roc al volante, con París de fondo, iluminado de noche, no se le borraría fácilmente de su memoria. “¿Pero cómo estoy aquí de repente?” se decía incrédula, pero feliz en el fondo. “Pues muy fácil hija, porque eres una suelta”, le respondió su yo maligno todo careado por no haberle hecho caso en toda la noche.

Cuando paraban en algún semáforo, él la ponía la mano en la rodilla, subiendo hacia el interior del muslo, prometiéndola una noche de desvelo con su mirada. Le hacía un guiño, o la daba un beso... Así iban los dos de calentitos.

- Voy a tener que parar el coche en medio de cualquier sitio como sigamos así Elizabeth, tengo toda la sangre en el mismo sitio y no soy capaz de concentrarme en conducir.

- Pues compórtese señor Roc, ¿no querrá dar un escándalo? – Le dijo ella, abriendo ligeramente las piernas.

- Lo que quiero darte no es un escándalo, precisamente –Intentó no mirarla y respiró profundo, apretando las manos en el volante.

Pisó el acelerador a fondo, haciendo chirriar las ruedas.

Bruce los siguió con su coche hasta el Hotel Regina. Le costó seguirles el paso, aún siendo piloto profesional.

Sammuel aparcó de un golpe, salió a toda prisa, rodeó el coche y le abrió la puerta, ayudándola a salir cogida de la mano, cosa que aprovechó para no soltársela.

- Creí que íbamos a tu Hotel. -Dijo ella
- Estamos en mi Hotel.
- ¿Cómo lo has sabido? ¿Me estás espiando?, eso es delito señor Roc
- Déjate de monsergas Elizabeth, todos saben dónde te alojas.

No tuvo respuesta.

Entraron en el Hotel medio corriendo y se metieron en el ascensor. Él la dejó pasar primero. Pulsó el botón de la última planta y se cerraron las puertas. Estaban los dos solos. Ardiendo. Él la miró, ella le miró, se mojó los labios y en un segundo le tenía encima. La empotró contra la pared y ella se subió encima de él a horcajadas, él estaba sujetándola por el culo para no caerse y besándola con la pasión contenida de tantos días.

Elizabeth echaba de menos esos besos, esa boca que sabía a gloria, y esas manos que la tocaban de manera tan firme y justo donde lo necesitaba.

Cuando el ascensor llegó a su destino, la bajó al suelo de nuevo y se colocó el vestido como pudo, aunque con el pelo nada pudo hacer, ya estaba en fase del Transformer conocido como “Gato Rojo Desmadejado”.

Fueron a la suite de él, que estaba junto a la de ella y al abrir la puerta le dijo Sammuel en voz baja para que no le oyera nadie, mirando hacia el pasillo:

- Me he tenido que conformar con esta habitación, la Suite Presidencial está ocupada por una tal Hudson, así que luego iré a presentarme, a ver si acepta tomarse una copa conmigo, se comenta que está muy buena.
- No creo que seas para nada su tipo.
- También se comenta que es una estirada.

Ella le dio un puño en el brazo y entró en la habitación. Era preciosa también, se podía admirar París de noche por el gran ventanal, pero la suya era mejor, claro.

En cuanto dejó el bolso en el sofá y se dio la media vuelta, se chocó contra el pecho de Sammuel, que la rodeó los hombros y se los masajeó delicadamente, después el pelo... y ella cerró los

ojos, porque eso la hacía entrar en trance.

La cogió la mano y la llevó al baño, donde había un jacuzzi para, al menos, cuatro personas.

- ¿Te apetece? –Le preguntó Sammuel.

Era la primera vez que se sentía inseguro ante una mujer. Quería ser caballeroso, y lo estaba intentando, porque a él lo único que le apetecía era cogerla por detrás y darle un buen meneo, aunque fuera en el suelo. Pero debía controlarse y seducirla. Ella lo merecía.

- Mmm, si

Él se quitó la chaqueta de su carísimo traje de Hugo Boss, se aflojó la corbata y se remangó la camisa azul oscuro, parecía que iban a juego los dos, ¿casualidad?

Llenó el jacuzzi de agua y espolvoreó las sales de baño. Cuando estuvo todo preparado, le dijo:

- Espera aquí un segundo, ponte cómoda -y se fue.

Elizabeth ya se había desnudado y metido en el agua, estaba todo perfecto, pero ella estaba demasiado nerviosa. Nunca había tenido sentimientos por un hombre, ¿era esto lo que se sentía? ¿Esa sensación de vértigo eran las famosas mariposas en la tripa de las que todo el mundo hablaba?

Tenía la sensación como cuando te montas en una montaña rusa y vas en caída libre, pues así, pero continua. No estaba segura de que le gustara, la hacían no controlar la situación. Incluso sentía la necesidad de taparse con la espuma su desnudez

“¿Tienes vergüenza a estas alturas del partido chica?” se regañaba mientras se ponía colorada al pensarlo “¿Qué te está pasando? ¿Qué has hecho con Elizabeth Dominator? ¡Que vuelva ya!, ésta tía es una pringada”, le recriminaba su yo maligno sentado como un indio en lo alto del jacuzzi.

Cuando regresó Sammuel, traía una botella de champagne y dos copas, a parte del torso desnudo, solo llevaba los calzoncillos negros de C.K. puestos. Elizabeth se sobresaltó al ver de nuevo su cuerpo escultural, no se iba a acostumbrar nunca, le provocaba que le recorrieran el cuerpo unos calores... Sammuel

bajó la luz y encendió dos velas. Le dio una copa a ella, la llenó del líquido burbujeante, después llenó la suya y brindaron

- Por muchos amaneceres contigo a mi lado nena.
- No me voy a quedar Sammuel, vamos paso a paso
- Eso ya lo veremos –Dijo de mala gana

Sammuel se bajó los calzoncillos lentamente para observar orgulloso cómo ella no podía apartar sus ojos del miembro más que erecto y dispuesto. Se metió en el agua. Su gran envergadura no pasaba desapercibida, pero él se sentía tan natural con aquello allí en todo lo alto. Elizabeth sintió un azote en su abertura. Él se colocó detrás de ella, la rodeó con sus piernas y ella apoyó la cabeza en su pecho. La tenía rodeándola con sus brazos. Debido a las sales, su piel parecía más suave todavía. Resbaladiza.

Lentamente Sammuel le masajeó el pelo y los hombros. Después le acarició los pechos delicadamente, bajó por el abdomen, los muslos, hasta llegar a la unión de estos. Donde comenzó con un ligero roce circular en el clítoris, suave, suave, al ritmo de sus propios latidos, que comenzaban a ser bastante acelerados.

Elizabeth gemía y encorvaba la espalda de placer, a medida que el masaje continuaba, no le hizo falta mucho tiempo más, hasta que llegó al orgasmo. Lo había echado tanto de menos...Este hombre sabía cómo hacerla llegar al cielo, parecía que tenía un libro de instrucciones de su propio cuerpo, que ni ella misma sabía que existía. Tocaba el botón y ya está, sucedía.

- Oh nena me pone tanto verte así, no te haces ni una ligera idea del poder que ejerces sobre mí.

Ella se dio la vuelta, se puso de frente a él, mirándole, se subió a horcajadas sobre su cadera. Le besó, rozando a propósito su miembro con su chorreante hendidura y sin pensárselo dos veces se insertó en su pene, que era lo más grande que había tenido nunca entre las piernas. Él lanzó un gruñido de placer que no pudo evitar y echó la cabeza hacia atrás mordiéndose el labio inferior.

- ¡Dios Elizabeth, me vas a matar!

Se quedaron quietos hasta que ella se adaptó a su tamaño. Tenía

tantas ganas de sentirlo dentro, que no pudo aguantar ni un segundo más. Lo necesitaba de una manera animal e irracional. Mirándose a los ojos, comenzaron a moverse al unísono, despacio, el agua salpicaba fuera de la bañera. Arriba. Abajo. Bailaban juntos.

Poco a poco aceleraron el ritmo. Ella se agarraba con fuerza a los bordes de la bañera, mientras él la sujetaba por las caderas para ayudarla a subir y bajar a lo largo de su grueso mástil. Cuando él no pudo más, gruñó:

- Nena me voy... te juro que no aguanto más - Y cerraba los ojos con fuerza, con los dientes apretados, concentrándose en no correrse.

Ella, al verle tan excitado, le cabalgó otro par de veces, fuerte, y dejándose llevar le gritó:

- ¡Ya!

Los dos explotaron juntos en una oleada de placer extraordinario.

Las endorfinas se extendieron por sus cuerpos sudorosos sin piedad, hasta el último rincón, haciendo que se embriagaran uno del otro, siendo conscientes, de repente, de lo que eran capaces de experimentar juntos. Ya no había marcha atrás. Había sucedido y ninguno de los dos se explicaba cómo.

Elizabeth sintió su simiente extenderse dentro de ella y sintió algo extraño, pero placentero. Una parte de él en su interior.

Se quedaron abrazados un rato, él dentro de ella. Intentando volver a un ritmo cardíaco normal y recobrar el aliento. Él la dijo volviendo bruscamente a la realidad:

- Nena
- Humm
- No hemos usado protección
- ¡Mierda! ¿Cómo que no? ¿No te lo habías puesto?
- No. No sé qué me haces, pierdo la cabeza. Me vuelves loco.

Ella intentó tranquilizarse, al verle a él empezar a desesperarse. Tomó aire y dijo todo lo serena que pudo:

- Tomo la píldora Samuel, aunque si te soy sincera, no lo había hecho nunca antes así sin nada, me he imaginado que estás limpio, aunque es verdad que deberíamos haberlo hablado antes, ha sido una estupidez por mi parte –Se puso la mano en la frente, pero él se la apartó y la besó.

- Shhh, tranquila, estoy más que limpio. Yo tampoco lo había hecho antes sin nada, si te sirve de consuelo

- ¿En serio?

- Ha sido increíble nena –Le invadió la boca con su experta lengua

La besó apasionadamente

- No sé por qué siento tanto contigo, no lo entiendo Elizabeth, es algo muy fuerte.

- Puede ser química

- Puedes ser tú

Estaba duro de nuevo, en realidad, no había dejado de estarlo, por eso no había salido de ella. Elizabeth le sonrió al notarlo, moviéndose encima de él, despacio, un suave balanceo, con las manos apoyadas alrededor de su cuello y los dedos entre su pelo, mirándose fijamente, diciéndoselo todo sin palabras. Él la besó delicadamente los pechos, mientras, con las manos, iba acariciando su espalda. Ella echó la cabeza hacia atrás, disfrutando de esa deliciosa tortura.

La tregua duró poco. Samuel la cogió en brazos sin salir de ella ni un momento, poniéndose en pie, como si llevara a un peso mosca, sosteniéndola por el culo. Elizabeth enroscó las piernas alrededor de su cintura y los brazos seguían en su cuello, se besaban sin descanso.

Él la apoyó contra la pared para poder penetrarla tan profundo como le fuera posible. A Samuel le parecía que nunca llegaba lo bastante lejos, no se saciaba, no llegaba al límite. Le agarró las manos por encima de la cabeza con una mano y con la otra, la sujetaba por el culo, mientras la embestía. Fuerte.

Elizabeth sentía que iba a morir de tanto placer. El contraste entre la pared fría en su espalda y el cuerpo ardiente de él al frente, era, junto a la visión de semejante ejemplar desatado de deseo por ella, un poderoso afrodisiaco.

- Sammuel no pares, dame más, ¡más fuerte!

No tardó demasiado en tener un tercer orgasmo, por supuesto no menos fuerte que los anteriores. “Uf, esto no es posible”. No se podía creer que su cuerpo fuese capaz por su propia voluntad de tener tantos orgasmos seguidos, ¡y tan intensos! Él, en cuanto notó las contracciones de ella alrededor de su pene, se corrió también, dejándose caer de nuevo en el agua. Exhaustos, los dos, se rieron al mirarse.

- ¿Qué voy a hacer contigo Elizabeth? Me tienes en tus manos.
- ¡Anda ya, eso se lo dices a todas, Don Juan!
- No podrías estar más equivocada nena.

La agarró por el pelo y se besaron.

De pronto Sammuel paró y la tomó la cara entre sus poderosas manos, mirándola con ojos de devorador

- Te voy a decir algo que nunca le he dicho a nadie... Duerme conmigo.

Elizabeth se puso rígida, sabía que si cedía, todo cambiaría. Cruzaría la línea. Y sería vulnerable.

“Esa línea no es roja querida, ¡es roja fluorescente, tiene miles de luces alrededor que se encienden y se pagan, y carteles gigantes a ambos lados que indican que no pases!”, le decía su yo malo con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

“Pero ¿cómo le niego algo a esos ojos?...” decía su yo bueno, echada en un manto de pétalos de flores.

En realidad era lo que más le apetecía en el mundo, pero tenía tanto miedo...

Él la levantó, tomándola de la mano, se quedaron de pie uno en frente del otro. Sammuel se colocó con cuidado tras ella, se echó champú en sus manos y se puso a jabonarla el pelo, un gesto tan simple, pero tan íntimo...

Elizabeth se sentía un poco violenta, permitiendo que alguien le hiciera esto, se sintió tentada a darle un manotazo, pero lo hacía tan bien, le daba tanto gusto, que cerró los ojos y se dejó llevar, no pudo decirle que no. ¡Qué manos!, la faltaba ronronear.

Acto seguido, Sammuel cogió la alcachofa de la ducha y le

aclaró con tanto cuidado y tanta ternura que ella dejó escapar un suspiro de placer, cosa que hizo que él sonriera. ¿Se estaría amansando la fiera bajo sus expertas manos? La verdad es que le había encantado la experiencia.

Después, procedió a lavarle el cuerpo, y en cuanto recorrió con sus manos las curvas de Elizabeth, se volvió a poner duro como una piedra. Para ella era una tentación tenerlo así todo el tiempo, apuntándola con su potente arma, tampoco ella se podía contener mucho, lo deseaba dentro de nuevo. Así que, en cuanto ella comenzó a acariciar su miembro, él la cogió en brazos y la llevó hacia la habitación:

- La sesión de jacuzzi ha terminado, vamos a un sitio más cómodo

La tendió sobre la cama y se puso encima de ella, que le sonrió. Él la acarició el pelo con las manos y la dio un beso muy tierno.

- Vamos a mojar toda la cama

- Olvídate nena, olvídate de todo, y disfruta. Déjate llevar.

La penetró muy lentamente, sin perder el contacto visual ni un solo instante con ella. Paraba, salía, paraba, entraba, despacio, movía sus caderas como un dios... Besándola en el cuello, en los pechos, acariciándola entera.

Ella, a su vez, le acariciaba también la espalda, el pelo, los brazos... Así estuvieron una hora prácticamente, hasta que ella, sin previo aviso, ¡Bum! de repente tuvo un nuevo orgasmo, como nunca le había ocurrido antes, sin previo aviso.

Sammuel sonrió al verla tan extrañada y desconcertada ante esta nueva experiencia. Aceleró el ritmo para terminar él también. Pam, pam, dos embestidas más y terminó desplomándose encima de ella.

Tardaron un ratito en volver a respirar normalmente.

Sammuel estaba tendido boca arriba, abrazándola y enredando con su pelo. Ella estaba apoyada en su pecho, haciéndole caricias en su duro abdomen, mientras hablaban.

- Es la primera vez en mi vida que he hecho el amor con una mujer. Ha sido increíble Elizabeth –Le confesó Sammuel,

dándole un beso en la sien.

- Uff, sí, increíble. Al menos sabemos que el sexo funciona entre nosotros ¿no?
- ¿Funciona?, ¡yo diría que has sido creada para mí nena!
- Ya te gustaría

Rieron los dos.

Estaban tan cansados y saciados, que aunque no hubieran querido dormir juntos, ninguno hubiera tenido fuerzas para levantarse y marcharse. O ese era el pretexto que se puso Elizabeth mentalmente, por si alguien preguntaba.

Se quedó dormida entre los brazos de Sammuel, mientras él la acariciaba con adoración. Él sonrió al darse cuenta y no tardó mucho en seguirla.

Así pasó toda la noche, entre sus brazos.

CAPITULO 21

- Hasta con los ojos cerrados te veo –Le susurró Sammuel al verla abrir un ojo.

Ella le sonrió. Se acababa de despertar y vio que la estaba mirando fijamente con cara de bobo.

- Buenos días señor Roc –Dijo desperezándose.
- Buenos días señorita Hudson, estás preciosa cuando duermes
- ¿Cuánto llevas despierto?
- Un buen rato, no quería perderme este paisaje
- Sí, vaya paisaje, parece que me haya metido en medio de un

huracán, ¡mira qué pelos!

- Me encanta tu pelo –Le dijo acariciándoselo

Ella estaba desnuda entre las sábanas de seda beige y tenía el pelo todo revuelto sobre la almohada, después de la noche de pasión que habían tenido.

- ¿Qué quieres que hagamos hoy mi gatita salvaje?

- ¡¡¡Gatita salvaje!!! ¿Te he dado permiso para llamarme así?

- Has dormido conmigo, puedo llamarte como quiera. Eres mía y sólo mía. ¡No tengo que pedirte permiso para nada!

- No estés tan seguro, si yo te llamara “palomito” no estarías de acuerdo, ¿no?

Sammuel rompió a reír con una carcajada que se escucharía por medio París, contagiándola a ella

- ¿¡Me quieres llamar palomito?!

- ¡No!

- No sé quién quedaría peor si me llamaras palomito... Aunque puedes llamarme como quieras, ¡has dormido conmigo!

- ¡Venga ya! Deja de repetirlo, vas a hacer que me arrepienta ¿Es que no has dormido con nadie, nunca?

- Nunca. Y si ha sucedido, fue en contra de mi voluntad –Sonrió con esa cara de perdona vidas, que hizo que Elizabeth se mojara de nuevo, pero disimuló el efecto causado como pudo, si no, estarían todo el día enganchados.

- Ah, claro, pobrecillo, las mujeres solo le quieren para utilizarlo...

- Es muy desagradable echar a alguien de tu cama, no es lo mismo que lo haga un hombre, que una mujer Elizabeth

- No, de eso nada, creo que es más desagradable el dormir con alguien con quien no lo quieres hacer, por eso yo nunca me quedo, les digo “ya te llamaré” y me largo, casi siempre sin llamar, claro.

- ¡Eres increíble Elizabeth Hudson!

- Más bien práctica

- Nena me estoy poniendo celoso, deja ya el tema ¿quieres?

- Estás loco Roc
- Por ti

Y se estuvieron partiendo de la risa un buen rato, imaginándose situaciones ridículas en las que ella lo llamaba “palomito” delante de los clientes, en medio de una reunión, y cosas por el estilo.

Imaginándose cómo Elizabeth le echaba de su cama y él intentaba quedarse por todos los medios. Pegándose entre las sábanas, con las almohadas... y la cosa acabó con una sesión matutina de buen sexo entre gatita y palomito para darse los buenos días, como era debido.

Al medio día, Elizabeth fue a su habitación a ducharse tranquila, arreglarse, e informar a sus compañeros que se quedaba en París un día más, que ellos podían marcharse.

Se puso AC/DC a tope, “TNT”, era como se sentía, eufórica. Tenía las endorfinas a tope. Se dio una ducha, mientras bailaba moviendo la cabeza con el pelo hacia abajo y como si tocara una guitarra con la ducha, moviendo las caderas al ritmo de la música. Una de las escenas más sexys que uno se podría imaginar nunca.

Volviendo a ser persona, espantó a ese gato horroroso de su cabeza. En realidad, sólo le parecía espantoso a ella, ya que tenía un pelo extraordinario, incluso cuando estaba enmarañado.

Llamaron a la puerta, creyó que era Sammuel y abrió sin mirar, envuelta con la toalla. Era Mark.

- ¿Has decidido que te quedas aquí disfrutando con tu nuevo amiguito?- La dijo apoyado en el marco de la puerta con un brazo, mirándola con los ojos entrecerrados.

- Mark no hagas que me arrepienta de no haberte despedido, todavía estás a tiempo, lárgate por dónde has venido.

Sin invitarle a entrar, la dio un empujón hacia atrás y entró en la habitación, cerrando tras de sí la puerta rápidamente. Ella retrocedió porque la cortaba el paso y la impedía salir corriendo al pasillo, para ir a buscar a Sammuel a su habitación o llamar a

los de Seguridad.

- Mírate, te vendes al mejor postor, todo para mantener tu colección de zapatitos a la última.

- Das pena Mark, deja de insultarme, los dos sabemos que venderías tu alma por estar conmigo.

- Te equivocas, ¡la regalaría!, pero tú no me quieres, no has sabido valorarme.

Elizabeth se mordió la lengua para no cabrearle más, por mucho que quisiera, en un cuerpo a cuerpo contra Mark, siempre saldría perdiendo.

Y de un tirón, Mark le arrancó la toalla, que cayó al suelo. Ella dio un grito y se tapó como pudo con un brazo los pechos y con el otro sus zonas íntimas.

- Tengo cada rincón de tu cuerpo grabado a fuego en mi mente Liz, no hace falta que te tapes.

- Eres un cerdo asqueroso Mark, juro que te arrepentirás de esto ¡y ni se te ocurra llamarme Liz!

- ¿Y qué vas a hacerme Liz? Lo peor ya lo has hecho, me has roto el corazón.

De repente sonó la puerta

- ¡¡¡Elizabeth!!!!

Era Sammuel.

Mark corrió a taparla la boca con la mano, situándose detrás de ella, lo que hizo que el contacto con su cuerpo desnudo, despertara su entrepierna frenéticamente.

- ¡¿Elizabeth estas ahí?! He oído un grito... ¡Elizabeth contesta! Como no se escuchaba nada dentro, dejó de llamar.

- Casi nos fastidia la fiesta tu Romeo-Le dijo Mark en su oído en voz baja - ven aquí, te vas a enterar. Nadie rechaza a Mark Simon, y menos una puta barata malcriada, que juega a ser mayor, riéndose de los hombres.

La puso encima de la cama boca abajo y se disponía a violarla, cuando de repente sonó un estruendo y la puerta de la habitación se vino abajo, con Sammuel encima, al que no le dio tiempo ni a

caer al suelo y ya estaba corriendo como un toro hacia Mark con los ojos inyectados en sangre... Seguido de John...

¡Pumba!

Cuando Elizabeth pudo salir de su estado de shock, aquello estaba lleno de sangre y Sammuel la llevaba en brazos a su habitación tapada con una sábana, se cruzaron con Bruce al que le dijo Sammuel “encárgate”

- ¿Qué ha pasado Sammuel, no le habrás matado? –Susurró Elizabeth en su cuello

- Aunque era lo que tenía que haber hecho, no, mi vida, no lo he matado, pero seguro que se le quitan las ganas de volver a tener sexo en su vida, ¡eso te lo prometo!

Elizabeth le abrazó con fuerza, hundiendo la cara en su cuello, estaba temblando. No era capaz de pensar en lo que hubiera pasado si Sammuel no la hubiera salvado, su vida se hubiera arruinado completamente.

- He pasado tanto miedo...

La echó cuidadosamente sobre la cama y se arrodilló delante de ella, la sostuvo la cara entre sus enormes manos y la miró con tanta ternura...

- Shhhh nena, nena, mírame. Ya está ¿vale? Estoy aquí, tranquila. Ya ha pasado todo, no te dejaré sola ¿de acuerdo?

Después la policía se llevó a Mark, una vez les hicieran las correspondientes preguntas. Estaría un tiempo entre rejas.

Sammuel la arropó y se echó junto a ella hasta que se quedó dormida. Así pasaron la tarde. Echados en la cama abrazados, sin más. Solo caricias, alguna lágrima y besos tiernos.

John entraba de vez en cuando para comprobar que estaba bien. No se fiaba mucho de ningún hombre, dado el historial de Elizabeth con el género masculino, pero éste parecía diferente. La última vez que entró, sobre las 12 de la noche, ya la vio dormida y se quedó tranquilo.

- Está a salvo John, estate tranquilo, y gracias –Le dijo Sammuel con paciencia, entendiendo su trabajo.

Y ella descubrió que, a lo mejor, sí que era verdad que Sammuel

Roc podría ser su caballero andante. Que podría confiar en él.

CAPITULO 22

Amaneció en París.

Elizabeth abrió los ojos y lo primero que vio fue a su Adonis particular recién salido de la ducha, secándose el pelo. Estaba increíble.

- Buenos días macizorro

Sammuel la sonrió y se agachó a darle un beso en los labios, pero no cayó en las garras de Elizabeth, que estaba más que cariñosa, se incorporó de nuevo.

- Vamos, vístete, nos vamos de picnic- Le dio un azote en el culo.

- ¿Picnic? Tenemos que volver ya a casa –Elizabeth se estiraba, remoloneando entre las sábanas de la cama de Sammuel.

- ¿De qué sirve tener un imperio si no te das algún que otro capricho de vez en cuando?

- No sé Sammuel, ya son demasiados días y me he quedado sin jefe de prensa.

- Venga, relájate, disfruta. Estamos en zona franca, sólo hoy. Tengo planes que ayer me fastidió ese hijo de perra. Te lo pasarás bien. Lo prometo.

Se puso delante de ella a hacerle pucheritos y ella no se pudo resistir:

- ¡Vale palomito! –Le dijo poniéndose en pie de un salto, sonriéndole maliciosa.

“Oh, esto va viento en popa, resulta que con ponerte cara de gilipollas ¡consigue lo que quiere! me estás dejando sin palabras”, le decía su malvado yo dándole una patada en el culo.

Una sonrisa invadió la cara de Sammuel, y le salieron los hoyuelos. Se puso tan contento, que la cogió por la cintura, levantándola del suelo con ambos brazos por debajo del culo y la dio vueltas por toda la habitación, partiéndose de risa los dos.

“Vete al infierno amargada, ¡me lo estoy pasando como nunca!”, le dijo haciéndole un corte de mangas su yo bueno al malo.

- Venga, ve a vestirte nena, como te coja no saldremos de aquí en todo el día.

- No sería mal plan tampoco ¿no? –Se mordió el labio inferior mirándole.

Él dijo que no con la cabeza, riéndose. Le dio una palmada en el culo, ella lo miró simulando ofenderse y él puso los ojos en blanco. Se rieron mientras ella se iba a su habitación a vestirse. La que, por cierto, ya estaba completamente limpia y ordenada.

Quedaron abajo en la Cafetería para desayunar.

Él se había puesto unos vaqueros y una camiseta granate, de sport. Cuando Sammuel se estaba tomando un café solo, rápido, en la barra, leyendo el periódico, la vio aparecer,... tuvo que mirar dos veces para cerciorarse de que realmente era ella, ¡y casi se atraganta!

Ella le vio desde donde estaba, le saludó con la mano y se acercó a la barra, donde estaba él, contoneándose exageradamente.

Llevaba puestos unos shorts muy short vaqueros, una camiseta negra de Led Zeppelin, que la tapaba lo justo, y ni eso, dependiendo de cómo mirases, y unas deportivas blancas. Una cola de caballo alta sujetaba su cascada de rizos rojos.

Sammuel se quedó estupefacto. No se podía creer lo que estaban viendo sus ojos delante de él. Y aún vestida de esa guisa, era la

mujer más bella del mundo.

- ¿Te parece apropiado ir así vestida por una de las capitales más importantes de la moda? –Consiguió vocalizar al fin

- Voy casual- Le dijo ella mientras le daba un beso y pedía un café con leche, sentándose en un taburete en la barra junto a él.

- ¡Una cosa es casual y otra... esto! –La señalaba exagerando con la mano

- Al que no le guste que no mire

Mientras, el camarero, todavía boquiabierto, le ponía el café delante. Ella le sonrió un tanto coqueta, diciéndole:

- ¡Merci!

Lo que hizo que el camarero se tropezara y casi cayera al suelo.

- ¡El problema es que les gusta demasiado! –Dijo Sammuel señalando con la palma de la mano al hombre que casi cae de bruces por su sonrisa

- Roc no me vas a amargar mi desayuno, cállate.

- Elizabeth ve a cambiarte ahora mismo, no vas a salir así a la calle, ¡me niego!

- Pues yo me niego a cambiarme -Y le sacó la lengua, que él pronto atrapó en su boca

- ¿Sabes que me estás poniendo enfermo con esos pantalones? –Le dijo Sammuel suspirando

- No seas pervertido –Le quiso apartar de un empujón, pero casi no le movió un pelo

- ¿Pervertido? ¡El tanga te tapa más que eso, por el amor de Dios! Elizabeth lo mío sólo lo miro yo, ¿de acuerdo? Anda sube a cambiarte, te espero en el coche.

La dio un cachete en el culo, empujándola hacia el Hall de nuevo. Ella se paró en seco, mirándole con los ojos entrecerrados.

Metió las manos en uno de los casi rotos que tenía el pantaloncito vaquero en medio del culo, que se juntaba con los bolsillos, tiró de ello, rompiéndolo del todo. ¡Ahora sí que se le veía el trasero!

Los camareros se quedaron estupefactos detrás de la barra, Sammuel los dirigió una mirada asesina y corrieron a hacer cosas por allí dentro que no tenían por qué hacer, solo para desaparecer. El bar se quedó desierto al instante.

Sammuel no conseguía cerrar la boca ante lo que acababa de ver. Sentía la necesidad imperiosa de ir corriendo a taparla con su camiseta, o con una servilleta... ¡Con algo! Ella le apuntó con el dedo, mirándole amenazante:

- ¡Como me vuelvas a decir que me vaya a cambiar, voy en bragas! Te lo advierto Roc, no me retes.

No le dio tiempo a contestarla, porque salió del Hotel toda digna, sin mirar atrás.

Elizabeth se montó en el coche, aparcado en la puerta del Hotel, donde estaba Bruce esperándolos.

- Buenos días Bruce

- Buenos días señorita Hudson, ¿puedo preguntarla dónde está el señor Roc?

- Creo que asimilando que soy una persona libre y no su posesión, aparecerá tarde o temprano, no te preocupes.

Al cabo de un rato, él aparecía en la calle, atónito. No conseguía articular palabra. Al ver la cara de su jefe, a Bruce por poco no le da un ataque de risa, se contuvo como buenamente pudo.

Sammuel se quedó quieto en la acera, mirando el interior del coche, como si dentro estuviera Satanás y no se atreviera a entrar.

- ¿Piensas quedarte ahí toda la mañana Sammuel? –Dijo Elizabeth bajando la ventanilla

El se mordió la lengua y apretó tanto los puños que casi se hace sangre. Al final se rindió y entró. Cuando estuvo sentado a su lado, ni la miró, solo miraba al frente con los ojos encolerizados.

- Sammuel relájate, no es para tanto.

- Vas a acabar conmigo, lo sé. Al menos con el poco juicio que me quedaba -Bufó

- Venga Roc, alguien tiene que ponerte en tu sitio, compórtate

como un adulto, para variar, y piensa que no todos tenemos por qué bailar al son que tú quieras.

Él cerró los ojos y se recostó contra el respaldo del coche, echando la cabeza hacia atrás y suspiró

- Dame fuerzas Dios mío
- Qué exagerado eres

Elizabeth se echó en su regazo y con este simple gesto, se le pasó de repente todo el enfado, solo pensó en lo pequeña e indefensa que parecía allí acurrucada en sus piernas. Y en lo afortunado que era de tenerla.

Estaban ya en los Campos Elíseos, en frente de la Torre Eiffel, echados boca arriba mirando el monumento, con una manta granate enorme a la sombra de los árboles. Sammuel la dijo:

- Te he traído aquí para hablar tranquilos, sin nadie que nos interrumpa.
- ¿De algo en especial?
- Ayer lo dudaba, pero después de lo que pasó, lo tuve clarísimo, y me da igual que te niegues.

Elizabeth se incorporó

- Sammuel ¿tú no sabes cómo hablar con una mujer? ¿Crees que empezando así me entran ganas ni siquiera de escucharte? ¡No sé lo que vas a decirme, pero solo quiero decirte que no!
- Elizabeth escúchame. Cuando lleguemos a la ciudad, te vendrás a vivir conmigo
- ¿¡QUÉ!?, jajajaja, ESA SI QUE ES BUENA, pero... espera... ¿¿Qué?! Estás de coña, ¿no? Dime que es broma, no me mires así. ¡Me estás dando miedo! – Ella cada vez se separaba más de él.
- Escúchame, déjame que te lo explique

Elizabeth se dio cuenta que no era broma y se llevó las manos a la cintura, poniendo el grito en el cielo

- ¡Sammuel Roc ni loca me voy a ir a vivir contigo! Si ni siquiera estamos saliendo, por el amor de Dios, ¡has perdido la

cabeza por completo!

- No vuelvas a decir que no estamos saliendo Elizabeth. ¡Eres mi novia! ¿Te enteras? ¡¡MIA!!

- ¡No! -Se levantó para ir de un lado al otro. Estaba descalza y el césped verde acariciaba sus pies.

Sammuel miraba cómo sus largas piernas desnudas se paseaban delante de él y al final perdió la paciencia

- ¡Elizabeth siéntate!

- Aparte de lo descabellado que es el vivir juntos sin ni siquiera conocernos, no pienso renunciar a mi casa. Por encima de mi cadáver. Me encanta, tengo allí todo lo que quiero y deseo, está hecha a mi medida y no me voy a ir a vivir a un burdel...

- No te atrevas a meterte con mi casa, ella no te ha hecho nada.

- Es una casa de hombre, ¡y soltero!, seguro que está todo lleno de porno por todos sitios.

- Algunos juguetitos tengo, nena, cuando quieras te los enseño.

-Se rió, pero intentó seguir serio al ver la cara de asesina con la que ella le asaltó -Si ese es el problema, estoy dispuesto a ser yo el que se traslade a tu casa. Aunque insisto en que deberías ser tú, ya que yo tengo el lugar de trabajo debajo, sería más cómodo que solo se desplazase uno de los dos.

- A ver si te enteras... ¡Tampoco quiero que vengas a vivir a mi casa!

- ¡Es por tu seguridad maldita cabezota!

- Para mi seguridad esta John. ¡Para eso le pago!

Su cabecita loca no podía asimilar que en menos de un día pasara de ser la mujer soltera más cotizada de la ciudad y hacer lo que quería cuando lo quería, a tener novio y vivir con él.

De repente su yo malo tenía puesta una camisa de fuerza, amordazada para no poder decir nada y con los ojos inyectados en sangre.

Dar explicaciones de todo. Horarios. Cosas de hombre por la casa. Tapas del wc levantadas, comida basura... Uf, la estaba empezando a salir urticaria sólo con pensarlo... Se quería ir de allí y mandar a Sammuel muy lejos. Buscaba una escapatoria

con la mirada. ¡Pero estaba descalza!

Esta vez él se levantó al ver la cara de pánico que tenía Elizabeth, parecía una pantera a la que acaban de cazar y metido en una jaula de canario. Decidió poner fin a su tormento.

- Elizabeth está bien, tranquilízate, comprendo que no quieras vivir conmigo, déjalo –Sonaba abatido

- ¿Oh, ahora utilizas la psicología inversa?... ¡Pareces una madre Roc!, ¿Crees que ahora voy a ir arrastrándome detrás de ti para que te vengas a mi casa? ¡No caeré en la trampa! –Se cruzó de brazos, mirándole indignada.

- Lo digo en serio, a lo mejor me he precipitado. Pensé que si estábamos juntos no habría más Marks que te hicieran daño, ni chantajistas que quisieran destapar nada porque se sabría, y así de paso pasábamos más tiempo juntos, aunque sean las noches. Ya que no tenemos demasiado tiempo libre ninguno de los dos. Pero tienes razón, es demasiado pronto. Esperaré.

- ¿En serio? -Ahora lo entendía mejor, debería haber empezado así.

- En serio, me has hecho recapacitar. Lo dejamos como está ¿de acuerdo?

- ¡Vale! ¡Genial! –Por fin relajó los hombros, no era consciente de que estaba en modo ataque.

Sammuel se quedó un poco desubicado. ¿Una mujer que no quería vivir con él? ¿Por qué? ¿Qué había en esta chica que le atraía tanto, si a todo le decía que no? No le obedecía lo más mínimo. ¡Era realmente frustrante!

- Ven, siéntate -La miró, respirando profundo, para intentar calmarse. Si seguían así, se echaría a perder el día y no había volado hasta Francia para discutir.

Ella se echó entre sus piernas, todavía cautelosa.

- Quiero conocerte Elizabeth

- ¿Qué quieres saber que tu equipo especializado en Elizabeth Hudson no te haya contado ya? –Sammuel soltó una carcajada y decía que no con la cabeza, estarían así siempre.

- ¡Lo quiero saber todo! Tu color favorito. Tu comida

preferida. Tu canción. Tu primera vez. Tu primer amor. Familia. Trabajo... ¡Quiero conocerte de principio a fin, por dentro y por fuera!

- ¡Madre mía!, ¿te puedo dar cita para la entrevista con mi departamento de Relaciones Públicas?, esas son muchas preguntas de golpe, ¡qué estrés!

- Empieza por alguna fácil, venga, la que prefieras ¿Color?

- ¡Negro! Será porque siempre fui la oveja negra de mi familia –Se encogió de hombros –¿Y el tuyo?

- El verde de tus ojos

Ella soltó un bufido y riéndose le señaló con el dedo, él se rio ante su reacción, normalmente caían rendidas a sus pies con esta clase de bobadas, pero esta mujer era un muro contra el que no dejaba de darse de bruces.

- Esos trucos de ligón barato de discoteca no me impresionan –Sammuel riéndose la besó.

- ¿La oveja negra, por qué?

- Pues porque tuve unos años... digamos... locos. Con porros de marihuana, alcohol, rock, chicos...Y la familia de mi padre era más bien...adinerada. ¡Me miraban fatal! Ahora se matan por llamarme, claro.

- ¿Porros, en serio? ¿Tú? ¡Lo quiero saber todo!

- Bueno, bueno, otro día te contaré mis aventuras de cuando era heavy, con una cerveza fresquita.

- Me dijiste que tu familia no era rica.

- No es rica. Mi padre al elegir casarse con mi madre, fue repudiado por su familia y tuvieron que trabajar mucho, nunca los ayudaron en nada. Prefirió el amor de ella, al dinero de sus padres.

- Una historia de amor en toda regla.

- Bueno...Digamos que no salió del todo bien. Prefiero no tocar el tema, estoy un poco dudosa en cuanto a su historia, al principio me parecía romántica, pero ahora dudo que se casaran por amor.

Sammuel no se quedó muy convencido, su chica era una caja de sorpresas, pero tampoco la quería agobiar, ya hablaría más del tema cuando quisiera.

- ¿Comida preferida?

- La comida... no sé, me gusta todo, si me tuviera que quedar con una, diría que el queso, cualquier queso curado me vuelve loca. ¿Y la tuya?

- Un buen chuletón de ternera, vuelta y vuelta...

Metió la cara entre los turgentes pechos de Elizabeth, haciendo con que los mordía, ella se echó hacia atrás, cayendo los dos al suelo y se revolcaron un rato por la hierba, riendo.

- ¿Una canción? –Se puso echado encima de ella en la hierba, apoyado en sus antebrazos.

- Me gustan miles de canciones, amo la música rock, especialmente la de los 80. Si me quedara con alguna especial te diría “Crying” de Aerosmith.

- Es raro que a una mujer le guste en rock ¿Por qué “Crying”? ¿Algún recuerdo de un hombre especial? ¿Tengo que matar a alguien? -Quiso parecer indiferente, pero no lo consiguió, asomaban los celos y se veía a kilómetros.

Elizabeth puso los ojos en blanco ante su irracionalidad, que por otro lado, le hacía gracia

- No, simplemente me encanta la letra. Es especial. No sé si a ti te habrá pasado. Cada vez que la escucho, se me eriza el bello. Siento lo que dice la canción “All I want is someone I can’t resist, I know all I need to know by the way that I got kissed. Is the devil in your kiss...” – le tarareaba Elizabeth, ante su inevitable asombro -¡Es buenísima!

- ¡Y tú estás buenísima! –La abrazó

- Lo sé –Y se rieron los dos

- Me sorprendes a cada minuto nena, nunca hubiera pensado que a una mujer como a ti le gustara el rock –Se incorporó y se sentó de frente a ella, con las piernas entrelazadas.

- ¿Una mujer como yo...? -Levantó una ceja

- Ya sabes, una pija milloneta.

- ¿¿¿Yo pija????

Ella se lanzó encima de él y le pegó puñetazos en su abdomen de hierro, que para él eran más bien cosquillas de pulga. Cuando se dio por vencida, se levantó, poniéndose de pie y le dijo desde arriba, colocándose la poca ropa que llevaba:

- Pero ahora he añadido una canción preferida a mi lista

- ¿Cuál? -Dijo él con media sonrisilla, a ver si decía la suya, tendido en el suelo

- ¡Una de Halloween! ¿La has oído? “I want out”

- ¡Anda ya!

La cogió de una pierna, la tiró al suelo, haciendo que pegara un culetazo y la hizo cosquillas, lo que sirvió para que se partiera de risa entre sus brazos. Como una niña pequeña. Se rieron un buen rato, como hacía tiempo que los dos no lo hacían.

- Nunca me he reído tanto con ninguna mujer Elizabeth, haces que me sienta feliz- Y la besó.

- ¿Y tú qué? ¿Qué música te gusta? –Le preguntó ella, cuando recobraron un poco el aliento, para cambiar de tema.

- Todo tipo de música. El rock me gusta sí, pero depende mucho de mi estado de ánimo. Adoro la música clásica. No sabría decirte una canción.

Ella sonrió pensando que ese hombre era un embaucador. Todo le atraía hacia él, incluso lo que decía y cómo lo decía. Era un como un anzuelo.

Mientras Elizabeth hablaba, él la miraba embelesado, adoraba que se sintiera tan tranquila y relajada con él.

Observaba con atención cómo gesticulaba con las manos. Cómo le brillaban los ojos. Cómo se movía su pelo con el viento. Prestaba muchísima atención a cada palabra que le decía para no olvidarlo, realmente la quería conocer, y lo que era más importante todavía, quería que se dejara conocer por él.

Se estaba abriendo sin darse cuenta y esto le llenaba de satisfacción.

- ¿Dónde te gustaría ir de viaje? ¿Un lugar en el mundo que quieras conocer? –Le preguntó Samuel enredándola en el pelo

- Pues me gustaría ir a miles de sitios. He viajado mucho durante mi carrera, con los amigos, ya sabes, conozco mil lugares.... Adoro viajar. Pero nunca se conoce lo suficiente. Aunque algo que realmente me gustaría ver, porque pienso que es mágico, son los cerezos en flor de Japón.
- ¿Japón?
- No sé. No te sé decir por qué, pero cuando cierro los ojos y quiero que mi mente se traslade a un lugar de paz... imagino cerezos rosas, sobre un lago... Y me pregunto si existirá ese lugar, ¿Seré la reencarnación de alguna japonesa?
- Una diosa japonesa –Le besó la punta de la nariz
- Todo es posible, ¿no?
- Iré contigo a ver esos cerezos –Le contestó mirando al infinito e imaginando los cerezos en flor, con ella tendida sobre la hierba a orillas del lago, desnuda entre sus brazos...
- ¿Y qué hay de ti Roc? ¿Qué esconde ese ser superior detrás del antifaz? ¿Qué hay de tu vida? ¿Dónde quieres ir? ¿Qué aspiraciones tienes?
- Conozco prácticamente hasta el último rincón del planeta, pero he de admitir que cuando he visitado Japón, no he ido a ver los cerezos en flor, no era la época, así que puede ser nuestro asunto pendiente, ¡me has despertado la curiosidad!
- ¡Eres un plagiador!
- Contigo cualquier sitio me parece más atractivo, podemos recorrer el mundo entero juntos Elizabeth, tenemos el mundo entero a nuestros pies.
- Ojalá fuera tan fácil –Tenía la mirada perdida, pensativa.
- Es todo lo fácil que tú quieras que sea
- Para ti todo es fácil Sammuel
- Si quiero algo lo consigo
- ¿Así de fácil?
- Tú me estás costando un poco más señorita

Elizabeth le miró alucinada y vio que no podía aguantarse la risa

mucho tiempo, así que continuó con la entrevista como pudo:

- ¿Aspiraciones? ¿Infancia? No te escaquees con tus promesas de viajes idílicos Roc –Dijo esto último canturreando

Él soltó una carcajada.

- ¿Qué quieres saber? Soy un hombre muy normal. Resumiendo, tuve una infancia muy feliz. Mi padre hizo dinero y me lo prestó para comprar el primer Hotel, tras mucho esfuerzo salió para adelante, después todo fue sobre ruedas y hoy en día tengo 20 repartidos por todo el mundo, que funcionan prácticamente solos. El último es el que he inaugurado contigo...y el resto de la historia ya la sabes

- Qué modesto, un hombre muy normal dice. Empezando con esos ojos... Yo diría que para nada eres normal.

- ¿Qué les pasa a mis ojos?

- ¿¡Que son violetas?!- Le dijo ella con las palmas de las manos hacia arriba como diciendo que si era tonto

- ¿¡Qué?!... -Él se empezó a tocar los ojos como si acabara de darse cuenta de que tenía ojos

- ¡Anda ya idiota! -Se partía de la risa viéndole hacer el tonto, el gran señor de las bestias ante el que todos se doblegaban, estaba allí haciendo el payaso para que ella se riera.

- ¡No me había dado cuenta de que eran violetas! Menos mal que me lo has dicho –Ella se rió de nuevo

- No, en serio ¿Y ese color?

- Es una enfermedad, se llama de Alexandria, fue el nombre de la primera niña que lo tuvo, la quisieron quemar en la hoguera, porque decían que era un embrujo, pero sus padres la salvaron, se la llevaron del pueblo, dejándolo todo y vivieron en los bosques. Seré su descendiente.

- Son increíblemente preciosos.

- Tú sí que eres preciosa, ven.

La abrazó por detrás y se quedaron así un buen rato. En silencio. Mirando la gente pasar.

- ¿Volverás a tu torre de marfil y te olvidarás de mí? –Le dijo

él mientras la acariciaba el pelo.

- Sammuel hemos dicho que vamos a tomarnos las cosas con calma

- ¡No! Lo has dicho tú

Y allí estaba, todo lo grande que era, enfurruñado como un niño.

- Todavía nos queda hoy, ¿no? ¡Carpe Diem baby!

Le cogió del brazo y lo levantó del suelo tirando de él con todas sus fuerzas. Él la rodeó los hombros con su brazo y se fueron a pasear. Entre paisajes paradisíacos, puentes, flores...cogidos de la mano, besos, arrumacos...

El amor.

Esa noche Sammuel reservó una sala en la azotea de Notre Damme a la luz de las velas para cenar. No hay palabras para describirlo. Elizabeth hasta derramó un par de lágrimas de la emoción. Fue lo más romántico que nadie había hecho por ella jamás.

CAPITULO 23

Elizabeth se volvió con él en su jet privado al día siguiente, su reserva del billete de vuelta no aparecía por ningún sitio. Se desintegró misteriosamente.

Así pudieron estrenar la habitación del jet.

- Nunca lo había hecho en el aire –Dijo Elizabeth tumbándose sobre su espalda, mientras recobraba el aliento.

- Siempre hay una primera vez para todo

- ¿Así es como impresionas a las jovencitas Roc? ¿Las traes a

tu avioncito privado y las metes en el cuarto de la lujuria?

- No me hace falta impresionar a nadie Elizabeth, las mujeres saben a lo que vienen. De hecho, vienen más por hacerlo en el aire que por viajar a ningún sitio.

- Ya, pues podrías hacer un puente aéreo. Las mujeres del mundo lo agradecerían.

- Bueno, ahora está cerrada la taquilla –Dijo Sammuel acariciándola los muslos.

- ¡Vaya! ¡Qué pérdida tan grande para el género femenino señor Roc!

- Para ellas sí. Para ti es un botín, muy succulento. Todo el jet para ti solita –Le introdujo un dedo.

- Mmmmm

Y así hicieron el vuelo, entre orgasmo y orgasmo.

Cuando llegaron al aeropuerto, era media tarde del jueves y se despidieron porque al día siguiente había que trabajar.

- Ya te echo de menos nena.

- Anda ya, mañana nos veremos cuando termine el día y tendrás tiempo de cansarte de mí todo el fin de semana.

- No creo que me canse de ti nunca –Le dijo besándola la mano.

- ¡Hasta mañana Don Juan de pacotilla!

- Ciao mi pelirroja.

Se dieron un tórrido beso y John la llevó a casa en el Cayenne.

Durante el viaje estuvieron discutiendo, porque John decía que si mantenía una relación reconocida con Sammuel Roc, debería duplicar el personal, ya que la gente que le querría perjudicar a él, ahora también iría a por ella. A lo que Elizabeth respondió que él y Bruce ya era duplicar el personal, que no pensaba aguantar a más gente pisándola los talones todo el día.

- Ponte de acuerdo con Bruce y os coordináis, ya he podido observar que os lleváis como dos comadres cotillas, así que me da igual cómo lo hagáis los dos, pero no va a haber más Macarenas detrás de mí. ¡Me niego rotundamente!

- Señorita Hudson, el señor Roc ha mandado cuadruplicar su

seguridad.

- ¿¿Qué?!, esto es de locos, mañana lo discutiremos, ahora tengo otras cosas en la cabeza. Solo una cosa John, ni se te ocurra obedecer órdenes del señor Roc sin consultarme, creo que no hace falta recordarte para quien trabajas ¿está claro?

- Está más que claro señorita Hudson, descuide.

Cuando entraron en el Hall Rosé, Robert los recibió muy educadamente, como siempre, los saludó y John no fue el único que le respondió al saludo, para sorpresa de todos. Algo estaba cambiando. A bien.

Subieron al “Cukiático”, como lo llamaban entre las hermanas, era una burbuja aparte del resto del mundo. Era su universo. Allí se sentía a salvo. Era su “Bat-cueva”, más bien. John se metió en su casa, se despidieron y ella se fue a dar un baño.

El ático tenía 1000 metros cuadrados, pero 200 se los había puesto a John como apartamento privado, para que estuviera cómodo y cerca de ella. Elizabeth estaba convencida de que no la dejaría pasados los 5 años del contrato. Le dio carta blanca para que lo amueblara como quisiera, sin presupuesto, pero él gastó, muy poco. Era muy austero.

En lo que sí que se gastó un dineral fue en la instalación de cámaras de vigilancia, pero no solo del edificio, si no, de toda la ciudad, y su respectivo equipo de detectives, Elizabeth solo se dedicó a pagar, podría haber comprado una bomba atómica, que ella ni lo dudó...

Su casa parecía una nave espacial, “desde aquí controlas el mundo”, le decía Elizabeth de broma.

El Ático de ella, sin embargo, constaba de 5 habitaciones en total. Por lo tanto, cada cual más inmensa. No quería una casa llena de habitaciones y baños que nunca se usaran, en cambio tenía una cocina de 80 metros.

La distribución era la siguiente:

El salón.

Constaba de dos ambientes.

Uno era la zona de estar, donde estaba el inmenso sofá de piel blanco de 5 plazas, cada una de ellas se sacaba hacia adelante y era como un sillón individual con masaje y calor incluidos. Había una gran alfombra de seda gris perla a los pies del sofá, sobre la que estaba situada la mesa baja de cristal de zafiro, hecha a medida para ella, con un diseño exclusivo en blanco, por un famoso diseñador amigo suyo. En frente se encontraba la chimenea incrustada en la pared. La televisión de 100 pulgadas, estaba incrustada en el techo, aunque nunca tenía tiempo de verla. La otra zona del salón, estaba junto al ventanal, constaba de una mesa de diseño negra, también en cristal de zafiro negro, con las 6 sillas a juego, negras de piel, en forma de Z. Todavía no las había estrenado.

Las ventanas ocupaban la pared oeste al completo, de suelo a techo, lo que le permitía ver el atardecer, que casi nunca se perdía. Era un espectáculo natural que adoraba. Estos cristales eran reflectantes, no se veía nada desde fuera, claro. Tenía la ciudad a sus pies, literalmente. Podría cobrar perfectamente por las vistas desde allí, y la gente pagaría gustosa.

El salón estaba pintado en un tono malva muy claro. Y el suelo era de pizarra gris, haciendo unas vetas en todos negros.

Los demás detalles, como lámparas, cortinas, estanterías, muebles auxiliares, flores, cuadros...Lo había elegido un carísimo decorador. Si hubiera sido por ella, hubiera pinchado con chinchetas posters de Iron Maiden, Guns and Roses y MotorHead por toda la casa.

La cocina.

Contaba con electrodomésticos de última generación en acero inoxidable. La encimera hacía una gran L. Había una isla en el centro. Todo ultra moderno y de las mejores calidades. En tonos granate, color vino y negro. Tenía una especie de barra con taburetes altos, que era donde desayunaba Elizabeth cada día.

Su habitación.

Presidía ésta la gigantesca cama en el centro de 9 metros cuadrados,

con las mesillas a juego a ambos lados. Una de las paredes, la ocupada desde el techo al suelo, un vinilo en blanco y negro de Notre Dame. Las demás paredes seguían pintadas en un malva un pelín más oscuro que el tono del salón, que hacía juego con la colcha de 6000 euros de Dior del mismo tono. Había una inmensa ventana doble, una cómoda y un tocador para su maquillaje y perfumes, con un espejo grandísimo muy bonito, vintage.

El vestidor.

Accedías a la otra parte de la habitación por una puerta tipo oeste, donde estaba el gran vestidor, de unos 50 metros cuadrados. Todo lleno de estanterías, cajones, baldas, perchas, etc. Y ropa, zapatos y complementos para 8 temporadas, colocado por colores y estilos. Todas las puertas del vestidor eran espejos, por lo que al cerrarlas, tenías vistas de todas las partes de lo que te hubieras puesto, desde todos los ángulos. Contaba con distintos ambientes de luces para verse el modelito en cuestión, dependiendo de la iluminación. “Un vestido de lentejuelas a la luz del sol no es muy favorecedor, evidentemente”, le dijo su carísimo asesor de imagen.

El baño.

Era todo blanco, con las paredes hechas a base de mosaicos en piedras blancas y beige, pero los sanitarios negros. Las griferías y toalleros en gris. El jacuzzi para 6 personas era lo que más llamaba la atención. Tenía luces led azules que iluminaban el agua de noche. El lavabo, de obra, iba de lado a lado de la pared, donde estaban situados los toalleros de nácar. Todo era una obra de arte, pero ultramoderno. Con miles de cajoneras y baldas por todos sitios para el sinfín de perfumes, cremas, jabones y productos para el pelo que tenía.

La habitación de invitados.

Tenía una cama de matrimonio, mesillas, sifonier, armario, etc. Todo completo. Con su baño propio también, que usaba más bien de cajón desastre, ya que nunca había ido ningún invitado a dormir allí. Estaba nueva.

Y por último, la gran terraza.

Eso era lo mejor del ático, lo que la empujó a decidirse a comprarlo. Una terraza de 100 metros, con suelo de madera maciza de roble y lleno de flores por todas las paredes. Estaba decorado todo en hierro forjado, los sofás, las mesas...Había una barbacoa de ladrillo visto. Además de una parte acristalada, que usaba a modo de gimnasio, donde se encontraba la piscina climatizada de 20 metros, que en verano destapaba y de noche podía ver las estrellas desde el agua, todo un lujo. Además de las impresionantes vistas de la ciudad.

Y con esto, se completaba su humilde morada.

Su amada burbuja. La cual, no quería compartir.

CAPITULO 24

El viernes por la mañana llegó a la oficina, se sentó en su silla y llamó a Recursos Humanos para que le preparasen a los candidatos para sustituir a Mark en un par de días.

Betty entró corriendo en la oficina, puso los periódicos y revistas que la llevaba todas las mañanas encima de su mesa y salió a toda prisa de allí. Como un conejillo huyendo del zorro, de la zorra, en este caso.

Elizabeth levantó una ceja y la miró entrecerrando los ojos mientras huía, porque era eso lo que estaba haciendo... “¿Qué la pasa a ésta hoy?, ¿dónde va tan deprisa, se estará haciendo pis?”

Cogió el café en una mano, con la otra cogió el periódico y se acomodó para leerlo.

En 1 segundo escupió todo el café encima del diario y se levantó como si el sillón le ardiera en el culo...

“EL MULTIMILLONARIO SAMMUEL ROC SE CASA”

Cogió otro ejemplar...

”Comunicado de prensa de última hora: Sammuel Roc anuncia

su compromiso”

Otro...

“Roc y Hudson, del magreo a la boda ¿estará embarazada?”

- ¡Oh por Dios! ¡LO MATOOO! –Gritó tan fuerte que la escucharían hasta en la calle, seguro.

Siguió rebuscando entre todos los titulares, con todas sus fotos en todas las portadas, pero se quedó con uno que la llamó la atención:

“Roc se compromete de nuevo, ¿la abandonará a la puerta de la Iglesia como a su ex Jackeline?”, leyó el artículo completo y por lo visto la tal Jackeline le puso los cuernos en su despedida de soltera. Cuando Sammuel se enteró fue en la mañana de la boda, y no se presentó, pero según esto, siempre había seguido enamorado de ella, por eso no había vuelto a tener relaciones serias. “¿Podrá Hudson competir con Jackeline?”. Acompañaba al artículo una foto de Sammuel muy jovencito con una chica delgada y castaña, a la que no se le veía muy bien la cara, pero se adivinaba preciosa.

Se sentó de nuevo, muy despacio, puso las piernas en el respaldo de la silla y la cabeza hacia abajo, en el asiento, para que la sangre le llegara hasta allí. Si alguien entrara en esos momentos, se creería que sus tacones eran los que dirigían H.E.

Se moría de ganas de salir corriendo y degollarlo, pero recapacitó un segundo y se acordó de que la venganza se debía servir en frío y nunca en caliente. Como cuando él la respondió a sus agravios, esperándose a dejarla en ridículo en la conferencia y no en el momento en el que pensaba que era un obrero y le mandó a la mierda.

Daba vueltas a la silla, con los ojos entrecerrados mordiendo el boli. La cabeza le iba a mil por hora, el pelo le colgaba por el suelo y de repente, se le ocurrió... Se levantó de golpe ¡Sería perfecto!, pero para su plan necesitaría pasar todo el fin de semana sin el mínimo contacto con él.

Sería imposible si estaba en la ciudad. Sammuel removería cielo y Tierra para encontrarla, así que llamó a Sarah para decirle que se iba a la casa de la playa de su madre. Ella debía saberlo para cualquier cosa que pasara, le explicó por encima que bajo ningún concepto se lo dijera a Sammuel, ni aunque la hiciera chantaje emocional. Sarah se lo prometió.

Lo mejor de todo, fue que sobre el mediodía Sammuel la llamó al móvil. “Vamos a jugar, ya que te gusta tanto, a ver quien parte la baraja Roc”

- ¿Sí? –Contestó pizpireta.
 - ¿Qué tal está mi pequeña esta mañana?
 - Muy bien cariño, súper liada, fíjate que no he tenido tiempo ni de bajar a por un café, con esto de Mark y la selección del personal. Hasta que se repartan sus tareas, y me ponga al día de qué se ha hecho esta semana que no he estado, ¡estoy a tope! ¿Y tú?
 - Mal. Anoche te eché tanto de menos que estuve a punto de ir a tu casa.
 - Hubieras venido
 - No me hubieras abierto
 - Sabemos que una puerta no es impedimento para ti Roc -se rió
 - Si estuvieras en peligro, ni el mismísimo infierno me detendría nena
 - Qué romántico eres -lo dijo con burla y se rió de nuevo, quería estar muy simpática
 - Sólo contigo. Te dejo que tengo ahora una visita, solo llamaba para decirte buenos días
- “Si, ya, no te lo crees ni tú, y para ver si he visto el bombazo, ¡cabrón!” pensó ella
- Vale Sammuel, luego nos vemos, te llamo cuando salga ¿ok?
 - Estaré esperando. Un beso donde tú sabes nena
- Un calor repentino la subió entre las piernas y colgó corriendo.
- ¿Pero cómo podía ser tan falso? ¡Este se iba a enterar!

Salió sobre las 5 de la tarde y John la estaba esperando con el Porsche Cayenne abajo, enfrente de la puerta. Allí estaba también la maleta que ella le indicó que cogiera con sus cosas, para no perder tiempo en ir a casa a hacerla personalmente, y encontrarse con que Sammuel la había ido a dar una sorpresa, o algo por el estilo. No podía arriesgarse. Se estropearía su venganza.

CAPITULO 25

A las 10 de la noche ya estaba en la urbanización más selecta de Malibú Beach.

Entró por el porche de atrás y allí estaban sentadas todas las mujeres, unas siete, jugando a las cartas, sentadas alrededor de la mesita baja de mimbre en los sillones a juego, a escasos metros del mar.

Todas se giraron ante la repentina presencia de esa extraña. Saludó a su madre con un beso y a las amigas con la mano.

- ¡Hola chicas, soy la hija pequeña! –Dijo señalando a su madre, dando por sentado que tendría fritas a sus amigas hablándolas de sus hijas a todas horas.

Todas se quedaron con la boca abierta al ver a esa hija tan guapa y encantadora que tenía Caroline. “Es como su madre” decía Carol riéndose orgullosa, “claro, por supuesto” decían las amigas. Su madre todavía no se había acostumbrado a lo de quedar bien y ser hipócrita, como hacían “las de las jet set”, como las llamaba ella.

- Pero ¡qué sorpresa cariño!

- He venido sin avisar mamá, perdona por no llamarte antes, he estado tan liada, si te viene mal...

- No hija por Dios, esta es tu casa, ponte cómoda mi vida, ya sabes dónde está tu cuarto, enseguida estoy contigo. Voy a acompañar a mis amigas, que ya se iban.

Cuando dejó las cosas en su habitación, sacó el móvil del bolso y tenía 20 llamadas perdidas de Sammuel. Esto iba viento en popa. Estaría empezando a ponerse nervioso. Dejó el móvil en la habitación y bajó con su madre, que ya estaba despidiendo a las amigas en la puerta. Observó desde la escalera cómo éstas miraban a John con ojos golositos y él no sabía dónde meterse. Lo que la hizo sonreír.

Las locas de las amigas de su madre la dijeron que mañana había una barbacoa, que se apuntara y Elizabeth las dijo que sí.

- Tráete al negrito zumbón contigo cariño, ¡así nos alegra el panorama!

Y todas se fueron riéndose por el atrevimiento. Esas eran las travesuras que hacían las mujeres de su edad.

- Ni caso John, ¡estas son unas viejas verdes! –Se rieron todos, incluso John movió un poco la comisura de los labios hacia arriba. ¿Sería eso un atisbo de sonrisa?

Su madre se llamaba Caroline, pero todos la llamaban Carol. Tenía 50 años, sin ninguna arruga aparente, Elizabeth tenía sus ojos, aunque con la edad y el paso de la vida, habían perdido brillo y color. Siempre estaba sonriendo y todos la adoraban.

Aunque sus vecinos eran de alta alcurnia, la querían de verdad, se los había metido a todos en el bolsillo en dos días. Desde que tenía la casa de la playa, ella vivía allí y su padre creían que también... Carol nunca hablaba de él cuando la llamaban, pero ni Sarah ni Elizabeth quisieron preguntarles nada sobre el tema, ya eran mayorcitos.

- John hijo, lleva tus cosas a la habitación de invitados, te acompañaré.

- Gracias señora Hudson, sé donde está, no se moleste.

Cenaron los tres juntos. La madre de Elizabeth quería a John como a un hijo, a todos los efectos, era el ángel guardián de su hija ¿qué menos podía hacer por él que quererle?

Cuando terminaron de recoger todo, madre e hija salieron a ver la luna llena, que parecía gigante y se sentaron a la orilla del mar con una copita de Frangélico con hielo. John se quedó viendo el fútbol en el sofá del salón, pero las vigilaba desde la cristalera.

- Cariño cada vez estás más delgada, ¿comes bien? -Le levantó la camiseta su madre para verle el planísimo vientre.

- Mamá ni te imaginas lo que como, seguro que el triple que tú

- No hija, eso no es posible, ¡soy una trituradora!, mira la tripa que he echado, esto no sale gratis, mi dinerito me ha costado -Y se partían de risa las dos, mientras su madre se agarraba con fuerza la poca tripa, que por la edad y los partos, era lógico que tuviera.

- Tú alucinas mamá, ¡si estás más plana que yo!

- ¡Hace 30 años sí! Ya soy una uva pasa -Brindaron y se rieron otro rato.

- Ahora en serio, ¿Qué te trae por aquí Liz? Así sin avisar, cuéntame.

- Nada grave mamá. No te preocupes.

- ¿Es por ese hombre? ¿Te ha hecho daño? Leí el artículo que decía que os lo estabais montando los dos en la oficina...

- ¡Era mentira! ¿Y desde cuando usas tu esas expresiones?, ¿¡“montando”!?

- Ahh, mis amigas son muy, ¿cómo lo llaman ellas? “cool”. Y con respecto a eso de montárselo, lo sé cariño, tranquila. Conozco a mis niñas, sé que no lo harías así, eso es impropio de ti. ¿Qué ha pasado, por qué huyes de él? Tu hermana me contó que os mirabais como tortolitos enamorados en un bar.

- ¡Será lenguazas!, no aprenderá a tener el pico cerrado ¿eh?, voy a acabar por no contarla nada.

- Venga Liz, entre nosotras tres no tenemos secretos. No lo pagues con tu hermana.

Elizabeth tomó aire

- Creo que me gusta mamá. Mucho

- ¿Y qué hay de malo en eso niña? ¡¡¡Es maravilloso que por fin te guste un hombre para una relación!!!

- ¡Eh eh eh, nadie ha hablado aquí de relaciones!, nos estamos conociendo. Tengo miedo. Es un psicópata del control y me quiere tener todo el día en una urna de cristal. Quiere que haga lo que él dice siempre y me intenta manipular y chantajear.

- Y con todo esto ¿qué tiene de bueno Liz? ¿qué te gusta de él? Porque lo que me dices es bastante grave: psicópata, chantajista, posesivo, celoso... ¡Vaya joyita hija! Será guapo por lo menos

- ¡Mamá!

Se hizo la escandalizada, le guiñó un ojo y le dijo

- ¡Es muy guapo!

Y se rieron a carcajadas las dos

- No me has contestado, ¿qué ha hecho el maniático para que vengas corriendo a esconderte tras las faldas de tu mamáita?

- Pues esta mañana me he encontrado en todas las portadas de la prensa mi foto, ¡diciendo que nos íbamos a casar!... ¡y ni siquiera llevamos juntos una semana! Lo ha hecho a mis espaldas, cuando le dije que no lo hiciera. Que fuéramos despacio. Quiere que vivamos juntos para que no me pase nada... ¡Estoy agobiadísima! –Elizabeth estaba de los nervios, al escucharlo de su propia boca, le parecía más horroroso todavía.

- ¿Y la solución a este problema, en vez de hablarlo con él, es venirte aquí para escuchar mi sabio consejo?

- Bueno, no exactamente mamá
- Suelta prenda Hudson
- He apagado el móvil. Habíamos quedado en pasar el fin de semana juntos para conocernos un poco mejor y he desaparecido sin decirle nada...

Dicho así sonaba muchísimo peor de lo que era... ¿O era así de perverso en realidad?

- Liz sabes que ese hombre, si es como me dices, estará al borde de la locura, ¿no?
- ¡Ese es el plan!, que aprenda lo mal que sienta que uno haga lo que le da la gana sin contar con la opinión del otro.
- Creo que te has pasado, no puedes pagar con la misma moneda que no quieres que te paguen a ti. Así no vais a ir a ningún sitio, si uno de los dos no es el cuerdo.
- ¡Que se fastidie!

Y se levantó para darle un beso a su madre e irse a acostar, estaba muy cansada.

- Te adoro mami
- Y yo a ti mi vida. Descansa y recapacita.

Aunque en cuanto su hija se dio la vuelta, a ella le salió una sonrisa de orgullo. Elizabeth tenía las agallas que muchos hombres no tendrían nunca.

Miró el móvil y las llamadas ascendían a 117. Con 7 mensajes de voz. No le gustaría ponerse delante de él ahora mismo. Ni le apetecía escuchar los mensajes, que serían de todo, menos cariñosos. Volvió a apagar el móvil.

Durmió como un angelito.

Mientras, al otro lado del país, una furia incontenible empezaba a crecer en el interior de Sammuel.

CAPITULO 26

Después de irse a correr por la playa, se metió en el mar y se dio un buen baño. Hasta que no estaba cerca del océano, no era consciente de lo bien que le venía, le hacía ver las cosas desde otra perspectiva, al sentirse tan insignificante frente a su inmensidad. El contacto con la naturaleza, ya fuera mar o montaña, la fascinaban. Se sentía renovada por dentro y capaz de volar si se lo propusiera. Recargaba las pilas para volver a rodearse de cemento y asfalto otra buena temporada.

Estaba despanzurrada en la playa, tomando el sol con las gafas puestas y su madre la avisó de que tenía que ir a arreglarse para la barbacoa desde el porche de la casa.

Se duchó y se dejó el pelo suelto, porque con la humedad del mar se le definían más las ondas y le brillaba mucho, así que lo tenía más bonito, si cabe, que de costumbre. Se puso una camiseta de ganchillo fucsia, que dejaba entrever lo que había debajo, que no era más que un minúsculo bikini a juego, fucsia con lentejuelas. Lo último en moda de baño. Y unas sandalias planas.

De infarto, vamos.

- Madre mía hija los vas a matar a todos de un colapso –Carol se paró delante de ella, mirándola de arriba abajo.

- ¿Voy mal? ¿Me cambio? Pensé que era algo informal
- No cariño, ¡lo que vas es demasiado bien! ¡Qué sexy!

Cerraron la portezuela de detrás y cruzaron la calle que llevaba a la mansión de Malibú más grande que había. Elizabeth se quedó boquiabierta, y eso que estaba acostumbrada al lujo, pero eso ya era excesivo. Rozando lo friki.

Entraron y el mayordomo las acompañó al jardín, que más bien eran 3 estadios de fútbol. Allí había muchísima gente, a cada cual más pija, menos mal que estaban todos en bañador y pareos.

Carol y Liz, al llegar, dieron dos besos a la anfitriona, que salió a recibirlas, unas de las pocas personas con las que hizo esto, y se quedaron por allí cotilleando las tres. Se tomaron una caipiriña fresquita que servía el catering. Les presentó a mucha gente famosa, no famosa... Los invitados se bañaban, tomaban el sol, entraban y salían de la casa. Algo cuanto menos curioso.

- Si me dicen que te iba a ver alguna vez en mi vida aquí mamá, hubiera apostado mi cuello a que jamás sucedería. Le confesó Elizabeth, mientras daba un trago de la copa.

- Lo mismo digo hija, pero ya ves, las vueltas que da la vida. Aquí estamos las dos, como pez en el agua, chica- Se partían de risa las dos.

Elizabeth estaba explicando a un hombre su negocio. Ya había captado unos cuantos clientes y repartido varias tarjetas de visita. Al menos el viaje no le saldría en balde. Lo raro de la situación, era hablar de negocios con un hombre que llevaba un bañador que le cubría lo justo, y a ella ni eso. El hombre en cuestión era alto, estaba demasiado moreno y tenía los ojos castaños, era muy guapo para ser justos. Hablaba con ella cada vez más cerca.

La gente repentinamente empezó a chillar, algo de un loco que se había colado a la fuerza se escuchaba entre el barullo. Carol y Liz se metieron en el porche asustadas, pensando que habría entrado un ladrón o algo. Con la seguridad de la urbanización era prácticamente imposible, pero ¿quién sabe?

Estaban agarradas de la mano, medio escondidas detrás de una hamaca y de los nervios, cuando acertaron a escuchar entre los gritos:

- ¡¡¡¡ELIZABETH HUDSON!!!! Sé que estás aquí, ¡no te escondas!

¡Esa voz!

Todos los presentes dirigieron la mirada hacia una misma persona, incluida Carol, que estaba alucinando.

“¡Oh no!” Elizabeth se hacía la tonta, rascándose la cabeza con un dedo y mirando hacia otro sitio también, mientras continuaba agachada con su madre, como si con este gesto consiguiera ser invisible. Estuvo a punto de saltar la valla, con la hamaca encima y todo.

Los invitados se empezaron a apartar y Sammuel apareció en escena, todo despeinado y respirando con mucha agitación, subía y bajaba el pecho violentamente. La corbata desatada colgaba de su cuello. La camisa malva a juego con sus ojos cargados de ira, iba por fuera del pantalón y desabrochada. Elizabeth le miraba con los ojos despatarrados, entre los dedos con los que se tapaba la cara. “¿Éste viene de darse una paliza con alguien o qué?” se decía. Le recordó al Increíble Hulk cuando se ponía verde, mientras buscaba algo con la mirada, desesperado.

De repente la vio.

Se miraron con los ojos entrecerrados los dos, a cada cual más cabreado.

Elizabeth se incorporó, saliendo de detrás de la hamaca muy lentamente, como si un movimiento brusco hiciera atacar a la fiera que tenía delante y dijo con una enorme sonrisa, mientras hacía una exagerada reverencia, presentándose a la gente:

- ¡Hombre cariño, qué agradable sorpresa!

Él no respondió, se limitaba a mirarla envenenado de cólera

- Tranquilos, no pasa nada, ¡ES MI PROMETIDO! –Prosiguió Elizabeth, haciendo hincapié en la palabra “prometido”

Se quedaron todos más tranquilos, volviendo poco a poco a sus quehaceres.

Sammuel se había quedado petrificado mirándola, con los ojos inyectados en sangre, mantenía los puños apretados y la

mandíbula en tensión, todavía asimilando que estaba sana y salva, e intentando que su cerebro procesara el indecente atuendo que llevaba en presencia de tantísimos hombres como allí había. Iba a implosionar de un momento a otro.

Elizabeth le sostenía la mirada, desafiante, a punto de estallar de furia también. Levantaba y bajaba el pecho a punto de hiperventilar.

En un abrir y cerrar de ojos, Sammuel se arrancó literalmente la camisa y la tiró al suelo, con ira, mientras recorría la distancia que había entre ellos de dos zancadas, la cogió como a un saco de patatas, poniéndola sobre uno de sus hombros, sin ningún tipo de esfuerzo, mientras ella iba pataleando, dándole puñetazos en el culo, que era lo único que tenía a su alcance, y gritando como una desquiciada, tal como estaba en ese momento:

- ¡¿¿¿Qué coño crees que haces maldito cabrón??!!
- ¡Lo que debí hacer hace tiempo, niñata malcriada!
- ¡!!!!¡Suéltame cretino!!!!!!
- Te voy a enseñar yo a ti lo que es ser un cretino –Gruñó él, al borde de la locura.

Cargado con ella, chillando improprios, salió como había entrado, con todas las miradas puestas en su persona, boquiabiertas.

Una vez desaparecieron, las miradas se dirigieron automáticamente hacia Carol, que se bebió el vaso de caipiríña de un trago, se encogió de hombros y dijo a la multitud

- ¡Las cosas del amor!

John no sabía muy bien si ir a liberarla o dejar que se las arreglara ella solita, así que aguardó hasta ver si se ponían las cosas peor o todo lo contrario. No veía a Bruce por ningún sitio, así que dedujo que su chico se le había escapado al dar con el paradero de Elizabeth sin ni siquiera avisarle. Decidió llamarle para comunicarle la situación, cosa que Bruce agradeció infinitamente.

CAPITULO 27

Sammuel atravesó la calle hasta la playa con ella al hombro

- ¡Suéltame, maldito cabrón posesivo, estás mal de la cabeza!

La tiró en la arena a sus pies, dándose un buen culetazo contra el suelo, Sammuel la miraba con tanto odio, que a Elizabeth hasta le dolía

- ¿¡Pero qué coño haces!? ¡Me las vas a pagar por esto! – Elizabeth se levantó inmediatamente para hablarle cara a cara, aunque él le sacara una cabeza de alto y dos o tres cuerpos de ancho.

- Elizabeth voy a intentar decírtelo sin cabrearme demasiado... ¿¿¡Te haces una ligera idea de las últimas 20 horas de infierno que he pasado!?? -Tenía los ojos fuera de sus órbitas y la mandíbula tan apretada, que en cualquier momento se desencajaría, seguro

- ¡Me importa una mierda Roc, te lo mereces por arrogante y por hacer lo que te sale de las narices sin contar conmigo! ¿Quién te crees que eres? –A ella se la oía por encima del sonido del vaivén de las olas, debido a los gritos enfurecidos que le dedicaba

- ¡Sabías que lo iba a hacer! No te hagas la ofendida –Gritó él, prácticamente por encima de la barrera del sonido para que ella le escuchara, perdiendo el poco autocontrol que le quedaba

- ¿¿¿¿¿Qué lo sabía???!!! Si me hubiera imaginado algo, sería que dirías que éramos novios, que ya me cuesta aceptarlo, ¡PERO NUNCA QUE ESTABAMOS PROMETIDOS, JODER!, es que eres increíble...

Se hablaban dando unas voces que casi se oían hasta la mansión en la que estaba todo el mundo, menos mal que allí estaba la música alta.

Sammuel prosiguió

- ¿Ni siquiera me podrías haber contestado a uno solo de los mensajes diciéndome que estabas viva? ¡Solo te pedía eso, mierda! -Se pasaba las manos por el pelo, ya de por sí bastante alborotado

- Ja, de eso se trataba precisamente. ¡No quería que supieras dónde estaba!

- ¡¡Pensé que te habían raptado!! ¡¡O que te habrían hecho algo al anunciar nuestro compromiso, secuestro por chantaje...!! ¡¡Joder, creí que no volvería a verte!! ¡Elizabeth, he envejecido 100 años en un día!... ¡¡¡¡¡Y resulta que estabas aquí, tan tranquila, de fiesta!!!!!!!!!!

Elizabeth lo miró mejor, comprobando que era verdad que tenía ojeras y cara de cansancio. Al final le iba a dar pena y todo. Pero volvió al tema, no la iba a convencer tan fácilmente, así que no cambió el tono acusador:

- ¿¿¿Y no te has parado a pensar ni un minuto en cómo me sentía yo??!

- ¡Eso lo podíamos haber hablado!

- ¿Sí?, ¡por supuesto!, ¡al igual que hablamos que íbamos a anunciar que estábamos prometidos!

- Si te lo consultaba ibas a negarte. Era lo mejor –Dijo él convencido

- ¡Oh, esto sí que es bueno!, ¿sabías que iba a negarme y aún así lo hiciste? ¡¡¡Podías haber dicho ya de paso que nos habíamos

casado en secreto!!!

- En cuestiones de seguridad y protocolo Elizabeth perdóname que te diga... ¡Que no tienes ni idea!

- ¡Y tú sí! Claro, por eso no está Bruce contigo, ¡y por eso me quieres poner a mi 4 escoltas y a ti ninguno!, la seguridad para los demás ¿no? ¿Vas a dejar alguna vez de pensar en ti y solo en ti Sammuel Roc?

- Eso es muy injusto Elizabeth. (Bajó el tono). Sólo lo hago pensando en ti. Todos los segundos del día pienso en ti, ¡maldita seas! De verdad que casi me muero buscándote.

Y cayó en la arena de rodillas. Exhausto.

- Creí que te había perdido... Y por mi culpa –Dijo en un tono derrotado

Ella se le acercó, se imaginaba esa impotencia que sentiría anoche, con su gran complejo de dominar todo, y se agachó a su lado, dándole un beso. El dragón había sucumbido ante la gatita.

Por fin se miraban uno a otro con el corazón

- No tenías derecho a hacerlo Sammuel, te dije que no lo hicieras y aún así te dio igual. No te importó lo que yo quisiera. Cómo me sintiera. Tengo familia, no puedes hacer siempre lo que te da la gana, sin contar con nadie.

- ¿Y era necesario desaparecer y hacer que me vuelva loco?

- Quería que aprendieras la lección, solo eso.

- La he aprendido Elizabeth, no vuelvas a darme un susto así, te lo suplico.

- Si no vuelves a hacer las cosas que nos afectan a los dos por tu cuenta, sin mí

La abrazó y la tumbó de espaldas en la arena poniéndose sobre ella.

- Pensaba que no volvería a ver esos ojos esmeralda mirarme nunca más

- Pues aquí están, mirándote de nuevo

- Oh Elizabeth. No era realmente consciente, hasta que he creído perderte, de lo que te amo, ¡te amo tanto que me duele

nena!

Y se besaron.

Como la marea estaba subiendo, los estaba mojando, pero les dio igual. Siguieron profesándose su amor.

Cuando las aguas volvieron a su cauce y la marea había subido hasta que les sabían a sal los besos, Sammuel se levantó, la cogió en brazos y se sumergió en el mar con ella cogida.

Cuando habían avanzado hasta que les cubría el mar por el pecho más o menos, ella se abrazó a él con las piernas entrelazadas en su cintura y siguieron besándose. Sammuel se había quedado vestido solo con el bóxer.

- Me vas a volver loco Elizabeth

Sammuel llevaba ya un buen rato con una erección de caballo, desde que la vio con ese bikini tan ridículo en la mansión, no pensaba en otra cosa que no fuera quitárselo. Elizabeth le facilitó el acceso, retirándose la braga del bikini hacia un lado, e hicieron el amor con el balancear de las olas, abrazados fuertemente, para aliviar su separación.

No podían moverse demasiado explícitamente, ya que los bañistas que estaban en la orilla, incluso los que estaban metidos en el mar, podrían darse cuenta de que lo que hacían en realidad no era besarse, si no algo más turbio.

Al poco tiempo, rompieron los dos en un orgasmo juntos, se miraron a los ojos llenos de pasión y respirando con dificultad, frente con frente.

- Lo siento -Le dijo él

- Yo también -Le contestó ella

Sammuel necesitaba esa conexión con Elizabeth desesperadamente.

Y con una sonrisa gigantesca de macho alfa satisfecho, la tiró al agua y le hizo una aguadilla.

Estuvieron pegándose y jugando en el agua otro buen rato. Tronchándose de risa los dos, como si tuvieran 15 años. Sammuel rejuveneció de nuevo.

¡Qué felicidad tan grande!

A la hora de la siesta, se fueron hacia la casa para dormir un rato, pues Sammuel no había pegado ojo en toda la noche, además de todos los kilómetros que condujo...Estaba exhausto, y con Elizabeth a salvo entre sus brazos ya no había nada que pudiera perturbarle, así que se quedó dormido en menos de 1 segundo.

CAPITULO 28

Elizabeth abrió los ojos al escuchar un ruido en la planta de abajo. Se había quedado dormida con él, pero ya no tenía más sueño y decidió bajar a comer algo, dejándole tranquilo, que descansara. Ya era casi la hora de la cena.

- Vaya vaya, aquí aparece Julieta
- Hola mamá ¿qué tienes por ahí rico? Estoy muerta de hambre Metió el dedo en medio de la ensaladilla rusa que había preparado Carol y ésta la dio un manotazo
- ¡Quieta!, tengo que quedar bien con mi yerno, ¿crees que si le saco una ensaladilla llena de agujeros le va a gustar?
- ¿Qué yerno ni qué flautas? ¿Y cómo no le iba a gustar? le encantará mamá, ¡eres la mejor cocinera del mundo!

Y la llenó de besos por toda la cara

- Parece que estás de muchísimo mejor humor, ¿no? ¡Cuéntame anda!

- Sí, ya hemos solucionado el problema, de momento. Siento el bochorno que te hemos hecho pasar, mami –Dijo sentándose en la encimera.

- A los vecinos de Malibú les va a costar años olvidar esto, ¡madre de Dios! No sabía dónde meterme hija. Han estado todo el día hablando de lo mismo, ¡y lo que nos queda! Tu amigo, novio, prometido, o lo que sea, se ha convertido en un héroe nacional...

Ellas dos se partían de la risa

- No será para tanto -Sonó una voz de hombre tras ellas y las dos se giraron hacia la escalera.

Sammuel bajaba sonriendo, con sus hoyuelos marcados a la perfección. Se acababa de dar una ducha y venía envuelto de cintura para abajo, muy abajo, en una toalla de flores rosas minúscula de Carol. Con el pelo mojado, peinado con los dedos hacia atrás y la barba de dos días en su cuadrada y poderosa mandíbula, rodeando sus labios carnosos de color rosado. Era todo un ejemplo perfecto de masculinidad, fuerza, virilidad, poder, elegancia...Uf

Las dos mujeres contemplaban inmóviles cómo un auténtico depredador avanzaba hacia ellas, sin ser capaces de mover ni un músculo ante semejante gracia, seguridad, majestuosidad... Sólo podían admirarle. Si hubieran sido gacelas, el león se hubiera dado un buen festín.

Cuando llegó a la altura de madre e hija, Sammuel besó a Elizabeth en la frente, haciendo que ésta saliera de su ensoñación y se apresuró a decir más deprisa de lo habitual:

- Sammuel esta es mi madre, mamá mi prometido, Sammuel Roc

Sammuel se tensó, echándola una mirada digna de amenaza de muerte, ya que no estaba bien prometerse con una mujer, sin pedir la mano a sus padres antes, para que pudieran dar su consentimiento, o no. A él le gustaban las cosas bien hechas, era muy tradicional, y con esto, estaba quedando como todo lo contrario. Carol hizo un gesto con la mano para indicarle que no se preocupara:

- Encantada Sammuel, no te apures, ya sé toda la historia

Sammuel respiró tranquilo, relajándose y la sonrió abiertamente. Carol se acercó a él y le dio dos besos bien plantados

- Por favor disculpe mi atuendo señora Hudson, pero perdí la ropa en el mar. Hacía tanto calor que no pude evitar bañarme, subió la marea y...

Le guiñó el ojo a Elizabeth sin que su madre se diera cuenta. No le iba a decir que la salvaje de su hija, en un calentón, se la arrancó y la tiró al mar...

- No te preocupes joven, a ver qué podemos hacer. Aunque si te soy sincera, a mi no me importaría en absoluto que te quedaras así.

- ¡¡¡Mamá!!! –La reprendió Elizabeth ante su descaro

- Ahora entiendo de dónde ha heredado Elizabeth sus ojos – Dijo Sammuel con cara de galán

- Adulador -le dijo Carol coqueta, dándole en el hombro.

Carol se partió de risa con Sammuel y Elizabeth no sabía dónde meterse. ¡Estaba alucinando! A su madre se le había contagiado la perversión de sus amigas “Malibudienses”, o como se llamasen. ¡Estaba coqueteando claramente con su novio!

Elizabeth subió a la planta de arriba a vestirse diciendo que no con la cabeza, mientras se reía. Iba a salir un momento a comprarle ropa a Sammuel al centro comercial. No le iba a sentar bien nada de ropa de ninguna de las dos mujeres que había en la casa y tampoco le haría mucha gracia ir por ahí paseándose con un pareo medio transparente. Ni que decir tiene, con ropa de John...

Vio el Ferrari SA Aperta rojo brillante por la ventana, mientras se vestía, no pudo evitar la gran tentación y le cogió las llaves a Sammuel, que estaban encima de la cómoda. Se preguntó cuándo las había puesto allí. ¿Habría estado allí antes de irrumpir en la fiesta? “Probablemente sí”, se dijo con la ceja levantada mirando las llaves. “Estás subestimando a tu enemigo chica” le dijo su yo maligno de nuevo a la defensiva, pero lo dejó en stand by, no

tenía tiempo de pararse a pensar en eso.

Cuando bajó a la planta baja de nuevo, le lanzó un beso a Sammuel con la mano, mirándole de soslayo, pero no detuvo su camino hacia afuera

- ¡Vuelvo enseguida chicos!, ¡Podéis chismorrear a gusto! – Dijo saliendo por la puerta

- ¿Elizabeth otra vez vas en bragas? -Le gritó Sammuel al estar ya lejos

No le hizo ni caso, solo empezó a andar moviendo el culo exageradamente para que él la viera

- Su hija es insufrible señora Hudson, ¿lo sabía? –Le dijo Sammuel a Carol

- ¿Quién? ¿Mi Liz? ¡Noooo, para nada, si es muy normalita!

Y se partieron los dos de risa por el chascarrillo.

Sonó un acelerón y un chirriar de ruedas, Sammuel reconoció al instante lo que era, cerró los ojos fuertemente y se llevó las manos a la cabeza, dejándose caer en el sofá.

- Insufrible no es la palabra, ¡es perversa!, y definitivamente me va a matar, lo sé –Decía tapándose la cara entre las manos.

Carol le puso una mano en el hombro, en señal de apoyo y se sentó en el sofá de frente a él, le tiró una lata de cerveza, que él cogió al vuelo y ella se abrió otra. Brindaron.

- ¡Por la loca de mi hija!

- Porque no acabe con la poca cordura que me queda –Dijo él a modo de plegaria al cielo.

- ¡Tendrás que cogerla a hombros cuando vuelva hijo! –Dijo Carol riendo al recordarlo, todavía no daba crédito.

- Señora Hudson antes de nada, permítame presentarle mis más sinceras disculpas por irrumpir de esta forma en su casa y ante sus conocidos. Lo siento de veras, tuvo que ser bochornoso para usted, pero...

- Sammuel –Le interrumpió Carol -de verdad, no tienes que disculparte. Haces que mi hija sonría y eso es lo que a mí me vale. Un poco de locura y pasión nunca está de más en una

relación, ¡a las mujeres nos encanta! Además, la opinión de toda esa panda de ricachones soberbios no me importa en absoluto. Te hablo con sinceridad.

- Mi intención de conocerla no era precisamente de estas maneras, y para rematar la faena, ¡con esta toalla! -Se rieron los dos, mientras Sammuel trataba de estirarse la toalla lo más abajo posible.

- Si no hubiera sido así, mi hija no te hubiera traído jamás, en el fondo me alegro.

- ¡Desde luego!, En eso tiene razón, Elizabeth nada más que insiste en que no somos nada, que vayamos despacio. No sé qué más pruebas necesita esta mujer, siempre está buscando algo a lo que aferrarse para que no funcione nuestra relación, es lo que me consume –Sammuel se estaba sincerando, a lo mejor demasiado, con su futura suegra, pero le daba confianza.

- He visto como la miras Sammuel, no hay más prueba que esa para una madre. Ella, sin embargo, tiene miedo y por eso le resultaría más fácil no arriesgarse, para no sufrir, pero la conozco bien y nunca la había visto así de contenta junto a un hombre, ¡le brillan los ojos cuando te mira muchacho!

- Gracias señora Hudson, ni se imagina lo que significan esas palabras en estos momentos para mí, realmente necesitaba escucharlo

- ¡Pero válgame Dios, tampoco la había visto nunca así de cabreada!, cuando llegó ayer por la noche, creí que venía a quemar la casa.

- Me vuelve loco, en todos los sentidos señora Hudson –La sonrió con un halo de tristeza

- ¡Y tú a ella Sammuel! Eso debes saberlo, no se te ve, precisamente, raro en la materia. Pero tiene un carácter muy fuerte, mucho genio y orgullo, cosa que, por otro lado, hacen de ella lo que es.

- Y lo que me enloquece de esa forma, es como un vendaval, me lleva por delante a cada paso, por eso me veo contra la pared y hago cosas que no son del todo cuerdas, que nunca jamás hubiera pensado hacer, ¡me enajena totalmente!

- ¿Y qué hay del compromiso, es de verdad? –Aprovechó Carol a decirle, para ver cómo respiraba, sin estar coaccionado por la presencia de su hija.

- Mi intención desde el principio era pedirles la mano de su hija, a usted y a su marido, antes de nada, pero las circunstancias me llevaron a hacerlo público antes de poder siquiera conocerles

- ¿Qué circunstancias?

- Fue por motivos de seguridad. Lo siento de veras señora, le presento mis más sinceras disculpas. Hubiera deseado que hubiera sido diferente, pero...

- ¿Esto es una petición de mano señor Roc? –Carol esbozó una sonrisa, para aliviar la tensión ante la que estaba el pobre Sammuel y echarle una mano, se lo estaba sirviendo en bandeja porque le gustaba.

- En toda regla, señora Hudson –La dedicó una sonrisa a lo Roc, especial para derretir mujeres en señal de agradecimiento.

Se miraron a los ojos unos segundos, uno intentando adivinar la respuesta a la petición y la otra intentando vislumbrar algún atisbo de duda en ella, pero no hubo fisura, lo que le hizo decir a Carol totalmente feliz:

- ¡Pues por mí no hay inconveniente!, aunque creo que mi hija será más dura de roer que yo.

- Gracias señora, ni se imagina el peso que me ha quitado de encima, ya me siento mucho mejor, me sentía avergonzado.

- No te preocupes hijo, el que quiere a mi hija, me quiere a mí, no hacen falta tantas parafernalias, ni formalismos. Lo que sientas por ella es lo único que en realidad importa.

- Solo quiero su felicidad.

Se hizo un silencio, Carol estaba emocionada, se le escapó una lágrima al ver a ese hombre tan enamorado de su hija, lo veía en sus ojos, era sincero. Se levantó y se dieron un abrazo los dos.

Sammuel prosiguió, mientras volvía a sentarse.

- En cuanto Elizabeth vuelva y me pueda vestir, me marchó y las dejo tranquilas que disfruten del fin de semana, solo quería

asegurarme de que su hija estaba bien.

- ¡De eso ni hablar Sammuel Roc!, te quedas en casa hasta mañana, no sé cuándo se volverá a presentar semejante ocasión, así te conozco algo más.

- No sé si a Elizabeth le hará mucha gracia.

- Yo sí que lo sé muchacho. Además, aquí mando yo.

Siguieron charlando tranquilamente sobre la ciudad, el clima, sus vecinos adinerados, etc. Hicieron muy buenas migas, parecía que se conocieran de siempre.

Sonó un derrape fuera y se miraron, levantándose los dos a la vez.

Carol y Sammuel salieron corriendo al porche de atrás, encima de donde estaban las cocheras. Vieron salir a Elizabeth toda contenta del Ferrari. Los miró quitándose su gorra de los Yankees negra y rosa, con las gafas de sol todavía puestas y revolviéndose el pelo. Cuando los vio, saludó con la mano.

- ¡Vaya máquina! Coge los 100 en 4 segundos, ¡y los 200 en 6! –Dijo ella mirando a Sammuel, mientras le señalaba el coche con la mano

- ¡Espero que estés de broma señorita!- Le gritó Sammuel

- ¡Claro cariño!, tranquilo, no he pasado de 30.

Él tensó la mandíbula. Si no fuera porque estaban en casa de Carol, la hubiera puesto sobre sus rodillas y dado una buena azotaina.

Carol se metió en la casa diciendo que no con la cabeza, muerta de risa.

Al rato, ya estaban los cuatro, incluido John, sentados a la mesa.

Sammuel se había puesto el bañador hipermegacorto azul cielo que le compró Elizabeth, con una camiseta a juego y chanclas. Le faltaba ropa por todos sitios.

- Elizabeth no pretenderás que, en presencia de una señora, me presente con este... trozo de tela, que escasamente me tapa un huevo –Le decía Sammuel sentado en la cama minutos antes, mirándola enfadado, mientras se tiraba del bañador hacia abajo, intentando que, por algún extraño fenómeno paranormal, el

bañador se hiciera más largo.

Elizabeth se reía a más no poder.

- ¡Estamos en la playa Roc! ¿Qué querías que te comprara, un traje de chaqueta y corbata de baño?, venga, ya has visto cómo va aquí la gente

- Si lo vi, si. No volverás a ponerte ese bikini indecente en tu vida.

Elizabeth puso los ojos en blanco y le empujó, tirándole a la cama, mientras ella bajaba por las escaleras para cenar.

Estuvieron cenando, charlando, y riendo por las aventuras y desventuras que les contaba Carol.

Elizabeth lloraba de la risa mientras intentaba articular las palabras:

- ¡Mamá podrías escribir un libro, titulado “Las increíbles aventuras de una paleta de pueblo en Malibú”!

- Oh Por Dios, si yo ni sabía que existían los gays, ¿os imagináis mi cara cuando vi besarse a dos hombres? –Decía toda acalorada

Fue una cena muy amena y divertida.

Después tomaron una copita de licor en el porche que daba a la playa y John se retiró a ver la tele para que pudieran hablar de otros temas.

- Bueno chicos, y ya en serio, ¿estáis prometidos o no? Es para reservar día y hora en el salón de tu hermana, ya sabes que está muy solicitado.

Los dos se miraron

- Si -Dijo Sammuel todo convencido

- ¿Qué? ¡No! ¡Ni hablar!

Carol suspiró:

- Bueno, como veo que es un tema delicado, me retiro a mis aposentos para que podáis hablar tranquilos. Ya me daréis la solución mañana. Sammuel espero que te sientas a gusto en casa. Discúlpame, pero estoy muy cansada.

Lo hizo deliberadamente, por supuesto. Sabía que si no era

ahora, en caliente, no iba a ser nunca. Y la ventaja es que aquí estaba ella para amortiguar los golpes.

Sammuel se levantó mientras ella se retiraba:

- Señora Hudson muchas gracias por su amabilidad, nunca hubiera imaginado estar tan a gusto, es usted una anfitriona excelente.

Carol le dio un beso en la frete a su hija y se fue. Cuando ya iba casi por la mitad de las escaleras dijo:

- Elizabeth no seas cazurra y escucha lo que tenga que decirte este caballero, para variar. Me gusta.

Y dejó a Elizabeth con la boca abierta y a Sammuel con una sonrisa de orgullo que no le cabía en la cara.

- ¡Borra esa estúpida sonrisa de tu cara Roc!

- Haz caso a tu madre Elizabeth, es una mujer sabia y hasta ahora la persona que más te quería.

- ¡Camelarse a una madre es un truco rastroero! ¡Juegas sucio vaquero!

Elizabeth se echó hacia atrás en la tumbona, tapándose la cara con el antebrazo, estaba sola en esta batalla, murmuraba:

- No, otra vez no, no quiero reñir más.

Pero Sammuel se levantó, cogiéndola de la mano y le dijo

- Vamos a dar un paseo, hace una noche preciosa

- ¿Me vas a decir quién es Jackeline?

Y a Sammuel se le heló la sangre.

CAPITULO 29

Iban descalzos por la orilla del mar, cogidos de la mano. Miraban las estrellas encima del océano, que parecían moverse

con el sonido de las olas.

Sammuel comenzó a hablar, no sabía por dónde empezar, pero lo hizo. Debía ser sincero con ella si quería que esto funcionase, y era lo que más quería en el mundo. Tomó aire y empezó a hablar:

- Yo tenía 18 años. Acababa de empezar la carrera. Me habían aceptado en Harvard y estaba muy ilusionado. Era la promesa de la familia. Todos estaban tan orgullosos de mí...

Entonces conocí a Jackeline. Estaba estudiando allí también, Ciencias Económicas, como yo. Procedía de una importante familia de Philadelphia, muy rica y popular. Por aquellos entonces mi padre empezaba a ser conocido, de lo contrario, nunca se hubiera fijado en mí.

Brillaba con luz propia y resaltaba entre todas las demás, no solo por su belleza, sino también por su inteligencia. Cuando hablaba, nadie era capaz de apartar la mirada. Yo, como tantos, caí en sus redes nada más verla. La diferencia fue que ella me correspondió.

Estuvimos 5 años siendo novios. Todo iba bien entre nosotros. Dos universitarios, jóvenes, ricos, sin preocupaciones, viviendo en una burbuja continua... ¿Qué podía salir mal? No veíamos más allá, no sabíamos lo que era la vida, solo pasarlo bien. Por eso funcionaba.

Pero un buen día, durante el último curso, ella abandonó la carrera, no la dejaba tiempo libre para sus reuniones de amigas, salir de compras y fiestas. Ahí empezó todo a ir mal.

Como estábamos acostumbrados a vernos todos los días en el Campus y las clases, nos resultó muy difícil el vernos solo los fines de semana y, a veces, ni eso. Ella tenía su círculo de amistades y yo el mío de siempre, con el que ya no quería juntarse tampoco.

Cambió, se convirtió en una arpía materialista, distante y fría, pero nuestras familias ya habían anunciado el compromiso. En 6 meses era la boda. Era como ir cuesta abajo y sin frenos. Estaba al borde de un abismo del que todos me querían obligar a saltar.

La noche de la despedida de soltera, una semana antes de la

boda, se acostó con uno de mis mejores amigos. Él, gracias al cielo, me lo confesó la noche antes de la boda, así que me cogí el coche y me largué.

Fin de la historia.

¿Era más o menos lo que te habían contado?

- Más o menos si

Seguían paseando cogidos de la mano por la arena, Elizabeth miraba al suelo, se moría de ganas de preguntarle mil cosas, pero decidió empezar por la que más le importaba, entonces le miró a los ojos para ver su respuesta

- ¿La amabas?

- En aquellos momentos pensaba que sí, fue mi primera relación seria, al menos por mi parte lo fue. Después empezaron a salir tíos que aseguraban haberse acostado con ella, al parecer era el tonto de la película, que nunca se enteraba de nada. Aunque ella lo negaba todo.

- No has contestado a mi pregunta Sammuel

- Hoy en día, estoy seguro de que no tiene nada que ver con el amor lo que sentía por ella –La miró con los ojos cargados de deseo y también de amor, del bueno, lo que hizo que ella se estremeciera.

- ¿Por qué la dejaste plantada en el altar, no la podías haber dicho simplemente que no te casabas? ¿Necesitabas humillarla de esa manera?

- No la conoces Elizabeth, hubiera intentado convencerme de que no era cierta su infidelidad. Me manipulaba como quería. No me presenté a la boda, también, porque efectivamente quería humillarla, como ella me había humillado a mí. Que todos los invitados se enterasen de lo que había hecho la muy zorra. De alguna manera, me rompió el corazón.

- ¿Y tus padres?

- Mi padre y mi hermano. Mi madre murió.

- Lo siento, yo... no lo sabía

- No te preocupes, fue hace mucho tiempo, yo era un chiquillo. No tenías por qué saberlo.

Elizabeth de repente le sintió distante, no sabía exactamente dónde se había trasladado, pero no estaba allí. Al momento prosiguió, luchando contra sus recuerdos:

- A ellos dos claro que los avisé, sí, pero aun así, fueron para ver qué cara se le quedaba a Jackeline cuando descubriera el pastel. ¡Mi hermano hasta quería tirarla huevos!

- Jajajajaja, me cae bien tu padre, ¡y tu hermano mejor!, no me imagino qué hubiera hecho yo si alguien hiciera eso a mi hermana o a alguien a quien quiero...

- No veo la hora de que mi familia te conozca Elizabeth -La abrazó por detrás y fueron así andando despacio un rato, dándole besos sensuales en el cuello y jugando con tropezarse

- ¿La has vuelto a ver? ¿Qué pasó después? Porque tuviste que volver

- Yo no quería saber nada de ella, no la di nunca la opción a explicarse, no me importaba, la verdad. En cierta forma, fue una liberación para mí. En el fondo se lo agradezco. Ella me puso en bandeja de plata la excusa que necesitaba para no casarme, sin quedar mal. Si nos hubiéramos casado, seríamos los más desgraciados del mundo, de eso estoy seguro.

- Nunca se sabe ¿no?

- Sí, hay cosas que se ven venir, y esa, desde luego, era una de ellas -Dijo Sammuél más que convencido y serio.

- ¿La has visto desde entonces? ¿Te pidió perdón o algo? ¿Qué relación tenéis? -Elizabeth estaba absorta en la historia

- ¡Vaya con la periodista encubierta! ¿Me preguntas por celos o por tener un tema de conversación para no tocar el nuestro? - Sammuél la abrazó fuerte y la dio un beso apasionado

- ¡No has contestado! -Protestó ella como pudo, él sonrió y prosiguió andando a su lado.

- La he visto un par de veces. Nunca se disculpó porque sigue diciendo que no ocurrió. Intentó por todos los medios casarse conmigo, era como una obsesión, al final hasta temí que me convenciera, así que decidí cortar todo contacto con ella, por su bien y por el mío.

- Pero era fácil, si no querías casarte ¿por qué te iba a convencer de hacerlo?

- Antes yo no era como me conoces ahora Elizabeth, era mucho más manejable, por decirlo de alguna manera. Y ella tenía mucha práctica... ejem... en el arte de convencer a un hombre

- Ohhhh, ¡serás capullo!

Elizabeth le hizo la zancadilla y Sammuel cayó al suelo, agarrándola en el último momento y llevándosela tras de sí. Rodaron por el suelo los dos, besándose y riéndose a carcajadas. Se quedó Elizabeth sentada encima de él.

- Y después de todo eso ¿por qué corres a decir que estamos prometidos Sammuel? No le veo lógica. Me haces sentir como te sentiste tú en aquel tiempo, ¿no lo entiendes? Sin escapatoria.

- No lo había pensado nunca de esa manera –Y se quedó serio de repente

- Me haces querer huir en la dirección contraria

Él se incorporó, sentándose en la arena junto a ella, rodeándose las rodillas con uno de sus musculosos brazos, mientras con el otro brazo libre, la acariciaba el pelo. Mirando al cielo estrellado infinito. Al final, acertó a decir:

- En cuanto llegue el lunes daré otro comunicado y lo desmentiré, no te preocupes, tranquila. Iremos despacio. Quiero que esto funcione Elizabeth, de verdad es lo que quiero.

- Solo quiero que me expliques por qué lo has hecho, me imagino que tienes tus razones y por más que lo intento, no consigo imaginarme cuáles son Sammuel.

Ella dejó de estar tumbada en su regazo y se incorporó, sentándose de frente a él, para poder mirarle y escucharle mejor.

- Ya te lo dije Elizabeth. Nunca he estado enamorado. Para mí estas emociones tan fuertes que siento por ti son una novedad. Me siento totalmente desprotegido y vulnerable, lo que siempre trato de evitar en todos los campos de mi vida, es justo lo que me está pasando contigo. Me siento como un niño, sin saber cómo hacer las cosas. Tengo miedo. Ni te imaginas lo que me

cuesta abrirme así, hablarte de mis sentimientos. Es como si estuviera en cueros atado de pies y manos con las piernas abiertas, y tú estuvieras enfrente con una escopeta cargada apuntándome, para que lo entiendas.

Elizabeth no pudo más que reírse a carcajadas

- Lo que me gustaría pegar un tiro al aire, ¡sólo por verte la cara!

- ¡Pero si ya la has visto, mujer! Lo que me has hecho este fin de semana es mucho peor que si me hubieras dado de lleno en los huevos, créeme.

Elizabeth se tiró de espaldas en la arena a reírse, solo de verle la cara de pánico que ponía, le hacía no poder parar de reír. ¡Le faltaba el aire! Y Sammuel no podía evitar reírse, contagiado por ella, le decía:

- De verdad que estás tonta –Tratando de quedarse sereno de nuevo, sin conseguirlo

Al rato, se quedó serio, allí tumbada, mirando las estrellas y a Sammuel, al final consiguió decir:

- Sigo sin encontrar la relación entre lo que me dices y el anuncio del compromiso, Sammuel, disculpa mi torpeza mental, pero no veo la relación.

- Está claro, si los adversarios saben que estás comprometida, no intentarán mear más alto de lo que está mi marca. ¿Lo entiendes ahora joder?

- ¡Madre mía! ¡Esta es, con diferencia, la declaración más patética que me han hecho en la vida! ¿Meadas? ¿En serio?

Se miraron y Sammuel estalló de la risa y se tiró para atrás en la arena, junto a ella, llorando se tapaba la cara con las dos manos:

- ¿Ves? ¡Es que sacas lo peor de mí!, nadie me consigue alterarme nunca, pero contigo estoy en una montaña rusa constante. Te acabo de decir cosas preciosas, que siento de corazón ¿y tú te quedas con lo de las meadas?... ¡¡Me matas Elizabeth!!

Ella se le echó encima, moviendo sus caderas contra la ya continua erección de él. Le susurró al oído medio jadeando y

mirándole con lujuria:

- Dime esas cosas tan bonitas, de las que no me he enterado muy bien palomito mío

Él se levantó y la cogió en volandas. La empujó contra unas rocas que formaban una pequeña cala a la orilla del mar y le dijo cara a cara, sin apartar su ardiente y caliente mirada de la de ella, acariciando sus labios con el dedo pulgar, y con una voz ronca:

- ¿Qué te voy a decir nena? Que me encantas. Me vuelves loco. Me enciendes. Haces que me sienta vivo. Haces que no pase ni un puto instante en el que algún pensamiento, por remoto que sea, tenga que ver contigo. Que te quiera besar todo el día. Que quiera estar cerca de ti. Que te quiera tocar y hacer el amor a cada momento. Que tenga ganas de reír y de llorar de felicidad, de cantar, de bailar, de gritar a todos que te amo. Que piense en un futuro juntos. Haces que pudiera correrme con tan solo mirarte. Que me muera de celos con que haya un solo hombre mirándote, aunque sea en fotos. Quiero que todo el mundo sepa que estoy contigo, porque me siento el hombre más privilegiado del planeta y quiero gritarlo a los cuatro vientos. No sé qué más decirte, eso es brevemente cómo me siento, nena. Desnudo mi alma ante ti. Sin trampa ni cartón, te la entrego.

- Ahora sí que me ha gustado

- Elizabeth, el que haya dicho que estamos prometidos, no significa que nos tengamos que casar mañana, es sólo a título informativo y burocrático.

- Ya lo he entendido Roc, es una meada.

Sammuel se rio escandalosamente. Elizabeth se lanzó a sus labios, despojándose de la poca ropa que llevaba, en una milésima de segundo. Sammuel se bajó el minúsculo bañador que ella le había comprado, a mitad de los muslos y la cogió por las caderas, dándole la vuelta y poniéndose tras ella, a su espalda.

Se apoyó contra las rocas para que ella quedara sentada encima de él, subiendo y bajando los dos al unísono. En esta postura él podía acariciar su clítoris por delante y tocar sus pechos, todo a la vez. Estaban en la gloria. Cada postura que probaban juntos,

era mejor que la anterior.

- No quiero que esto acabe nunca nena, sigue así –dijo casi gruñendo

- Sammuel no voy a aguantar mucho más -Dijo entre suspiros
La acariciaba lentamente, la besaba el cuello, el pelo...

Y al final, los dos gritaron de placer y se dejaron caer contra las rocas, desnudos a la luz de la luna.

- Acepto ser tu prometida Sammuel Roc.

Una sonrisa brilló más que la mismísima luna esa noche.

CAPITULO 30

Se habían quedado dormidos toda la noche. Al despertarse los dos en la playa, estaba saliendo el sol, todavía despuntaban las luces claras del alba y aprovecharon para volver a celebrar su amor.

Sammuel seguía sentado en la arena, mientras ella se levantaba y la cogió por detrás con sus grandes brazos “ven aquí”, quedando el culo de Elizabeth justo en la boca de Sammuel. Ella soltó un gemido y él siguió con su exploración oral, echándose hacia atrás en la arena, con lo cual, hizo que ella cayese encima de él y quedase a la altura justo

de su enorme miembro, que la esperaba ansioso.

Esta vez el sexo fue menos explícito, ya que podría haber alguien paseando. A las 6 de la madrugada un domingo, raro sería, pero no se podían arriesgar, lo último que les faltaba era salir fornicando en las portadas del corazón.

Al rato, se habían tapado con una toalla y sólo se veían pies por la parte de arriba de la toalla y pies por la parte de abajo. No hacía falta ser muy inteligente para averiguar lo que estaban haciendo, pero el caso es que no se veía quiénes lo hacían.

Elizabeth le sorprendió muchísimo. Le habían hecho miles de felaciones a lo largo de su vida, pero esta fue alucinante, Sammuel creía que le había llegado hasta el estómago, por lo menos, y para terminar, lo succionó todo sin dejarle ni gota. Fue un suplicio lograr no correrse en el primer segundo. Se notaba que ella lo estaba disfrutando tanto como él, o más. Esta mujer iba a acabar con la poca cordura que le quedaba.

Cuando estaban los dos más que satisfechos, se vistieron con sus bañadores y se metieron en el mar, el agua estaba congelada, ideal para despojarse del calor y el aroma a sexo que tenían encima. Salieron de allí como nuevos.

Volvieron a la casa entre carreras, empujones, chapuzones, arrumacos y risas.

Cuando entraron por las puertas de la casa de su madre, John y Carol estaban un poco nerviosos, de pie en el porche.

- Liz ¿cómo no os habéis llevado el móvil?, no me dijiste que no veníais a dormir, ¡estaba preocupadísima hija!

John asintió detrás de su madre y los miró con reproche

- Fuimos a dar un paseo, hablando y viendo el mar nos quedamos dormidos, eso es todo. ¿Qué nos iba a pasar?

“No quería follar con John a mi lado” pensaba Elizabeth

- Os podíais haber desorientado o caído al mar, como os estabais peleando, haberos asesinado uno al otro, ¡yo qué sé! – Decía Carol enfadadísima alzando los brazos al aire

- ¡Anda mamá, deja de ver tantas películas! No seas exagerada.

Pero cuando Carol iba a estallar, Sammuel se interpuso entre las

dos, intercediendo entre ellas y con voz de corderito, dejando a Elizabeth en la posición de una niña que está siendo reprendida por llegar tarde:

- Tiene razón señora Hudson, fue mi culpa, estaba muy cansado y me quedé dormido viendo las estrellas, a su hija le dio pena despertarme y me dejó dormir. No volverá a ocurrir, lo prometo.

Carol sonrió satisfecha con la explicación, pero John no se lo tragó.

- Está bien Sammuel, ya sabes lo mal que se pasa cuando no sabes dónde está

- Lo sé y le ruego me disculpe de nuevo

Elizabeth estaba alucinada de lo buenos compinches que eran estos dos de repente. A decir verdad, si no hubiera sido por Sammuel, la hubiera caído un buen sermoncito, como mínimo. Su madre no asumía que era ella la que había adoptado el rol de cabeza de familia y seguía tratándola como su pequeña niña revoltosa.

Se sentaron en la mesita baja del porche y Carol sirvió el café a todos, con tarta de manzana recién hecha para desayunar. Después de los correspondientes elogios a la tarta de la parejita, Sammuel carraspeó y dijo:

- Señora Hudson le anuncio, siendo usted la primera en saberlo, que su hija y yo estamos comprometidos oficialmente.

Sammuel tenía su mano apoyada en la rodilla de Elizabeth, que se atragantó con el café, según oyó la frase y se puso a toser. Todavía le sonaba fatal.

- ¡Eso es maravilloso! ¡Enhorabuena!. -Gritó Carol aplaudiendo. Se levantó y los abrazó a los dos.

Elizabeth tenía cara de póker y Sammuel no cabía en sí de gozo.

- Nunca pensé que llegaría este momento, estoy tan contenta Liz...-Carol se apresuró a limpiar las lágrimas que la corrían por las mejillas, mientras apretaba a su hija en un fuerte abrazo de osa.

- Bueno mamá no te emociones demasiado ¿eh?, es solo un

compromiso –Elizabeth corrió a sentarse de nuevo.

Como su madre se quedó chafada, Sammuel le aclaró, guiñándola un ojo a su futura suegra

- Vamos paso a paso señora Hudson, hemos asimilado el compromiso. La boda la dejaremos para otro asalto.

- Sí por favor, mi corazón no aguantaría otra bronca vuestra en el mismo fin de semana. ¡Por los novios!

Brindaron todos con el café, riendo y gastando bromas sobre que serían la comidilla de todo el vecindario durante años. Que casi le da un pasmo cuando salió con ella cargada al hombro...

- Le pido disculpas de nuevo señora Hudson. -Le dijo entre risas Sammuel al recordarlo.

- Bah. No me llames señora Hudson hijo, a partir de ahora llámame Carol, que vamos a ser familia. Y con respecto a tu aparición del otro día, ya necesitaba una dosis de romanticismo, deja de disculparte muchacho. Casi todas las mujeres que asistieron a la fiesta, esa noche tendrían sueños húmedos contigo Sammuel, y la que no lo hizo, sería lesbiana de esas. ¡Lo que hubiera dado cualquiera por ser a la que cargaras al hombro!, jajajajaja.

- ¡Mamá por favor! –Elizabeth no sabía dónde meterse ante el descaro de su madre.

- ¡Venga Elizabeth, no me vengas ahora de mojigata! El veros así me ha hecho recordar que todavía quedan hombres en el mundo, y amor. No dejéis que se apague nunca esa chispa que hay entre los dos, os convertiríais en otro binomio más de los tantísimos, a cada cual más aburrido, que existen en el mundo.

- Pues cuando usted quiera la carga al hombro Carol - Saltó Sammuel con su sonrisa de seductor

- Uhhh, solo de pensarlo tiemblo...

- ¡Oh por favor! – Dijo Elizabeth con cara de asco

Se puso roja como un tomate y se fue a la cocina diciendo que no con la cabeza, abochornada, mientras suegra y yerno se partían de la risa.

En realidad le encantaba que Sammuel y su madre se llevaran

bien. Parecía que se conocían de toda la vida, más bien, tenían hasta complicidad. Carol era una de las personas más importantes en su vida, aparte de Sarah, y si él iba a ser ahora alguien importante también, sería imprescindible que se entendieran.

¿Qué la pasaría a su madre con su padre?, según hablaba de los hombres, no la convencía mucho la versión que las había dado a Sarah y a ella de que su padre estaba unos días en el pueblo arreglando sus asuntos. Había observado en estos días que no había cosas de él por ningún sitio. No creía que hubiera pisado ni siquiera esa casa.

Sammuel apareció por detrás de ella en la cocina y la rodeó con sus brazos, la retiró el pelo a un lado y le dio un beso en el cuello que la estremeció. Cada vez que se le acercaba, notaba que su clítoris pegaba un salto. Como si quisiera llamarle la atención desde ahí abajo “¡estoy aquí, hazme caso!”.

- ¿Estás bien nena? – Le dijo con voz ronca al oído.

Esa voz también hizo que su clítoris chillara más fuerte todavía “¡aquí aquí!”

- Todo bien, es sólo que me preocupa la situación de mi madre con mi padre

- ¿Qué pasa con él?

Se apartó de ella y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados, mirándola

- No sé, mi madre dice que se ha ido unos días a echar un vistazo a la casa del pueblo, pero no hay ropa de él, ni cosas de aseo. Vamos que aquí no hay, ni ha habido nadie que no sea mi madre. Ésta no me la da.

- Estarán pasando una mala racha y necesitan distanciarse.

- Puede ser, pero el escucharla cómo habla de los hombres...

- ¿Y tú, cómo hablas de los hombres? ¡Si los exterminarías a todos si pudieras!

- ¡Y tú! –Sammuel dio un respingo al darse cuenta de que le había pillado

- Sí, pero lo mío es por un motivo distinto, me bastaría con

arrancarles los ojos... -Se quedó pensativo -Y las manos, ¡y las pollas!...

Consiguió arrancarla una sonrisa y fue hacia ella, haciéndola que dejara de fregar, la volvió a abrazar y la susurró.

- No te preocupes preciosa, ya verás cómo es una simple crisis. Quédate con ella y así habláis, a lo mejor necesita un hombro en el que llorar un poco.

- No recuerdo ver llorar nunca a mi madre. Siempre ha sido la dura de la familia. Ni creo que suelte prenda de nada.

- Eso me suena, sois más parecidas de lo que os creéis las dos.

- Puede ser. Pero yo soy mucho más fácil de carácter

Sammuel soltó un bufido y una carcajada, no lo pudo evitar

- Si mi amor, ¡tú eres lo más fácil de carácter que he conocido en mi vida!

- ¡Claro que sí!, lo que pasa es que tú me sacas de mis casillas

Sammuel la cogió en brazos, la besó y la llevó escaleras arriba, la tiró en la cama y la inmovilizó agarrándola por las muñecas y poniéndose encima de ella.

- ¿Te saco de tus casillas Elizabeth? -Le susurró al oído rozándole la oreja sutilmente y erizando el bello de todo su cuerpo.

- ¡Sí! -Elizabeth intentaba zafarse.

- ¿Y qué más? También te pongo como una moto, ¿no?

- Nada de nada, ¡maldito engreído!

Él se rió tan fuerte que se escucharía a tres manzanas.

- Tus pezones creo que opinan lo contrario. Y tu entrepierna -restregaba su erección contra su sexo, -está tan mojada que deberías quitarte ese bikini si no quieres coger un resfriado.

Ella levantó su cadera hacia él

- Oh Sammuel aquí no

Él se levantó de repente y la dejó encima de la cama, a punto de implosionar, Elizabeth se sintió abandonada y muy cabreada

- ¡Eres un maldito caliente...!

- Pues si no quieres que te caliente, no me provoques

- Lo que quiero es que si me calientas, ¡termines!
- Ah, no no no no, de ninguna manera bajo el mismo techo en el que está tu madre.
- ¡Si lo llego a saber, no vengo! –Dijo toda amodorrada
- Pues lo deberías haber pensado antes gatita. Ese es tu castigo. Cuando llegues a la civilización de nuevo, me llamas. Estaré ansioso de terminar lo que he empezado.
- Mmmmm, no sé si podré esperar -se retorció provocándole en la cama, enseñándole el culo
- Más te vale, si no, al menos piensa en mí
- Ya veremos
- ¡Maldita!, no sigas por ese camino, porque sabes que te cojo y te estampo contra la pared. Lo malo es que tu madre dejaría de tenerme tanta simpatía, tú sabrás.

Elizabeth se incorporó y se sentó como una niña buena en el borde de la cama a ver cómo Sammuel recogía las cuatro cosillas que le había comprado ella para estar allí, se puso una camiseta blanca de manga corta con el mini bañador, mientras ella seguía en bikini. Después de todo, se verían en unas horas, podría esperar sin tenerle dentro. ¿O no? Empezaba a tener síndrome de abstinencia de él y todavía no se había marchado. No estaba segura si le gustaba esta sensación de necesidad de él o no.

Bajaron abajo y se despidió de Carol

- Señora, de verdad que me he sentido como en casa. Gracias, por todo. Ha sido un auténtico privilegio conocerla.
- Igualmente Sammuel, me ha encantado conocerte, ten presente lo que hemos hablado, por favor. Esta es tu casa, para lo que necesites me tienes aquí. Vuelve cuando quieras hijo.

Suegra y yerno se dieron un beso en la mejilla

Sammuel se giró hacia su futura esposa, que estaba radiante, y le dio un beso en los labios, no tan largo como le hubiera gustado, ya que estaba al lado su suegra.

- Ya te echo de menos nena.

Ella le sonrió y le dio una palmadita en el culo. Sammuel bajó las escaleras del porche. Mientras se montaba en el coche. Bajó la ventanilla para darles con la mano y Carol le dijo desde lo alto:

- Cuida de mi niña.
- Aunque tuviera que vender mi alma para ello señora.

Elizabeth, al escucharle, no se resistió, bajó corriendo las escaleras, donde estaba junto a su madre, abrió la puerta del coche, abalanzándose sobre él, que la recibió encantado por este arrebató de pasión. Se besaron sin darse cuenta de que Carol desaparecía dentro de la casa con una sonrisa que inundaba su cara, de nuevo estaban solos en el mundo y nada más importaba.

- Mmmmm así sí que me gustan las despedidas. Adiós pelirroja.
- Nos veremos en unas horas.

Reuniendo todas sus fuerzas, al fin consiguieron separarse.

Sammuel se fue en su Ferrari, haciendo un derrape y guiñando un ojo a Elizabeth. Ella se quedó allí diciendo adiós con la mano, embobada y con una risita de idiota, eso sí, cuando ya no la veía nadie.

CAPITULO 31

- ¿Puedo hablar contigo mamá?
- Claro cariño ¿de qué se trata?
- ¿Qué pasa con papá? Y no me hables como a una idiota, sé que ni ha venido por aquí.
- Liz cariño no creo que sea momento, tienes que marcharte y...
- Mamá corta el rollo, vamos, suéltalo. Ya soy mayorcita, lo superaré.

Y se sentó con los brazos cruzados en el sofá del porche que daba a la playa mirándola fijamente. Su madre al final claudicó y se sentó junto a ella.

- Tu padre y yo nos casamos muy jóvenes, ya lo sabes, yo me quedé embarazada de Sarah con 24 años y nos obligaron prácticamente a hacerlo, para que no se notara la vergüenza que suponía no llegar virgen al matrimonio. Aunque fueran otros tiempos, seguía siendo una cría. No había salido de casa de mis padres y me metí en casa con un hombre al que ni conocía a ser su criada.

Tu padre era bueno conmigo, pero nunca estuve enamorada de él. Le cogí cariño con los años, pero nada más. Las relaciones sexuales eran un infierno para mí. ¡A mis 53 años nunca he tenido un orgasmo!, y si te soy sincera, creo que moriré sin saber lo que es eso.

- Jo mamá no tenía ni idea. Pensaba que con los años te habías acabado enamorando de él. Al menos papá siempre te miraba con cara de tonto.
- No hija, no creo que él sintiera cosas muy distintas a las mías, sinceramente. Convivíamos por vuestro bien. Una vez os marchasteis de casa seguimos juntos por vuestra carrera. Al final el que te ganaras esa cantidad de dinero fue mi liberación, en todos los sentidos. Nunca jamás serás consciente de lo

agradecida que estoy mi vida. Pude marcharme, y ahora soy tan feliz aquí.

- ¿Y él que hace? ¿No intentó retenerte?
 - Si lo intentó, pero reuní el valor suficiente para no acceder a sus chantajes. Pues Cindy, la de la panadería, me dijo que andaba con una mulata, ese hombre es incapaz de estar solo, no sabe ni hacer la cama. Pero me da igual Elizabeth, realmente ni me importa lo que se diga en el pueblo.
 - No me puedo creer lo que me estás diciendo mamá
 - Ya lo sé, por eso no quería deciros nada, a los hijos no les gusta saber que sus padres no son una pareja de “vivieron felices y comieron perdices”, pero como eres una cotilla, pues al final te ibas a enterar, no eres tonta.
 - ¿Y nunca te has enamorado?
 - Una vez, con 20 años. Pero eso es otra historia.
 - ¿¿Qué?? ¡Nooo! ¡Vamos, cuéntamelo!
 - Desapareció, eso es lo único que te voy a contar.
- Elizabeth, al oír el tono de voz de su madre, desistió
- ¿Y tú estás bien? ¿Aquí sola?
 - ¡De maravilla! Nunca estoy sola, agradecería un poco más de tranquilidad para leer y hacer mis cosas, pero estas viejas chifladas me tienen el tiempo absorbido, ¡no me dejan vivir!
 - Eso me tranquiliza, la verdad es que te he visto genial, tanto físicamente, como de humor. Pero me imagino que una madre lo último que haría sería preocupar a su hija, ¿no?
 - Que no Liz, en serio, te hablo con el corazón. Soy feliz. Quitando los años que vosotras estabais en casa, que erais lo que me daba la fuerza para seguir adelante, nunca he sido tan feliz como aquí.
 - Bueno, al menos me quedo más tranquila al escuchar eso.
 - Tú preocúpate por lo tuyo. Ese hombre me gusta Elizabeth. Tiene agallas y está colado por tus huesos.
 - Anda ya mamá, lo que está es loco. Me saca de mis casillas.
 - He observado cómo te mira niña, no hay que ser muy lista

para darse cuenta. Ten cuidado por favor, no seas tan cabezota y cuídalo, merece la pena cariño. ¡Ya no hay hombres como ese, cielo!

- Nunca pensé perder el control sobre mí misma de esa manera mamá, y él me hace perder la cabeza y que me de todo igual. No sé hasta qué punto me conviene un hombre así a mi lado. Yo necesito calma y serenidad.

- ¡Oh por Dios Liz! Tú no durarías ni dos asaltos con un hombre calmado y sereno, te lo comerías de un bocado y te aburrirías como una ostra. Esa clase de hombre son para Sarah. Tú necesitas un hombre que te eche el lazo y te de tu merecido. Lo malo es que ese tipo de relaciones tienen de pasionales lo mismo que de peligrosas, hay que andarse con ojo, el lazo a veces puede estrangular.

- Descuida mamá, yo tengo mil ojos.

- Bueno mi niña, me alegro de haberme podido sincerar contigo. La verdad es que no estaba tranquila ocultándoos las cosas a tu hermana y a ti. Ya solo me queda hablar con ella. Me temo que será menos comprensiva que tú, es tan tradicional...

- No te preocupes, lo que le importa a Sarah es que estés bien, y papá también. Da igual dónde ni con quién.

Le dio un abrazo a su madre con mil besos y llamó a John para avisarle de que ya se iban a casa.

John se despidió de Carol, metió las cosas en el maletero y se montó en el coche para conducir. Pitaron y se alejaron de Malibú, rumbo a la city de nuevo.

De camino, Elizabeth no se contuvo y encendió el móvil. Le llegó un mail reciente de Samuel, de hace como 1 hora ¿Habría llegado ya? Seguro que sí, lo abrió.

De: Samuel Roc

Para: Elizabeth Hudson

Asunto: No me aguanto más

Hola prometida mía.

Ni siquiera acabo de aparcar y entrar por la puerta de mi casa y

no sé cómo explicar la sensación tan extraña que tengo ¿Te puedes creer que me siento más en casa, incluso estando en casa de tu madre, que aquí en la mía? Y esto tiene una explicación, que no estás tú.

Cada metro que recorría con mi coche alejándome de ti, me parecían años luz. He estado tentado varias veces de darme la vuelta y volver, sólo para darte un último beso.

Al llegar a la ciudad me sentía como en otro planeta. ¿Podríamos quedarnos en Malibú para siempre?

Ahora estoy en el estudio, intentando preparar las cosas de mañana y es imposible, sólo veo dos ojos verdes por todas partes.

Espero que hayas conseguido hablar con tu madre, y que esté bien, ya me contarás qué has averiguado.

Me debes una noche de sexo desenfrenado, desde que te conocí no me ha bajado la erección. ¡Eres mejor que la viagra nena! Pensándolo mejor, me debes toda una vida de sexo desenfrenado, contigo nunca es suficiente.

Cuando llegues dime algo para que sepa que has hecho bien el viaje, ¿de acuerdo?

Te echo de menos. Me ha encantado conocerte en otro medio, con tu madre. He descubierto una nueva Elizabeth. Tierna, casera, y familiar. No has sido borde, distante y fría, como suele ser la gran Elizabeth Hudson. Y me gusta.

Besos de tu futuro marido...

¡Es broma!, quería ponerte nerviosa, nena.

Sammuel Roc

Propietario de Roc Hoteles

Y lo consiguió, la puso muy nerviosa. Decidió pensar en otra cosa y se puso a buscar los mensajes de voz que Sammuel le dejó el viernes, cuando no la encontraba.

Una vocecilla en su interior de su yo bueno la decía que no lo hiciera, “¿para qué remover la mierda si ya está todo solucionado?, los tendrías que borrar directamente, mira que

eres masoquista”

Pero se moría de intriga, y su yo maligno le dijo “venga, solo uno, a ver qué se cuece”. E hizo caso omiso a su vocecilla racional. “Solo escucharlos, no me van a influir en nada” decía el yo malo auto convencándose.

Así que le dio a “play”

Los tres primeros mensajes eran normales, la decía que si ya había salido de la oficina, que le llamara, que tenía ganas de verla... Lo normal.

Cuarto. Empezaba a estar un poco nervioso. Se preguntaba si la había pasado algo, decía que se iba a pasar por su casa para estar seguro de que estaba bien.

Quinto. Acababa de estar en su casa, nadie le abría y Robert no la había visto entrar desde por la mañana. Ni la había visto ningún vecino. En la oficina, Betty le dijo que se había marchado hace 2 horas. Sonaba preocupado.

Sexto. Dice que le va a dar algo, que ya no sabe qué hacer. Que su equipo no la localiza, que iba a llamar a la policía, que no se perdonaría si la habían raptado, que por su culpa ahora todos la relacionaban con él, que había sido un inconsciente, que si la pasaba algo se suicidaría, ahora que había encontrado el amor... La pedía perdón... Parecía un poco bebido, le daba la sensación.

Séptimo. Palabras textuales, con evidentes signos de alcoholismo, sobre las 5 de la madrugada:

“Hola Elizabeth. ¿Qué tal tiempo hace por Malibú Beach? Espero que te lo estés pasando en grande, riéndote de mí con tus amigos. ¡Todas las mujeres sois iguales, unas putas de mierda! Ninguna vale un duro. Joder y yo pensaba que eras distinta... ¡Pero qué gilipollas he sido! Yo aquí desesperado, cagado de miedo, casi cortándome las venas, pensando que te han podido pasar cosas horribles por mi culpa, y tú... te vas de fiesta ¡¡¡a Malibú nada menos!!! ¡Sin decir nada!, ¡Sin ni siquiera avisarme! Coges y te largas con el primero que hayas encontrado por el camino. Ya sabía yo que no tenía que fiarme de ti. Eres como las demás, sólo me quieres por interés,... Joder, qué imbécil he sido... ¡Me las vas a pagar furcia!”

Y se cortó.

Elizabeth se quedó petrificada mirando el móvil con terror en su mano.

Fue ausente durante el resto del camino, miraba por la ventana pero sin ver nada, no podía dejar de pensar en todas las burradas que le había dicho Sammuel. ¿Era eso lo que pensaba realmente de ella?

Cuando llegó a casa se acostó, apagando el móvil.

Estaba agotada, no quería pensar nada más.

Como dijo su heroína Scarlet O'Hara "Mañana será otro día".

CAPITULO 32

Lo que le gustaba de su trabajo, es que allí todo el mundo la respetaba, sí claro, era la jefa. Pero la trataban como lo que era, no intentaban llevarse bien con ella, ni hablar sobre problemas, ni del tiempo. Nunca dio pie a eso. Solo a Mark, su gran error, cosa de la que aprendió. Allí era sólo trabajo. Eso la permitía despejar la mente de otros asuntos. Y en estos momentos, lo agradeció sobremanera.

Se paró delante de la mesa de Betty

- Betty te pido encarecidamente que hoy no me pases ni una llamada ¿de acuerdo? Ni aunque te diga que es el mismísimo Dios que quiere negociar mi eternidad junto a él. ¿Lo has entendido, o te hago un resumen?

- Lo he entendido a la perfección señorita Hudson.

- Eso espero.

Dio un portazo al entrar en su despacho y al segundo volvió a salir, haciendo pegar un salto de la silla a la pobre Betty

- Y por supuesto, nada de visitas sin citar, ¿ok?

- Sí señorita Hudson

Ahora sí se metió allí en su recinto sagrado. Pasó la mañana sin más inconvenientes. Si Sammuel había llamado, Betty le diría que estaba reunida, o lo que sea, le daba igual.

Tenía que tener la mente fría para recapacitar y pensar en las bonitas palabras que le dedicaba en su mensaje de voz. No tenía muy claro el tener novio. No tenía nada claro el haberse prometido ¡además de esa manera tan precipitada!, y desde luego, lo que no tenía nada, pero que nada claro, es que su relación con Sammuel le beneficiara en lo más mínimo. Desde que le conocía estaba desubicada, alterada, se le escapaba el control de sus manos y no se centraba en su trabajo. ¿Dónde vería él el interés de su relación?

Al medio día le llegó un mail suyo.

“A ver qué cojones quieres ahora Roxan” dijo su yo malo, mirando hacia otro sitio, sin ganas de saber de él, “Ten cuidado porque te estás jugando los cuartos nene”

De: Sammuel Roc

Para: Elizabeth Hudson

Asunto: Muy cabreado

Me quiero imaginar que anoche cuando llegaste a casa estabas tan sumamente cansada de no hacer nada, que no tuviste fuerzas para marcar el puto teclado del teléfono y darme un mísero toque, para que me quedara tranquilo. Como prometiste que harías, por cierto.

Menos mal que el portero me aseguró que estabas en casa.

No puedes ser tan egoísta. Me prometes una cosa y en cuanto me alejo de ti se te olvida y haces la contraria. Te gusta joderme ¿eh?

Me desobedeces deliberadamente, e incumples tu palabra, empiezo a pensar que es sólo para tocarme los cojones.

Estoy cabreadísimo Elizabeth. Me las vas a pagar.

Sammuel Roc

Propietario de Roc Hoteles

Elizabeth hizo un corte de mangas al ordenador toda cabreada.

Descolgó el teléfono e hizo una llamada “Ahora sí que te voy a tocar los cojones imbécil”

A las dos de la tarde todos los periódicos y revistas del corazón lanzaban una última hora en su extra del mediodía

“SE ROMPRE EL COMPROMISO DE LOS TORTOLITOS MILLONARIOS”

“EL COMPROMISO MÁS CORTO DE ROC”

“ELIZABETH HUDSON HA ENCONTRADO UN NUEVO AMOR Y ES ELLA LA QUE DEJA PLANTADO A ROC EN EL ALTAR”

“Hudson acaba de anunciar que no habrá boda”

Ella no quiso ni leerlo, sólo pretendía que lo leyera una persona.

Al otro lado de la ciudad, en medio de una importantísima reunión, esa persona ponía el grito en el cielo y partía una mesa de cristal en dos de un puñetazo.

A la hora de la comida, Elizabeth se quedó en su oficina, pero lo que se dice comer, no comió mucho. Se sentía extraña. A estas horas Sammuel ya debería haber aparecido descolgándose por el techo del edificio, o puesto una bomba de gas para que ella saliera... Pero no había la más mínima señal de vida de él.

A lo mejor se había convencido de que lo suyo era imposible, que no eran compatibles y no merecía la pena estar todo el día

discutiendo. “Al fin” le dijo su yo malo intentando parecer contento.

Cuando se marchó, le preguntó a Betty por las llamadas que había tenido y ni rastro de Sammuel. ¿No habría tenido tiempo de leer las noticias del mediodía?, “iba a estar hoy muy liado, le dijo ayer”.

Llegó a casa, se quedó en bragas y sujetador violetas, con los tacones puestos. Se salió a su inmensa terraza a contemplar la ciudad desde lo alto. Sentada en el sillón, se puso a hacer la selección de candidatos finales que le había pasado la jefa de Recursos Humanos, para las entrevistas de mañana. Se quedó con tres. Dos hombres y una mujer. Mañana se decidiría por uno. Elizabeth se desvistió del todo y se quedó como Dios la trajo al mundo. Una de los pocos deportes que adoraba era nadar, y si era desnuda, era su perdición. Podía estar horas en el agua, tan feliz. Se tiró de cabeza a la piscina, el agua estaba calentita, era de noche y se veían la luna y las estrellas en el cielo negro. Nadó, mucho.

Cuando salió del agua estaba agotada. Volvió al salón envuelta en su albornoz. Tras un par de vasos bien llenos de whisky Talisker, se quedó frita en el sillón, donde amaneció al día siguiente con un fuerte dolor de espalda y de cabeza.

CAPITULO 33

A primera hora se presentaba en su oficina, precedido por Betty, el primer candidato. Obviamente, el filtro tan exhaustivo que realizaban los del departamento de RRHH, dejaba que se entrevistaran con ella sólo lo mejor del país, esto hacía bastante difícil la decisión final y por eso la tomaba Elizabeth. Todos querían trabajar en H.E.

El primero de los candidatos, a Elizabeth le resultó un poco

aburrido, además, nada más entrar le dijo lo preciosa que era en persona, cosa que la puso a la defensiva. Si su inteligencia sólo le daba para hacerle un cumplido de su físico, desde luego no encajaba en el perfil.

Quería gente dinámica, para ser el jefe de prensa se necesitaba, cuanto menos, derrochar carisma, pero a la vez, ser duro como un dictador. Tendría que negociar acuerdos muy importantes con los medios, que de todos es sabido, solo miran por ser los primeros en dar la noticia. Y una empresa como la suya, dependía mucho de las palabras que utilizasen, para que la opinión pública, rápidamente, se posicionara a favor o en contra. Este chico no cumplía los requisitos.

Además estaba el temita del repentino compromiso y la atropellada ruptura del mismo con el gran y carismático empresario de Roc Hoteles, que no la dejaba en muy buen lugar. Este tema debería depurar también la persona seleccionada.

Tras un par de preguntas y sus respectivas respuestas fallidas, Elizabeth lo despidió muy educadamente, deseándole suerte en su futuro profesional, y mordiéndose la lengua para no decirle de cuántas formas distintas la había cagado.

El segundo candidato, era la persona que estaba buscando. Cumplía todos los requisitos que ella quería. Le cautivó nada más entrar por la puerta. Tras una conversación bastante amena con él, prácticamente le aseguró que el puesto era suyo, pero que todavía le quedaba una entrevista. Quedaron en que esta tarde le llamaría su secretaria para confirmárselo.

La tercera candidata era una mujer, que entró en el despacho como un huracán. Solo con su presencia, Elizabeth se sentía en guardia, pero a la vez la impresionó gratamente. Era una impresión bastante parecida a la sensación que tenían los demás cuando ella misma hacía su entrada triunfal en los distintos sitios. Los focos se centraban en ella. Esta mujer tenía el pelo liso hasta los hombros y el flequillo recto. Se daba un aire a Sarah, pero a lo indecente. Vestía de marca de arriba abajo, tenía unos dientes blanquísimos perfectos y los ojos de un azul tan claro que parecían transparentes.

Se estrecharon las manos.

- Señorita Hudson, un auténtico placer conocerla, me moría de ganas –Dijo la mujer, sin sonreír demasiado.

- Encantada señorita Mitchell, tome asiento por favor

Elizabeth ya estaba decidida por el segundo candidato, pero hicieron la entrevista como si no fuera así. La verdad es que también le gustó. Así que decidió hacerle una pregunta final para ver si la ayudaba a decidirse, algo que la comprometiera, a ver cómo salía del apuro.

- Y ya para finalizar señorita Mitchell, ¿Qué haría usted si estuviera ocupando el puesto y de repente salieran unos comentarios que pusieran en evidencia mi profesionalidad, o se dijera algo negativo de la empresa, algo, digamos..., muy escandaloso?

La señorita Mitchell sin dudar ni un segundo, la miró fijamente a los ojos y la dijo:

- ¡Los aplastaría sin piedad!

Elizabeth se echó hacia atrás en su silla, la miró con los ojos entrecerrados y la dijo

- Bienvenida a Hudson Enterprises señorita Mitchell

Al día siguiente, Elizabeth bajó con ella al departamento, hizo las presentaciones y le enseñó toda la empresa. Se cayeron bastante bien la una a la otra. La señorita Mitchell no apartaba la mirada cuando ella la hablaba y eso le hacía fiarse de ella. Le daba confianza.

Al poco tiempo, la señorita Mitchell llevaba el departamento mejor que lo hubiera hecho ella misma, así que estaba encantada con la decisión tomada. Un problema menos.

Cuando llegaba a casa, le faltaba algo, estaba vacía, pero a largo plazo sería mejor así.

Esperaba que el largo plazo fuera relativamente corto, porque comía muy poco, tenía el estómago cerrado y casi ni dormía.

¿Dónde estaba Sammuel?

Aún así, nunca le llamó para averiguarlo.

CAPÍTULO 34

Era fin de semana, sábado. Había pasado un mes desde que Elizabeth anunciara la ruptura de su compromiso con el señor Roc y no había tenido noticia alguna de él. Parecía que se lo hubiera tragado la Tierra.

Esta noche era la gala benéfica de una organización de la que ella era la máxima benefactora, e invitada de honor, por lo tanto debía asistir y pronunciar algunas palabras. La organización se llamaba O.A.A.S. (Organización de Ayuda a los Animales Salvajes) se encargaba de recoger crías de animales salvajes abandonadas, siempre que estuvieran en peligro de extinción, claro. Las curaban y criaban hasta que se podían valer por sí mismas, para más tarde devolverlas a su hábitat natural de nuevo.

Elizabeth sentía debilidad por los animales, quedaba mejor en la sociedad ayudar a los niños, pero había demasiadas organizaciones que se encargaban de este asunto, y algunas de ellas ni siquiera les daban el dinero a dichos niños.

El resultado de O.A.A.S. se publicaba cada año y Elizabeth se encargaba personalmente de revisar todas las crías que se habían salvado ese año, para que no se durmieran en los laureles y supieran que les estaba vigilando.

Se plantó en la gala con un vestido color violeta intenso, de seda salvaje, que se ceñía a la perfección a sus curvas, aunque desde

hace un mes no estaban tan definidas, se le notaban más de la cuenta los huesos.

Tony le volvió a prestar una gargantilla y pendientes a juego de diamantes de infarto. No es que a Elizabeth le hiciera falta precisamente que le prestasen las joyas, es que le hacía un favor enorme a su amigo llevándolas. Esa publicidad no tenía precio. Y le aseguraba el puesto a él en la tienda por muchos años, tantos como Elizabeth estuviera en la cabecera del cartel.

Entró y, para variar, todas las miradas se dirigieron hacia ella. En menos de un segundo, estaba rodeada de gente a la espera de hablarla. Iba uno, venía otro...

De repente, entró en la sala una mujer rubia, guapísima. Pelo liso hasta la cintura, ojos color miel, alta, esbelta. Parecía una modelo por su forma de andar. Llevaba un vestido dorado hasta los pies y unos taconazos a juego. Iba del brazo de un hombre no menos guapo. Sammuel Roc.

Sammuel entraba en el salón con paso firme y decidido, saludando aquí y allá a los invitados, con una inclinación de cabeza y dedicando una sonrisa perfecta. Llevaba un traje negro de chaqueta hecho a medida, camisa violeta y corbata negra. Parecía que se había equivocado de pareja, ya que iba más a juego con Elizabeth que con su actual acompañante.

Todas las miradas femeninas intentaban desviarse de este dios terrenal, pero era difícil, por no decir imposible, escapar de su magnetismo. Las miradas masculinas eran de evidente envidia y admiración a partes iguales.

Elizabeth sintió un cuchillo atravesando su corazón. Le faltaba el aire. Se dio la vuelta e intentó meterse entre la multitud para que no la viera. ¡Quería ir y arañar la cara a la pata de palo esa!

- ¡Señorita Hudson!, qué alegría tenerla aquí esta noche. -La llamó un caballero haciendo un gesto con la mano. Se acercó a él con cautela

- Disculpeme, pero no creo que tenga el placer de conocerle – Dijo ella

- Oh, perdone mi despiste, soy John Curiel, el nuevo Relaciones Públicas de O.A.A.S.

- Encantada señor Curiel

El señor Curiel tendría unos 40 años, pero era muy atractivo, se le veía que sabía cómo atraer a la gente. Desde luego le habían dado el puesto ideal para él. Le estuvo explicando las nuevas ideas que tenían para el año siguiente. Elizabeth se refugió en el grupo al que pertenecía dicho caballero, hablando tranquilamente sobre la organización. Le tenía cogido del brazo. Si no hubiera tenido que dar la charlita, se hubiera escabullido de la gala a los 5 minutos después de llegar. ¡Demonios!

Dos ojos violetas no se apartaron de ella, ni del brazo que la rodeaba la cintura en ningún momento.

Llegó la hora del discurso. Los invitados se habían sentado en sus respectivas mesas y Elizabeth debía subir al estrado. Si Samuel no la había visto hasta ahora, sería imposible no hacerlo,

“A no ser... que me tome mi pócima mágica de hacerme invisible, lo que podría permitirme salir de la sala sin mayor inconveniente. ¡Menos mal!” le decía su yo maligno, mirándola con cara de asco y dándose un capón en la cabeza ella misma “No se puede ser más idiota hija”

“¿Pero cómo haces para meterte siempre en estos jaleos chica?”, le regañaba su yo bueno.

Estaba absorta en estos absurdos pensamientos, cuando una voz la anunció por los altavoces, subió al estrado y en cuanto los invitados terminaron de aplaudir, una belleza pelirroja de ojazos verdes empezó a hablar, iluminada por todos los focos, no le temblaba la voz, aunque las piernas las tenía como un flan “aparentar calma es lo más inteligente” se decía:

- Buenas noches a todos los aquí presentes. Mi nombre, por si hay alguien de otro planeta que no lo sepa, es Elizabeth Hudson. Todos los invitados rieron por la broma, incluida ella. Prosiguió.

- Quería agradecerles su presencia aquí esta noche, de no ser por la ayuda de todos ustedes, la actuación de OAAS no sería posible. Procedo a hacer un breve resumen de lo acontecido este

año...

Hizo un resumen de las cuentas, de los ejemplares salvados en cada país y anunció de improviso las nuevas ideas que Curiel le dijo, dejando incluso a los organizadores con la boca abierta, pues les ahorró un montón de trabajo para convencer a los miembros de la Dirección de implantarlas. Por supuesto, impulsando la carrera profesional de este chico a lo más alto.

- Me despido dando de nuevo las gracias a todos y confío en que esta noche os rasquéis el bolsillo y recaudemos suficiente dinero, para que al año siguiente sean los resultados igual de buenos que este, o mejores, si cabe. Si pudiéramos rescatar a alguna de las especies de la extinción definitiva, todo nuestro esfuerzo habría merecido la pena. El amor por los animales es lo que nos ha unido a todos hoy...

Antes de que la gente aplaudiera, uno de los invitados se levantó en medio del salón, moviendo ligeramente la mano en alto para captar la atención de la anfitriona:

- Señorita Hudson, ¡aquí! –Su potente voz resonó por toda la sala, haciendo que todos se giraran para mirarle

Ella miró a ese hombre, en cuanto lo hizo y sus miradas coincidieron, se mojó tanto que tuvo miedo de que se traspasara al vestido, ¡por Dios! Respiró profundamente, cambiando el peso de una pierna a otra, para intentar reponerse de la impresión.

Guardó la compostura como pudo.

- Si, dígame, ¿señor?... –Elizabeth hizo un gesto con los dedos, a modo de estar intentando recordar su nombre

- Bien sabe usted quien soy señorita Hudson, pero por si sufre algún tipo de amnesia temporal, permítame recordarla que soy el señor Roc.

- Ah, señor Roc, disculpe mi despiste, bienvenido a la gala, a usted y por supuesto a su adorable acompañante, espero que esté disfrutando de ella... ¡y de la fiesta también! –Puso una sonrisa tan grande y brillante que no pudo resultar más falsa

Todos rieron y la rubia que estaba junto a Sammuel, como era

de esperar, no se enteraba de nada, ni se imaginaba siquiera lo que estaba sucediendo entre ellos dos. El señor Roc siguió muy serio, la atravesaba con la mirada:

- Gracias, muy amable, indudablemente la disfruto, ¡y mucho! - Elizabeth sintió que la rabia la iba a matar, pero sonrió falsamente de nuevo, haciendo un asentimiento de cabeza - Aunque ese no es el tema, quería preguntarle, ya que está usted tan comprometida con la causa de OAAS, ¿por qué motivo esas crías se quedan solas? Me pica la curiosidad sobremanera. ¿Es que las hembras las abandonan porque sí?

- Pues es difícil contestar esa pregunta, podríamos llamar a algún colaborador para...

- ¡Quiero que me conteste usted! – Gritó Sammuel sumamente cabreado ante la estupefacción de los invitados, Sammuel al ser consciente de ello, intentó calmarse, diciendo -Cuando la hembra se ha aburrido de los cachorros desvalidos, ¿los deja solos a su suerte, sin explicaciones?, cuando más la necesitan, eso no está bien, esto no debería suceder, ¿no está de acuerdo? Eso es ser malvada y no tener escrúpulos. No está bien abandonar a alguien que te quiere –Decía Sammuel en pie, ya más relajado, con las manos metidas en los bolsillos y los ojos entrecerrados mirándola.

Era una trampa, estaba claro. Si Elizabeth le contestaba como se merecía, “porque a lo mejor son unos hijos de puta que se lo merecen, dejando mensajes de voz hirientes en el móvil”, refiriéndose a él como “el pobre cachorro desvalido”, al igual que él se había referido a ella, claramente como “la hembra malvada que abandona a la cría”, la gente no lo iba a entender y se le iba a echar encima. “No voy a morder el anzuelo Roc” pensó para sí

- Completamente de acuerdo señor... Lo siento, no recuerdo muy bien su nombre, disculpe, ¿Borc? -Hacía un gesto con la mano como si lo tuviera en la punta de la lengua y no la saliera, mientras él la observaba con los ojos entrecerrados, como un león a punto de atacar a su enemigo, le estaba tocando la moral. Mucho.

- ¡Roc! – le gritó Sammuel, con tal cabreo, que tenía los ojos inyectados en sangre, Elizabeth aguantó la risa como pudo, y los asistentes dieron un salto de la silla del susto

- Tranquilícese señor Roc, está usted un tanto acalorado. Volviendo al tema que nos ocupa y para intentar disipar sus dudas, permítame decirle que, aparte de que haya hembras malvadas, como usted las denomina, que no dudo que las haya... y muchas. Yo, más bien, me inclinaría a pensar que éstas podrían ser demasiado jóvenes y no sabían dónde se metían. También podría darse el caso de que un macho las encandilara con palabrería barata en lenguaje animal, claro, y no resultara ser todo tan bonito como le prometió. También pudo suceder que las dieron caza y no pudieron regresar a la cueva... Podría deberse a tantos motivos el abandono... Pero no necesariamente es culpa siempre de la hembra.

- Muy bien, de acuerdo señorita Hudson, gracias por contestar a mi pregunta de manera tan sutil, me quedo más tranquilo pensando que no todas las hembras son malas por naturaleza, es que alguien las ha podido dar caza de camino a su cueva.

Sammuel se sentó y se bebió el champagne de su copa de un trago.

Los asistentes no comprendieron muy bien lo que acababa de suceder allí. Y Elizabeth no se quedó satisfecha con la conclusión que él sacó de la conversación, ya que dejaba entrever que ella de camino a casa al volver de Malibú se había encontrado con alguien y de ahí su ruptura.

- No señor Borc, no me ha entendido bien. -Él no pudo contener más la risa de que estuviera “olvidando” todo el rato su apellido y se le escapó una media sonrisa, diciendo que no con la cabeza y poniendo los ojos en blanco, mientras la miraba incrédulo -No es que las hayan dado caza, necesariamente, es que algunas son más felices solas. Disfrutando de su vida de solteras.

Él hizo un brindis desde su sitio y se bebió la copa de su acompañante también.

- Pues que no hubieran tenido crías y se hubieran

comprometido, las cosas se piensan antes de hacerse –Refunfuñó Sammuel a los asistentes.

La gente aplaudió y Elizabeth no creyó oportuno contestarle nada más.

La fiesta continuó.

Los invitados alucinaban con el discurso tan extraño que había acontecido momentos antes. Más bien con el posterior debate entre Hudson y Roc. No había otro tema de conversación. ¿Hembras solteras que abandonan a las crías, para disfrutar de la vida? ¿Machos que prometen cosas con palabrería animal?... Algunas personas claramente pillaron las “indirectas” de la pareja sobre el compromiso roto, pero las menos, ya que la gente que asistía a estos eventos, no leía la prensa sensacionalista del corazón, y creyeron más bien que fue una conversación con metáforas inteligentes que se les escapaban de las manos.

Elizabeth hizo la donación, que era para lo que realmente había ido, y salió por la puerta, después de que casi todos los invitados la felicitaran por su discurso y quisieran saber más sobre su empresa. No paró ni un momento de hablar. Al final no fue tan horroroso. Incluso consiguió olvidar que Sammuel estaba por allí. En algún rincón al acecho. Observándola.

Ella estaba en la acera, frente a la puerta, esperando a John, cuando la sujetaron por el codo y la dieron la vuelta violentamente. Chocó de frente con el pecho duro de Sammuel, que la gritó hecho una furia.

- ¿Qué crees que estás haciendo Elizabeth?
- Me voy a mi casa, si me disculpa, señor Borc.
- No me toques los cojones ¡Me debes una explicación!
- ¡No te debo nada! Pídeselo a la tiparraca esa que viene contigo
- ¿Tiparraca? ¡Te mueres de celos!

¡ZAS! Le arreó un guantazo en toda la cara, pero Sammuel ni ladeo la cabeza siquiera, solo cerró los ojos mientras contaba hasta tres. Inspiró hondo y la dijo zarandeándola un poco:

- ¡No te voy a soltar hasta que no me digas por qué cojones has

roto conmigo, sin previo aviso y sin explicaciones de ningún tipo!

- ¿No crees que llegas demasiado tarde? –Le dijo ella intentando soltarse

Elizabeth se fijó en una cicatriz nueva que hace 1 mes Sammuel no tenía, le abarcaba casi todo el antebrazo.

- ¿Y eso?

- No te incumbe. ¡Contéstame! –Le exigía él

- Decidí que ya estaba cansada de discutir por todo. Creo que no nos venimos bien el uno al otro ¿No lo ves? ¡Míranos!

Ella alzó la mirada para verificar que él sentía lo mismo, después de todo, estaba con otra mujer. Pero no fue eso lo que vio en sus ojos violetas. La descolocó completamente. Él la miraba enamorado:

- ¿Así sin más?, estuvimos de miedo el fin de semana, ¿Y de repente llegas y decides por ti misma que no nos venimos bien el uno al otro?, perdóname pero algo no me cuadra Elizabeth, ya me da igual, se acabó, tan sólo quería saberlo, por simple curiosidad.

La soltó abatido.

- Estás con otra mujer, ¿qué te importa por qué haya roto contigo?

- ¡No estoy con ella! Solo me acompaña a las galas, después de ti no soy capaz siquiera de mirar a otra, me has convertido en un puto desgraciado. ¡No se me ha levantado en un mes y ahora mismo la tengo tiesa como un poste! ¡Maldita seas mil veces! – Le dijo recolocándose sus partes, mirándola con odio.

Sammuel se dio la vuelta y se alejó cabreadísimo.

Ella no pudo más y se empezó a reír de esta situación tan ridícula, de repente lo vio desde fuera como en una película. Era totalmente surrealista, y explotó de la risa, nadie sabe el motivo.

Él, al escucharla reír, se dio la vuelta, la miró con los ojos entrecerrados por encima del hombro sin dar crédito a que encima ella se riera, ¿se estaba riendo de él acaso?

- ¿Se puede saber de qué coño te ríes? –La gruñó

- El mensaje que me dejaste en el móvil, me llamaste furcia – Dijo ella sin más.

Sammuel apretó la mandíbula, desanduvo lo andado a pasos agigantados, hasta que llegó a su altura, sin apartar sus salvajes ojos violetas de los incrédulos de ella. La cogió la cara entre sus dos manos y siguió avanzando, mientras ella iba andando de espaldas, hasta que la tuvo contra la pared:

- Dime que no es cierto lo que me acabas de decir –Le susurró enfadadísimo.

- Sí que es cierto. Escuché el mensaje de vuelta a casa. Me dolió mucho saber lo que realmente pensabas de mí, la de cosas horribles que me dijiste, creo recordar que furcia, puta, interesada y egocéntrica estaban en la larga lista de piropos que me dedicaste. Eso me hizo pensar que a lo mejor no estábamos hechos el uno para el otro.

- ¿De verdad me estás diciendo que he estado a punto de morir por un puto mensaje que te dejé en el móvil, cuando estaba completamente borracho y antes de aclarar las cosas y hacer las paces, cuando todavía estaba cabreado? –Sammuel no salía de su asombro, esta mujer estaba mal de la cabeza, y lo que era peor, se lo estaba contagiando a él.

- ¿¿Cuándo has estado a punto de morir??

- Ya te lo contaré mañana, Elizabeth, ¿te enfadaste por eso? ¿Por esa estupidez rompiste el compromiso? ¡!!!Tú estás loca, no!!!! –Se revolvía el pelo y merodeaba alrededor de ella, mirándola sin poder dar crédito a lo que le acababa de decir.

- Sí, por lo visto bastante –Ella apretó los dientes aguardando el inminente chaparrón, dicho así sonaba ridículo, pero a ella en su momento le pareció grave.

- ¿No podías simplemente haberme preguntado o dicho algo? Joder que después de eso estuvimos bien, ¿no sabes lo que significa el paso del tiempo?, cuando pasan cosas y se arreglan las anteriores ¡joder! – Pegó un puñetazo en la pared al lado de ella.

- Pensé que los borrachos siempre dicen la verdad, así que si pensabas que era una furcia, a lo mejor no era cierto toda la

palabrería que me decías y se lo decías a todas.

- Claro tú siempre quedándote con lo mejor del cuento, ¿Cómo no?

- Pensé que me estabas engañando, que en realidad era un reto de macho el conseguirme, y que al final cuando consiguieras que me enamorase de ti, me tirarías como una colilla... Como dijiste que te ibas a vengar de mi o algo así, me imaginé que ese era el plan, ¡te había descubierto!

- ¿Te estás enamorando de mí? –Volvió a inmovilizarla contra la pared con los brazos a ambos lados de su cabeza.

- ¡No!, no te quedes con una parte, he dicho muchas más cosas que...

- Me quedo con lo que me interesa, lo demás son tonterías que no hubiera pensado ni una niña de 15 años, joder.

- Lo sé.

La rodeó entre sus brazos y la besó, con tantas ganas que casi le dolía. Sammuel apretó los ojos con fuerza. Había pasado mucho tiempo sin sus labios y era peor que haberlo pasado sin agua o sin comida. Los ansiaba. No se saciaba de ellos.

- Oh Sammuel -Suspiró ella

La cogió en volandas y la metió en el coche, donde John ya llevaba media hora esperando y se sentaron los dos atrás.

Sammuel pulsó el mando para que se subiera la pantalla negra opaca que separaba la cabina del conductor de la de atrás, insonorización incluida.

Se sentó con ella encima, que no tardó nada en subirse el vestido hasta la cintura y él en desabrocharse la bragueta. No se sabe quién tenía más necesidad del otro.

Sammuel la penetró sin preliminares, sin miramientos, ella ya estaba más que lista para él, desde que le vio entrar en la sala. La agarró de las caderas y apoyó su cabeza en el asiento del coche apretando los dientes, con los ojos cerrados. Ese era su lugar favorito del mundo, dentro de Elizabeth, no tenía comparación con nada más y lo había echado tanto de menos que en este preciso momento sentía morir de éxtasis.

Elizabeth se movía despacio, disfrutando cada centímetro de él, sintiéndole, frotando su ansioso clítoris contra su pene, que por fin recibía respuesta a sus plegarias.

No tardaron mucho en terminar, pues se morían de ganas de sentirse y no pudieron retener más lo inevitable, en 10 minutos los dos habían terminado en un orgasmo letal. Porque se contuvieron, porque perfectamente podían haberlo tenido nada más verse en la charla de la gala.

Lo que sentían uno por el otro era mágico.

Ella se quedó sentada encima de él, con su miembro erecto de nuevo al poco rato de haber terminado.

- ¿Crees que esto lo puedes sentir con muchos más hombres Elizabeth?

- No

- ¿Crees que sería tan tonto de dejarte marchar? ¿No ves que yo siento lo mismo que tú?

- Puede ser, cuando estamos juntos lo siento, pero luego...

- Esto que tenemos entre los dos no lo tiene nadie Elizabeth, esta química, esta tensión...Es una conexión sobrenatural que solo tengo contigo, y tú conmigo ¿Por qué huir de ello?

- Bueno, me dejé llevar por el cabreo del momento, supongo, aunque tienes razón, te he echado un poquito de menos.

Ella comenzó a moverse de nuevo

- ¡Oh Dios y yo a ti nena!

CAPITULO 35

Eran aproximadamente las 5 de la madrugada, no habían parado de amarse en todo ese tiempo. Ahora mismo estaban echados en la cama de 3 metros de Elizabeth, y Sammuel estaba echado de lado apoyado en el brazo, observando cómo se recuperaba de su último orgasmo, cómo volvían sus ojos a ese verde intenso después de ponerse casi negros de lujuria.

- Es increíble lo que me haces sentir nena, nunca pensé que esto fuera posible
- Sí, increíble... pero cierto
- No sé si cierto. Cuando te tengo entre mis brazos tengo la sensación de que sea la última vez. Eres como humo que se escapa entre mis dedos.
- ¿Por qué sientes eso? Eres con el único que he dormido, el único que ha salido conmigo en las revistas, el único que conoce a mi madre y ¡el único con el que me he comprometido! ¿Todo esto te parece poco? Para mi es mucho. ¡Demasiado!
- Siento que cada vez que me separo de ti es la última. Siempre buscas una excusa para dejarme, y me da miedo que me canse de ir tras de ti. Me conozco muy bien. Yo también tengo mi orgullo nena, y ni te haces una idea de lo grande que es. Como rompa una vez, es para siempre. Pero contigo no me conozco, me haces perecer un pelele, y lo peor, es que me da igual, con tal de hacerte volver a mí.
- No eres un pelele Sammuél, en realidad te agradezco que seas tú el que de su brazo a torcer siempre, yo no soy capaz. Ni aunque lo intentara, en serio. Me auto convengo de que estoy mejor sin ti. Tampoco te lo puedo explicar demasiado bien, porque creo que es algo que hace mi cerebro independientemente de mí. Será una tara mental de nacimiento - Se rieron los dos. - Pero la realidad es que cuando estoy contigo siento que estoy a salvo, me siento completa, algo así ¿no? Y solo tengo ganas de reír.
- Me conformo con eso, de momento Elizabeth. Sé que tengo que tener paciencia contigo en ese aspecto, porque todo esto es nuevo para ti, pero no olvides que también lo es para mí. Tendríamos que aprender a manejar las situaciones difíciles entre los dos. Y no intentar destruirnos. Este mes ha sido el peor de toda mi vida.
- Yo también he estado mal Sammuél. Intenté sobrellevarlo y sumergirme en el trabajo, pero no lo conseguía. En el fondo me hubiera gustado que me llamaras o te presentaras en casa. Pero no apareciste.

- ¿Y por qué no dijiste nada tú? ¿Por qué no llamaste? Ni una señal, te puede el orgullo, pero el orgullo no te va a llevar a ninguna parte Elizabeth. Te dedicaste a anular el compromiso y punto, encima públicamente. ¿Tienes idea de la guasa que he tenido que soportar? Todo eso es mala publicidad para mi negocio también, ni lo pensaste, no creo que haya sido para tanto, actuaste de manera precipitada y equivocada, cuanto menos. Y lo sabes.

- Es que no soportaba oírte llamarme furcia, y que estaba contigo por interés y que te ibas a vengar de mí...de verdad Sammuel, si me hubieras dado una paliza no me hubiera sentido tan herida.

- ¡¡¡Que estaba borracho!!! Joder Elizabeth, sabes que no bebo, ¡me sentó fatal!, ni me acuerdo de ese maldito mensaje, llevaba desesperado buscándote toda la noche y ¡me acababa de enterar que estabas en Malibú!, ¿qué pretendías que te dijera? –Sammuel intentaba no volver a perder los nervios.

- Es verdad que actué en caliente, sin pensar, pero está hecho. Creí que me querías encandilar para dejarme tirada como venganza y se te escapó con la borrachera. De repente todo tuvo sentido.

- Nena ya no se qué hacer para que me creas, no veo más salidas.

- Ahora que hemos firmado una tregua, podemos ver cómo solucionar nuestras diferencias, entre los dos.

- Elizabeth no creo que esto vaya a funcionar –Se lo dijo con cara de pesar.

Ella se separó de él corriendo, tapándose su desnudez.

- Y si es así como piensas ¡¿por qué me has vuelto a buscar?! lo hubieras dejado estar y ya está, después de un mes ya hemos pasado lo peor. Podría haber seguido con mi vida. ¿Querías el polvo del adiós maldito hijo de...?- Gritaba mientras se ponía en pie.

Se había puesto de nuevo el escudo.

- Shhhhhh –La interrumpió Sammuel, haciéndola el gesto para

que se volviera a sentar junto a él en la cama.

Se incorporó y la sentó enfrente de él, pero se giró, dándole la espalda. Sammuel la agarró, arrastrándola y la colocó entre sus piernas de nuevo. Aunque forcejeó un poco para impedirlo, al final se dejó vencer. Él puso su cara en el cuello de ella, mientras la balanceaba.

- ¿Ves lo que te digo? Ya estás otra vez en ese plan. Siempre te imaginas lo peor de mí. En vez de hablar, e intentar negociar una tregua, tú vas directamente y lanzas la bomba atómica –Le decía pausadamente y con voz ronca.

- Si me acabas de decir que no va a funcionar, después de decirme que soy especial para ti y lo que te hago sentir, ¿Qué hago? ¡Te digo “muy bien cariño, estupendo”! ¿y me quedo tan tranquila? Lo que pasa es que eres bipolar, tan pronto me dices que me quieres, como tan pronto me alejas de ti.

- Nunca te he alejado de mi Elizabeth, intento precisamente todo lo contrario. Pero te vas tú solita, en cuanto ves la puerta entreabierta, sales con todas tus fuerzas, corriendo despavorida. Lo que te intentaba decir, es que esto así no va a funcionar, porque yo necesito que me demuestres más cosas, necesito otro nivel de implicación, y no estar siempre temiendo perderte a la mínima, porque así es imposible avanzar. Damos un paso hacia adelante y cuatro hacia atrás. Yo, a mis 32 años, no quiero el tipo de relación que tenía a los 15.

En el fondo se sintió aliviada. Ya se veía otra vez sin él, creyendo que lo que acababa de suceder había sido un desahogo de una noche. Así que antes de soltar otra coz, le preguntó:

- ¿Y qué nivel de implicación quieres? ¿A qué te refieres?

- A que vivamos juntos.

- Pero si ya lo hemos hablado. Es muy pronto, no nos conocemos lo suficiente, estamos siempre discutiendo, ¡si ni siquiera sé cómo te gustan los huevos!

Sammuel soltó una carcajada, esta vez no había reaccionado tan mal como la primera, al menos se había mantenido sentada, ¿lo conseguiría al final?

- Me gustan a la plancha, la clara crujiente, pero con la yema cruda. Ahora que ya sabes el secreto mejor guardado de Sammuel Roc, ¿te vienes a vivir conmigo? -La miraba con aquellos increíbles ojos, suplicantes y con esa sonrisa contenida...

- Joder Sammuel, es que yo tendré la tara mental, pero tú tienes el don de la oportunidad ¿eh? Estamos tan bien ahora, acabamos de hacer las paces y tienes que tensar la cuerda un poquito más. No me dejas que me relaje. ¿No lo ves?

- No pienses en los inconvenientes Elizabeth, que no creo que los haya. Piensa en las cosas buenas

- Que son...

- Que son: llegar a casa después de un día de duro trabajo y tener a mi preciosa novia, esperándome, recibirme con esa sonrisa que me vuelve loco. Y tú tener a tu salvaje amante dispuesto a complacer todos tus deseos -Le susurraba al oído, mientras le daba un suave masaje en los hombros -Acostarnos juntos cada noche, sin torturarte pensando con quién estará o qué hará. Poder abrazarte y besarte en cada momento, cuando me plazca. Amanecer juntos cada mañana. Ducharnos juntos. Hacer el amor cuando queramos, sin tener que pedir cita previa. Ver cómo te vistes para ir al trabajo...y, mejor todavía, quitártelo todo por la noche... Uf, sólo de pensarlo me estoy poniendo malo, nena -Elizabeth notaba de nuevo su poderosa erección.

- Pues no suena tan mal, pero yo necesito una válvula de escape. ¿Y si reñimos? Te tengo que ver todo el rato, no podría escapar.

- ¡Qué manía con escapar! -Puso los ojos en blanco

- Habla Roc -Le ordenó ella cruzada de brazos

- Si nos enfadamos, siempre tendríamos nuestra otra casa, en el Hotel, podría ser también de los dos, te daré la llave ¿Cómo lo ves?

- Pero vivimos en mi casa, eso no es negociable.

- ¿Estás aceptando?

- Pero pondremos las condiciones... (La interrumpió con un

beso)

- ¡Las que tú quieras nena, ven aquí y déjate de peros!

La cogió entre sus brazos, tumbándola encima del colchón, se puso encima de ella, mirándola con dulzura y veneración.

- Funcionará nena

Hicieron el amor lenta y tiernamente.

- Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo Elizabeth.

CAPITULO 36

- Sammuel

Los rayos del sol del mediodía entraban incluso a través de las persianas bajadas. Serían las 6 de la tarde por lo menos. Teniendo en cuenta que se habían dormido casi a las 8 de la mañana, no estaba mal.

Sammuel tenía cara de bebé dormidito, a Elizabeth le entraban ganas de besarlo y achucharlo. La tenía sujeta por la cintura con su brazo musculoso, si quería escapar, sería imposible.

- Sammuel, despierta
- ¿Qué pasa nena?
- Es muy tarde, hemos dormido mucho
- Es la primera vez que duermo tantas horas seguidas desde hace un mes, déjame que lo disfrute.
- Sammuel me tienes que contar lo del brazo. Vamos, lo prometiste. Me dijiste que mañana, que ya es hoy –Le decía ella, mientras se intentaba quitar ese brazo gigante de encima
- ¿Has estado toda la noche pensando en eso? –La miró con los ojos medio cerrados y con cara de alucinado.

Ella puso los ojos en blanco.

- ¡Sí!, en eso y en que vamos a vivir juntos...-Puso cara de gato mojado

A Sammuel le invadió una enorme sonrisa, estaba seguro de que Elizabeth se las arreglaría para inventarse algo que los hiciera posponerlo, en plan una obra inminente en el ático, o alguna catástrofe sobrenatural por la que él no pudiera vivir allí,

lamentablemente. Pero le sorprendió que lo asimilara tan rápido y lo diera por hecho. Le hizo enormemente feliz. Se sentía extraño, después de haber estado tanto tiempo sin sonreír, sentirse de repente tan dichoso y tener ganas de reír sin parar.

- ¡Mañana mismo traeré mis cosas!, y tendríamos que hablar sobre la seguridad del edificio, hay que acoplar todos los equipos.

- ¿Qué equipos?

- Los equipos de seguridad de los dos, hay que hablar si se trasladan aquí Bruce y mis chicos o tienes bastante en el apartamento de al lado con John y su gente...Lo tendré que hablar con todos ellos, habrá que contratar personal... Hay que poner GPS en tus coches...Cámaras en el portal...Además, hay que hablar con el servicio...

Mientras Sammuel estaba absorto con sus quehaceres de sus soldaditos de plomo, Elizabeth puso los brazos en jarra, con el ceño fruncido y le miró enfadada:

- Sammuel, no me hagas arrepentirme antes incluso de que te hayas venido aquí, me estás agobiando de nuevo ¡Para!

- Shhh, vale nena, ya lo iremos viendo, ¿de acuerdo? Don't worry baby -le tarareó la canción con su voz ronca de recién despertado, con su sonrisa con hoyuelos y la abrazó. Elizabeth le pegó un almohadazo en la cara y ya os podéis imaginar cómo acabó la guerra de almohadas...

Se levantaron y Elizabeth le prestó a Sammuel, para estar por casa, una camiseta suya de las gigantes de Metallica negra, que a él no le quedaba tan gigante, claro, incluso yo diría que le hacía falta una talla más.

Ella se puso un conjunto bastante sexy de encaje negro, muy pero que muy cortito, que dejaba ver los cachetes del culo. Sammuel la miró de reojo, pensando que menos mal que estaban solos en casa y nadie más podía disfrutar de esas espectaculares piernas y ese culo que se intuía a través del mini short.

- No me voy a acostumbrar nunca a tener una erección permanente, ¡no vamos a poder tener visitas!

- ¿Por qué?
- Porque me pones malo pelirroja

Fueron a la cocina a desayunar. Elizabeth lo miró por encima de su taza de café, allí en su cocina, abriendo todas las puertas para buscar el azúcar, despeinado, con la camiseta tapándole escasamente el culo, sus musculosas piernas, descalzo...Se cruzaron sus miradas, ella dio un respingo al ser consciente de que la había pillado in fraganti observándole y él se detuvo:

- ¿Qué miras? –Dijo Sammuel intrigado
- Me gusta la idea de verte por mi casa, haces juego con la decoración

Él se empezó a reír.

- Te voy a dar yo a ti decoración, me estás provocando desde que te has levantado y ya no aguanto más

Sammuel avanzó hacia ella, la cogió por el culo subiéndola a la encimera y la apretó contra su pecho, ella soltó un gritito de sorpresa por esa pasión repentina. La besó en el cuello. La acarició en sus partes íntimas, que se mojaron al instante y ella entrelazó las piernas alrededor de su cintura. Siguió con el masaje, sensual, mirando cómo ella iba acelerando su respiración, según iba aumentando su excitación. La echó hacia atrás en la encimera y siguió con el masaje, pero esta vez con la lengua, Elizabeth jadeó “Sammuel”, y él pensó que iba a morir de placer en ese preciso momento, con solo observarla. Intercambiaba dedo y lengua, besos y ella sentía que no aguantaba más.

Se incorporó. Con un leve movimiento de cadera se introdujo en su interior, mientras le acariciaba los pechos. Después le asió por las caderas, poniéndola boca abajo, la penetró de nuevo, sintiendo su trasero en su vientre y masajeando su clítoris con su dedo castigador. Elizabeth no aguantó más y estalló en mil pedazos. Seguida de Sammuel, que terminaba al instante.

- Me encanta el café con sexo, nunca lo había probado. -Dijo Elizabeth
- A mí me encantas tú nena

Se asearon los dos y volvieron al desayuno.

- Sammuel
- Dime
- El brazo, estoy esperando.

Sammuel se sentó en el sofá y se tocó la cicatriz. Ella se sentó enfrente, observándole. No sabía cómo contárselo para no preocuparla en exceso.

- Estaba en una reunión el día que anunciaste nuestra ruptura. Cuando mi jefe de prensa me comunicó lo que habías hecho, no sé cómo, pero partí de un puñetazo la mesa sobre la que estábamos celebrando dicha reunión, que era de cristal.

- Madre mía Sammuel, ¡mira que eres bestia!

- Sí, me volví loco. Si ves la mesa te diría que no se puede partir ni con un cañonazo. La verdad es que no recuerdo nada de eso. Ya me desperté en el hospital.

- ¿En el hospital? ¿Qué pasó? ¿Por qué no me he enterado de nada de esto?

- Elizabeth, perdí mucha sangre, me corté la arteria cubital a la larga y casi me desangro de camino al hospital. Me hicieron muchas transfusiones de sangre.

- Oh, Dios mío.

- Pero después de una semana en la UVI inconsciente, me desperté. Lo primero que hice fue preguntar por ti, me dijo mi padre.

Elizabeth tenía un nudo en la garganta que ya no pudo contener más y se derramaron las lágrimas por sus mejillas.

- Oh nena, no te quería asustar, ven aquí –La rodeo entre sus brazos.

- Sammuel estuviste a punto de morir y yo no supe nada, ¿por qué motivo no me informó nadie? Hubiera estado allí a tu lado.

- Todos creyeron que sería mejor que no vinieras, me iba a poner peor. Estaba muy débil para discutir, solo debía tener reposo. Aunque yo lo único que quería era verte.

Elizabeth seguía llorando. Haría 5 o 6 años bien agusto que no

lo hacía y ahora se habían abierto las compuertas. Le daba rabia pensar que podía haber sido la última vez que le viera y haberse enfadado por semejante estupidez. Sammuel la tenía entre sus brazos

- Oh Sammuel, es que me arrepiento tanto de lo que hice...me siento tan mal, lo siento, perdóname. Perdóname por no estar a tu lado cuando me necesitaste, y perdóname por ser una niñata irracional...Hacía años que no lloraba –Intentaba enjugarse las lágrimas, pero no podía, lloraba desconsolada contra su hombro.

- Cariño lo que más me gusta de ti precisamente es tu temperamento, no tengo que perdonarte por nada. El que se volvió loco y decidió partir la mesa con el brazo fui yo, tú no tuviste nada que ver.

- Bueno, algo sí, quería fastidiarte, pero no tanto.

- Así aprenderemos los dos, a ver si nos sirve de algo –La miró y besó en la cara para secarle las lágrimas con sus besos Ella le besó tiernamente y se acurrucó entre sus brazos, acariciando su roja cicatriz del brazo.

- ¿Te duele?

- Ya casi nada, un poco cuando cojo peso. Nada comparado con el dolor que sentí cuando me dijeron que me habías dejado.

- ¿Y después de esa semana del hospital, por qué seguiste sin decirme nada? ¿No se publicó nada, ni nadie lo supo?

- Nadie. No quise que nadie supiera nada. Di expresa orden al personal del hospital de que así se hiciera. Si se hubiera filtrado, se les hubiera caído el pelo. Creí que sería lo suficientemente fuerte como para pasar página y vivir sin ti, pero cuando te vi anoche en la gala...Supe que nunca más volvería a amar a nadie. Mi corazón solo late por ti nena.

La besó.

Estuvieron lo que quedaba de tarde en el sofá riéndose y recuperando el tiempo perdido ese mes.

CAPITULO 37

El lunes, cuando Elizabeth regresó a casa del trabajo, intentó abrir la puerta, pero se encontró con que ésta daba contra un montón de maletas amontonadas. Asomó la cabeza por el hueco que había conseguido abrir a patadas y empujones y al ver aquella estampa, abrió los ojos como platos al ver todo lleno de cajas y bolsas de viaje desperdigadas por el salón.

Al darse cuenta de que había una cabeza en la puerta, una señora entrada en años y en peso, todo hay que decirlo, corrió a retirar las maletas que atoraban la puerta y Elizabeth pudo entrar en su casa. Mirando por encima del hombro a dicha mujer le dijo un inaudible

- Gracias

Se llevó las manos a la cabeza al ver aquel desparrame de cosas en medio de su pulcra casa, se le había olvidado por completo que hoy sería la mudanza de su novio.

“¿¿¡Mi novio??!!, uff, que mal suena, ya nunca serás un espíritu libre chica” le decía su yo maligno mientras se limaba las uñas.

Intentó no poner el grito en el cielo ante todo ese desorden y ver el lado bueno, que era... “¿Cuál era el lado bueno? Recuérdame por favor” le dijo su yo malo señalándola con el dedo. “¡No empieces otra vez, desquiciada!” le dijo su yo bueno, harto de esa arpía insoportable. Estaba absorta en sus pensamientos consigo misma, cuando Samuel apareció por la puerta tras ella y como si adivinara lo que pensaba, le dijo apresuradamente, mientras saltaba tratando de sortear los bultos:

- Buenas tardes princesa

Su sonrisa inundó la habitación y la dio un beso corto en los labios. Ella no acertaba a decir nada, no estaba segura de lo que la iba a salir por la boca, así que decidió mantener su boquita cerrada, pero su mirada inquisidora no dejaba lugar a dudas, y Sammuel la conocía bastante.

- Tranquila nena, está aquí la señora Wilson, ella se encargará de todo –Le decía intentando calmarla con una caricia en la espalda.

Miraba a su alrededor la que había allí liada y no le extrañaba que Elizabeth quisiera gritar, no era consciente de que tenía tantas cosas hasta ahora, y de que todas ellas estarían descolocadas, sin estar en sus cajones...De repente, él también empezaba a tener sudores fríos, pero no dejó que ella lo percibiera. Con un desquiciado en casa ya era suficiente. Pero Elizabeth al fin consiguió articular palabra, sonando su voz demasiado chillona

- ¿Exactamente qué es todo? ¿Y quién es la señora Wilson, no será ese ser albondiguil que me ha abierto la puerta? –De verdad que intentaba no explotar

- ¡¡¿Albondiguil?!!

Sammuel soltó una risotada ante la palabra con la que Elizabeth había descrito a la pobre señora Wilson, con el cariño que la tenía, ni se había fijado siquiera en su físico, pero era cierto que al ser muy bajita y redondita, se asemejaba algo a una albóndiga...sí.

- La señora Wilson es mi ama de llaves, prácticamente me conoce desde que era niño. Será quien te haya abierto seguramente porque está aquí colocando las cosas. Y lo de “todo”, consiste en colocar todas las cosas que Bruce ha dejado aquí tiradas por el medio, además de hacer las compras de los enseres necesarios de higiene, comida, bebida...que a mí me gusta tener en casa. Tú no te tienes que preocupar de nada ¿de acuerdo? Pensábamos que ibas a llegar más tarde, no tenías que verlo todo así. Lo siento.

- Me va a dar un infarto Sammuel, ¿te has dejado algo en tu casa?, ¡De milagro no te has traído el sofá! ¿Esto es lo que tú

llamas “ir despacio”?

Estaba al borde del colapso mental, así que Sammuel corrió a liberarla de su sufrimiento.

- ¿Qué te parece si te invito a cenar y cuando volvamos está todo hecho? ¡Venga, ve a vestirme!

Le dio un cachete en el culo.

- Voy así, no puedo ni pasar a la habitación. -Dijo señalando el reguero de cosas que ocupaban todo el suelo y los morros sacados.

- Así estas perfecta, ¡vamos!

La agarró la mano y la condujo al ascensor.

Mientras se cerraban las puertas, Elizabeth marcaba el código para que el ascensor bajara directamente al garaje, si tenían que parar en cada planta, no llegarían nunca. En cuanto las puertas se cerraron por completo, Sammuel la levantó el vestido a la altura de la cintura, mirándola a los ojos, mientras ella se relamía, mirándole también con el mismo deseo, no se había percatado del momento en que se había bajado el pantalón, pero lo había hecho, y la introdujo su miembro más que erecto hasta el fondo, soltando un bramido:

- Ohhh nena, te he echado todo el día de menos

- Yo – tam - bién –Suspiró ella entre embestida y embestida

Ella estaba sujeta con las manos por detrás de su espalda y debajo del culo, a la barra metálica que había justo debajo del espejo y él estaba agarrado a la misma barra, a ambos lados de sus caderas, frente a ella, lo que le servía para coger más fuerza en la acometida.

Zumba, zumba. Placa, placa. Tris, tras...

Sammuel se corrió sin poder contenerse. Elizabeth se quedó sudorosa contra la pared del ascensor, respirando como podía, pero no consiguió terminar.

- Lo siento nena, no he podido aguantar más.

La excitación de que los pudieran pillar, junto con la que ya de por sí sentía por ella, hicieron imposible detener ese orgasmo.

- Sammuel no me puedes dejar así, no soy capaz de pensar con claridad.

Ella seguía abierta de piernas y chorreando, mirándole a partes iguales con exigencia, y con deseo.

- Ven aquí

Ya estaban en el sótano y el ascensor se abrió. Sammuel la llevaba cogida en brazos, besándola salvajemente, mientras la ponía detrás de una de las columnas del garaje. Se asomó para comprobar que no había nadie:

- Justo en este punto, el sensor de movimiento no nos captará y no se encenderán las luces. Si se encienden, la cámara de seguridad grabará lo que estemos haciendo. ¿De acuerdo? Procura no salir de aquí.

Elizabeth se levantó rápido el vestido de nuevo, le agarró su miembro ya erecto y se lo introdujo, sin pensárselo dos veces.

- ¡Diooos!

Estaba colgada de su cintura con las piernas y de su cuello con los brazos, mientras él la envestía contra la columna. Sólo se escuchaban jadeos sofocados.

De repente, se encendió la luz, se quedaron quietos, mirándose, se escuchaba un ruido, pero no se veía nada. Nadie apareció. Elizabeth le miró maliciosa, sobreexcitada por la perversión de que alguien los pudiera pillar allí, o verles en las grabaciones de las cámaras de seguridad y comenzó a subir y bajar, echando la cabeza hacia atrás, disfrutándolo. Sammuel no daba crédito a lo que hacía su novia exhibicionista, pero estaba igual, o más cachondo que ella, ante la idea.

Se volvieron a apagar las luces y Elizabeth se bajó del mástil, agachándose de espaldas a él y colocándole el culo contra la polla, Sammuel la acarició la espalda, se disponía a metérsela por atrás, cuando se volvieron a encender las luces. Esta vez se oían pasos de alguien que iría a buscar su coche.

Se quedaron los dos quietos, los pasos cada vez se escuchaban más cerca, y con ese subidón de adrenalina, Elizabeth cogió el gran pene entre sus manos y se lo introdujo por detrás, haciendo

que Sammuel soltara un bufido.

Se movió rápido contra su estómago, él se corrió al instante, le temblaban las piernas de placer y tuvo que agarrarse a la columna. Ella se corrió al notar el líquido derramarse en su interior, ahogando un gemido de puro éxtasis.

Justo en ese momento, un hombre dobló la esquina, Sammuel la agarró por la cintura y giró la columna rápidamente, en dirección contraria de donde venía el intruso, arriesgándose a que no viniera solo y la segunda persona los pillara, pero tuvieron suerte y no fue así.

Cuando hubo desaparecido y las luces se apagaron de nuevo, Elizabeth rompió a reír.

- ¿Sabes que casi me da un infarto nena? Me has puesto tan cachondo que creí que me daba un infarto.

- Ha estado bien ¿eh?

- ¡Más que bien! No conocía esa faceta exhibicionista tuya, cada día me sorprendes más, niña mala –Le cogió los pechos desde atrás y se los magreó un poco, consiguiendo que Elizabeth se mojara de nuevo.

- ¿No te gustaban los juegos Roc? –Suspiró

- Me enloquecen nena, y si son contigo, me matan.

La puso boca abajo contra el capó del coche que tenían al lado y la introdujo dos dedos, los movió en círculos lentos, mientras con el pulgar acariciaba su clítoris al mismo ritmo.

- Eres una gatita insaciable, y eso me tiene enloquecido, nena.

Todas las luces estaban encendidas, ya que estaban en medio del garaje, nada les cubría. Poco a poco fue aumentando el ritmo, y ella dejó escapar un jadeo, que retumbó por todo el garaje debido al eco. Con la otra mano que tenía libre Sammuel la introdujo un dedo en el ano y lo movió al ritmo ya aumentado de la otra mano...Elizabeth no aguantó ni un segundo más y estalló alrededor de todos los dedos que tenía en su interior, gritando su nombre.

- ¡Ohhh Sammuel!

Mientras, en el cuarto de seguridad, también terminaban en

orgasmo los dos guardias que estaban en ese turno.

Elizabeth se levantó del coche y se besaron apasionadamente

- Ya estamos en paz –Le dijo Sammuel chupándose el dedo corazón, mirándola

- Sammuel o nos vamos de aquí, o como sigamos, al final nos pillan de verdad

- No me provoques nena

Se dirigieron a su zona reservada del garaje, donde tenían sus coches aparcados.

Sammuel pensaba conducir el suyo, pero ella levantó unas llaves que llevaba en las manos, con un llavero de una mini chupa de cuero colgado, las meneó delante de sus ojos.

- Déjame decidir algo Sammuel, últimamente me siento bastante... obediente, y esa sensación no me gusta nada, así que hoy conduzco yo ¿de acuerdo?

- No has sido muy obediente que digamos hace 1 minuto, señorita pervertida. Pero...

- ¡Pero nada! Si no te gusta la idea, podemos quedar directamente en el restaurante. He dicho que conduzco yo.

Sammuel se acercó con la cabeza gacha y un tanto cabreado al Lamborghini, pero ella pasó de largo del coche y se dirigió al fondo del aparcamiento. Sammuel pensaba que solo tenía ese coche y el Cayenne. Levantó la vista con curiosidad. Unas luces parpadearon llamándola. Cuando la mirada de Sammuel llegó a su altura, no pudo cerrar la boca de asombro, ante tanta belleza.

- Te presento a mi niño mimado cariño. No te pongas celoso.

- Dios mío, ¡no me lo creo! –Decía Sammuel con ambas manos en la nuca.

- Si te portas bien, te dejaré conducirlo de vuelta

Un brillante Bugatti Veyron Super Sport negro, el Black Bess, estaba justo delante de él, y ella apoyada en el capó, observando cómo su hombre babeaba. Lo rodeó y lo acariciaba como si fuera una mujer. A Elizabeth le faltó suspirar.

Se montó y le dijo con el brazo por fuera, asomada a la

ventanilla

- ¡Vamos Roc, deja de alucinar y métete en el puto coche!

Sammuel se metió dentro, todavía en shock. Cuando Elizabeth dio el primer acelerón ya estaban en la autopista, por el centro no se podía ir muy deprisa, el motor emitió un sonoro rugido y salieron disparados, él volvió la cabeza hacia ella

- No sé si estoy más aturdido porque tengas un Veyron, o porque te haya permitido conducirlo.

- ¡Ja!, ¿Qué tú no me permites hacer qué?, ¡Roc hago lo que quiero cuando quiero, recuérdalo!

- Ni lo sueñes nena

- No pienso discutir sobre eso, no tienes elección.

- ¡Tenemos que llegar a un consenso Elizabeth, las cosas no se hacen porque te da la gana!

Elizabeth le dedicó una mirada de perdonavidas y decidió hacer caso omiso a aquella conversación:

- Además, no es cualquier Veyron cariño, ¡es el Black Bess!

Subió los altavoces del coche al máximo para no darle opción a réplica, con “Aces High” de Iron Maiden a todo meter, mientras se perdían por la autovía y ella cantaba:

“Run...,

live to fly,

fly to live,

do or die,

want to?”

Llegaron al Restaurante, Elizabeth aparcó el coche con un derrape en el reservado y le tiró las llaves al aparca coches.

- ¡Hazle un solo rasguño y eres hombre muerto!

Él y Sammuel se miraron, el chico diciendo “no sé si alucinar más por la mujer, o por el coche”. Sammuel le puso la mano encima del culo a Elizabeth para que el aparca coches se muriese de envidia y entraron dentro.

- ¿Quieres acabar con todos los hombres del mundo o qué?

- ¿Por qué?

Se hacía la tonta

- Ese pobre chico ya tenía bastante con verte bajar del coche, cuanto más para que lo provoques, estará semanas soñando contigo, mujer fatal.
- Eso son bobadas tuyas Sammuel, el que tú seas un obseso, no significa que todos lo sean.
- Ya –Dijo Sammuel riéndose

El maître los acompañó a su mesa. De camino, Sammuel iba en posición de macho alfa, para que todos los presentes, sobre todo el género masculino, percibieran que no había nada que hacer con su elegida. Cuando llegaron al reservado, junto a la ventana, la retiró la silla para que tomara asiento y él se sentó a su lado.

Pidió una botella de Vega Sicilia Único de 1998.

- No soy ningún obseso, no me creo que no seas consciente de lo que provocas en los hombres Elizabeth, cualquiera iría a la luna, si tú se lo pidieras con una de esas sonrisas.
- Oh, no seas tonto Sammuel, ¡claro que lo sé! Tendría que estar ciega para no verlo. Los hombres sois muy simples, sólo hay que calentaros un poquito para que el cerebro se os traslade de sitio. Y una vez ahí abajo, todo lo demás es coser y cantar. Todas las mujeres lo sabemos, no solo yo.
- Eso es injusto, aparte de que no creo que todas las mujeres provoquen infartos de miocardio a su paso, diosa pelirroja, tampoco todos los hombres somos así. De hecho, a mí nunca me había pasado, hasta que te conocí. Y es bastante molesto, de hecho. No eres dueño de tus actos. Esa constante necesidad que tengo de follarte me vuelve loco.
- ¡Oh, que fino!... Te diré un pequeño secreto Roc. Creo que puedes ser la excepción que confirma la regla.
- ¿Ah sí? Continua, eso me interesa -La penetró con sus ojos brillantes de intriga
- Sí, porque aunque tengas una erección, sigues con tu voluntad intacta, es más, consigues doblegar la mía.
- Creo que vives en un mundo paralelo al mío Elizabeth, pero si es así como piensas, brindo por ello, eso es que he

conseguido ocultar mi debilidad.

- ¿Sammuel Roc tiene debilidades?

- Solo una nena. –Dijo con una voz seductora y una mirada ardiente.

Elizabeth se sobresaltó, pero lo disimuló enseguida.

- ¡Vaya!, nunca me imaginé que podría ejercer ese poder sobre ti, muy interesante. Tendré que tramar mi plan maléfico para invadir tu reino –Lo dijo mirándole con lujuria y con una voz sensual que hizo que su erección volviera a asomar entre los pantalones.

- Elizabeth no hace falta que trames nada, mi reino está invadido, arrasado y quemado desde hace tiempo, sin tramarlo ya lo has conquistado, no me quiero imaginar qué me pasaría si lo hubieras tramado. ¡Por Dios, sería tu esclavo! Prefiero no imaginarlo –Se ponía los dedos en lo alto de la nariz, mirando hacia abajo y diciendo que no con la cabeza, como si se hubiera imaginado de repente con un collar de pinchos y unas esposas, arrodillado delante de ella...Pero de repente se dio cuenta que hasta eso le ponía cachondo...¡Todo en lo que ella aparecía le excitaba!

- Sammuel hay veces que me pregunto si todo esto que me dices tiene algún fin. En serio. Me gustas porque eres distinto a los demás, todos quieren ser precisamente mis esclavos, tú sin embargo, no, o al menos eso me haces sentir, eres especial, pero hay otras veces...

- Elizabeth no empieces por favor, se supone que estamos celebrando nuestra nueva convivencia. No vamos a discutir, me niego.

- No pretendo discutir, me explico. A ver, no me creo del todo que estés así conmigo, prácticamente desde el primer día, es demasiado fuerte. No te conozco mucho, pero intuyo que no eres de los que van regalando los oídos a nadie, ni expresas tus sentimientos. Pero conmigo estás a cada momento diciéndome lo que sientes. Es solo eso, hay veces que me parece que no es muy coherente tu forma de ser con lo que me intentas mostrar

- Elizabeth te juro por todos mis muertos que nunca, jamás, he

dicho nada ni siquiera parecido a nadie. Pero porque no lo he sentido. Eres muy inteligente y sin haberme visto en mi entorno, has deducido que, efectivamente, nunca expreso mis sentimientos. Más bien intento que nadie los despierte, ni positiva ni negativamente, es decir, todos me son indiferentes. No permito que nadie tenga acceso a mí. Tengo una coraza. De hecho mis empleados me llaman entre ellos “Robocop”

Ella se echó a reír y se puso a imitar los movimientos de un robot partiéndose de risa

- ¡No sabes hacer el robot, lo haces fatal! –Le dijo él, riéndose.
- ¿En serio? ¿Robocop?, ¡es muy bueno!, felicito al que se le ocurrió. No te preocupes, a mi me deben llamar cosas mucho más fuertes, uf, no quiero ni pensarlo –Hizo un brindis al aire y se terminó la copa de vino.
- Lo mínimo que te podrían llamar sería “arpía sin corazón”
- ¡Vaya!, te podrías ir un par de días a H.E. para mezclarte con la plebe y darles ideas, que seguro que no les faltan. Te puedes llevar también una cesta de huevos para cuando pase tirármela entre todos...
- ¡Me encantaría! No me tientes Hudson.
- Más quisieras.

Él la tiró la servilleta a la cara.

- Volviendo al tema, ¿por qué a mí me hablas siempre de lo que sientes?
- Si te digo la verdad, creo que me haces un puñetero cortocircuito en el cerebro cada vez que te veo. Cuando estoy sin ti, veo las cosas más claras, como soy yo, de manera fría. Pero en cuanto apareces, lo que acababa de pensar se me hace trizas. Me rompes los esquemas y sólo puedo pensar en cómo ponerte para hacerte el amor.
- ¡Oye! ¿No ves como eres un perverso sin remedio? No se habla así a una dama –Puso cara de ofendida
- Lo admito, no pienso en otra cosa. No sé por qué tengo esa necesidad de hablarte de lo que siento. Creo que como esto es nuevo para mí, necesito expresarlo con palabras, porque al

escucharme a mí mismo, a lo mejor entiendo qué me pasa. No me explico bien, ¿no?

- Eres como una especie de terapia para ti mismo, por decirlo así de alguna forma, ¿no?

- No. La terapia eres tú Elizabeth, me has hecho sentir cosas. Solo siento que quiero que tengas claro lo importante que eres para mí y la única manera que tengo de hacerlo es así. Abriendo mi corazón. Aunque cagado de miedo de que me lo destroces. Y aun así, no siento que me creas. Es muy frustrante.

- Te creo Sammuel, más que por lo que me dices, por lo que haces, por tu mirada, por tus besos. Pero todo lleva su tiempo, como buen empresario que eres, deberías saberlo.

- Lo sé nena. Y, aunque no lo creas, estoy teniendo mucha paciencia- La miró fijamente, echándose hacia atrás en la silla.

- ¡Anda ya! ¡La que tengo paciencia soy yo! Tú te acabas saliendo siempre con la tuya, mira, de momento ya te has venido a mi casa, sin ni siquiera darme cuenta cómo.

- Si hubiera sido por mí, te hubieras venido a mi casa tú, y además, al segundo día...Pero todo lo hacemos como tú dices y cuando tú dices -Lo dijo todo serio, en tono amenazador -Por eso te digo que tengo tanta paciencia, siempre acabo cediendo a los deseos de la señorita. Quiero tenerte toda para mí todo el día, a todas horas, y tú dices que eso no es posible, así que no me queda más remedio que conformarme con las migajas que me dejas -Elizabeth soltó una sonora carcajada

- ¡Qué fuerte lo tuyo señor Roc! Si tú supieras lo que son migajas... Estás muy mal acostumbrado, porque todas las mujeres te dan todo lo que les pides y lo que no, el primer día....

- Migajas Elizabeth -la miraba con tanto deseo, que se le iban a estallar los pantalones

- Te he dado el pastel entero Roc... ¡Y encima te quejas! Eres demasiado ambicioso.

- ¡Quiero más Elizabeth, lo quiero todo!

Elizabeth puso los ojos en blanco y cambió de tema, esto no llevaba a ningún sitio, ella pensaba que le daba mucho y él poco.

No había solución.

- ¿Qué hay de tu familia? Nunca me hablas de ellos, mencionaste que estuvieron en el hospital.

- ¿Cambiano de tercio?, así, sin más, ¿no te interesa lo que te digo y cambias de tema? –Dijo Sammuel enarcando una ceja, cada vez que hablaban de algo serio, ella intentaba escabullirse.

- ¡Oh! ¿Te has dado cuenta? Perdona que lo haga sin disimulo, pero llevamos un rato dando vueltas a lo mismo y no vamos a llegar a nada, así que me interesa que dediquemos el tiempo a saber cosas de nosotros, a lo mejor eres un asesino en serie y te has metido en mi casa...

- Tú me has abierto las puertas querida, que es muy distinto

- ¡¡¡ ¿Yo?!!! – Elizabeth frunció el ceño, porque de nuevo volvían al tema y no quería, así que se esforzó por no contestarle y ser más inteligente que él -Tu familia Roc, no te disperses, no voy a picar –Le señaló con el cuchillo a modo de amenaza y él gruñó.

- Mi familia son mi padre, mi hermano y mis abuelos maternos, aunque ya están muy mayores, ¿contenta?

- ¡Cuéntame más cosas de ellos!

- Tienes que conocerlos Elizabeth, no te puedo contar gran cosa, los debes juzgar tú misma, ¡les vas a encantar! –Al imaginarse a Elizabeth con su familia, especialmente con su abuela, le entró una emoción indescriptible.

- ¿Qué dices? Si me deben odiar, por mi culpa casi mueres, no creo que quieran que estemos ni siquiera en la misma habitación.

- Cariño ellos me conocen, saben de lo que soy capaz cuando me enfado. No creo que ninguno te haya echado la más mínima culpa de lo que pasó, lo digo de verdad.

- ¿Entonces por qué no querían que fuera a verte?

- ¡Por mí!, no por ti, ¿no lo entiendes?, hubiera intentado salirme con la mía de nuevo y si me hubieras dicho que no, la hubiera liado. Querían evitarme esa situación estando tan débil. Ya arreglaríamos nuestros problemas cuando estuviera recuperado.

- Lo comprendo. Me siento mejor, la verdad, gracias
- Es la verdad, no me tienes que agradecer nada
- ¿Tienes un hermano has dicho? ¡Cuenta! ¿Os parecéis?
- Sí, al menos eso dice la gente, que nos parecemos bastante. Él es tres años menor que yo, se llama Ian. Vive con mi padre en la casa, así le ayuda con sus cosas. Se supone que se va a quedar con su negocio cuando él lo deje, pero mi padre no ve el momento de hacerlo, se aburriría como una ostra en casa, así que lo está alargando un poco. Además, Ian es un poco..., digámoslo de forma suave..., irresponsable. Es el pequeño de la familia, y ha sido siempre una bala perdida, le hemos consentido demasiado entre todos.
- ¿Y qué hay de tu madre?

Sammuel bajó la cabeza y quiso disimular su dolor, pero se le tensó la mandíbula.

- Sammuel lo siento, a lo mejor estoy preguntando demasiado, no tienes que contestar si no quieres.
- No te preocupes Elizabeth, es normal que quieras conocer cosas sobre mí. Es solo que no me gusta hablar de ella.

Elizabeth le cogió las manos por encima de la mesa y le miró con ternura, dedujo, por su expresión, que algo malo la había pasado y hoy era día de celebraciones, no de penas.

- Venga, ya seguiremos otro día con el interrogatorio, vamos a comer este cordero, que se va a enfriar y sería una lástima. ¡Brindo por mi nuevo compañero de piso! –le sonrió Elizabeth pizpireta

- Por mi nueva compañera de cama, y dueña de mi alma- A Elizabeth se le erizó todo el vello de su cuerpo cuando escuchó estas palabras salir de su boca, bajo su mirada salvaje de devorador.

Brindaron y se pusieron a comer.

Entre plato y plato Sammuel le dijo:

- Por cierto, esa cama que parece un campo de fútbol ¿de dónde la has sacado?, luego me dicen a mí que tengo antojos de millonario malcriado.

- La encargué a medida, no quería sentirme como en una jaula al acostarme, así doy todas las vueltas que me da la gana sin llegar al borde.

- ¿Seguro que esa es la razón?

- Sí, para eso y para hacer un sinfín de guarrerías varias, sin tener que estar mirando si te vas a caer y poder concentrarme en otras labores –Le guiñó un ojo, envalentonada por el vino.

- ¡Oh, vaya!, podría haber pasado perfectamente sin esa explicación, ahora cada vez que vea la cama, te voy a imaginar con otros hombres, ¡joder Elizabeth, hay cosas que no se deben decir! –Tiró el tenedor y el cuchillo encima de la mesa cabreado y dejó de comer.

- ¡Anda ya!

- Te lo digo en serio mujer, ahora mismo me están consumiendo los celos, ¡mierda! –Sammuel se bebió la copa de vino entera de un trago

Tenía la mandíbula apretada y sus ojos la miraban desafiantes.

- Sammuel no era virgen cuando me conociste, te habrás dado cuenta de eso, ¿no?

- ¡Sí, pero no me gusta compartir la cama que otros hombres han usado contigo!, me niego rotundamente

- ¿Y qué quieres que cambie todo el mobiliario de la casa para que lo estrenes tú? ¿Y si tuviera que hacer eso cada vez que me tiro a un tío? No ganaría para muebles ¿Estás loco? Esto debe de ser una broma... -Se cruzó de brazos incrédula, no sabía si reír o tirarle el vino encima...

- No es ninguna maldita broma. Y cuidado con ese lenguaje. Puedes cambiar todos los muebles si te da la gana, yo no soy un tío al que te tiras, soy tu futuro marido Elizabeth, tenlo bien claro, ¡y desde luego, no va a haber más tíos! –Sentenció rotundo.

Se miraron los dos, estaban en el punto de no retorno para liarla, o seguir tomando la cena tranquilamente tan felices. Elizabeth al final dijo:

- Además ya la has usado, ¿qué más te da?

- ¡La tiraré por la ventana si hace falta Elizabeth, tengamos la fiesta en paz!

- ¡No la vas a tocar!, es mi cama y a ti no te incumbe si han pasado 100 o 200 hombres por ella.

Él no contestaba, solo la miraba con los ojos inyectados en sangre. Ella prosiguió, intentando calmar los ánimos un poco:

- Para tu tranquilidad, el único que ha dormido en ella has sido tú, a todos los demás los eché cuando terminó la función ¿ya estas más contento?

Sammuel abrió los ojos como platos y explotó

- ¿¿¿200!?? ¿Pero tú lo que quieres es que esté siempre cabreado! Te pone cachonda verme en este estado, ¿no?, si no, no me lo explico. ¡Ah, no!, espera, que debo estar tranquilo... ¡porque soy el único privilegiado que ha dormido en la puta cama de los cojones!... ¡yo! Gracias Elizabeth por dejarme dormir en la cama donde te has follado a toda la ciudad... ¡¡Tiene huevos!!

Elizabeth ya no aguantó más, se puso en pie, dando voces y señalándole con el dedo:

- Eres un auténtico gilipollas Roc, ¿te pregunto yo acaso cuántas mujeres te has tirado?, ¿desinfecté tu cama cuando estuve en ella? ¿O te pido que no me hables de tus incontables conquistas?, Para empezar, yo no he estado con nadie más desde el momento en que te vi, cosa que tú no puedes decir, así que ya estás en desventaja respecto a mí. Y para terminar, permíteme que te diga, que el que debería dar explicaciones ¡serías tú, y no yo!

- No sé de qué diablos me hablas Elizabeth

El Maître se acercó y le rogó a Elizabeth que se sentara, ella solo quería irse de allí, pero decidió, una vez más en esa maldita noche, sosegar y hacer las paces. Se sentó de nuevo, bajo el intenso escrutinio de los ojos de Sammuel.

Cuando todos los comensales habían retirado su atención de la mesa de la pareja, le preguntó:

- ¿No vas a ser sincero de una vez por todas conmigo

Sammuel? ¿Vas a mentirme a la cara? ¿No decías que querías que me fiara de ti? Podrías empezar por decirme la verdad. Ya lo sé todo, tranquilo.

Se miraron de nuevo, Sammuel dudaba si confesar, la miraba con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, observándola para encontrar alguna pista de lo que quería que le contara, pero al final decidió ser sincero, solo se podría tratar de una cosa, suspiró y lo soltó:

- Esas tres mujeres no fueron nada para mí Elizabeth, te dije que estaba cagado de miedo e intenté por todos los medios olvidarme de ti. Nos encerramos dos semanas en mi casa, en una bacanal de sexo los cuatro, pero solo fue eso, sexo, y ni siquiera del bueno. Lo empeoró todo. Cada vez que lo hacíamos, en lo único que pensaba mi mente era en dónde estarías y qué estarías haciendo. Los últimos días ni siquiera se me levantaba, mi cuerpo solo responde contigo nena...-Ahora él se sentía mucho mejor, ya no tenía nada que ocultarla.

Cuando terminó de hablar, la miró y Elizabeth tenía los ojos encharcados en lágrimas, solo pudo decirle medio sollozando:

- ¿Cuándo? –Necesitaba saberlo. Acababa de sentir resquebrajarse el corazón.

- Después de lo de la discoteca, yo no quería...Elizabeth ¿qué pasa cariño? –La intentó coger la mano por encima de la mesa, pero ella le dio un manotazo y la retiró corriendo

- ¡Yo me estaba refiriendo a la rubia de la gala!... ¿de qué coño me estás hablando tú, Sammuel? –Se levantó de la mesa

Le salieron las palabras del fondo de su alma

- ¡Joder, mierda!.. –Sammuel se llevó las manos a la cabeza

Elizabeth le miraba como si no le conociera

- ¡Nena!...-Sammuel se levantó e intentó agarrarla

- ¡No me toques, cabrón asqueroso! ¡Me das asco! -Le apartó la mano de un guantazo, le tiró la copa de vino entera en toda la cara y salió corriendo del Restaurante.

Sammuel tenía cara de pánico, se quedó blanco, pero aún así salió corriendo tras ella. Los camareros no le dejaron salir hasta

que no pagase la cuenta. No era cliente habitual. Cosa que le dio tiempo extra a Elizabeth para salir volando de allí.

Cuando él llegó a la calle, vio al aparcacoches con una sonrisilla y supo enseguida que ella ya se había ido.

Llamó a Bruce, que estaba por allí esperándolos, John se había quedado en casa vigilando las instalaciones de las cámaras nuevas.

Sammuel se montó de copiloto y mientras aceleraba, Bruce pronunció el número secreto de John y el coche hizo la llamada automáticamente:

- John, la señorita Hudson se ha largado, nadie sabe dónde, ¿tiene localizador a bordo?

- ¡Mierda, lo mandó desinstalar!

- Pero me imagino que ese Bugatti será fácil de localizar. Mira las cámaras de tráfico, yo voy a llamar a un par de colegas de Tráfico a ver si han visto algo. Mantennos informados.

- ¡Te lo advertí Bruce joder! Te dije que esa mujer sale corriendo a la velocidad de la luz en un nanosegundo y me dijiste que era como cuidar a una niña, que lo dejara en tus manos. ¡Como la pase algo, date por muerto!

Y colgó.

Se miraron los dos. Bruce al final reunió el valor suficiente para decirle a Sammuel

- Me podrías advertir cuando hay riesgo de fuga, al menos podríamos hacer bien nuestro trabajo. Si me dices que vais a celebrar algo y que no hay el menor riesgo, yo doy por cierta la información y no doblo el personal. Estaba solo y ella ha salido disparada a la velocidad de la luz.

- Bruce, a partir de hoy, el riesgo de fuga figurará como la opción número uno, en cada momento. Aunque estemos abriendo regalos de Navidad. Sea cual sea la situación, ¿de acuerdo?

- Entendido, me parece correcto. No supe si salir tras ella o esperarte. ¡Tardaste una eternidad!

- Los putos camareros... ¡Casi los mato! Has actuado bien

Bruce, yo no tenía cómo seguirla.

- Tomó la salida hacia la estatal 6. Irá dirección al norte, creo que gracias a que va en semejante coche la vamos a localizar relativamente pronto, nos dobla la velocidad.
- Ha bebido Bruce –Dijo Sammuel aterrado
- Mierda.

De nuevo corriendo tras ella.

¿Pero es que no iban a tener ni un día de tregua?

Sammuel iba todo el tiempo recordando la cara de Elizabeth, mirándole con ese desprecio y ese asco en sus ojos... ¿Cómo pudo ser tan tonto? ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podría haberse imaginado siquiera que supiera esa historia y estuviera tan tranquila hablándolo con él? Ella nunca le perdonaría haber estado con otra mujer, mientras estaba con ella. ¡Cuánto más con tres!

Pero no estaban juntos en esos entonces, hasta que no fueron a París no tenían nada. No tenía derecho a enfadarse, ¿o sí? Pensaba en la situación contraria, que hubiera sido ella la que estuviera con otros hombres y se volvía loco.

“Vamos a centrarnos” se dijo. Lo primero sería encontrarla, luego ya veríamos cómo lo arreglamos. “Esto va a ser difícil de cojones”.

CAPITULO 38

Sonó la alarma de la estación de radio, era John que se quería comunicar con ellos a través de un canal seguro.

- Aquí Bruce, adelante John ¿qué tenemos negro?
- Se ha avistado un Veyron en el kilómetro 180 de la A-6
- Vamos por la A-6, pero nos saca 80 kilómetros, tiene que ir a 200km/h, por lo menos, no hace ni una hora que salió del Restaurante.
- Suponemos que es ella, según las cámaras, no hemos podido confirmar la matrícula, va demasiado rápido, a unos 250 o 300 km/h hemos calculado.

Sammuel empezó a despeinarse compulsivamente al escuchar la velocidad a la que su novia borracha y cabreada conducía esa máquina infernal...

- Tiene que ser ella, solo hay 50 coches de esos en todo el mundo, no vamos a tener la maldita mala suerte de que justo aquí haya dos.
- El Black Bess... ¡Joder se va a matar! Y si no, ¡la mato yo!- Decía Sammuel enloquecido, mientras se revolvía todo el pelo - ¡Acelera más Bruce por todos los dioses!
- Sammuel si quemamos el motor sí que la perderemos.
- ¡Mierda!

Pegó un puñetazo en la guantera que casi la destroza, pero fue con el mismo brazo con el que partió la mesa y vio las estrellas, soltando un chillido y bastantes improperios un buen rato. El dolor le sirvió de alternativa, bastante efectiva, al cabreo. Pero no a la preocupación. Su novia, o no, iba a 250km/h con un coche que bien podría pasar por avión y con media botella de vino encima. ¿Quién da más?

Pues cuando Sammuel pensaba que las cosas no podrían ir peor, tuvieron un pinchazo y se salieron de la carretera. Menos mal

que Bruce sujetó el volante, tan fuerte, que casi pierde los brazos en el intento y con ello, logró mantener el coche en su sitio, si no, a esa velocidad hubieran acabado dando unas cuantas vueltas de campana en la cuneta.

Cuando el coche se hubo detenido del todo, en medio del campo, Bruce respiró hondo y apoyó la cabeza sobre el volante, soltando un suspiro:

- Casi no lo contamos. Por los pelos.

Sammuel maldijo en hebreo, en ruso, en chino... Salió fuera del coche, loco de furia. No dejaba de dar golpes al coche, con brazos, pies, cabeza...Quería destrozarlo por completo.

Bruce lo sujetó por detrás, haciendo acopio de toda su fuerza y aún así, le costó muchísimo. Sammuel medía casi 2 metros, igual que su guardaespaldas, pero no estaba tan fuerte como Bruce, y desde luego, no sabía técnicas de combate.

- Sammuel ¡basta! ¡Lo único que vas a hacer es dañarte! – Intentaba inmovilizarlo

- ¡¡¡¡Noooo!!!!

Acabaron los dos tirados en el suelo, forcejeando, hasta que Sammuel quedó quieto y sin fuerza y Bruce se apartó de él, poco a poco. Cuando se dio cuenta, Sammuel estaba boca abajo con los brazos rodeándose la cara.

- Sammuel deja ya de hacer el gilipollas tío –Era la primera vez que se refería a él así, pero le salió de dentro, lo quería como a un hijo y la compostura no tenía lugar en estos momentos.

- ¡La he cagado otra vez, joder! Ni siquiera hemos hecho las paces de la última y ¡ya se ha vuelto a largar! ¡la voy a perder!

Bruce le ayudó a incorporarse y se pusieron los dos con la espalda apoyada en el coche, sentados en el suelo. Sammuel se secó las lágrimas con el brazo, que desde lo de su madre, no se había permitido derramar nunca más. Y ahora lloraba de nuevo desconsolado, y por una mujer.

- Voy a avisar a John, que nos mande a alguien.

Bruce le quiso dejar su espacio. Para tranquilizarse y respirar.

Cuando volvió a sentarse junto a él, le dijo

- No sabes cómo hacerlo ¿verdad muchacho? Hagas lo que hagas, siempre está mal, siempre acabas metiendo la pata y cagándola. Conozco muy bien esa sensación. Es un infierno. Pero no hagas lo que yo, no te bloques y tires la toalla. Te arrepentirás toda la vida. Tú tienes agallas para luchar.

- Lo siento Bruce, no tenía ni idea.

- Somos hombres. Creemos que estando solos estamos de vicio, hasta que aparece alguien especial y te parte en dos. Ya no eres uno, ahora necesitas tu otra mitad. Viene y te desarma. La das todo y más. Te deja asolado y vacío cuando se va, como un desierto.

- Así es Bruce, la necesito más que respirar

- No pienses que la situación mejora con el tiempo una vez que se ha ido, empeora, y mucho. Pasan los años y vas sobreviviendo, pero no puedes ser feliz, te falta tu mitad para estar completo. Inténtalo Sammuel hijo, si no puede ser, no será, pero al menos que no sea porque no lo hayas intentado hasta el fin. Un hombre tiene que luchar por lo que ama, más que por lo que odia, ese es el gran error de la humanidad.

Sammuel miraba a Bruce asombrado de la profundidad y la razón de sus palabras, le hablaba con el corazón abierto. Le dijo:

- Pero es ella la que huye continuamente de mí, no puedo hacer nada. Cuando miro a otro sitio un instante, ya ha salido corriendo. No me demuestra nada, parece que más bien me odie. No aguanto esta continua tensión.

- Eso es solo al principio, hasta que confíe en ti. Tienes que ganártela. Es como un purasangre, se resiste a perder su libertad, pero una vez que elige a su amo, no se separa de él en la vida, le será fiel hasta la muerte. Y válgame Dios, que no hay otro caballo que se le asemeje, ¡ni de lejos!

- Tienes razón Bruce.

- No todos tenemos la suerte de que un Mustang se cruce en nuestro camino.

Sammuel le miró a los ojos:

- Gracias

Miraban los dos al infinito, pensativos. Era lo más que había hablado con Bruce en todos los años que llevaba trabajando para él, que eran muchos. Siempre habían hablado de trabajo, Sammuel nunca le dio opción a otra cosa. Desde que estaba junto a Elizabeth se estaba abriendo más a los demás, pareciera que le estaba cambiando sin ni siquiera darse cuenta. Crees conocer a alguien y no puedes estar más equivocado. Bruce, ese hombre rudo con fachada de muro irrompible, resultaba ser un romántico que había perdido a su amor verdadero. Las sorpresas que te da la vida.

Llegaron la ambulancia y la grúa, para llevarse el coche y se llevaron a Sammuel para la Comisaría. Para dejarle después en la casa de Elizabeth. Alguien debía hacerse cargo de todo y dar explicaciones al seguro y a la policía de por qué iban a esa velocidad, poniendo en riesgo a los demás conductores.

Bruce tenía que seguir tras la pista de Elizabeth y convenció a Sammuel para que se fuera a casa con los chicos de la ambulancia, de todas formas, en ese estado tampoco le servía de mucho, no podía conducir porque había bebido y a cada segundo que pasaba estaba más nervioso. Le dijo:

- Mi intuición me dice que volverá a casa, no podemos seguirla y es mejor que estés allí para cuando regrese. Si no, ¿esta mujer es capaz de cambiar la cerradura!

Sammuel fue capaz de esbozar una pequeña sonrisa

- De acuerdo Bruce, estaré en línea toda la noche, quiero que me informes hasta de una mosca que pase a su lado. Hay que encontrarla si o si, ¿lo has entendido?

- Entendido señor

- Bien

Vio impotente por la ventanilla de la ambulancia, mientras le curaban el brazo de nuevo, como Bruce se alejaba en el coche de relevo que acababa de llegar, que John los había mandado.

En cuanto volvían a estar en la carretera, sonó la radio:

- Bruce aquí John ¿me recibes?

- Dime negrito
 - Menos coñas, no está el horno para bollos. La he localizado. Está en la colina de San Pedro, ¿sabes donde es?
 - ¿Sola?
 - Eso parece
 - Recemos para que siga siendo así. Intentaré llegar lo antes posible. Tu chica es una Camicace John
 - Y tu chico un hijo de puta.
- Y le colgó.

CAPITULO 39

- ¿¡Señorita Hudson?!
- Nadie contestaba
- ¡¡Elizabeth Hudson!! ¿Está por ahí?
- Hacía un rato que habían visto el Bugatti Veyron aparcado al lado de la cuneta. Subieron por la colina andando y estaban ya en

el mirador. Era las 3 de la madrugada. Bruce tenía un presentimiento y no le gustaba nada. Llevaba el arma cargada, por si acaso la necesitaba. Su acompañante lo seguía de cerca.

Pasado un rato, se detuvieron a descansar y escucharon un sollozo, ligero, se miraron

- Shhh, por ahí

Siguieron el sonido, a ver de dónde venía, pasaron entre unas mimosas y al final, dieron con ella.

Allí estaba acurrucada, con las manos rodeándose las piernas, parecía un gatito asustado, más que la gran Elizabeth Hudson, ahora mismo era la pequeña Liz, llorando como una magdalena.

Bruce le hizo un gesto a su acompañante y éste se volvió al coche, a esperar. No iba a durar mucho una joya semejante ahí tirada en la cuneta. Además, Bruce quería tranquilizar a Elizabeth, y para esta ardua tarea, no era de gran ayuda un hombre desconocido.

- Bonitas vistas

Elizabeth dio un brinco al escuchar la voz de Bruce, no porque la asustara, había oído los pasos, si no porque no estaba preparada para discutir de nuevo con Sammuel. No le quería ni ver. En estos momentos sería capaz de tirarle montaña abajo si apareciera.

- Hola Bruce

- ¿Me permite que me siente señorita Hudson?

- Si anda Sammuel merodeando por ahí y te manda a ti al frente para recibir los primeros golpes, os podéis ir por donde habéis venido los dos. ¡Dejarme sola!

- Sólo estoy yo, le doy mi palabra de honor Elizabeth.

El que la llamara por su nombre y le hablara tan calmado, la hizo confiar.

- En ese caso te puedes sentar Bruce y nada de llamarme de usted, me siento como una vieja.

- No puedo llamarla de tú, son las normas. Tampoco me sentiría cómodo señorita Hudson.

Volvió a poner la barrera, después de haberle dejado entrar. Se sentó junto a ella, pero a una distancia prudencial y se quedó mirando las vistas sin hablar. Se veía todo el cielo lleno de estrellas y abajo las pequeñas luces de un pueblecito con su Iglesia.

- Nunca había venido a este lugar. ¡Qué vistas más hermosas!
- Cuando era pequeña venía mucho aquí. El pueblecito que hay ahí abajo es donde yo me crié. Cuando estaba triste o enfadada con el mundo, me escapaba y veía atardecer desde aquí. Al volver a casa ya se me había olvidado el motivo del enfado y volvía feliz, como si nada. En paz.
- La entiendo. Es su vía de escape.
- Algo así, ante semejante belleza, se te olvidan las cosas malas ¿Conoces a Van Gogh, Bruce?
- Algunas obras, claro
- Estas vistas me recuerdan a “La noche estrellada”, es como si se hubiera venido aquí a pintar ese cuadro, por eso es mi preferido.
- Había visto una copia bastante buena en su salón, ahora que lo menciona señorita Hudson.
- ¡Bruce, no me llames de usted, joder! Aunque sea llámame por mi nombre.
- Perdón, Elizabeth. Tiene razón, ahora que lo menciona, se parece una barbaridad, si no se supiera que el pueblo del cuadro es Saint Rémy, bien podría ser este.
- ¡Vaya Bruce, me has dejado impresionada! ¿Entiendes de arte?
- Entender es una palabra demasiado ambiciosa. Me gusta, eso es todo. Tengo mis inquietudes.

Se quedaron en silencio otro rato. Olía a hierba mojada y a las flores de las mimosas, tan características de esa zona y que a Elizabeth la traían tantos recuerdos felices de su niñez. Al fin Bruce rompió el silencio

- Tiene que volver a casa Elizabeth
- No voy a volver, esa bestia estará allí esperándome y no

quiero estar a menos de 200 kilómetros de él.

- No es una bestia

- ¡Oh no! ¡Para nada!, es la persona con más tacto y delicadeza que conozco, desde luego.

- Elizabeth conozco a ese cabezota desde que tenía 15 años. Antes no era así. Las circunstancias lo han hecho duro como una piedra de mármol. Ha tenido que madurar antes de tiempo y enfrentarse con cosas muy duras, él solo. Tiene que tener ese carácter, porque si no lo devorarían. Usted mejor que nadie sabe cómo es el mundo de los negocios.

- Desde luego que se lo que es ese mundo, pero no creo que yo sea tan bestia como él, ¿no?

- Permítame que lo dude, además añadiría que son tal para cual.

- Oh, ¡Bruce!, no me puedo creer que me estés diciendo esto. Tienes cojones, me gusta.

Y la sacó una sonrisa

- Elizabeth, Sammuel es una buena persona. Debajo de toda esa armadura que se pone, es un buen hombre. Con un corazón inmenso y por Dios que la ama. ¡Nunca he visto a ese hijo de puta babear así por nadie! ¿No se da cuenta de eso? Es una mujer inteligente y eso se nota. Tiene que saber distinguir cuándo es amor. Del bueno. Joder, si hasta lo veo yo desde fuera...

- Él me lo dice todo el tiempo, pero no sé por qué no le creo Bruce, no me da confianza. Me provoca estar en tensión, a la defensiva.

- No puede salir corriendo cada vez que se peleen, Sammuel va a morir a los 32 años de un ataque al corazón, ¡Y John de otro! Y como siga así, ¡hasta yo!

Elizabeth soltó un bufido y al final una carcajada.

- Vaya, tengo a un séquito de hombres buscándome ¿eh?

- Pero sólo uno totalmente desquiciado. Está fuera de sí. Enloquecido. En ese estado es capaz de hacer cualquier locura.

- No sé Bruce, tengo miedo. Esa es la verdad. Cada vez que me intento abrir me viene con algún bombazo y hace que me cierre más todavía. Solo discutimos.

- Él tiene que comprender todavía que usted no es uno más de sus empleados, que no le tiene por qué obedecer. No sabe aceptar que no le quiera hacer caso, para él está tan claro lo que sea que se le meta en el cabeza, que no hay lugar a disputas al respecto. Siempre le ha ido bien así, con todas las mujeres que ha estado, pero con usted es distinto, a usted la ama. Y no sabe todavía que el amor no es una relación vertical, como en la empresa. No comprende que usted no es de su propiedad. Por eso está desconcertado y no sabe muy bien cómo tratarla. Encima a usted le encanta llevarle la contraria, solo por placer. ¡Normal que se vuelva loco! Dele una oportunidad, pero de verdad, sin estar con un pie puesto en la salida por si acaso. Así él se podrá relajar y demostrarle lo que le importa. Verá cómo merece la pena estar juntos, se lo digo de corazón.

- Vaya, vaya Bruce, eres todo un romántico ¿eh? ¿Quién lo iba a decir?

- Será nuestro secreto

- Me confesó que se acostó con tres mujeres, ¡a la vez!, cuando me acababa de jurar su amor ¿qué explicación le das a eso? Me produce arcadas. Es capaz de decirme esa sarta de tonterías de amor y luego está follando como un salvaje con tres mujeres, es una contradicción. Todo el tiempo me dice una cosa, pero hace la contraria, ¿cómo me voy a fiar de él? Todos mis sentidos me dicen que huya.

- Eso desde luego se lo tendrá que explicar él, yo sólo le digo como hombre que la única explicación lógica que veo, es que estaba tan acojonado por sus sentimientos, que pensó que eso le haría olvidarse de usted. Una no podía hacerle sombra, me imagino que la comparó con tres ¿yo qué sé?, me apuesto todo lo que tengo a que fue algo así. Para él era más fácil alejarse que luchar. Porque no sabe si en esa lucha saldrá victorioso o herido de muerte.

- Esa es la vida al fin y al cabo ¿no? Arriesgarse a ganar o a perder.

- Usted lo ha dicho, aplíquese el cuento también. Además debe valorar el que deje todo su mundo para irse a su casa. A sentirse

extraño, desubicado, que molesta... todo por usted.

- ¿Por mi? Yo no quería que viviéramos juntos.
- Si uno no hace avanzar las cosas, nunca llega a nada, se estanca y al final retrocede. ¿Hubiera dado usted el paso si no lo hubiera hecho él? A él también le cuesta, pero cede por usted, porque salga bien su relación.
- Ojalá pudiera hablar con Sammuel como contigo Bruce. Qué cosas tan sabias dices, te pareces a mi madre.
- Gracias. Déjeme decirla, por último, que si lo intentara lo conseguiría. Tienen que poner los dos de su parte. Y verá que realmente merece la pena.
- Lo intentaré
- ¿Lo promete?
- Si. En serio

Se estrecharon la mano, sellando así el pacto.

Había pasado algo más de una hora y Sammuel estaría arrancándose la piel a tiras. Bruce se levantó y la ayudó a levantarse a ella, iba descalza, así que la cogió en brazos y la bajó montaña abajo. Se sentía muy aliviado y ella también.

- Este también será nuestro secreto, si se entera que me has cogido en brazos ¡te los cortará!

Bruce, por primera vez en muchísimos años, se rió con tantas ganas, que hasta le dolía la tripa. Resonando por toda la montaña.

Cuando llegaron al coche, ella abrió la puerta del conductor del Bugatti, pero Bruce se adelantó

- Yo conduzco Elizabeth, ya ha tentado demasiado a la suerte esta noche.
- Como el señor Roc se entere que te he dejado conducir el Veyron antes que a él, le va a dar una buena rabieta, ¿lo sabes no?
- ¡Que le jodan!

Elizabeth y Bruce se volvieron a reír.

El rugido del Bugatti sonó en medio de la noche y a Bruce se le

puso una sonrisa en la cara indescifrable

- Sólo por este momento merece la pena mi trabajo, ¡madre mía qué máquina!

Elizabeth sonrió también. Estaba orgullosa de su coche, pero más de cómo babeaban todos los hombres ante él. Incluso Bruce, que parecía impasible ante el mundo, había sucumbido... ¡Hombres!

- ¿Bruce te puedo preguntar de qué conoces a John?

- Fuimos compañeros de combate en el ejército.

- ¡Guau! Me tendréis que contar batallitas, nunca mejor dicho.

Y se quedó dormida en un minuto.

CAPITULO 40

Eran las 5 de la madrugada. Según entró Bruce por la puerta con Elizabeth dormida en sus brazos, a Sammuel casi le da un síncope. ¡Se pensó lo peor!

Miró a Bruce con cara de pánico y éste se apresuró a decirle:

- Está dormida, no pasa nada, está bien.

Sammuel respiró por fin, sintió cómo el alivio le recorría cada parte de su ser y casi pierde el equilibrio de sus piernas.

- ¿Y por qué cojones nadie me ha dicho nada? ¡Estaba al borde de la locura! –Dijo en voz baja, pero evidentemente muy alterado.

- Creo que será mejor que te encargues de ella, mañana ya hablaremos.

Bruce se la puso en los brazos a Sammuel delicadamente y se llevó a John consigo.

Ella le enroscó los brazos alrededor del cuello y a Sammuel le temblaron las piernas. Allí estaba el gran Sammuel Roc, con su amor cogido en brazos, profundamente dormida y él muerto de miedo, como nunca lo había estado. Sentía que en vez de una muchacha indefensa, le hubieran colocado entre sus brazos una bomba a punto de estallar.

Era la primera vez en su vida que no tenía ni idea de cómo actuar ni qué hacer. Nunca le había temblado el pulso ante las adversidades y ahora parecía un flan. Se sentía tan pequeño ante aquella criatura...

La observaba, con esa cara de ángel, contra su pecho y no concebía que aquel ser alado pudiera destruirle con una sola palabra, con un simple chasquido de sus dedos. Estaba a su merced y se lo había confesado, no podía fingir.

Pero no estaba dispuesto a entregarle las llaves del reino así, sin más. Él no quería ser su siervo, quería ser el regente, junto a ella. El problema residía en que cada vez que intentaba acercarse a su corazón, ella huía. Destrozando el suyo propio a su vez.

Sammuel solo podía mirarla. Le daba miedo dar un solo paso, despertarla y que saliera otra vez corriendo, no podría soportarlo, estaba tan cansado...

La echó en la cama, desnudándola con muchísimo cuidado, acariciándola y susurrándole secretos al oído. Finalmente la arropó.

Ella emitió un sonido de placer al ser casi consciente de que estaba en su cama.

Sammuel se sentó en la butaca de al lado y se quedó mirándola. Le aterraba acercarse a ella, que a lo mejor fuera un sueño y se desvaneciera.

CAPITULO 41

Elizabeth abrió un ojo, pero los rayos del sol la molestaron, tapándose inmediatamente con el brazo la cara, se puso boca arriba, estirándose, cuando escuchó un sonido cerca de ella, que la hizo mirar hacia ese lado. Entonces vio a Sammuel, tan grande como era, retorcido en la butaca, dormido, con una postura antinatural, que seguro le produciría dolor de espalda unos días después. Estaba aún vestido y tenía todo el pelo revuelto. A su lado, en la mesita, había una de sus botellas de Talisker vacía, sin vaso.

“Si él nunca bebe”, se dijo para sí pensativa

“Pues chica, no creo que tenga ahí una botella vacía porque haga juego con la decoración, aunque ¿quién sabe?, viniendo de ti, seguro que has pensado que estuvo cantando villancicos con ella, ¿verdad?”, le decía su yo maligno a su yo bueno.

“¡Déjame en paz!” gritó el pobre yo bueno haciéndola pucheros. De repente recordó todo lo acontecido anoche.

Una sensación de alivio la invadió al verle allí, tan calmado. Lo miró durante un instante. Era tan guapo. Incluso dormido, no parecía para nada inofensivo, desprendía un aura de poder y liderazgo que la atraía hacia él sin remedio. Si él se hubiera ido a su casa, probablemente hubiera sido el fin de la relación. Pero él se quedó en su puesto, aguantando la tormenta. Al estar aquí, se obligarían a hablar. Y la demostraba, una vez más, que quería luchar por ella.

Pero estaba agotada. No tenía ganas ni fuerzas para volver a

recordar y a hablar otra vez de lo mismo.

Si había decidido intentar algo en serio con Sammuel Roc, lo intentaría de verdad, se lo debía a sí misma y le iba a dar la misma oportunidad a él también. Nada de reproches, empezarían de cero. Sin miedo.

Todos les decían que podían ser muy felices, pero hasta ahora su relación había sido un choque de titanes. No lograban centrarse y encontrar la estabilidad emocional, ¿cómo podrían hacerlo?

¿Se levantaba y le daba un beso? No se sentía con ganas, todavía estaba resentida con él.

“Si hombre, claro, se folla a tres tías y tú le castigas besándole, así desde luego aprenderá la lección”, su yo maligno estaba disfrazado de demonio sexy, aunque claramente cabreado.

¿Se iba sin decirle nada?, A lo mejor empeoraría las cosas, pero les daría espacio a los dos para meditar y verlo todo desde la distancia, que ayuda bastante.

En realidad los dos tenían el mismo problema. El miedo a que les hicieran daño.

Salió de sus pensamientos de un golpe y se incorporó en la cama.

¿Qué hora sería? No había llamado a Betty. ¡Estaría llorando en medio de la oficina, sin saber qué hacer!

Se dejó llevar, sin pensar en nada, si se despertaba con el ruido bien y si no, también. Que decidiera el destino.

Se levantó, se duchó, se arregló el pelo, se maquilló, se vistió, desayunó...No había rastro de vida por el ático, así que se fue.

Cuando llegó a Hudson Enterprises, entró por el Hall de su oficina y Betty estaba tan tranquila, no se había cortado las venas ni nada por el estilo. “¡Qué raro!”. Se miraron e inmediatamente la secretaria sonrió:

- Buenos días señorita Hudson.
- Hola Betty

Elizabeth se metió en su oficina, miró los periódicos, no contaban nada nuevo, el mundo seguía girando sin problema, aunque ella llegase un día tarde.

Sonó el teléfono:

- Sí
- ¿Señorita Hudson?
- Dime Betty
- La señorita Mitchell, de prensa, pregunta por usted
- Pásamela
- ¡Buenos días señorita Hudson!, me preguntaba si le apetece tomarse un cafecito conmigo, así hablamos de algunos... asuntos.
- Ok, en 5 minutos en la cafetería de la esquina.

Elizabeth tenía mala cara, no había tenido precisamente lo que se dice un sueño reparador. Aunque un poco de maquillaje extra lo solucionó.

Las dos mujeres llegaban prácticamente juntas a la cafetería, se estrecharon la mano en la entrada y entraron juntas. No hubo un hombre que no girase la cabeza en el local cuando pasaban por su lado, eran dos auténticas reinas de la belleza. Estos prodigios de la naturaleza eran raros de ver en directo, sin que fuera en la tele, cuanto más ¡dos juntas! Si tuvieran que elegir quedarse con una de las dos, desde luego que la mayoría elegiría a Elizabeth, incluso cansada y sin dormir.

Se sentaron en una mesita que había al lado de la ventana, desde donde se observaba a la perfección el bullicio de la ciudad a hora punta. Elizabeth tenía tanta hambre que se zampó dos donuts con el café.

- ¡Vaya señorita Hudson! Es increíble que comiendo de esa manera conserve la línea, tendrá que practicar mucho deporte – Dijo la señorita Mitchell sin rodeos, cosa por la que Elizabeth le guiñó un ojo y ambas rieron al entender la picardía.
- Entonces señorita Mitchell ¿qué tal le va en el departamento?
- Oh por Dios, llámeme Kelly, es muy largo estar todo el rato diciendo señorita tal y señorita cual, ¡además me siento vieja si me llama de usted!
- De acuerdo Kelly, a cambio de que tú me llames Elizabeth y tampoco de usted, ¡parecemos dos jubiladas aburridas!

Se rieron las dos

- Kelly ¿cómo va el departamento? ¿te haces bien con él?
 - ¡Sin problema!, los primeros días me ha costado un poquito, porque el programa informático es muy sofisticado, pero ya está todo bajo control.
 - Muy bien ¿y el personal?
 - El personal es excelente, muy competente, por ahora estoy encantada. De todas formas, todo son elogios y buenas palabras, tanto para usted como para la empresa, mi tarea de momento está siendo muy fácil.
 - No te relajes, las cosas cambian de un segundo a otro, ya lo sabes.
 - ¡Desde luego!, pero mientras sea así, hay que disfrutarlo, ¿no? Las cosas malas llegan solas, no hay que buscarlas ni preocuparse por si pasan. Ya tomaremos cartas en el asunto si se presentaran.
 - Buena filosofía Kelly, aunque no la comparto
 - ¿No?, entonces no vives Elizabeth, no puedes vivir preocupada por si pasan cosas malas, porque entonces no has disfrutado de cuando estaba todo bien. ¿De qué te sirve estar bien si no lo disfrutas?
 - Sí, puedes tener razón, evidentemente has leído El Secreto, y puede estar en lo cierto en cuanto a que el Universo nos devuelva las energías que le enviamos y todo eso, pero en realidad, es muy difícil llevarlo a la práctica, al menos cuando tienes tantas responsabilidades como tengo yo. Mi vida está planificada desde la mañana a la noche. ¡No tengo tiempo de mandar energías al Universo!
 - Pues perdóname que te lo diga, pero ¡qué aburrimiento!
- A Elizabeth le entró la risa porque alguien la dijera a la cara que su vida era un rollo, en vez de decirle que la envidiaba, como hacían todos, y le gustó.
- Sí, podría llamarse aburrida, no recuerdo la última vez que hice una locura
 - ¡Ya haremos alguna, no te preocupes! -Y se rieron de nuevo. -

Bueno, disculpa mi atrevimiento Elizabeth, pero para que no me pillen por sorpresa con este tema, y sepa más o menos por dónde tirar, si me preguntaran de repente en algún acto, me gustaría saber un poquito por encima, tampoco quiero detalles, sobre tu relación con el señor Roc. ¿Hay compromiso, no lo hay? ¿Lo habrá?

- Kelly, entre tú y yo –Elizabeth se agachó y su interlocutora también, para decirle en un susurro apenas audible -de momento no hay compromiso. De todas formas no hay por qué dar explicaciones de nada. Si te preguntan sobre mi vida privada, escurres el bulto con tu preciosa sonrisa. Como la misma palabra indica, es privada.

- De acuerdo Elizabeth, es lo que suelo hacer, pero ya sabes cómo está el patio. Si hablas malo, y si te cayas, peor. Pensé que un poquito de información en su justa medida y de manera elegante apaciguaría las aguas. Pero desde luego, es tu vida privada, si así lo quieres, yo seré una tumba.

- Vale Kelly, lo dejo en tus manos. No quiero más quebraderos de cabeza con ese tema, de verdad.

- ¿Es difícil eh?

- ¡Mucho!

- ¡Malditos hombres! Viviríamos tan bien sin ellos...

- En cuanto descubramos la manera de quedarnos embarazadas sin ellos se extinguirán, tranquila –Dijo Elizabeth tan pancha.

Kelly escupió el café de la risa.

Elizabeth levantó su taza de café brindando por ello, se lo terminó de un trago y se despidió de Kelly para subir a la oficina a hacer sus cosas.

Estaba contenta de haber salido de ese bucle en el que estaba metida y haber charlado con alguien nuevo. A lo mejor necesitaba amigos.

Luego pensó que no tenía tiempo para los amigos. Los había ido perdiendo por el camino a todos. Los amigos de verdad necesitan mucho tiempo y dedicación, del que ella no disponía y para tener alrededor a cuatro moscas interesadas, mejor no tener

nada. Así que volvió a su idea original de que ya tenía a la gente que ella quería cerca. No necesitaba a nadie más.

Todo esto la llevó a pensar mientras subía a la oficina ¿Cuánto hacía que no veía a sus sobrinos? Haría más de tres meses. A Sarah la veía más frecuentemente, pero a los niños no y de repente, aunque no le gustaban nada los niños y sin saber por qué, tuvo la extraña necesidad de darles besos y achucharlos.

Llamó a Sarah, que contestó al primer toque.

- Oh, ¿a qué se debe que la reina del universo baje de su trono y se ponga en contacto con una vulgar mortal? ¿Se te ha saltado una uña y quieres que cancele todas las citas de hoy para que te la arregle personalmente?

- Vete a la porra Sarah, ¿qué haces este finde?

- Lo de siempre, un plan aburridísimo para su majestad, ejercer de madre, que ya es bastante ¿Y tú, me llamas para contarme que te vas a Hawai a desayunar?

- ¿Pero qué mosca te ha picado? ¿Tienes la regla o qué?, si dices que te llamo poco, me estás quitando las ganas de hacerlo.

- Perdona Liz, es que estoy a tope en el salón y encima tú no haces nada más que darme quebraderos de cabeza, tendrías que ser la que tiene todo resuelto y no necesita ayuda, ¡Y es al revés!

- ¿Pero de qué ayuda me hablas? Lo que necesito es paciencia para aguantaros, ¡que estáis todos locos!

Sarah suavizó el tono al oír a su hermana pequeña empezar a cabrearse y la dijo:

- Me ha contado mamá lo del fin de semana

- Ah, y ¿estás tan enfadada por...?

- Veo que no estás al tanto.

- ¿Al tanto de qué?, vamos Sarah, no te hagas la interesante joder

Sarah suspiró, aguantando las ganas de colgarla el teléfono a la maleducada de su hermanita pequeña:

- Samuel se presentó en mi casa a las 4 de la madrugada el viernes, aporreando la puerta y dando voces. Cuando abrí y le vi,

me dio un susto de muerte, pensé que te había pasado algo fatal. Parecía que le había pasado por encima una manada de elefantes. Y encima estaba medio borracho, más bien ¡apestaba a alcohol! Y se plantó allí en medio gritando improperios contra las mujeres. Tuve que detener a Jack, porque le quería partir la cara y casi se pegan los dos.

- ¡¡Madre mía!!

- ¡Exacto! Los niños tuvieron que dormir con nosotros el resto de la noche del susto que se dieron, ¡fue horrible! y todavía estoy esperando a que alguien se disculpe. Encima va mamá y me cuenta lo maravilloso que es Sammuel (lo dijo con retintín). Menos mal que no la conté el susto que dio ese hombre tan maravilloso a sus nietos, que si no, ¡le odiaría!

- No las tengas todas contigo Saruchi, creo que se ha enamorado de él...Pero yo me estoy enterando ahora mismo de todo esto, no tenía la menor idea. Lo siento mucho cariño, en serio.

- Me lo imaginaba, pero aún así estaba enfadada. Tú no tienes la culpa, ya se me ha pasado.

- Si si, ya lo veo. Bueno ¿qué te parece si el sábado vamos a pasar el día con esos diablillos y así te pedimos perdón los dos en persona? Te llamaba porque quería verlos, pero ya...

- ¿Querías ver a los niños? ¿¡Tú!?

- ¡Déjame en paz!, los quiero, a mi manera. Cuando sean mayores los querré más, cuando no caguen y me vomiten los trajes. -Sarah soltó una carcajada

- ¡Eres lo peor Liz! ¿Lo sabes no?

- Bueno, cada uno con lo suyo, yo no me meto con tu pelo de estropajo teniendo un salón de belleza, ¿no? Pues tú no te metas con mi instinto atrofiado de madre.

- Al menos hiciste las paces con Sammuel ¿no?, sirvió para algo el susto. Cuando le dije que estabas en Malibú casi le da un ataque. ¡Creo que se aguantó las ganas de estrangularme!

- ¿Se lo dijiste tú? No me había dicho nada.

- Pues a lo mejor ni se acuerda, ya te digo que iba muy

borracho. Se lo tuve que decir Liz, no se quería ir hasta no saber dónde estabas y yo estaba en el medio entre mi marido y una bestia salvaje, y los niños llorando en casa, lo siento.

- No te preocupes Saruchi, no pasa nada. Perdóname tú a mí.
- No hay nada que perdonar cariño, ¿cuento con vosotros el sábado entonces?, ¡los niños se van a poner contentísimos!
- ¡Cuenta con nosotros! Hasta el sábado. Besos.

CAPITULO 42

Eran las 8 de la tarde, al final Elizabeth se había liado a hacer cosas en la oficina y se le echó el tiempo encima. Tampoco tenía muchas ganas de volver a casa para ser sinceros. No sabía cómo enfrentarse a Sammuel.

¿Estaría allí todavía?

No había dado señales de vida en todo el día. A lo mejor se había cogido sus cosas y se había largado. Al menos sería lo que hubiera hecho ella. Por eso era la opción más acertada que hubiera sido Sammuel y no ella el que se fuera a vivir a su casa, porque ella a la mínima cogería sus cosas y se iría.

La incertidumbre la mataba, tenía ganas de verle y hablar, pero el miedo a que la segunda opción fuera la válida no la dejaba ir hacia casa. Mientras estuviera con la incertidumbre, seguiría viva la esperanza.

John la estaba esperando en la puerta de H.E., subido en el

Lamborghini. Cuando ella apareció por las puertas giratorias, le saludó y le dijo que iba a ir un rato andando, así que John aparcó el coche en el parking de la empresa y la siguió andando, por detrás, dejándola su espacio.

De repente, Elizabeth se paró en seco y esperó a que John llegara a su altura

- ¿Pasa algo señorita Hudson? –Preguntó preocupado, ella siempre actuaba como si no existiera, ni le veía.
- No, es solo que no me apetece estar sola. ¿Me acompañas?
- Por supuesto –John se quedó estupefacto, pero intentó disimularlo

Ella le cogió por el brazo y caminaron así todo el tiempo. Ese hombre tan gigante la estaba dando confianza y compañía en esos momentos de tristeza.

John se había quedado helado y no sabía cómo reaccionar, en todo este tiempo la había cogido cariño y había aprendido a lidiar con su carácter. Pero Elizabeth nunca le había mostrado el más mínimo interés de hablar ni de saber nada sobre él. Solo trabajo. La única que había hecho algo parecido a eso era Carol, más bien sería por saber si el hombre que cuidaba a su hija era un desequilibrado mental o no. Aunque a veces se sentía querido de verdad por ella.

- ¿Qué habéis hecho hoy John? ¿Está ya todo en orden en casa? ¿Ha colocado el señor Roc sus cosas?
- El señor Roc se ha ido señorita Hudson

Sintió como una daga atravesó su corazón y se quedó inmóvil, mirando fijamente al suelo para que no la viera llorar, pero fue inútil.

- ¿Está bien? ¿Se encuentra bien Elizabeth?
- No John. Estoy bastante mal, pero tranquilo. Se me pasará.
- Eso espero.

La tocó el hombro en señal de apoyo y ella le volvió a coger del brazo, esta vez parecía que se apoyaba más en él. Iba prácticamente arrastrando los pies. Fueron andando todas las manzanas hasta casa. Sin decirse palabra alguna.

Llegaron sobre las 11 de la noche. Cuando alguna cosa perturba la mente, no hay nada mejor que cansar al cuerpo, así no parece tan grave. El problema es cuando algo perturba al corazón, para eso no hay remedio ni entretenimiento que valga.

Elizabeth se despidió de John y entró en casa.

Estaba todo en silencio y a oscuras. Colgó el bolso en la percha. Se descalzó y fue en dirección a la cocina para ver qué la había dejado la cocinera en el frigorífico. Estaba muerta de hambre, porque no había comido nada en todo el día.

Esta no era la entrada en casa que llevaba imaginándose todo el día. Ni de lejos.

Había pensado en tirarse a los brazos de Sammuel al entrar.

En pegarle un puñetazo, o una patada en los huevos, según estuviera a su alcance.

En no hablarle y pasar de él.

En muchas cosas distintas.

Se le habían pasado por su cabecita mil posibilidades, pero en ninguna imagen aparecía ella sola. Nunca se detuvo a pensar ni un segundo en que él se diera por vencido, y de repente, le entendió.

Entendió cómo se sentía Sammuel cuando ella se alejaba, sin luchar, pensando que no merecía la pena. Abandonándolo y dejándolo solo.

Era extraño que nunca quisiera vivir con él, y ahora que volvía por fin a estar sola, se sintiera tan desolada. La casa era enorme y estaba vacía. Cuando en realidad no habían llegado a vivir juntos ni un día, pero ya lo echaba de menos. Le hacía falta su energía, su fuerza, su buen humor, sus bromas, sus halagos, sus besos, sus caricias, su sonrisa... Le hacía falta él.

¿Sería el momento de ir a buscarle y ser ella, para variar, la que luchara por su amor? Si le hacía falta de esa manera a lo mejor es que se había enamorado de él...

¡Estaba enamorada!, por fin lo comprendía. Había intentado contra viento y marea no sentir nada por ese hombre, pero ahora que lo había perdido se daba cuenta de que lo amaba.

Algo sonó por el salón y fue hacia allá a ver qué era.

Cuando entró, se quedó de piedra.

Una fila doble de velas en el suelo marcaba un camino a seguir, el cual estaba lleno de pétalos de rosas. Elizabeth volvió a respirar. Le salió una leve sonrisa, “no se ha ido”. Miró nerviosa a su alrededor, pero no vio nada.

Estaba todo a oscuras, solo iluminado por las velas. Era precioso.

Siguió el camino lentamente.

Una canción empezó a sonar en el equipo de música y la sonrisa de Elizabeth se hizo más grande. “Don’t worry Baby”.

El camino llevaba a su dormitorio. Las piernas le flaqueaban a cada paso de los nervios. Tuvo que hacer acopio de una gran fuerza de voluntad. Se asomó por la puerta y le vio al final del camino, como si fuera su destino.

Sammuel Roc arrodillado en el suelo y la miraba a través de su alma.

Se quedó parada en la puerta, mirándole. A la luz de las velas y arrodillado en el suelo, parecía más poderoso todavía. Era un auténtico dragón, a los ojos de los demás, poderoso, peligroso, amenazador...Pero a los ojos de ella, parecía un dragón abatido. Rendido a sus pies.

Él estaba serio, sus ojos expresaban impaciencia, nervios, miedo, pero sobre todo, amor.

En cuanto Sammuel la vio entrar por la puerta, su corazón volvió a latir de nuevo, tan fuerte que creyó que se le iba a salir del pecho. Desbordándose. Tuvo que respirar hondo para serenarse.

- Elizabeth yo...

- ¡Estás aquí! –Le interrumpió ella, llena de felicidad, lo que a él le sirvió de aliento para proseguir, ya que hasta ese momento no sabía si seguiría enfadada.

- No podría estar en otro sitio cariño

- Sammuel lo siento, yo...

- Shhhhhhhh. Elizabeth, ven. Tengo que decirte algo –La interrumpió y la tendió la mano para que se acercara.

Ella atravesó la habitación despacio y le tomó su mano, arrodillándose frente a él para estar frente a frente.

Elizabeth casi no podía aguantar las ganas de besarle, pero él la tenía las manos sujetas con las suyas y sus brazos extendidos, lo que no la permitía envolverse entre sus brazos y cobijarse en ellos, que era lo que realmente deseaba.

Sammuel comenzó a hablar

- Nena... te quiero.

Ella abrió los ojos tanto que casi se le caen al suelo.

- Shhh, déjame que te diga lo que te tengo que decir por favor.

La miró con tal adoración, que no se veían el rostro, veían dentro del otro, es inexplicable, pero veían uno en el interior del otro. Sammuel prosiguió:

- Toda mi vida he estado centrado en hacer dinero y en levantar mi imperio. En hacer lo que se suponía que era mi deber. No he vivido las cosas que me tocaban vivir a mi edad. Por diversos motivos, he estado encerrado en mi mundo, sin preocuparme por nadie, sin dar explicaciones de nada. He hecho y deshecho a mis anchas, sin límites. Estaba sumido en un infierno del que no sabía cómo salir. Me dejaba llevar sin pensar en las consecuencias, no me importaba nada. Vivía a mi antojo...

Parecía que Sammuel había cambiado la expresión del rostro al recordar todas esas vivencias, pero prosiguió enseguida:

- Entonces un día te vi. Fue un solo segundo, pero desde ese instante caí rendido a tus pies Elizabeth. Todo mi mundo cambió. El resto de la historia más o menos la sabes. Lo que intento decirte ángel mío, es que eres una luz en mi camino de tinieblas, y solo por un momento, me permito albergar la esperanza de que me salvarás y me llevarás contigo. Sin embargo, cada vez que intento seguirte, demostrarte lo que siento y cogerte de la mano, te escabulles por alguna rendija. Y contigo se van mis sueños y anhelos, volviendo a ser todo oscuro de nuevo.

Nunca jamás me he sentido tan vulnerable, tan indefenso y tan

acojonado como en estos momentos Elizabeth. Estoy abriéndome en canal, para ti.

Quiero que sepas que tengo muchos defectos, muchos más que virtudes, pero que mi mayor virtud está aquí delante de mí ahora mismo, y eres tú. Lo eres todo para mí. Si me lo permites, me gustaría compartir contigo el resto de mis días. Amándote, venerándote, respetándote, adorándote y compartiendo contigo lo más valioso que tengo, que no es más que mi sincero amor por ti.

Elizabeth Hudson, estoy loco por ti, tú me haces mejor persona. Me harías el hombre más feliz del mundo si aceptaras ser mi esposa ¿Quieres casarte conmigo?

Elizabeth se sentó sobre sus rodillas, para no marearse y caerse por la impresión.

Él cogió una cajita negra de piel del bolsillo, la abrió delante de ella y le puso en el dedo el brillante más grande que ella había visto en su vida. Tenía forma ovalada, era una pieza única, de colección, expresamente tallada para ella. Y por supuesto, era violeta.

Elizabeth estaba en estado de shock, no reaccionaba, solo miraba el anillo.

- ¿Qué dices nena?

Al fin le volvió a mirar a él, sus ojos se encontraron y sintieron la electricidad. Al ver su cara de incertidumbre, Elizabeth le sonrió con su más sincera sonrisa, se tiró encima de él y cayeron al suelo los dos. Lo besó con tantas ganas que hasta le dolía.

- Sí Sammuel, ¡seré tu mujer!

- ¡Oh Dios mío!

Y allí siguieron besándose en el suelo, sin importar nada más en el mundo.

CAPITULO 43

Amaneció.

Sammuel y Elizabeth estaban abrazados en su cama cuando sonó el despertador, que no era otra cosa que la canción de “Painkiller” de los Judas sonando a todo volumen por la habitación.

- ¡Apaga eso por Dios! –gritó Sammuel asustado por el repentino estruendo de las guitarras -¡Joder me vas a matar!

Elizabeth saltó de la cama a apagar la música despertador, llorando de la risa.

- Maldita canción del infierno, cómo la odio –Despotricaba Sammuel

- ¡Hay que levantarse con las pilas cargadas! –Le dijo ella riendo, mientras se volvía a meter en la cama con él

- Yo te las cargaré nena

- Déjame embaucador, o me harás llegar tarde

- No te vayas mi vida -Le ronroneó él contra su nuca

- Sammuel tengo que ir a trabajar

- Solo un día, lo necesitamos. Por favor nena, quédate conmigo.

Empezó a besarle el cuello, bajó hasta los pechos, ella se dejó caer de nuevo en la cama y él encontró enseguida su sexo excitado que palpitaba fuerte bajo sus hambrientos labios.

- Nunca me sacio de ti nena -apareció su pícara sonrisa entre las piernas de Elizabeth

- ¡Me vuelves loca Sammuel! -jadeó Elizabeth tocándose la frente

Él la cogió en brazos, sentándose contra el cabecero de la cama y se la puso encima, ella enseguida se introdujo el gran

miembro entre sus piernas y comenzó a cabalgarle.

Esta vez Sammuel terminó la función antes que ella, porque estaba tan excitado que por mucho que lo intentó, no pudo contenerse.

Elizabeth al ver a su hombre en ese estado de placer absoluto, se corrió también. Y se quedaron así sentados. Mirándose.

- Haría lo que fuera porque fueras feliz, mi amor. – Dijo Sammuel besándola en la frente.

- Sammuel, prométeme que haga lo que haga, nunca me vas a dejar.

- ¿Por qué dices eso cariño? Claro que no te voy a dejar, antes me tendrán que matar.

Ella se acurrucó en su pecho, pero sin dejar de tenerlo dentro. Sammuel volvía a estar duro.

- Porque ayer cuando llegué a casa, creyendo que no estabas, me sentí muy mal. Me sentí perdida.

Ella comenzó a moverse de adelante a atrás, despacio, muy despacio.

- John era mi compinche, al principio no quería mentirte, pero al final cedió. Si no hubieras sentido que me habías perdido, a lo mejor no me hubieras dicho que sí. ¿No crees?

- ¿Lo tenías planeado?

- No planeado, pero quería que sintieras lo que siento yo cuando te alejas de mí. Aunque solo fuera un momento, lo que pasa es que al veniros andando, lo sentiste más tiempo. No era mi intención que lo pasaras mal.

Él la miró sonriendo porque el balanceo ya no era tan suave, comenzaba a coger ritmo. Y su voz empezaba a ser más ronca.

- Pues salió a la perfección Sammuel. Pensé muchas cosas en ese par de horas que creí haberte perdido. Y lo peor fue cuando entré en casa. Estaba como siempre, pero me pareció tan triste sin ti. No te imaginas lo que sentí cuando te vi en la habitación.

- Claro que no me lo imagino, ¡lo sé! Es lo que siento cada vez que te encuentro. Pero me haces tan feliz al decirme todo esto Elizabeth. Siempre tengo la impresión de que te obligo a hacer

las cosas que tú no quieres hacer.

Elizabeth arqueó un poco la espalda y soltó un suspiro “joder”, le volvió a mirar

- Yo pensaba igual, y por eso estaba agobiada, pero ayer cuando abrí la puerta y entré en casa, lo entendí.

- ¿Y qué entendiste?

Se introdujo más en ella, hasta el fondo, lo que hizo que echara la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y gritara mientras tenía un increíble orgasmo:

- ¡Que te necesito Sammuel Roc!

La tomó fuerte entre sus brazos y de dos empujones terminó él también.

- Ohhhh, Elizabeth ni te imaginas lo que te quiero.

Se quedaron echados en la cama hasta el medio día, a ratos dormían, a ratos se besaban, se acariciaban. Pero estaban los dos continuamente excitados, era un fuego que no lograban apagar nunca. No se saciaba ninguno del otro.

- Creo que nos vendrá bien comer algo, ¿no?, estoy muerta de hambre.

Se levantaron desnudos y se metieron en la ducha juntos. Sammuel la jabonó y cuando llegó a la zona central, la rozó el clítoris, al ver que ella se estremeció, volvió a tocarla, pero más lentamente, ella abrió las piernas para facilitarle el camino y la introdujo un par de dedos. Gimió. Pero antes de dejar que la regalara otro orgasmo, se dio la vuelta y se arrodilló delante de él, cogiéndole su erectísimo miembro con una mano y su prieto culo con la otra. Besándolo desde la punta al tronco, despacio, con la lengua. Él se sujetó a la pared y la miraba con tal deseo que sentía morir. Al final cuando no podía más, gritó de placer y Elizabeth se tragó su simiente hasta el final, succionándolo con unas ganas enormes y sin dejar de mirarle entre sus largas pestañas. Fue alucinante.

Se relamió y se volvió a poner de pie, con las piernas abiertas de espaldas a él, poniéndole el culo contra su pene. Sammuel se la metió con fuerza, ni le había dado tiempo a que se le bajara y ya

estaba de nuevo en acción. Iba a morir de placer.

Ella era lo más erótico donde había tenido nunca su sexo. Le acariciaba los pechos y el clítoris mientras la embestía de forma salvaje y desesperada. Era increíble. Se volvió a correr con ella mientras el agua caía sobre los dos.

- Dios Elizabeth, me vas a matar.
- Ya veremos, nene

Ella le sonrió con una cara de perversión, que casi le hace ponerse duro de nuevo.

CAPITULO 44

Estaban comiendo en la barra de la cocina la comida que les había hecho la señora Wilson, rollitos de salmón ahumado y revuelto de setas. Sammuel cogió un bol, con nata y algo más que nadie sabía qué era, se volvió a subir a la encimera y se puso a batirlo entre sus piernas. Era una imagen súper sexy. A Elizabeth le entraban ganas de tirar el bol muy lejos.

- Tendremos que hablar de las tareas que hará la señora Wilson y las que hará la señora como se llame que viene a mi casa. A ver si van a reñir –Le dijo Elizabeth metiendo un dedo en la masa que tenía entre sus piernas, lamiéndoselo provocadoramente. Él soltó una carcajada.

- Jajajja, ¿la señora como se llame?, ¿ni siquiera sabes cómo se llama?

- ¿¡Qué?! Si no la veo, John se encarga de todo eso, mi sentido de detectar sospechosos es defectuoso y él contrata a quien le da la gana.

- ¿Nunca la has visto, solo te comes lo que cocina y ya está?

¡Te ha podido envenenar!

- ¿Y qué sentido tendría eso, quedarse sin trabajo? John las hace firmar un acuerdo de confidencialidad y pide un montón de referencias. ¿Y tu señora Wilson qué? ¡Esa mujer sí que tiene pinta de envenenar!

- Dale su tiempo, cree que eres como las demás. No sabe que vas a ser mi esposa... Mmmm, qué bien suena señora Roc.

Elizabeth se puso tensa, ¿señora Roc?, en ningún momento se le había pasado por su cabeza el adoptar Roc como su apellido, ¡su empresa se llamaba Hudson Enterprises por el amor de Dios! Pero como estaba aprendiendo a comportarse, no dijo nada. “Lo dejaremos para otro momento” le dijo su yo bueno a su yo maligno, amordazado en el suelo y pataleando.

- Por cierto, quiero que sepas que ayer pasé la mañana en tu pueblo, con tu padre.

Elizabeth se atragantó con el vino

- ¿¿¡Con mi padre!??

- Fui a pedirle tu mano Elizabeth – Se rió.

- ¿Y alucinó mucho? Joder Sammuel, yo ni siquiera sé cómo se llama tu padre y tú vas a casa del mío. ¿Cómo me tomo esto?

- Elizabeth quería hacer las cosas bien, esta vez va en serio. Cuando tú estés preparada, lo anunciarás en prensa, yo no voy a mover un dedo. Pero quería tener la bendición de tus padres, es lo correcto.

- ¿Y qué pasó?

- Al principio no me creyó. Luego, hablando de ti con él, me dijo que veía que te quería, que su único deseo era que fueras feliz y que conmigo veía que lo serías. Podría decirte que le gusté.

- ¿Te dijo que sí?

- Si

Elizabeth se quedó pensativa, pero a la vez contenta. Tendría que ir a ver a su padre antes de lo que imaginaba, estaría todo dolido por no habérselo dicho ella.

- Sammuel no vamos a discutir por el momento, pero te agradecería encarecidamente que me consultes las cosas antes de hacerlas tú por tu cuenta y riesgo, y más cuando me incumben a mí, ¿de acuerdo?

- Lo prometo nena. ¿Cuándo quieres que vayamos a dar la noticia a mi padre? Si quieres puedes ir a pedirle mi mano.

- ¡Anda ya!, ¡me muero!, podría ser el domingo, el sábado hemos quedado en casa de mi hermana.

- ¿Y tú si puedes hacer planes sin consultarme, cariño? Esto parece más una dictadura que un matrimonio.

Se rieron los dos. Sammuel se levantó y después de meter todas las cosas en el lavavajillas la cogió de la mano y la llevó a la cama

- Ven, vamos a tomar el postre como es debido

Cogió el bote de nata montada que había batido en el bol y metido en el frigorífico antes, la tendió en la cama y le puso la nata en los dos pezones, se los succionó despacio. Elizabeth gimió.

- Mmmm qué rica –Se relamió Sammuel –Me hubiera gustado ser más original, pero solo había nata, la próxima vez te untaré de foie o de sirope, ya veremos...Qué rica está mi Hudsonata...

Elizabeth rió y Sammuel le echó otro poco de nata en el ombligo, repitiendo la escena.

Otro poco en el cuello.

Le puso otro poco en los muslos y le abrió las piernas para ponerle más en el sexo. Cuando lo hizo, Elizabeth dio un saltito porque estaba frío. Se lo comió con mucho gusto y limpiando hasta el último hueco. La penetraba con la lengua despacio y con los dedos le masajeaba el clítoris, a la vez que con la otra mano le introducía un dedo por detrás, en su culito prieto, despacio, para que se fuera dilatando, un poco más cada vez, hasta que estuvo todo dentro. Ella nunca había practicado sexo anal, pero aquella sensación no la desagradó nada en absoluto. La verdad es que viniendo de Sammuel podría hacerle hasta el daiquiri.

- ¿Te gusta nena?

- ¡Sí!, ¡Sí! no pares Sammuel, por favor

Él se incorporó. Le indicó que se pusiera boca abajo, arrodillada contra la cama, pero no sacó el dedo de su trasero, es más, le introdujo otro lentamente hasta el final, estaba tan excitada que la hubiera podido penetrar por detrás, pero decidió que eso sería mejor dejarlo para otro día.

Estaba puesto de rodillas detrás de ella. La penetró despacio para que no sintiera demasiada presión, al tener los dedos en su interior también. Ella se retorció de placer bajo su pecho. Mientras, movía los dedos de una mano en el interior de su culo, y los dedos de la otra en su clítoris. Movía las caderas... Todo a la vez... En cuanto aumentó el ritmo...

¡¡¡Boom!!! En menos de 2 minutos Elizabeth dio un grito que escucharían hasta en el garaje.

- ¡Oh joder, ha sido el mejor orgasmo de mi vida!

Y él se derramó en su interior más que satisfecho.

- Espero que el primero de muchos nena.

Se quedaron dormidos exhaustos de tanto placer.

CAPITULO 45

Cuando se levantaron de la siesta, serían las 7 de la tarde y Elizabeth le dijo todo contenta

- ¿Sabes lo que siempre me ha gustado de la idea de tener novio?

- Dime niña caprichosa, lo que quieras lo tendrás.

Elizabeth se levantó de la cama y se puso una camiseta gigante de las suyas de estar por casa cómoda.

- Ven

Sammuel se puso los bóxer negros y la siguió. Le llevaba prácticamente arrastrando por toda la casa cogido de la mano. Llegaron hasta el salón y ella dio a un botón de un mando que había en la pared. Una pantalla gigante de televisión curvada empezó a descender del techo, ocupaba prácticamente una pared entera.

- Bonita tele.

- La compre porque se ven los partidos como si estuvieras en el campo, es una pasada.

- ¿Los partidos? Espero que seas del Madrid, claro.

Elizabeth cogió una manta de uno de los armarios sin hacerle ni caso y se echó en su sofá de piel.

Sammuel la miró con cara de chiste

- ¿Qué es lo que llevas tanto tiempo esperando para hacer cuando tuvieras novio? ¿Ponerte esa camiseta roñosa?

- Muy gracioso Roc, ven aquí y cállate ya.

Él se sentó a su lado y ella se le echó encima, tapándole con la manta. Sammuel la abrazó y la daba besos en el pelo de vez en cuando.

- Quería ver “Pretty Woman” abrazada a mi novio comiendo palomitas.

- Elizabeth, me sorprendes a cada minuto.

Estuvieron viendo la peli, que ella al menos había visto un millón de veces, y se quedó dormida en su pecho.

Sammuel se sintió tan dichoso que no podía ni respirar de tanta felicidad. Esa escena tan simple y cotidiana es todo lo que le pedía una mujer que lo tenía prácticamente todo. Y él se lo daría con gusto, eso y todo lo que estuviera en su mano.

Cuando se acabó la peli, puso un programa de chistes y monólogos que emitían en ese momento. Pidieron pizzas y se sentaron los dos frente a la tele partiéndose de risa.

- ¿Ves? Esto es lo que hace la gente normal, un día cualquiera. Y lo que yo no tengo tiempo de hacer nunca, ¿te puedes creer

que no había estrenado la tele?

- Si mi vida, pero te gusta tanto porque no lo haces nunca. Tú eres de la clase de personas que no podría llevar una vida monótona, normal. Necesitas emoción y sentirte viva. Estás hecha de otra pasta, como yo.
- Puede ser, sí. Pero no está mal ¿eh?, me ha encantado.
- Y a mí. ¡Cuando quieras repetimos! Qué fácil es hacer feliz a mi niña.

Se quedaron viendo la tele y al final se durmieron.

De madrugada Sammuel se despertó y la cogió en brazos para llevarla a la cama. Se echó a su lado abrazándola por la cintura y ella se acurrucó contra él, diciendo en sueños

- Te quiero.

Él sonrió como nunca, la besó en la sien y se durmió sintiendo que no podría haber nadie más afortunado en el mundo entero.

CAPITULO 46

Elizabeth quedó otro par de días a tomar café con Kelly porque le caía muy bien, a lo mejor podrían llegar a ser amigas. Aunque no le anunció el compromiso. El anillo enorme que llevaba en el dedo podría ser una evidencia, pero Kelly pensó que se lo habría comprado porque se le antojó, ya que no parecía, con ese diseño tan moderno y ese color violeta, un anillo de compromiso.

Tony le llamó para que le contara con todo tipo de detalles cómo había sido la pedida de mano. Le contó que Sammuel llegó a la tienda y preguntó por él. Solo quiso asesoramiento del jefe. Sin opciones.

- Me encargó el anillo más caro de la tienda cari, hecho a medida por supuesto, y con el diseño que él mismo había hecho. Lo traía dibujado en un papel. Ni yo había visto una pieza igual en mi vida. Es el diamante más violeta que existe en el mundo. ¡Y es tuyo!

- Me recuerda a sus ojos cuando lo miro, es precioso.

- Sin duda lo más bonito en joyas que he visto nunca. ¡Ni siquiera miró la etiqueta! Venía sabiendo lo que quería. Yo lo vivía todo como en un reportaje, para contártelo todo con detalle. Porque me dio corte grabarlo con el i-phone, si no, te lo hubiera grabado para mandártelo, fue digno de ver tía.

- Y tú encantado de pensar en tu comisión, con el símbolo del dólar en tus ojos claro, este mes te llevas un extra bien gordo ¿no?, me tendrás que invitar a una copa.

- Esto se merece una buena borrachera, ni copa ni leches, ¡la botella entera!, Aunque ahora que lo pienso, no me va a hacer ninguna gracia presentárselo a Mary, es como poner la tentación ante sus ojos, con lo feliz que está ella conmigo...Con solo pensarlo ya me estoy poniendo malo. Mejor escondemos a tu prometido y que ninguna lo vea ¿vale?

Se estuvieron riendo.

- Le pregunté si podíamos copiar el diseño, porque era increíblemente bueno, se vendería como rosquillas, pero tu maridito me dijo que no, ¡y se quedó tan a gusto el tío!, Ni un poco de vaselina ni nada, ahí a palo seco. No y punto.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

- Muy propio de él, si
- Como me vería la cara que puse de “¡Oh my God, qué maleducado!”, me dijo “el anillo ha de ser una pieza única, como mi mujer”. A todas las dependientas se le cayeron las bragas en ese momento, claro. Y a mi hasta me entraron ganas de aplaudirle. Me gusta tu hombre Elizabeth, es una apisonadora, pero contigo parece un osito de peluche, así que eso significa que le tienes pillado por los huevos. Creo que se cortó un poco al decirme la inscripción que quería, pero es lo más bonito que he puesto nunca en ningún sitio.
- ¿Qué inscripción?
- ¡Oh, venga ya! Lo que puso en el anillo
- No he visto nada
- No me lo creo, ¿le has dicho que sí sin ni siquiera leer lo que era el plato fuerte de la declaración? Ese hombre es mi ídolo. Léelo, y ya me contarás. Un beso amore.

Y la colgó el teléfono para dejarla un momento romántico a solas.

Elizabeth se quitó el anillo rápidamente para ver de qué le estaba hablando Tony y en seguida vio dentro del anillo a lo que se refería su amigo:

“AHORA SON TUYOS MI CUERPO Y MI ALMA. PARA SIEMPRE”

Suspiró y no se pudo concentrar en más cosas ese día.

Cuando llegó a casa, Sammuel estaba bebiendo una cerveza en la barra de la cocina con sus pantalones de deporte anchos grises y sin camiseta.

Sammuel miró en su dirección en cuanto escuchó la puerta y la sonrió. Ella avanzó hacia él seria, muy rápido, tirando el bolso por el suelo y quitándose el abrigo de la misma forma. En cuanto llegó a su altura le tiró la lata de cerveza al suelo también para abrazarle y besarle con desatada pasión. Se subió a horcajadas encima de él. Sammuel se incorporó agarrándola por el culo y fue avanzando con ella encima hasta que chocó contra la pared, donde hicieron el amor sin medida.

Una vez hubieron acabado, la bajó al suelo y le dijo todavía entre suspiros

- Nunca me hubiera imaginado que me fuera a gustar tanto que llegaras a casa nena

- Hola

- ¿Qué tal el día?

- Muy bien, deseando llegar a casa con mi compañero de piso sexy.

- ¡Qué envidia!, mi compañera es un coñazo

Ella le pegó en el brazo y se fue a poner cómoda. De camino a la habitación le dijo

- Yo también soy tuya en cuerpo y alma señor Roc, no sé cómo lo has hecho, pero así es.

Él se quedó allí con una sonrisa de idiota en su cara, que no pudo borrar el resto del día. Corrió tras ella e hicieron el amor sobre la cama unas cuantas veces el resto de la noche.

La semana transcurrió sin más. Tranquila y serena, dentro de lo que para ellos era “tranquilo y sereno”, claro, ya que no tuvo ninguna de las dos cosas.

Cuando Elizabeth estaba en la oficina le sonaba un whatsapp en el móvil:

“Todavía estoy pensando en tu culito con esa falda que te has puesto esta mañana nena. No veo el momento de arrancártela”

Ella contestaba

“No sea pervertido señor Roc, está usted trabajando. Aunque si le digo un secretito, yo también espero impaciente que me la arranque”

Él respondía

“Mi erección no me permite seguir trabajando.”

Apareció con la corbata medio desabrochada en su despacho, cerró la puerta tras él de un portazo, ante los ojos atónitos de Betty.

Lo único que se quedó puesto al llegar hasta donde estaba Elizabeth fue la corbata, a la que ella se agarró, atrayéndole

hacia sí, mientras se echaba en la mesa, con él encima.

Se besaron apasionadamente. El potente ejemplar que tenía encima paró de repente y se incorporó, poniéndose en pie delante de la mesa donde ella estaba recostada, respirando trabajosamente. Mirándola de arriba a abajo con las pupilas totalmente dilatadas, la cogió por la cintura y la arrancó la falda de cuajo, rompiéndola toda. Elizabeth gritó ante este salvaje arrebató. La empujó un poco contra la mesa haciendo que se tumbara de nuevo con el impulso. No dejó de mirarla a los ojos ni un instante. Se arrodilló delante de ella y le hizo un buen trabajito.

¡Menos mal que el despacho estaba insonorizado!

Menos mal también que Elizabeth siempre tenía ropa de cambio en su oficina, ahora se alegraba de ello.

- Ahora puede seguir trabajando señorita Hudson, si me disculpa.

Sammuel cerró la puerta tras de sí sin ni siquiera mirarla, y se fue por donde había venido, como si nada.

Así estaban todo el día.

Cuando se encontraban en casa estaban tan calientes de tanto mensaje erótico durante el día, que no les daba tiempo ni a llegar a la cama para amarse.

CAPITULO 47

El sábado llegaron a casa de Sarah al mediodía. Vivían en una zona residencial de chalets con jardín. Específicamente, en el 80 Hidden Valley Road, en Far Hills, en New Jersey, a 40 minutos del centro de Manhattan. Allí no había peligro para los niños y tenían parques y zonas verdes para jugar dondequiera que mirases y muchas mansiones.

Jack abrió la puerta y puso cara de pocos amigos al ver a Sammuel. Elizabeth avanzó, se interpuso entre los dos hombres y le dio un abrazo a su cuñado

- ¡Hola Jack, me alegro de verte!
- Hola preciosa
- Creo que ya conoces a Sammuel Roc. Sammuel, este es el marido de mi hermana, Jack. Es como un hermano mayor para mí.

Se miraron los dos desafiantes, pero Sammuel iba en modo redención, por lo tanto se abstuvo de decirle que no volviera a tocar así a su chica o le mataría. Así que puso una sonrisa suplicante, le estrechó la mano y le dijo

- Jack, por favor, acepta mis más sinceras disculpas, estoy avergonzado de mi comportamiento del otro día. Lo siento.

Jack le miró con recelo, pero por Elizabeth haría de tripas corazón. El tipo parecía sincero.

- Bueno Roc, te daré una oportunidad, por mi cuñadita. Tendremos que firmar la paz.
- Grac...

No había terminado, cuando dos enanos chillones aparecieron por detrás de la puerta corriendo y chillando

- ¡Tita Liz! ¡¡¡¡¡Titaaaaa!!!!!!

Elizabeth se puso de rodillas y ellos dos se echaron a sus brazos, venga a darle besos, locos de felicidad.

- ¿Pero estos niños qué comen?, ¡cada vez están más grandes por Dios Santo!

- ¡Yo como “musas” patatas fitas” tita!, -dijo Jack Junior (J.J)

- Y yo “muso socolate” ¡Mmmm, qué ico!- dijo Lizzi tocándose su tripita gordita

- Ya veo ya, pues hay que comer más pescado y menos chocolate princesita, sino ¡vas a tener un culo panadero!

Sarah apareció por detrás riéndose, mientras se limpiaba las manos en el mandil que llevaba puesto de lunares rosas, le dijo:

- Déjalos en paz Liz, ¡son niños!

- Pero van a tener el colesterol por las nubes

Sarah se partía de risa, hizo un gesto como dándola por imposible. Le dio a Sammuel dos besos, como si ya le conociera de muchos años, ella era así, una buenaza. Después a Elizabeth le dio un abrazo que casi la aplasta.

- Sarah perdóname por lo de la otra noche, por favor, me avergüenzo -le dijo Sammuel cogiéndola de la mano.

- No te preocupes Sammuel, se que estabas preocupado por ella, pero la próxima vez ¡te pegaré un tiro en el culo!

- Espero que no haya próxima vez, ¡no creo que mi salud lo soportara! –Dijo Sammuel riendo

- ¡Ni la mía querido!- Dijo Sarah poniéndose la mano en el corazón

Elizabeth le miró riéndose y él la dio un beso en la cara. Sarah y Jack se miraron uno al otro porque era la primera vez que veían a Elizabeth con un hombre, aunque Sarah ya los había visto en la discoteca, pero no fue muy romántico, y ni siquiera cruzó ninguna palabra con él.

Los niños se quedaron mirando a Sammuel con cara de miedo, y él enseguida se agachó delante de ellos y los dijo señalando hacia la puerta del jardín:

- A ver quién es el primero que llega al coche, ¡¡¡tenemos un montón de regalos!!!

Los niños corrían como alma que lleva el diablo hacia el coche

y Sammuel se puso a correr con ellos haciendo con que iba muy deprisa, pero en realidad los dejaba adelantarle, y los niños se partían de la risa con las caras que ponía.

Sarah y Elizabeth se miraron sonriendo.

- Parece que le gustan los niños...
- No conocía esta faceta suya -Dijo Elizabeth encogiéndose de hombros

Empezaron a sacar cajas del maletero y Lizzi le chillaba a su madre embargada de emoción:

- ¡Mami mami, han venido los Reyes Magos!
- Si, tu tía siempre sabe cómo haceros felices -Le susurró Sarah a Elizabeth

Llevaron entre todas las cajas al jardín, los niños no sabían qué hacer, estaban sobreexcitados. Abrían los paquetes y no terminaban de alucinar con lo que acababan de abrir, cuando ya estaban alucinando con el siguiente regalo. Saltaban, aplaudían, chillaban, reían...

- Mira los angelitos, les falta mearse encima - Observó Elizabeth tomando asiento, lo que hizo que Sammuel se sintiera molesto ante Sarah por ese comentario.

Los adultos los miraban desde el porche tomando una sangría fresquita. Sarah informó a Sammuel, excusando a su hermana:

- El truco de Liz es llenar el jardín de juguetes para que los niños la dejen tranquila el resto del día

Elizabeth hizo un brindis con la copa, lo que provocó que se rieran los tres. Pero Sammuel no se lo podía creer.

- ¿En serio? ¡Pero si me habías dicho que adoras a tus sobrinos!

- Si, los adoro, pero de lejos -Elizabeth hacía un gesto con la mano sacudiéndola, como si quisiera alejarlos de ella.

Sarah se partía de risa al ver la cara de Sammuel, cada vez más abochornado, que buscaba a alguien con la mirada que llevara la contraria a su insensible mujer. Jack decía que no con la cabeza, mientras no podía evitar el partirse de la risa

- ¿No juegas con ellos? ¿En serio?—Insistió Sammuel de nuevo
- ¡No! ¿Contento? ¡No me gustan! ¡Odio a los niños! -Dijo Elizabeth mirándole fijamente a los ojos y enseguida hacia otro sitio, para evitar esa mirada de desaprobación de él.
- Dime que estás bromeando Elizabeth —Sammuel no sabía si reír o llorar
- Ellos se lo pasan muy bien solos, no me necesitan para nada, míralos, los angelitos, ya empiezan a descuartizar los juguetes. Yo les estorbaría en su inmensa felicidad.

Sammuel la miraba con la boca abierta, cuando Jack los interrumpió divertido:

- Ahora ya los besa, cuando nacieron les tiraba los besos al aire, no fueran a mancharle la ropa con algún vómito. -Dijo Jack despreocupado, haciendo un gesto con la mano, como si eso fuera lo normal, claro que era lo normal en Elizabeth, ya se habían acostumbrado, ella los quería a su manera.
- No me lo creo, me estáis tomando el pelo —Soltó Sammuel al final, revolviéndose el pelo, que una mujer no tuviera debilidad por los niños no entraba en su concepto de un mundo perfecto...

Elizabeth soltó un bufido al verle tan sorprendido

- Si buscas una mujer para procrear querido amigo, sigue buscando. Con Elizabeth tu estirpe se extinguirá. Carece de instinto maternal, ¡ya te ha confesado que odia a los niños! —Le dijo Jack entre risa y risa, sirviéndole otra sangría.

Elizabeth estaba tan tranquila, sonreía a Sammuel con toda la naturalidad, pero él estaba cada vez más enfadado y no pudo guardarse la pregunta para cuando llegaran a casa. Se plantó de pie delante de ella, desafiándola y gruñó:

- ¿No piensas tener hijos Elizabeth?
- ¡Ni de coña!
- ¿En serio? —Iba a cogerla y estrangularla, estaba claro
- ¡Oh, venga ya!, ¿Necesitas algo de lo que encargarte que te ocupe tu poco tiempo libre?, ¿Qué lo ensucie todo?, ¿Qué te absorba la vida por completo?, ¡Pues cómprate un perro!... eso sí, te encargas tú de él ¡y en casa no entra! ¿eh?

- ¿¡Elizabeth Hudson, de verdad me estás diciendo que no vas a tener niños?! -Sammuel había levantado tanto la voz, que los niños hasta dejaron de desenvolver paquetes, girándose hacia ellos.

Antes de que pudiera contestarle y sabiendo la que se iba a liar allí si lo hacía, Sarah cogió a su hermana de la mano y se la llevó a la cocina.

- Ayúdame por fi hermanita, necesito tu opinión sobre el postre

- Pero...

- ¡Urgentemente! –Le gritó Sarah sacándola de allí a rastras

Al llegar a la cocina, Elizabeth se sentó en la encimera con los brazos cruzados y el ceño fruncido:

- ¿Pero vamos a ver, me meto yo con vuestro irrefrenable y absurdo deseo de joderos la vida teniendo niños? ¡No! ¿verdad?, Os respeto y me callo la boca. ¿Por qué os tenéis que meter todos conmigo por querer vivir mi vida sin esos...demonios destroza cosas? –Estaba al borde del ataque de nervios.

- Liz pero lo tuyo no es normal, debes entender que sea impactante para cualquier hombre enterarse de que su mujer no le quiere dar hijos.

- ¡Que los tenga él! ¿No te jode? ¡Y no soy su mujer! –Elizabeth se bajó de un salto y comenzó a andar nerviosa por la cocina.

La sola idea de verse embarazada la daba pavor. Sarah la sacó de sus cavilaciones, gritando:

- ¡¡¿Pero qué están viendo mis ojos?! ¿Y este anillo? –Corrió a mirarlo de cerca

- Sí, me ha pedido que me case con él, aunque se me están quitando las ganas...

- ¡No seas idiota! Además si ya te lo había pedido ¿no?

- Esta vez ha sido en condiciones –Dijo Elizabeth con voz de aburrimiento

- ¿Y qué has contestado? Me imagino que si estáis aquí...los dos...-Sarah la miraba con los ojos llenos de emoción ante la respuesta de su hermana, se lo quería oír decir con sus propios labios

- Muy lista Sarahi, eres un as atando cabos, cada día me asombra más tu astucia
- Vamos, suéltalo
- Síiiii, le he dicho que sí ¿contenta?
- ¡¡¡Ahhhhh!!!

Sarah se puso a dar saltitos por la cocina, aplaudiendo y emitiendo gritos agudos. Elizabeth no pudo evitar soltar la carcajada que estaba intentando contener, al verla haciendo el ridículo de esa manera

- Sarah por favor, cálmate, pareces una coneja loca –Se limpiaba las lágrimas de la risa
- Ya verás cuando se lo cuentes a papá y mamá, ¡van a alucinar!
- Ehhh, me temo que ya lo saben –Dijo Elizabeth quedándose seria de repente, arrugando la nariz, y esperando el inminente chaparrón
- ¿¿¿¿Qué???? ¿Y a mí no me lo has dicho? ¿Soy la última en enterarse? ¿La tercera en tu lista?
- La cuarta, Tony también lo sabe...- Susurró muy bajito con los ojos cerrados, rascándose la cabeza.

Sarah se cabreó y tiró el trapo de la cocina contra el fregadero, largándose rápido de allí, no sabía a dónde. Solo sintió la necesidad de tirar algo y andar enfadada, para que su hermana se diera cuenta del daño que la había hecho.

Su yo maligno silbó, mirando a su hermana con condescendencia. “Desde luego hoy estás que lo viertes guapa, y mira que es difícil cabrear a la coneja loca..., puedes salir al porche y cabrear también a Jack, así habrás hecho un pleno al 15”...

Elizabeth corrió tras ella, ignorando su lado perverso y la sujetó por ambos brazos, intentando retenerla.

- ¡Escúchame, Sarah! Sammuel fue a pedirle la mano a papá al pueblo, yo no sabía nada, todavía no he hablado con él. A mamá se la metió en el bolsillo cuando estuvimos allí, no tuvo ni que pedírselo, ella me arrojó a sus brazos encantada.
- ¿A papá? Dios mío, vaya huevos que tiene ¿Y qué le dijo? –A

Sarah le pudo la curiosidad, más que el cabreo

- Por lo visto le dijo que sí, pero quería que fuera yo a contárselo en persona. Tendremos que ir un día de estos.

- Me parece muy bien Liz, las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas. Un hombre que se precie, debe vestirse por los pies y a papá le habrá parecido muy bien el gesto. Así le demuestra respeto.

- Sí, Sammuel en el fondo es muy tradicional.

- ¿Y Tony qué? ¿También le dio tu mano? Eso ya me resulta más difícil de creer.

- A Tony le compró el anillo.

Sarah respiró hondo, comprendiéndolo todo al instante y se le pasó el enfado, tan pronto, que siguió dando palmaditas, grititos agudos y abrazando a su hermana. Parecía la fiesta de la gominola, pero se la estaba montando ella sola.

- Te prefería enfadada –Le dijo Elizabeth con cara de gato mojado.

Cuando las chicas volvieron a salir al porche, vieron que Jack y Sammuel estaban vestidos de indios, con la cara pintada, tirados por la hierba arrastrándose y los niños subidos encima de ellos, disfrazados de vaqueros, intentando atarlos.

Luego ellos se levantaban y los torturaban haciéndolos cosquillas. Después acabaron allí despanzurrados sobre la hierba los dos hombres, partiéndose de la risa con los enanos. Parecían divertirse.

- Mírale, es peor que Lizzi y JJ juntos –Dijo Liz señalando a Sammuel como si señalara un coche que acaba de estrellarse y estuviera siniestro total.

Continuó diciendo.

- Bueno, al menos parece que Jack y él han hecho las paces, ¿no?

- Eso parece, si. ¡Me gusta mi cuñado! Y parece que a los niños también –Le dijo Sarah como confesándole un secreto

Se miraron las dos y se lo dijeron todo con esa mirada.

Estuvieron casi toda la mañana las dos hermanas sentadas en el porche, hablando de cotilleos de la gente que iba al salón, y los chicos con los niños jugando.

De repente, vino Sammuel con los dos niños, uno de cada mano, que mirando a Elizabeth con cara de angelitos, la dijeron:

- ¡Titaaa! Queremos que te vengas a jugar con nosotros...por fiii, por fiii, titaaa...

- ¿Qué? ¡Pero si os estoy viendo que lo estáis pasando fenomenal sin mí!, id, que luego voy yo..., otro día.

- Venga titaaaa Liz –Dijo Sammuel poniéndola cara de gato de Shrek.

- Me las pagarás por esto, ¡pedazo de capullo! –Le amenazó Elizabeth con el dedo

- ¡Mamá la tita ha dicho capullo! – Gritó Lizzi tapándose la boca con la mano y señalando a la tía

- ¡Cállate chivata! –Le gritó Elizabeth, exagerando su enfado

Sammuel se partía de la risa. Elizabeth estaba totalmente en modo defensa y altamente ansiosa. La habían arrastrado hasta la casita de la piscina y estaba allí puesta en medio, mirando aterrada a su alrededor, mientras ellos escondidos, tramaban algo.

Jack se situó junto a Sarah en el porche, estaba tensa, la rodeo con el brazo por los hombros, observando a su cuñada, a la espera de que se liara parda.

Se mascaba la tragedia.

Samuel gritó a los niños desde detrás de la casita de la piscina:

- ¡¡¡Ya!!!!

- ¡Vamos a capturar a la tita Liz, se va a enterar de lo que son los indios apaches! –Gritaba J.J.

- ¡No, somos los comanches! –Dijo Lizzy

- ¡Al ataqueeee! –Gritó Sammuel todo emocionado mientras avanzaba corriendo hacia Elizabeth, con los niños tras él.

Elizabeth levantó una ceja cuando fue consciente de que corrían hacia ella. Los niños empezaron a correr a su alrededor, poniéndola cuerdas en los pies y manos. “Tranquila, no saben hacer nudos”, se

decía mentalmente.

Al rato desaparecieron los tres en la casita de nuevo. Se empezaba a poner nerviosa allí pseudoatada de pies y manos.

Escuchó algo dentro... miró...

Antes de poder darse cuenta, ¡Un arsenal de pintura se abalanzaba sobre ella disparado por pistolas de agua!...

Sammuel se tiró al suelo con los brazos rodeándose la tripa, le fallaron las piernas por la risa que le provocó ver su cara de pánico. Allí en medio del jardín gritando enloquecida:

- ¡¡¡¡Paaaaraaaadddd!!!! ¡Me cago en la pu...! ¡¡¡¿Sabéis cuánto vale este vestido?!!! ¡Por el amor de Dios! ¡Vuestra madre va a tener que trabajar gratis un año entero! –Gritaba tanto que se le iban a romper las cuerdas vocales, mientras intentaba esquivar los disparos de pintura de los niños

Cuando las pistolas se vaciaron por completo, los niños dejaron de reírse al contemplar la estampa de Elizabeth multicolor, respirando con dificultad, mientras se quitaba la pintura del pelo con violencia. Claramente los quería matar.

- Tito Samu, la tita se ha enfadado mucho, no se ha reído, como dijiste que iba a hacer -Le dijo JJ subiéndose a sus brazos, mientras Lizzi se escondía tras su pierna, agarrada al pantalón.

- ¿Y “ahoda” qué “paza” tito? –Se asomó Lizzi por su entrepierna.

Allí los tenía a los tres, mirándola con cara de miedo. En un día, en un solo rato, Sammuel los había puesto en su contra ¡Y no podía permitirlo!

De repente, Elizabeth cogió carrerilla y se tiró a la piscina tal cual estaba, agarrándose las rodillas entre sus brazos y gritando

- ¡Bomba va!

Llenó todo el agua de la piscina de colorines. Al sacar la cabeza del agua multicolor, empezó a salpicar a los tres personajillos que tenía allí petrificados mirándola, los niños no sabían si reírse, o salir corriendo despavoridos.

- ¡Vamos! ¿No erais tan valientes los indios comanches? A ver quién se atreve a hacer una aguadilla a la tita –Dijo Elizabeth

riéndose

Los niños se tiraron a sus brazos en una milésima de segundo, vestidos también. Los tres se salpicaban unos a otros y los niños se subían encima de ella, que se partía de risa. Sammuel se quedó admirando desde fuera lo bien que se la veía ejerciendo de mamá. Es solo que tenía miedo a que los niños la rechazaran por ser aburrida, o la dijeran algo indebido, como que de dónde venía la cigüeña y cosas por el estilo, pero una vez que había roto el hielo, ¡era el alma de la fiesta!

Los niños la adoraban.

Sammuel se incorporó a la juega con un bañador que le prestó Jack, el cual no salía de su asombro de ver allí a Elizabeth metida en la piscina, llorando de la risa con los niños cogidos. Y su traje de Channel flotando por el agua.

- Si no lo veo, no lo creo –Murmuraba Jack boquiabierto
- Nuestra Liz está cambiando cariño, y creo que ese hombre tiene mucho que ver –Le dijo Sarah orgullosa

Estuvieron jugando a un montón de cosas los cuatro en el agua. Jugaron con las pelotas, las colchonetas, toboganes...

Cuando Lizzi y JJ tuvieron hambre, se salieron sin decir nada, y se fueron corriendo a la casa para que su madre los diera la comida.

Sammuel cogió a Elizabeth de las piernas y la hizo una aguadilla. Cuando salió de nuevo a la superficie, estaba tosiendo porque tragó agua

- Tienes tu merecido por hacerme creer que no iba a ser padre
- Roc no me busques...

Y la volvió a meter la cabeza en el agua.

Cuando salió se besaron, si le entretenía no la hundiría.

- Menos mal que no te gustaban los niños, ellos te adoran tita Liz. Los pobres estaban deseando que los dijeras cualquier cosa, pero esto ha sido más que en sus mejores sueños, ¿los has visto la carita?
- Siguen sin gustarme Roc, no te hagas ilusiones.

La cogió por el culo y ella le rodeó con las piernas alrededor de su

cintura. Para hacerle sufrir se restregó un poquito por su durísimo miembro.

- No seas mala Elizabeth, que te empotro contra la pared de la piscina y te doy tu merecido
- No serías capaz, ¡hay niños!

La miró con cara de depredador y ella se soltó corriendo. Se subió por la escalera para salir fuera, pero Sammuel la detuvo enseguida:

- Ni se te habrá pasado por la cabeza salir así del agua, ¿no?
- ¿Así como?
- ¡¡¿¿Así cómo, dice??!! ¡Vas con un tanga enseñando todo el culo!
- ¡Pero si Jack es como mi hermano!
- ¡Los cojones hermano! De aquí no sales hasta que tu hermana traiga una toalla
- ¡Detenme!

Y salió por la escalera tan tranquila, confiada porque él estaba al otro lado de la piscina, sin darse cuenta de que había avanzado de tres brazadas ¡todo el largo de la piscina! La cogió por un tobillo y la tiró hacia atrás, haciéndola caer de espaldas al agua.

Elizabeth salió soltando sapos y culebras por la boca y Sammuel la volvió a sumergir en el agua, ella le pegaba puñetazos que él ni sentía, encima estando debajo del agua...

- ¡Eres un maldito cromañón Roc! –Pudo decir cuando consiguió alejarse de él, y de la escalera
- ¿A ti te gustaría que yo viera el culo a tu hermana?
- No es lo mismo, ¡Jack es de la familia y no me mira con los ojos sucios con los que me miras tú!
- Es un hombre Elizabeth, y no deberías hacerlo por él, ni siquiera por mí, ¡deberías hacerlo por tu hermana!
- ¿Y mi hermana qué tiene que ver en esto?
- ¿Crees que a ella le va a gustar ver cómo su marido mira tu culo respingón de soltera pasearse delante de su cara?
- ¡Sammuel estás enfermo! –Le gritó cabreadísima
- Pregúntaselo si quieres. Solo piensas en ti, deberías tener un

poquito más de tacto con la gente que está a tu alrededor. Eres una egoísta.

Él se salió de la piscina, dejándola con la palabra en la boca y se fue hacia la casa sin ni siquiera mirarla, cruzando los dedos para que no saliera tras él, que sería lo normal que hubiera hecho, solo por fastidiarle.

Cuando estaban preparando la barbacoa, Sarah preguntó a Sammuel dónde estaba su hermana y él con una sonrisa de oreja a oreja y revolviéndose el pelo con una mano, incrédulo ante la idea de que Elizabeth hubiera tenido en cuenta su “consejo”, la dijo:

- ¡No me lo puedo creer!

Salieron los tres a la piscina de nuevo y allí estaba ella, metida en el agua con cara de circunstancia. Miró a Sammuel con los ojos entrecerrados, se palpaba la tensión a kilómetros.

Sarah no daba crédito, le dijo:

- ¿Pero qué haces ahí todavía Liz?

- Mi prometido no me deja enseñar el culo, así que estaba esperando a que me trajera una toalla, pero ya veo que al pobre se le habrá olvidado (y carraspeó) pedírtela.

- Como te he visto tan a gusto en el agua, pensé que te querías quedar más tiempo. –Dijo Sammuel divertido, provocándola

- ¿Toda la tarde, cariño? – Le miró Elizabeth con cara de odio a muerte

Así que con un par de ovarios, salió de la piscina como Dios la trajo al mundo, ni siquiera llevaba el tanga y el sujetador, mirando a su anonadado futuro marido fijamente a los ojos.

Jack se dio la vuelta inmediatamente, no la vio ni un pecho. Sarah no pudo aguantarse la risa y cogió a Jack por el brazo, llevándoselo al patio de delante para seguir con la barbacoa los dos.

Sammuel cogió a Elizabeth en brazos, sin ni siquiera darle tiempo a salir completamente y la metió en la casita de la piscina

- ¡Te voy a dar tan duro que vas a recordar tu osadía unos cuantos días, descarada!

- ¡Suéltame gilipollas, lo has hecho a propósito!

Sammuel la soltó en el suelo y se bajó el bañador todo en uno, antes de que la diera tiempo de rechistar, ya se la había metido hasta el fondo, ella gritó de puro éxtasis. Y se agarró a la mesa que era lo que tenía más cerca.

Él la tenía agarrada por la cadera con una de sus poderosas manos y con la otra le acariciaba su hinchado clítoris, al ritmo salvaje de sus acometidas.

Cuando Elizabeth estaba a punto de terminar, Sammuel se salió de ella de repente y la dejó jadeando encima de la mesa:

- ¡¡¡¡Nooooooo, Sammuel por favor déjame terminar!!!!
- La próxima vez que me desobedezcas intencionadamente y me dejes en ridículo delante de la gente, vas a ver lo que soy capaz de hacer Elizabeth, me estás retando y no quiero perder los papeles delante de tu familia, pero juro por Dios que si hubiéramos estado solos..., ni quiero pensar lo que te hubiera hecho.

Él terminó corriéndose dos segundos más tarde, ayudado por su mano, mirándola fijamente. Elizabeth se quedó más caliente, si cabe, al verle masturbarse delante de ella, derramando en su entrepierna la caliente semilla. Casi tuvo un orgasmo tan solo con la imagen de su mirada violeta, ardiendo de puro deseo por ella. La tuvo en su cabeza el resto del día, por no decir el resto de su vida.

Salieron los dos de la casita, Elizabeth con un chándal que le dejó su hermana y un cabreo monumental, era la primera vez que la castigaban sexualmente y ese castigo de dejarla frustrada, la había dejado tan desorientada que tenía ganas de romper cosas. Jack el Destripador a su lado era un osito de peluche en esos momentos.

Entraron dentro de la casa, se sentaron en la mesa del salón los cuatro adultos a comerse la barbacoa, mientras los niños dormían la siesta.

Sarah le contó a Sammuel cómo había montado “Sharones” y cómo conoció a Jack. Se gastaban bromas los dos y él se reía. Era una pareja tan consolidada y con tanta complicidad, que a Sammuel le daba hasta envidia. Se les veían muy felices, y de verdad lo eran.

Terminaron la comida, recogieron las cosas entre todos y se sentaron en el sofá, para tomar el café con el postre en la mesa baja.

Lo mejor de todo, fue cuando Sarah apareció con una bandeja donde llevaba el postre, el café, ¡Y los álbumes de fotos de cuando eran pequeñas!

Elizabeth no sabía dónde meterse al verlos y Sammuel no cupo en sí de gozo.

- Oh Sarah, ¿pero qué te he hecho yo para que me castigues con esto? ¿Tan mala he sido contigo? ¡Joder hoy hasta he jugado con las bestias! ¡Y me he disfrazado de maruja con... (se miró el chándal con cara de asco)...esto –Dijo Elizabeth visiblemente molesta.

Sarah le hizo un gesto con la mano como diciendo “basta ya”. Elizabeth le cogió los álbumes de las manos para llevárselos arriba de nuevo, pero Sammuel la detuvo a medio camino y le dijo con un tono demasiado amoroso:

- De eso nada mi vida, me he perdido 26 años de tu vida, tengo derecho a verte cuando eras un bebé, ¿no?

- No acabo de estar del todo de acuerdo mi palomito (lo dijo con retintín), ¡no necesitas ver esto!

- ¡No seas tonta Elizabeth, eres una aguafiestas! –Les interrumpió Sarah

Y se los volvió a quitar de las manos a su hermana pequeña, esta vez de una forma más enérgica. Elizabeth supo que tenía esa batalla más que perdida, eran tres contra uno, y se fue a por una copa gigante de whisky a la cocina.

Cuando volvió al salón, Sammuel y Sarah estaban sentados juntos en el sofá. Ella le contaba toda emocionada lo que era cada foto, y él estaba absorto en cada detalle que le decía. Parecía que quisiera grabar cada una de las fotos en su cerebro, con su correspondiente explicación.

- Esta foto... ¡me encanta! –Sammuel la cogió, parecía un niño con un coche nuevo, con la cara de felicidad y todo.

En ella salía Elizabeth de cuerpo entero con 18 meses, toda gordita con un vestido violeta cortito que le hizo su madre a medida, se le veían los pololos de ganchillo por debajo, apretando sus muslitos llenos de minimichelines. Tenía el pelo naranja rizado y miraba a

la cámara con una sonrisa pícaro que mostraba sus hoyuelos, por aquellos entonces más pequeños, con sus brillantes ojizos verdes, que casi no le cabían en esa carita tan pequeña.

- Ten Sammuel, es tuya –Se la dio Sarah
- ¡Gracias Sarah! Es muy especial para mí –Dijo mirándola con adoración

La guardó en su cartera rápidamente no fuera a aparecer una mano que se la arrebatara. No quiso decir nada, pero esa foto le hizo imaginar cómo serían sus hijos si se parecieran a su madre.

De repente, pasaron unas páginas, y Sammuel soltó un “¡ay Dios!”, tirándose hacia atrás en el sofá, tapándose la cara con las dos manos, casi no podía respirar de la risa. ¡A carcajada limpia! No sé cómo no se despertaron los niños

- Oh Dios mío, ya hemos llegado a mi época dorada.

Elizabeth le dio un lingotazo al whisky, terminándose hasta la última gota.

La foto era tamaño más grande de lo normal, alguien la habían ampliado, sería la graciosa de su madre. Ella estaba posando en el salón del pueblo, es decir, paletito total, con muebles de la época de Luis XV. Tenía 15 años, plena edad del pavo con sus respectivos granos. Llevaba una camiseta de Iron Maiden, más bien ajustada, que Sammuel reconoció como uno de los vestidos gigantes que actualmente se ponía para estar por casa y también para pasear por París. Tenía un aparato en los dientes y el pelo corto como un chico... ¡No tenía desperdicio!

- ¡No me creo que sea ella! ¡Es imposible!- Gritó Sammuel entre carcajada y carcajada, señalándola con el dedo.
- ¡Sí que es ella!, ¡Todos creíamos que era lesbiana!
- ¡Joder, no me extraña!

Sammuel y Sarah lloraban literalmente de la risa. Elizabeth los miraba completamente seria, los ojos entrecerrados, con la mirada de una pantera antes del ataque a su presa.

Al fin habló:

- ¡Oye par de idiotas! Cortaros un poco, ¿vale?
- Dios Elizabeth, tu madre no ganaría para comida –Intentaba

vocalizar Sammuel en medio de la risa, limpiándose las lágrimas de los ojos

Seguían partiéndose de risa. Jack al final se unió a la fiesta, no pudo evitar decir:

- ¡Eras un orco cuñada! ¡De los gordos!

Sammuel y Sarah se miraron y rompieron de nuevo a reír, casi sin aliento.

- ¡¡¡De los gordos!!! ¡¡Qué buena!! –gritaban. Realmente se iban a asfixiar...

Elizabeth no se aguantó más, se levantó y en un segundo descuartizó la foto. ¡La hizo mil pedazos!

Jack se quedó boquiabierto. Sarah y Sammuel dejaron de reírse de golpe, parados, no sabían qué hacer. Elizabeth se volvió a sentar donde estaba, haciendo un cruce de piernas súper sexy, para dejarle claro a su querido prometido que ya no era esa persona, y les dijo:

- ¡Ahora os vais a reír de vuestra puta madre!

Se quedaron mirándola los tres boquiabiertos, hasta que Sarah rompió el silencio volviéndose a partir de risa otra vez, escupiendo todo el pastel que se acababa de meter en la boca por el comedor, diciendo:

- ¡Con qué ganas lo ha roto! ¿La has visto Sammuel?

- ¡Lo ha hecho con tanta saña que ha llenado el salón de trocitos! –Decía Jack

Sarah se agarraba la tripa de la risa, y de verla, Sammuel, que intentaba mantenerse serio, en solidaridad con su novia, estalló de nuevo y Elizabeth, al final, no pudo más que reírse también, ante semejante espectáculo.

- Vaya dos gilipollas estáis hechos

Estuvieron riéndose los cuatro como media hora sin parar. Llorando a lágrima viva.

A media tarde se despidieron.

- A ver si venís más a menudo, ahora que has visto que los niños no muerden

- Ya veremos, cuando tenga planeada una venganza a la altura

de las fotos

Los niños se abrazaron y besaron al “tito Samu” con muchas más ganas que a la “tita Liz”, y se quedaron todos tristes cuando se alejó en el coche, diciéndoles adiós con sus manitas desde la valla del jardín.

- Se hacen querer esos diablillos. -Le dijo Sammuel a Elizabeth
- Gracias por este día
- Sabía que en el fondo eras una madraza tita Liz, solo había que liberarla de su coraza -La dijo Sammuel sin mirarla, mientras conducía, con una medio sonrisa
- ¡No te pases! Solo me he tirado a la piscina para llenársela de pintura en venganza por mi traje, nada más
- Claro, claro... Lo que tú digas cariño
- Nunca pensé que lo diría, pero hasta me da pena irme

Sammuel sonrió orgulloso.

CAPITULO 48

El sábado por la noche, sobre las 8 ya estaban arreglados.

Elizabeth se puso un vestido de tirantes color verde esmeralda, con corte debajo del pecho, atado con un fajín violeta y mucho vuelo en la falda, hasta la rodilla, con unos zapatos de tacón a juego y el pelo semi-recogido, que caía en una cascada de rizos rojos a lo largo de su espalda. Estaba espectacular.

Cuando Elizabeth salió al salón y vio a Sammuel con un traje de chaqueta negro, la camisa gris perla y la corbata violeta a juego con el fajín de su vestido, se quedó impresionada por lo guapo que estaba. También pensó “Este hombre tiene más ropa que yo” y “¿Cuándo ha sabido lo que me iba a poner, para ir a juego?” y “¡Es solo mío!”, todavía no estaba claro qué frases dijo el yo maligno ni el yo bueno, empezaban a convertirse uno en el otro.

Él la miró con su mirada de depravado sexual total, con las pupilas dilatadas. Se acercó a ella por detrás y le acarició lentamente, las caderas, el estómago, le rozaba sutilmente el cuello con su nariz, subiendo el vestido poco a poco, la cara interna de los muslos. Le dio

un beso en la nuca, que erizó todo el bello de ella, e hizo que soltara un gemido involuntario... Le acarició el clítoris como a un capullo de rosa que se fuera a romper, con delicadeza, lento, muy lento. Elizabeth estaba ya empapada. Se retorció entre sus brazos. O paraba o ¡se arrancaría el vestido ella misma! Sammuel le dijo al oído con su voz ronca de cautivar a la víctima.

- Nena, porque llegamos tarde, pero me están entrando unas ganas de arrancarte ese vestido...En cuanto volvamos a entrar por esa puerta, voy a hacer que grites mi nombre.
- Oh Sammuel no me dejes así. –Gimió ella desesperada.

Sammuel la introdujo un dedo lentamente y con la otra mano siguió acariciándola, ejerciendo la presión justo donde debía hacerlo. Era consciente de que debía parar si no querían llegar tarde, pero una fuerza arrebatadora le impedía detenerse. A Elizabeth le flaqueaban las piernas de tanto placer, menos mal que él la sujetaba entre sus poderosos brazos. Ella le tenía agarrado por el pelo con sus manos.

- Nena no puedo negarte nada, me vuelves loco.

Un ruido en la puerta los hizo separarse de un salto, era John, que llamaba al timbre, deberían irse o llegarían tarde. John sabía que estos dos como se desvistieran, ya no saldrían de allí, así que decidió interrumpirlos.

Sammuel se chupó el dedo mirándola con lascivia cuando salían por la puerta, a ella le dio un vuelco su entrepierna. Ahora estaría toda la noche caliente.

Iban a cenar a casa del padre de Sammuel e iba a conocer a su familia. Elizabeth estaba nerviosa, aunque no lo quisiera reconocer, le importaba que la aceptaran. Todos los suyos habían acogido a Sammuel con cariño y si no hubiera sido así, estaría mal. Por eso quería causar la misma sensación en el lado de él. Y seguro que llegando tarde y despeinada, no iba a conseguirlo.

Bruce los llevó en el Mercedes Starling de Sammuel. Llegaron al control de seguridad y Bruce sacó una tarjeta de residente, que un guardia pasó por una máquina digital y se abrieron las barreras. Después, el siguiente guarda les pasó un lector de rostros digital a todos.

Entraban en un mundo aparte. Aquellas mansiones eran obras de arte

por sí mismas. Había parques de kilómetros, campos de golf, pistas de todo tipo de deportes, ¡hasta para hacer skí!

La mansión del padre de Sammuel parecía más un castillo medieval que una casa. Había hasta un torreón. Elizabeth se sintió un poco abrumada. No sabía el motivo, pero siempre se imaginó al padre de Sammuel como un hombre sencillo, y desde luego esa casa no era nada sencilla.

Bruce aparcó en la parte delantera, donde un mayordomo ya entrado en años los recibió amigablemente, pero sin perder las formas

- Buenas noches señor Sammuel, me alegro de verle
- Buenas noches Henry, te presento a mi prometida, la señorita Hudson, a partir de ahora podrá entrar y salir de la casa como quiera, ¿de acuerdo?
- Es un placer señorita Hudson, estaré encantado de servirla en lo que desee.
- Encantada igualmente, gracias –Dijo Elizabeth un poco cortada

Mientras los acompañaba al salón, Sammuel le preguntó por su padre. Henry hablaba de él más como de un amigo, que como de su jefe, así que Elizabeth supuso que llevarían muchos años juntos.

- Su padre tiene días, señor Sammuel, ya sabe lo cabezota que es. Reñimos con él constantemente para que tome la medicina, pero se niega. Así estamos. Por lo demás, bien. Esperando la jubilación con ganas, a ver si así se sosiega un poco y deja de darnos sustos.

Sammuel le puso la mano en el hombro para darle ánimos. Ese gesto con los sirvientes le hizo más cercano a los ojos de Elizabeth. Ella nunca hubiera tocado a ninguno de sus empleados.

Al entrar en el gran salón, un hombre de unos 29 años, estaba de pie con una copa de vino en una mano y la otra metida en el bolsillo. Era altísimo, moreno como Sammuel, pero más delgado, aunque con los hombros muy anchos, tenía el pelo bastante más largo también, ondulado, peinado hacia atrás.

- ¡Eh capullo! –Siseó Sammuel sonriendo

Ian se giró al oír la voz de su hermano mayor. Tenía una sonrisa

blanquísima perfecta, los hoyuelos de su hermano también y unos ojos de un azul intenso preciosos.

“Estoy rodeada de Adonis”, pensaba abanicándose acalorada su yo bueno.

Sammuel fue hacia su hermano y se dieron un abrazo de oso, ¡hasta Ian le intentó levantar del suelo! Cuando se separaron los dos, se quedaron mirando a la espectacular mujer que estaba tras ellos, hecha un manojo de nervios, cosa que no le había pasado nunca. A ella le estaban entrando ganas de gritarles “¿Podéis dejar de hacer el payaso y comportaros como es debido?”

- Ian te presento a Elizabeth Hudson, mi prometida.
- Guau hermanito, ¡vaya pivón! No me extraña que hayas corrido a pedirle matrimonio, si la hubiera visto yo antes...
- ¡Más quisieras! No le hagas caso Elizabeth, es un bromista sin remedio.

Elizabeth se puso roja como un tomate, pero la cara con la que le miraba su futuro cuñado no era de estar muy de broma. Se notaba que el macho alfa en la sala seguía siendo Sammuel, pero en cuanto éste se retirase, en cualquier sitio del mundo, desde luego, no cabría duda que Ian lo sería, sin problema.

La tomó la mano y se la besó con muchísima delicadeza, sin apartar su mirada aguamarina maliciosa de los ojos de ella.

- Es un auténtico placer conocerla señorita, estoy a sus órdenes para... lo que desee...-La prometía noches en vela con esa mirada.
- Ian al final me vas a cabrear, en serio –Le gruñó Sammuel, que atrajo a Elizabeth por la cintura, apartándola de su hermano –¿Y papá?
- Ahora baja, el viejo se está arreglando como para una boda. Está nervioso ¿Sabes que este energúmeno nunca nos ha traído a una chica a casa Elizabeth? –Cada palabra que pronunciaba, a los oídos de Elizabeth, sonaban como letanías calientes. ¿Se estaría dando cuenta Sammuel también o serían imaginaciones suyas?

El mayordomo la acercó una copa de champagne, pero ella cogió la copa de whisky que estaba al lado en la bandeja, que seguramente

sería para Ian, ya que Sammuel raramente bebía. Ian se quedó embobado mirándola y ella le sonrió inocente.

- El champagne no me convence –Dijo ella a modo de excusa, encogiéndose de hombros ante el escrutinio de Ian.
- Una chica mala... cada vez me gustas más, preciosa - Ian olvidó por completo que su hermano estaba a su lado, le salió del alma.
- Ian ¿quieres que vayamos a que te parta la cara y después ya vienes relajadito, para que seas capaz de poder comportarte como esta señorita se merece? ¡Es el último aviso, imbécil! – Esta vez Sammuel se le acercó más en serio.

Como Ian no se achantaba y a Elizabeth no le apetecía que esos dos hombres se pegaran una paliza el mismo día de la presentación familiar, los interrumpió con lo primero que se le ocurrió.

- No sabía que era la primera chica en venir a tu casa, pensé que Jackeline ya había venido...
- ¡Vaya!, ¿te lo ha contado?, -Interrumpió Ian, echándole una mirada extraña a Sammuel -entonces esto va más en serio de lo que me creía hermanito.
- No sé qué parte de la palabra “prometida” no has entendido Ian –Le reprendió Sammuel muy serio, pero haciéndole una mueca rara a su hermano que Elizabeth no logró comprender ¿Qué le ocultaba?

Ian prosiguió, ignorándole

- Esa fue una tontería de juventud, más bien un error ¿no crees Sammuel? Yo me refería a que nunca nos ha traído a una chica en serio. Por cierto, no se te ocurra hablar de esa furcia delante de mi padre, si no quieres que le de un infarto.
- Ian creo que si cerraras el pico estarías más guapo. -Le fulminó Sammuel con la mirada y su hermano cambió de tema de inmediato. “Sí, definitivamente algo se traen entre manos con el temita de Jackeline”
- Bueno Elizabeth ¿qué tal va el negocio? Tu empresa es una de las que más factura cada año, y la tercera más importante del país, puedes estar orgullosa –Le dijo Ian desenfadado

- Pues no me puedo quejar para nada, gracias –Contestó modesta

- H.E. me interesa bastante, y viendo a la dueña..., más todavía. Le quiero dar una imagen moderna y sofisticada a la empresa de mi padre, para eso necesitaré tu ayuda –Continuó Ian, guiñándola un ojo sin que Sammuel le viera hacerlo.

- Estaré encantada Ian, podemos trabajar en ello, ya lo estudiaremos –Dijo sin darse cuenta realmente de los derroteros que tomaba la conversación.

- En cuanto el viejo me ceda el mando, iré a hacerte una... visita, así podremos... trabajar los dos juntos, sí –Lo dijo con un tono y una mirada, que hizo que Elizabeth diera un respingo y se le saltaran los colores.

Si hubiera sido alguien de la calle, le hubiera soltado alguna burrada en el mismo momento en que pronunció la palabra “pivón” refiriéndose a ella, pero tenía que representar el papel de delicada doncella delante del hermano de su novio... ¡Uffff, qué difícil iba a ser esto!

Sammuel se los imaginó de repente a los dos fornicando salvajemente encima del escritorio de Elizabeth, que tan bien conocía, y la ira invadió sus entrañas. No fue consciente de que había llevado a su hermano a rastras a través de toda la casa, y se había quitado la chaqueta por el camino, tirándola al suelo, hasta que no estuvieron frente a frente en el jardín. Sólo veía negro.

- Te lo he advertido maldito bastardo, ¡no te pases con mi mujer o te parto la cara!

- ¡Vamos Sammuel! Solo estaba jugando un poco para ver qué clase de mujer era, me importa quién está con mi hermano

- ¡Y una mierda! Te conozco y conozco esa mirada, ¡vuelve a hacerlo y te mataré!

- ¿Y qué pretendes que haga si traes a una mujer así? ¿Me vendo los ojos?

- ¡Los ojos no son lo que te tienes que vender maldito cabrón! ¿No hay mujeres guapas en el mundo Ian? ¿Tienes que tocarme los cojones ligando con la mía, haciéndola sentir incómoda?

- ¡No la veo yo muy incómoda, más bien, está en su salsa, viendo cómo dos hermanos se pelean por ella!

¡¡¡¡ZACA!!!! Un puñetazo en toda la cara.

- ¡¡¡¡Sammuel no!!!!

Elizabeth apareció por detrás de él y corrió a detenerle, le abrazó, le intentaba agarrar los brazos, pero él se zafaba, no conseguía nada, Sammuel ya estaba en modo combate y había elegido a su víctima, que se levantaba del suelo escupiendo sangre y tocándose la nariz incrédulo.

- ¡Me has roto la nariz maldita bestia! –le recriminó Ian tambaleándose
- Levántate y verás las demás cosas que te rompo, hijo de...

Una voz tras ellos interrumpió el espectáculo

- ¡¿¿¿Pero se puede saber qué está pasando aquí??!!

Todos se giraron hacia la puerta y un hombre muy parecido a Sammuel, pero en versión madura, con el pelo totalmente canoso, se dirigía hasta ellos con paso firme, rápido y el ceño fruncido mientras se metía en medio de los dos gladiadores:

- ¡Hacéis que me avergüence de ser vuestro padre! ¿Qué os he enseñado en todos estos años? ¿A pelearos como dos gallitos delante de una dama? ¡Disculparos inmediatamente!

Ellos dos se miraron con cara de odio, Ian parecía más calmado, eso era cierto. Miró a Elizabeth y la dijo bajando la cabeza:

- Señorita Hudson, por favor, le ruego acepte mis más sinceras disculpas por mi lamentable comportamiento, no volverá a suceder, le doy mi palabra.

Le hizo una reverencia y se retiró escaleras arriba, sin ni siquiera mirar a su padre ni a su hermano.

- Papá lo siento.

Sammuel estaba realmente arrepentido por lo sucedido, su padre llevaba ilusionado con esta presentación desde que anunció que se casaba de nuevo. En el fondo, pensaba que Sammuel iba a ser un llanero solitario, y con la aparición de esta mujer, a lo mejor tenía una oportunidad de ser feliz y darle un heredero, claro.

Desde luego Sammuel no estaba ni un ápice arrepentido de haber puesto a su hermano en su lugar.

- Señorita Hudson por favor, disculpe a mis hijos, Ian es joven y de vez en cuando hay que recordarle los buenos modales. En cuanto a la impetuosidad de Sammuel, bueno, me imagino que ya lo conoce.
- No se preocupe señor Roc, estoy bien.
- ¿Señor Roc?

Sammuel y su padre se miraron, claro, es verdad que Sammuel no había hablado con ella casi nada de su familia, cuando ella le preguntó no quiso contestarla porque no era el momento y ahora se veía en un apuro. No le dijo que él llevaba el apellido de su madre, Roc.

Elizabeth miró a los ojos al padre de Sammuel, desconcertada, ya que hasta entonces estaba de perfil y no le había visto bien. Entrecerró los ojos al verle, apuntándole con el dedo, amenazadora, le gritó:

- ¿¿Usted?! ¿¿El señor Williams?? ¿¿¡En serio??!!
- Para servirla señorita Hudson.

Le tendió la mano para coger la suya y darle un beso en ella, pero Elizabeth la retiró rápidamente

- ¡Y una mierda! ¡Viejo cabrón! –Gritó ella

No le dio ni la mano ni nada, salió escopetada hacia la salida sin ni siquiera mirar a Sammuel, que miró a su padre alucinado y le dijo llevándose las manos a la cabeza

- ¿Pero qué coño pasa papá?
- Ve tras ella hijo, ahora lo hablaremos

Sammuel interceptó a Elizabeth ya en la puerta de salida. La agarró por detrás, pero ella forcejeaba intentando zafarse de sus brazos. Bruce estaba apoyado en el coche y al verlos puso cara de “no por favor, otra vez no”.

- Cariño pero ¿dónde vas? ¿qué pasa?
- ¿Qué qué pasa? ¡Que no me dijiste quién era tu padre!
- Pero ¿y qué importa quién sea mi padre? Se me olvidó hablarte de él, no lo entiendo Elizabeth.

- ¿Se te olvidó? ¿Se te olvidó decirme que tu padre trabaja encima de mí? ¡Ja! ¡No te lo crees ni tu Roc! ¿O eres Williams, también me has engañado en eso? Lo que no entiendo es qué sacas tú con toda esta mierda...

Sammuel la cogió por las muñecas porque seguía avanzando hacia el coche histórica.

- Dime que cojones pasa aquí, Elizabeth, ¡ya!
- ¡No te hagas el tonto Roc! Tu padre me prometió que este año me vendería sus diez plantas del edificio de H.E. y no cumplió su palabra, cediéndole a tu querido hermano lo que me había prometido a mí. Pero eso ya lo sabes claro, os lo habréis pasado en grande a mi costa ¿no?

Cogió el anillo y se lo tiró a la cara

- ¡No quiero volver a verte en mi puñetera vida!
- ¡Elizabeth por todos los santos, por favor escúchame, maldita sea!

Sammuel pegó un puñetazo en el coche que casi lo atraviesa. La atrapó en medio de ambos brazos, apoyando las manos en el techo, ella intentaba escapar. Elizabeth miró hacia Bruce, que se había retirado a un lado. En estos momentos se arrepentía de haberle dicho a John que dejara a Bruce traerlos, por conocer la zona. John la hubiera sacado de allí.

Se quedó quieta de pronto y le miró a los ojos.

- Déjame ir Sammuel. Por favor.

Estaba llorando. A Sammuel se le heló la sangre, sintió morir. Cada vez que intentaba hacerla feliz, la hacía más daño.

Miró a Bruce haciéndole un gesto para que se la llevara. No tenía fuerzas para volver a discutir con ella. Se apartó de en medio, suspiró y ella se metió en el coche.

Mientras miraba cómo se alejaba el coche, se sentó abatido en la escalinata, con el anillo entre sus manos. Apoyó los brazos en las rodillas y metió la cabeza entre ellos.

No podía ser posible que la volviera a perder.

Una gran tristeza inundó su corazón y se puso a llorar como un niño desconsolado. Como probablemente no lloraba desde entonces.

¡Cuánto lo necesitaba!

CAPITULO 49

Una mano se apoyó en su hombro y le apretó. Sammuel no dirigió la mirada para ver a quien pertenecía esa mano, la reconocería a kilómetros.

Su padre se sentó junto a él en las escaleras. Cuando Sammuel se calmó un poco, Robert vio que tenía el anillo en su mano, y se dio cuenta de lo grave de la situación. Inspiró:

- Cuéntame hasta el último detalle por favor papá
- Sammuel te juro que nunca pensé que se iba a molestar tanto
- Pero sabías que se iba a molestar, y no me advertiste
- A ver hijo, confiaba en que lo podríamos aclarar entre todos esta noche tranquilamente, charlando amigablemente. Por supuesto contaba con que tú le hubieras dicho quién era tu padre
- No surgió nunca el hablar de ti, no encontré el momento
- ¿Ni de tu madre?

- No quise hacerlo
- Bueno, no importa de quién sea ahora el error, hay que intentar subsanarlo
- ¿Qué dice de las diez plantas? ¿Qué es todo esto? No entiendo nada.
- Hace 4 años, creo recordar, una chica joven compró las diez primeras plantas del edificio. Como tantas otras empresas que se habían trasladado allí, pensé que Hudson Enterprises duraría un telediario. Tonto de mí el subestimarla. Al poco tiempo, una Elizabeth más joven e ingenua, vino a verme a la Editorial, me dijo que se quería hacer con todo el edificio, que cuánto quería por mis diez plantas. Yo me lo tomé a broma, claro. Acababa de empezar y se la veía perdida. ¡No iba a tener semejante cantidad de dinero! La verdad es que me sorprendió cuando me respondió que de dónde sacara el dinero no era asunto mío. ¡Por Dios hijo que tiene agallas esa mujer!

Sammuel sonrió, porque su padre la imitó con sus gestos de manos amenazadores, ¡esa era su chica! Luchando contra un león con una espada de papel, pero ante todo, sin miedo. La admiraba tanto...

Su padre continuó.

- Le dije que cuando me jubilara se las vendería, que una vez cerrada la Editorial yo no quería ese edificio para nada. Le di mi palabra.
- ¿Y no firmasteis nada? Se fio de ti sin más.
- Yo nunca hubiera firmado nada Sammuel. El problema radica en que yo la subestimé. Nunca me imaginé que aquella enclenque chica pelirroja formara una de las multinacionales más importantes del mundo en tan poco tiempo.
- Pero se lo prometiste, le diste tu palabra papá.
- Ian me dijo que a él le encantaría hacerse cargo de la Editorial y lleva ya dos años trabajando muy duro para volver a levantarla. El chico lo está haciendo francamente bien, ya sabes que siempre ha sido una bala perdida y ahora parece que ha encontrado algo que le gusta ¿qué querías que hiciera?
- Tenías que haber avisado a Elizabeth al tomar la decisión, al

menos, o habérselo explicado, ella se ha pensado que nos estábamos riendo a su costa. ¡O por lo menos contármelo a mí papá joder! Lo hubiéramos hablado ella y yo antes de venir, ha parecido una encerrona.

- No le di la mayor importancia hijo. Pensé que ya ni las querría, esa mujer se puede comprar cualquier edificio, de 500 plantas si quiere, ¿por qué iba a querer el mío?

- No tengo la menor idea

Sammuel miraba el anillo

- Es peor de lo que imagino, ¿no? –Le preguntó Robert a Sammuel cogiendo su anillo para mirarlo. Al ver la inscripción se sobresaltó, su hijo realmente la amaba, pero intentó no darle más importancia al asunto, para no entristecerle más.

- Sí papá. Me ha dicho que no quiere volver a verme.

- Hijo, quédate esta noche aquí en casa y recapacita. Mañana verás todo desde otra perspectiva, es el consejo de un viejo. Siempre te he dicho que no actúes en caliente, luego te arrepientes.

- Tienes razón. No tengo fuerzas para seguirla.

- La amas de verdad. Lo he visto en tus ojos cuando has ido tras ella.

- Más que a nada, daría todo lo que tengo y lo que soy, por ella. Sin dudar.

- Conozco ese sentimiento. Me pasó con tu madre. ¡Dios cómo la amaba! Su sonrisa alimentaba mi alma. Bueno, ya sabes la historia. Eso no se encuentra siempre, ni en una vida entera, somos unos pocos los afortunados que lo viven. Sammuel, cuando el destino, o lo que sea, te separa de tu amor irremediamente, como fue mi caso con la muerte de mamá, no puedes hacer más que llorar y sufrir, echarla de menos a cada segundo. Te conviertes en un alma en pena compadeciéndote todo el día de ti mismo. Cada día pasa sin pena ni gloria, y con ellos, los años. Pero lo vuestro tiene remedio. Solo te pido que no dejéis que el orgullo, o los malentendidos, os separen.

- Pero es que siempre soy yo el que va tras ella papá, parezco

un perro mendigando su amor. También tengo dignidad, y este hombre humillado no soy yo. No me quiero convertir en su sumiso, en una sombra de lo que soy, solo para que no se marche.

- ¿Eres más feliz con ella o con tu dignidad Sammuel? Piénsalo hijo mío. Desde luego nunca tienes que dejar a un lado tu personalidad, pero sí tu orgullo. Ha sido culpa tuya, o peor todavía, mía. Nunca me podría perdonar ser el causante de la ruptura con el amor de tu vida. Ve tras ella y recupérala, no hay más.

- Ella nunca dará su brazo a torcer, es una cabezota.

- Eso se va modelando con el tiempo y con el amor que sintáis. Yo por mi parte, si puedo hacer algo para ayudarte, incluso ir a hablar con ella, iré encantado. Esta insignificancia no merece que rompáis vuestro compromiso. Si es necesario, ¡le regalo las diez plantas, por el amor de Dios!

- Gracias papá. Ya veremos qué pasa.

El señor Williams dio un beso a su hijo en la frente y se retiró abatido. La noche que tanto tiempo llevaba esperando con tanta ilusión, se había convertido en una auténtica tragedia.

Sammuel se fue a dar un paseo por la urbanización, mirando el cielo estrellado y pensando qué debía hacer. En algunas casas había gente en el jardín, se escuchaba la risa de niños jugando, y tuvo claro qué era lo que quería de la vida. Formar una familia, con Elizabeth. Ese sería su objetivo y ahora lo veía clarísimo.

Pero ella no estaba.

Solo tenía ganas de correr tras ella y meterse en su cama. En su micro mundo privado. Hacer el amor con ella y ser uno solo. Pero estaba muy enfadada. Y él dolido por no haberle dado ni la oportunidad de explicarse. Había dudado de él sin pensarlo ni un segundo. Sin ni siquiera concederle el beneficio de la duda.

Por otro lado, no quería volver a arrastrarse por ella. Estaba cansado. ¿Sería así siempre su relación, un día bien y diez mal?, ¿le merecía la pena? Sabía la respuesta de sobra. Elizabeth no sabía lo que podía perder, al contrario que él. Sammuel, por sus experiencias, sabía que era muy afortunado por tenerla, pero ella no quería ver lo afortunada

que era junto a él, o lo que era peor, no le importaba en absoluto.

Debía hacerla comprender de alguna forma que estaba mejor con él que sin él. Le había dicho a su manera que estaba enamorada. ¿Tan poco le importaba? Todo lo que estaba maquinando su cerebro era muy arriesgado, si salía mal, sería definitivo. Pero había que intentarlo al menos.

Después de una hora andando, Sammuel volvió a la casa de su padre y se echó en la cama de su habitación, tapándose la cara con los brazos. Había pensado que estaría Elizabeth junto a él, la tenía preparada una sorpresa de álbumes de fotos de su infancia, que la hubiera encantado, pero una noche más, dormía solo.

¿Quién le iba a decir hace poco tiempo que dormiría mejor acompañado que solo?, nunca lo hubiera creído. Siempre había dicho que, incluso cuando se casara, si lo hacía, iba a poner dos camas separadas, no soportaba la idea de tener que compartir la cama toda la noche con alguien, cuanto más, ¡toda la vida! Pero con Elizabeth, hasta cuando la tenía en sus brazos, le parecía que estaba demasiado lejos. Esta mujer había cambiado todo su mundo, su forma de ver las cosas.

Y no dejaba de huir de él.

CAPITULO 50

El domingo fue horroroso para los dos.

Sammuel se quedó en casa de su padre a pasar el día, fueron a pescar y hablaron un poco de todo. Sobre todo de negocios, Sammuel no quería tocar el tema de Elizabeth, quería parecer despreocupado, pero su padre le conocía a la perfección y sabía que lo que necesitaba era estar metido en su cueva un tiempo, él solo, sin molestias externas.

Elizabeth, por su parte, se pasó toda la mañana del domingo

apelotonando la inmensa cantidad de cosas que había esparcido Sammuel por su casa.

Cuando tenía una montaña de cosas en la puerta del ático, le pegó con el pie una patada, señalándolas, para hacer que Bruce las llevara todas de vuelta a casa de Sammuel.

- Quiero toda esta mierda fuera de mi casa, ya.

A ella le hubiera encantado poder ver la cara de su querido señor Roc cuando viera toda su ropa carísima desperdigada por el suelo, mezclada con comida, jabones, bebidas... Con su complejo de metódico orden de las cosas, probablemente estaría al borde del infarto, como estaba ahora mismo Bruce, que nunca había necesitado tanto autocontrol como en estos precisos momentos.

- No creo, señorita Hudson, que el señor Roc esté de acuerdo con... esto. Creo que debería llamarlo para consultarle. Le recuerdo que yo obedezco sus órdenes, él es mi jefe, y no usted.

Elizabeth le miró desafiante:

- Mira Bruce, solo te lo voy a decir una vez, tú elijes: o metes todo esto, me importa una mierda dónde, o lo tiro por la ventana ahora mismo, seguro que a los mendigos les vendrá genial el traje negro de Armani, pega con todo.

Así que Bruce, armándose de entereza, recogió todo como pudo y se lo llevó a la casa de Sammuel, al Hotel Central de nuevo, maldiciendo a esa mujer y compadeciendo a su jefe, que se había enamorado perdidamente de una esquizofrénica. Lo estaba pasando peor todavía que en el ejército.

Bruce llamó a Sammuel varias veces, por supuesto, pero en los lagos donde se habían ido su padre y él de pesca, no había cobertura. Le hubiera encantado decirle cuatro cosas a esa niñata caprichosa. Pero se mordió la lengua. Su jefe le pagaba suficientemente bien como para aguantar esto, y mucho más.

John observaba la escena y varias veces estuvo a punto de partirse de risa en la cara de su amigo, pero se contuvo, sacando las fuerzas no sé de dónde.

- ¡Ya te puedes descojonar a gusto cabronazo! –Le dijo Bruce a John según salía por la puerta en el último de los viajes. Y así lo

hizo el negro, mucho tiempo.

Sammuel, al anochecer, ya desde la casa de su padre, llamó a Bruce para que fuera a recogerle porque se había llevado su coche la noche anterior.

Se despidió de su padre:

- Adiós hijo, mantenme informado, ¿de acuerdo?
- Descuida papá, haremos lo que hemos dicho.

A su hermano no quiso ni verle, lo que le hacía falta es que encima se regodeara de su ruptura, o lo que era peor, que le dijera que ahora que Elizabeth estaba libre de nuevo, iba a ir a por ella. Sería capaz de estrangularle.

En cuanto hubieron salido de la urbanización, le dijo Sammuel a Bruce

- Infórmame de la situación Bruce.
- Señor Roc, (“empezamos mal si me llama señor” se dijo Sammuel para sí mismo), permítame decirle que su prometida ha dedicado la mañana a amontonar, por decirlo suavemente, todas sus pertenencias en el suelo y obligarme a llevarlas de vuelta a su casa.
- ¡Mierda! ¿Y no te has negado? ¿Por qué no me has llamado?
- Señor, (carraspeó para no llamarle hijo de...), no tenía cobertura, me he pasado el día llamándole.

¿Bruce le trataba de usted? Tenía una cara muy seria y la vena del cuello hinchada en exceso.

- Bruce no me jodas, ¡habla claro!
- ¿Puedo, en serio, señor?

Sammuel dudó por un segundo, pero dijo cerrando los ojos:

- Adelante
- ¡Me cago en la madre que la parió!, ¡Casi la mato! –Dijo Bruce gritando con su ronca voz, pegando un puñetazo en el volante.

Sammuel no se aguantó y soltó una carcajada que se escuchó por media ciudad.

- Ya veo que ha conseguido cabrearte, lo siento Bruce, no me

quiero ni imaginar lo que habrá sido para ti. Si es capaz de cabrearte así, que estás entrenado para no mostrar emociones, ¡no me quiero ni imaginar lo que hará conmigo!

- Sammuel, es una tocapelotas, ¡me entraron ganas de abofetearla! ¡¡¡No me había pasado nunca!!!

- Tranquilo es el efecto que quiere causar. Nos quiere alejar. Pero yo ya estoy sentenciado. Me es imposible alejarme de ella. Veremos qué podemos hacer.

- Se te ve bien. No estás fuera de tus casillas esta vez.

- Me empiezo a acostumbrar a que me abandone.

- No creo que sea eso

- Me conoces bien viejo amigo. Estoy planeando algo. Ya te iré informando, pues necesito tener a John de nuestra parte.

- Eso será difícil, John cada vez te odia más. Pones a su chica muy nerviosa y demasiado a menudo.

- Bueno, lo hablaré con él también. Va a ser algo gordo.

- Me gusta

Sammuel siguió el resto del viaje mirando por la ventanilla y trazando su idea, “a ver si es posible”.

CONTINUARÁ

Copyright Texto©Anabel García. Todos los derechos reservados.

Foto portada. Copyright©Marinasvetlova-Fotolia. Derechos Cedidos.

Foto Sammuel Roc. Copyright©CURAphotography-Fotolia. Derechos
Cedidos.